



20 ANOS Concurso literario
**HISTORIAS de
NUESTRA TIERRA**

*Cuentos y poesía
del mundo rural*

ANTOLOGÍA 2012



20 AÑOS Concurso Literario
HISTORIAS de
NUESTRA TIERRA

*Cuentos y poesía
del mundo rural*

ANTOLOGÍA 2012

Edición y coordinación de contenidos:
Unidad de Cultura, FUCOA

Diseño y diagramación:
Unidad de Diseño, FUCOA

Corrección de estilo:
Rodrigo Jarque

Fotografía de portada: Manuel Godoy, Copiapó
Fotografía tomada por: Christine Gleisner

Derechos reservados

Inscripción N° 226.429 del Registro de Propiedad Intelectual
ISBN 978-956-7215-45-4

Imprenta: Ograma S.A.

Índice

AGRADECIMIENTOS	9
PRESENTACIÓN	11
PRESENTACIÓN UNIDAD DE CULTURA, FUCOA	12
JURADO	14
HISTORIAS CAMPESINAS	15
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
Primer lugar Mentiras y verdades de un cerro bravo Braulio Manuel Olavarría Olmedo	17
Segundo lugar ¡Jallalla, Mallku! Braulio Manuel Olavarría Olmedo	23
Tercer lugar Maldición en los bofedales de Caquena Margarita Luisa Figueroa Zavala	27
REGIÓN DE TARAPACÁ	
Primer lugar El árbol del amor Mary Triny Álvarez González	29
Segundo lugar Salitre, pan y sangre Andrea Alejandra Carvajal Almonacid	32
Tercer lugar Pa'l año Enzo Boris Ingala Challapa	36
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
Primer lugar Don Alejo, el brujo bueno Félix Eleuterio Maizares Ferrer	38
Segundo lugar Cuando nos casamos Ricardo Segundo Díaz Quezada	40
Premio especial Mujer rural Quebrada de Nacimientos Valérie Hélène Bernadette Silvestre	42
REGIÓN DE ATACAMA	
Primer lugar Mamá por un día... mamá por siempre Olinda Arqueros Godoy	44
Segundo lugar El cofre del diablo Fresia Ibarbe Rivera	48
Tercer lugar Cuando florece la quila Manuel Alejandro Sepúlveda Huenupi	51
REGIÓN DE COQUIMBO	
Primer lugar Palmadas en el hombro Carlos Roberto Ardiles Irrarázabal	53
Segundo lugar Trompo Patricio Iván Rojas Riveros	57
Tercer lugar Locos, machas y piures Douglas Henríquez Olivares	59
REGIÓN DE VALPARAÍSO	
Primer lugar En la huella del Cacaruca Luis Pablo Barros Lafuente	62
Segundo lugar El "Buen Chato" Sergio Antonio Rojas Páez	73
Tercer lugar Cornetita Margarita Rojas Torres	77
Premio especial Pueblos Originarios La nua Blanquita Pont Lizette Escobar Balocchi	80

REGIÓN METROPOLITANA

Primer lugar El viaje Rosa Elena Valladares Cádiz	83
Segundo lugar La vieja de los gatos siempre lo supo Pablo Marcelo Rodríguez Suau	86
Tercer lugar Tan elegante que estás Juana Rubio Pérez	89

REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O'HIGGINS

Primer lugar Una de tantas historias de la Llorona Beatriz Macarena Rojas Moreno	92
Segundo lugar Los Segadores y don Jecho Luis Humberto Fuentes Castro	96
Tercer lugar Juana la Loca Hugo Andrés González González	101

REGIÓN DEL MAULE

Primer lugar El aleteo de las aves Carlos Rubén Meza Valenzuela	105
Segundo lugar Viaje al monte Luis Romualdo Valdés Gacitúa	108
Tercer lugar La vieja casa grande Gemita Inés Hernández Castro	112
Premio especial Profesor rural Mi trabajo y yo. Las vacaciones en una escuela rural Alejandrina del Carmen Palma	115

REGIÓN DEL BIOBÍO

Primer lugar Despedirse en otoño Amada Gallegos Gallegos	119
Segundo lugar El descanso de las cruces Claudia Inés Bermedo Miranda	122
Tercer lugar La Barragana María Angélica Norambuena Lagos	124

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Primer lugar El brujo Manuel Magaly Ester Ulloa Lara	126
Segundo lugar Pavo por pavo Lidia Eugenia Godoy Alvial	129
Tercer lugar Mi querida gallina Karen Valentina Quiñenao González	134

REGIÓN DE LOS RÍOS

Primer lugar Mi gran amigo, Pachuco Pablo Andrés Quijada Márquez	137
Segundo lugar De chicles y paletas Abdías Muñoz Pino	140
Tercer lugar Docamávida Alejandro Alfonso Salas Campos	143

REGIÓN LOS LAGOS

Primer lugar Escapando de la maldición Ercilia Fabiana Águila Barría	146
Segundo lugar El avioncito de madera Nelson Antonio Torres Muñoz	150
Tercer lugar El puma de Huallepén Renato Arturo Santana Dubreuil	152

REGIÓN AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

Primer lugar Puñelco José Francisco Muñoz Serón	154
Segundo lugar Un tronco viejo Isidoro Alberto Castilla Ortiz	157
Tercer lugar Una diligencia José Francisco Muñoz Serón	159

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

Primer lugar El bagual Iván Rojel Figueroa	164
Segundo lugar Tormenta de ilusiones Héctor Omar Douglas Muñoz	166
Tercer lugar El cara de palo Tamara del Carmen Andrade Huenchur	169

ME LO CONTÓ MI ABUELITO

175

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Primer lugar Mi abuelo: una leyenda Fabián Andrés Castillo Osorio	177
Segundo lugar Los gentilares de corralones Ronny Hans Garrido Espinoza	179
Tercer lugar El gato negro Melizabet Apata Taboada	181

REGIÓN DE TARAPACÁ

Primer lugar Historia del conejo en los tiempos de Dios Padre Emiluz Susana Mamani Castro	182
Segundo lugar El pueblo encantado Wladimir Christian Manzanara Paz	185
Tercer lugar Sol, fuego y desierto: historia del dragón del norte hecho cerro Francisca Montserrat Varela Carvajal	188

REGIÓN DE VALPARAÍSO

Primer lugar La piedra santa Paulina Tamara Urtubia Pizarro	191
Primer lugar Mi abuelito me lo contó Sebastián Nicolás Scott Contreras	193
Segundo lugar La Santusebia Aracely Estefanía Cotal Toledo	194
Tercer lugar El espantapájaros Diego Ignacio Suárez Tapia	195

REGIÓN METROPOLITANA

Primer lugar Amador el chercán Natalya Almendra Martínez Patiño	197
Segundo lugar La Virgen del cerro Felipe Larenas Arancibia	199

REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O'HIGGINS

Primer lugar La noche que cantó el Tue Tue José Galo Palominos Moya	200
Segundo lugar Por qué existen en el cielo las estrellas José Tomás Núñez Rubio	202
Tercer lugar El libro de la brujería Antonia Catalina Fuentes Abarca	203

REGIÓN DEL MAULE

Primer lugar Carrera a la chilena del chincol y la loica Cristián Felipe Valdés Salgado	204
Segundo lugar Los Mancornados Felipe Eduardo Valdivia Baroni	205
Tercer lugar La maldición del cura Somoza Nicolás Ignacio Saldías Vallejos	208

REGIÓN DEL BIOBÍO

Primer lugar Zapatitos zapatitos Rocío Constanza Sanhueza Inostroza	210
Segundo lugar Relato sobre las pequeñas personitas Catalina Montserrat Leal Ceballos	212
Tercer lugar La Panchita Denisse Bernardita Riquelme Mellado	213

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Primer lugar El alma de una araucaria Catalina Aurisabel Orellana Orellana	214
Segundo lugar La grieta de la flor de oro Pablo Enrique Orellana Orellana	216
Tercer lugar La niña y las lagunas con formas Gisella Nicol Torres Meliú	218

REGIÓN DE LOS RÍOS

Primer lugar Flecha Karol Alexandra Risco Seguel	220
Segundo lugar Tiempos de niñez Edward Alejandro Aros Arriagada	222
Tercer lugar El Campero Bárbara Nicole Valdebenito González	224

REGIÓN DE LOS LAGOS

Primer lugar Sólo una leyenda Ivannia Walezka Muriel Gutiérrez Brûle	226
Segundo lugar La piedra triste Matías Andrés Mellado Westermeser	228

REGIÓN AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

Primer lugar De pesca y tropeada en el lago Lapparent Héctor Maureira Troncoso	229
Segundo lugar El gato colo colo Yimmy Alver García Aguilar	231
Tercer lugar Las cosas de la vida Manuela Macías Caballero	233

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

Primer lugar Galletas de miel Constanza Trinidad Aravena Castro	234
Segundo lugar El poder de la imaginación Francisca Javiera Zúñiga Reyes	237
Tercer lugar Leyenda del mate Carolina Nicole Castro Vera	239

POESÍA DEL MUNDO RURAL

241

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Primer lugar Anata Rolando Andrés Martínez Trabucco	243
Segundo lugar Nostalgia en las alturas Alfredo Juan Terán Calle	246

REGIÓN DE TARAPACÁ

Primer lugar Tonada y cueca de Pica Silvia Álvarez Di Caro	248
Segundo lugar Pueblo milagroso Silvia Álvarez Di Caro	250

REGIÓN DE ATACAMA

Primer lugar Postal de un atardecer en el valle del Huasco Robinson Rodolfo Pérez Cuadra	252
Segundo lugar Colla soy Adriana Elvira Godoy Guiroux	253

REGIÓN DE COQUIMBO

Primer lugar Del grillo que murió Mario Ovidio Vega Navea	254
Segundo lugar La súplica del cabrero Grimaldina Inelia Araya Astudillo	255

REGIÓN VALPARAÍSO

Primer lugar Paisaje andino Héctor Juan Caiceo Pineda	257
Segundo lugar Carreras a la chilena Carlos Leonel Arredondo Torreblanca	259

REGIÓN METROPOLITANA

Primer lugar El chueco Daniel Marcela Ivanny Donoso Marín	262
Segundo lugar Vacaciones escolares Erick Gil Cornejo	265

REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O'HIGGINS

Primer lugar Viene el hijo Luis Humberto Fuentes Castro	267
Segundo lugar Entre higos y adivinanzas Gilda Alejandra Pérez Madrid	269

REGIÓN DEL MAULE

Primer lugar Trasplantado José Patricio Gajardo Quintana	271
Segundo lugar A un campesino muerto Jorge Luis León Labra	272

REGIÓN DEL BIOBÍO

Primer lugar Cawinkura Madre Erik Radomiro Varas Manríquez	273
Segundo lugar Cotidiano amanecer Mario Alfredo Sepúlveda Pérez	276

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Primer lugar La Machi Misiá Manuela Joel Segundo Guzmán Yañez	278
Segundo lugar El recuerdo de mi Rosa María Inés Torres Ortega	280

REGIÓN DE LOS RÍOS

Primer lugar Rosa medicinal Nelson Adrián Clavería Pizarro	281
Segundo lugar Conocer, enamorarse y desaparecer Abdías Muñoz Pino	282

REGIÓN LOS LAGOS

Primer lugar Vida de campo Fernando Javier Valenzuela Ruiz	284
Segundo lugar Los barcos que acarreaban relámpagos Nelson Antonio Torres Muñoz	286

REGIÓN AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

Primer lugar El calafate Claudia Andrea Vidal Vargas	289
Segundo lugar Árboles dormidos Rodrigo Orlando Vilugrón Aros	290

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

Primer lugar Abuelo de la nada María Antonieta Barrientos Bahamonde	291
Segundo lugar El Pinta: la historia de un ovejero Iván Rojel Figueroa	292

Agradecimientos



En sus 20 años de trayectoria, el concurso “Historias de nuestra tierra” ha contado con el apoyo del Ministerio de Agricultura, al cual quisiéramos expresar un especial agradecimiento.

Quisiéramos también dar las gracias a la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam), especialmente al Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares de la Biblioteca Nacional, donde se atesoran los cuentos y poemas recibidos, de manera que pueden ser consultados por sus creadores, investigadores y el público en general.

Ha sido fundamental el apoyo de El Mercurio y sus diarios regionales, así como de la Asociación de Criadores de Caballos Chilenos, que nuevamente nos han ayudado a difundir este certamen a nivel regional y nacional.

Año a año, el concurso cuenta con jurados regionales, quienes realizan un gran trabajo al seleccionar los mejores trabajos de cada región. Los cuentos y poemas ganadores fueron luego revisados por un jurado nacional al cual quisiéramos expresar nuestro más profundo agradecimiento.

También quisiéramos agradecer a todos los autores, grandes y pequeños, por haber compartido con nosotros sus creaciones, pues son ellos quienes dan vida a este concurso.

Finalmente, damos las gracias a nuestro pequeño equipo que realizó un gran esfuerzo para hacer posible esta publicación.

Presentación



El 2012 se cumplieron 20 años del concurso “Historias de nuestra tierra” organizado por Fucoa, con el apoyo del Ministerio de Agricultura. Con el transcurso del tiempo, este certamen ha logrado gran difusión en todas las regiones, siendo la única instancia de tal alcance y trayectoria que reúne y rescata las tradiciones del mundo rural chileno.

Este año se recibieron más de 1.700 trabajos y las obras premiadas reflejan la relevancia que este concurso ha alcanzado, pues contamos con ganadores desde Arica a Punta Arenas, habiendo cruzado el Estrecho de Magallanes y viajado más de tres mil kilómetros hasta Isla de Pascua.

Los cuentos y poemas aquí presentados fueron escritos por pequeños agricultores, cantores populares, dueñas de casa, técnicos en construcción, microempresarias, panaderos, ingenieros acuícolas, ferreteros, fontaneros, entre muchos otros. La edad no es límite para participar, por lo que todas las generaciones están presentes. Es así como encontramos creaciones de niños de 4º Básico y de adultos de más de ochenta años.

Los trabajos ganadores, a nivel regional y nacional, se encuentran recopilados en esta publicación. Sus

páginas invitan a descubrir el mundo rural a través del testimonio vivo de sus protagonistas; con toda su magia, sus chistes, tradiciones, embrujos, penurias, diabluras, pillerías y enseñanzas. Son historias que se escuchan a luz de las velas, en un asado, en las ramadas, compartiendo una buena chicha o camino a las veranadas. A través de ellas el lector podrá transportarse a estos lugares, descubriendo las tradiciones y las costumbres que se han transmitido a lo largo de generaciones y que forman parte de la identidad chilena.

Esta antología presenta la gran variedad de personajes y actividades propias de nuestro mundo rural. Están presentes la Llorona y el Cornudo en sus diversas apariciones. También podemos ser testigos de la trilla, el arreo del ganado a la cordillera y de la magia y el poder que tienen los curanderos. Los trabajos enviados año a año al concurso son archivados en la Biblioteca Nacional y difundidos en Internet, bibliotecas y establecimientos educacionales desde Arica hasta Magallanes. Así, aunque pasen los años, estas tradiciones continuarán entre nosotros a través de las historias que aquí se presentan.

Francisco Contardo Morandé
Vicepresidente Ejecutivo

Presentación

Unidad de Cultura Fucoa



El campo y el mundo rural, sus tradiciones, sus personajes, comidas, bailes, leyendas, costumbres y fiestas son parte importante de Chile.

Tomando conciencia del mundo rural como uno de los pilares de la identidad nacional y del valor de estas historias al reflejar la riqueza de la tradición oral, el Ministerio de Agricultura y la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (Fucoa) decidieron aunar esfuerzos dando origen al concurso "Historias de nuestra tierra". Es así como hoy podemos disfrutar de un cuento que una abuelita contó a su nieto hace más de cien años atrás. Hoy, el concurso cuenta con tres categorías:

- Historias campesinas (para mayores de 18 años)
- Poesía del mundo rural (para niños, jóvenes y adultos)
- Me lo contó mi abuelito (para menores de 18 años)

Además, se otorgan dos premios especiales: Mujer rural y Pueblos Originarios. El primero distingue al autor que mejor representa a la mujer del mundo rural. Pueblos Originarios, destaca a los autores que mejor representan las raíces y tradiciones de una etnia.

A lo largo de su trayectoria, el concurso ha contado con el apoyo y la participación de los profesores, quienes no sólo han incentivado a sus alumnos a participar del certamen, sino que también han enviado sus propias creaciones. Por esta razón, y reconociendo la gran labor y dedicación de los profesores que trabajan en las zonas más apartadas de nuestro país, se decidió distinguir el cuento que mejor representa al profesor rural. “Mi trabajo y yo” de Alejandrina del Carmen Palma Martínez (71 años), recopila los testimonios de las vacaciones de verano de sus estudiantes. Anita, una de sus alumnas, escribe:

“Estas vacaciones fueron las más bonitas porque moríamos todos en mi casa. Juntamos como treinta mil pesos. Con esa plata fuimos a la playa de Iloca en la micro del recorrido que fue por dos días a la playa. Dormimos en carpa y conocí el mar. Junté conchitas y trajimos cochayuyo.”

Testimonios como el de Anita retratan la esencia de nuestro concurso; la capacidad de maravillarse al ver el mar por primera vez, el trabajo que se comparte en familia y las actividades propias del campo, como la cosecha de moras.

Así como esta historia, los cuentos y poemas que resultan premiados en nuestro concurso son valorados por su creatividad y originalidad. Comparten en forma espontánea, con la sencillez, la honestidad y el lenguaje propio del campo chileno, sus costumbres, personajes y anécdotas.

A través de las páginas de este libro, invitamos a redescubrir el campo y a escuchar las voces que cada día dan vida al campo chileno.

Christine Gleisner y Sara Montt
Unidad de Cultura

Fundación de Comunicaciones,
Capacitación y Cultura del Agro, Fucoa

Jurado nacional



PRESIDENTE DEL JURADO

LUIS MAYOL, Ministro de Agricultura

CATEGORÍA “HISTORIAS CAMPESINAS”

Roberto Ampuero Escritor y Embajador de Chile en México

Karen Müller Editora y difusora de la obra de Oreste Plath

Soledad Onetto Periodista

Catalina Recordón Directora Ejecutiva Fundación de la Familia

Carolina Schmidt Ministra Directora del Servicio Nacional de la Mujer

CATEGORÍA “POESÍA DEL MUNDO RURAL”

Soledad Abarca Jefa del Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares, Biblioteca Nacional

Floridor Pérez Profesor de Literatura y escritor

CATEGORÍA “ME LO CONTÓ MI ABUELITO”

Ricardo Evangelista Jefe de la División de Educación General del Ministerio de Educación

Arsenio Fernández Gerente General SNA Educa

Camila Rojas Directora Editorial Quilombo

Alipio Vera Periodista

Categoría
Historias campesinas



*Mentiras y verdades de un cerro bravo**

Braulio Manuel Olavarría Olmedo (67 años)

Empleado

Arica

Primer lugar regional



—Oiga, todos estos peladeros que se ven tan solos y sosegados no están muertos. No, pues. Tienen vida. Mire, todo lo que es cerro, quebrada, piedras y animales de monte, los viejos antiguos le decían *sajra*, o sea, una cosa así como salvaje y grande que rodea a la *marka*, el pueblo; y la *yapu* era la chacra. Pero no crea que la *sajra* es puro salvaje, también es una cosa de respeto. El problema es cuando hay gente intrusa que se mete en partes que tienen aura. Con decirle que nosotros, que somos de aquí mismo, *le tenemos que pedirle permiso* a la Pachamama, porque conocemos sus secretos. Si no, se enoja y nos castiga.

Me impresiona la circunspección de don Nemesio, su acento metálico y dicción castiza. En ese seco semblante cobrizo, surcado de arrugas, lo único que denota animación son los inquietos ojitos achinados. A muchos les resulta enervante la monotonía con la explica el orden sobrenatural. Como quiera que fuere hay quienes logran percibir una sencillez majestuosa y un mensaje de vida inmanente.

Estimulado, al parecer, por mi atenta actitud de silencio, don Nemesio cobra y retribuye confianza. Bien sabe él que no es poca cosa transgredir el lacónico código cultural andino. Me confidencia que en esta desolada escenografía las montañas son protagonistas estelares.

—Mire, con todo respeto. Nosotros, y a lo mejor usted también, creemos, por ejemplo, en la Virgen de Las Peñas o en la Virgen de La Tirana, pero son imágenes que las hizo un hombre; mientras que los cerros, ¿quién los hizo? Bueno, todos los cerros grandes y medianos son *malkus*, o sea, son jefes del tiempo de los *gentiles*. Son... ¿cómo le dijera? Son como los patrones del paisaje. Ahí adentro de ellos viven los *achachilas*. Por si acaso usted no sabe, los *achachilas* son los espíritus de los abuelos que están cuidando a los pueblos y a los ganados, ¿me entiende? Pero en ese cerro Marqués, del que usted me pregunta, viven puros espíritus afrentosos y a esos los manda el *Antimonio*. Otra cosa del Marqués es que sabe ser

* Para los fines de la presente publicación, el cuento original fue acortado respetándose la redacción e intención del autor.

huraño. No le gusta que nadie se le acerque. De lejos se ve grande y bien negro, pero es del mismo color que todos los cerros. Por eso, digamos, es misterioso. También tiene muchas quebradas llenas de sorpresas. *En cualquier rato* se puede topar usted con un león; o sea, con un puma. O con el fraile sin cabeza. O puede quedar encantado, no le miento. Y de noche, andan por ahí los condenados echando fuego por la boca. Esos son hombres que se murieron sin perdón de Dios, porque mataron a su madre o a su padre, o porque *se pescaron* a una hija.

“Lo que pasa es que este cerro sabe ser muy bravo —prorrumpe Nemesio tras una pausa—, y se hace cargo de que las leyendas se ensañen en retratarlo como enigmático, siniestro y hasta fatídico.

—Entonces, ¿es malo? —le espeto, no sin intención.

—Nunca tanto, pues. Digamos mejor que es celoso... Pero no es traicionero, porque el Marqués, si usted se le acerca, como que le avisa que no se meta en problemas, ¿se da cuenta? Mire, el Marqués no es ni siquiera el cerro más grande de esta precordillera tampoco, pero igual deja chicos hasta a los volcanes grandes de más arriba.

Subraya que ninguno le gana en altivez, en riqueza ni en el miedo reverencial que infunde. No hace falta mayor descripción para representar su fama de cerro bravo. Dice Nemesio:

—Le voy a decir que, antes del tiempo de los *gentiles*, esos volcanes eran *tremendos de lachos*. Pasaban peleando *por agarrarse* a las mujeres más bonitas. Bien *arrechos* han sido los tatas, qué le digo. De ellos se

cuenta que, no más enemistarse de celos o por envidias, se trezaban a hondazos. Los dardos que se disparaban eran grandes bloques de roca, con la consecuencia que más de alguno quedó decapitado. Precisamente lo que le pasó al volcán Pomerape: el Sajama *le asestó un huaracazo* en la cabeza con tal violencia que se la voló. Y la testa fue a caer al mar de Arica, al lado del Morro, dando origen a la isla Alacrán. Pero —reitera don Nemesio— ahora esos imponentes nevados se esmeran en irradiar paz, serenidad. Son estatuas petrificadas de silencio, ensimismadas de eternidad. En cambio, el Marqués siempre está asechando.

—Pero usted, en sus años de arriero, tendrá que haber pasado alguna vez por ahí...

—¿Me va a creer que no? La huella tropera que está más cerca de ahí es la cuesta que sube a Timalchaca, al santuario. Ahí está la iglesia blanquita de la Virgen de los Remedios. Y esa gente que va a la fiesta es casi la única que pasa por ahí; claro que una vez al año, pues. Yo diría que al Marqués la Virgen de Timalchaca *lo tiene maneado*, porque hace tiempo que no se sabe de nada malo, felizmente.

Detiene el relato y, mirándome de frente, va al grano:

—Para qué le voy a decir una cosa por otra. Yo nunca *me le he* acercado. Lo único que sé decirle es lo que le escuchaba a trajineros bolivianos que por ahí cortaban camino de subida, porque el terreno es muy escarpado. Decían que de lejos, se ven los tres cerros pegaditos, pero, cuando se avanza, el Marqués y el Margarita se separan y el Sanchiza se corre bien al sur. Y hay que ver cómo ahí *aprieta el soroche*; o sea, a eso que ustedes le dicen apunarse.

Don Nicanor corta el hilo de su narración. Yo me quedo en silencio, a la expectativa, obligándolo a continuar. Cuenta que la tradición oral registra un buen número de episodios de personas que tuvieron la mala ocurrencia de aproximarse o de internarse por ese laberinto de pasadizos y recovecos jamás hollados. Procede, a todo esto, a aclarar que se trata de un complejo orográfico conformado por el susodicho Marqués y otros dos congéneres: Margarita y Sanchiza. Un antecedente singular: el Marqués es hermano del Sanchiza y está casado con la Margarita. Su prole la componen unos cerros aledaños llamados Familiani. Desde el punto de vista geológico, los integrantes de este trío fueron originalmente volcanes. De allí deriva su sobrado potencial minero.

Aparte de su apelativo aymara, los cerros tienen una denominación alternativa mixta, compuesta de un nombre de pila cristiano y de un apellido autóctono. Así, el volcán Parinacota se llama Pedro Ajarape y el Guallatire, Pedro Capurata. Don Nemesio cree haber escuchado que el Marqués se llamaba José Marquisa.

Si de abolengo se trata, el Marqués es miembro de una liga mayor de renombrados *mallkus*, como su vecino Itiza y un par de volcanes situados en la altiplanicie de la Región de Tarapacá: el Colca y el Tata Jachura. Este último es marido de Mama Huanapa o Cariquima y tuvo por rival de amores al linajudo Tata Sabaya, que se alza arrogante en los Andes bolivianos.

Por añadidura, en el entorno del Marqués se genera un relevante ciclo hidrológico a instancias del *Jallupacha* (temporada de lluvias estivales o invierno altiplánico): las benévolas nubes portadoras de agua no se amilanan para coronar su cumbre y él las consiente, sabedor

de que las precipitaciones vienen precedidas de potentes descargas de truenos y relámpagos. Y todos creen que es él mismo quien produce las tormentas eléctricas. Gracias a este sortilegio natural es que por los intersticios del complejo montañoso discurren arroyitos que llegan a configurar un riachuelo: el San José que, tras maratónica marcha hacia el norte, va recibiendo el tributo de numerosos afluentes y luego vira al oeste para ocupar como cauce la quebrada de Livílcar y descender por el valle de Azapa. A esa altura, ya se titula de río. Ahora, si el caudal logra desbordar la caja, se cubre de pintura de guerra color chocolate y arremete impetuoso curso abajo. Y hasta se da maña para zambullirse en el Pacífico, frente a Arica.

Don Nemesio reitera su afirmación de que los dominios del Marqués son inexpugnables, porque a cada palmo surgen dificultades, trampas y el ambiente se impregna de ominosos recelos. Son malos parajes. Pero posee intocados reservorios de fauna exclusiva como el puma, el gato tite, la codiciada Chinchilla real y los imponderables burros cimarrones o baguales, que no han desaparecido, como se supone, ya que disfrutaban allí de un inviolable refugio. Asimismo, en medio del estoico coirón y la bamboleante paja dulce, su piedemonte domestica peregrinos parajes bucólicos, por obra y gracia de unos hilitos de agua que hacen brotar el alegre verdor de la chilca.

Cambiando de plano, don Nemesio desliza el ilustrativo dato de que el *Antimonio* aposentado en el cerro evita a toda costa que se descubran sus recónditas minas. Sin embargo, esporádicamente se muestra llano a regatear sus tesoros.

—Claro que *en veces*, en las horas malas... (horas malas

decimos nosotros cuando pasan las cosas malas). Bueno, en horas malas, los espíritus del Marqués tiantan con las riquezas suyas. Por ejemplo, una pastora se instaló con una tropita de llamos y alpacos a los pies del cerro. Como ella y su familia venían de más al sur, no habían sabido nada del cerro. Entonces, en una ladera se abrió un forado por donde se veían barras de metal. La mujer se fue al tiro a avisarle a su marido. Como no tenían mula, tomaron una barra cada uno, queriendo volver al otro día, porque las barras eran de plata. Volvieron con dos mulas, pero ni rastro del boquete. Bajaron a Arica y harto dinero ganaron con las barras. Pero a la semana al marido lo mataron en Azapa, cuando estaba celebrando su buena suerte. Después, la mujer se mató en un accidente. Ya ve usted, lo que uno recibe del *Antimonio* es para pura fatalidad.

Agrega que a otro pastor se le escapó un llamo nuevo que se metió por una quebrada. El hombre partió a buscarlo. Anduvo bastante hasta que divisó al llamito, pero muerto, porque lo estaba devorando un puma.

No lo pensó dos veces y echó a correr. Sólo se sintió seguro al tocar el plano. En su pueblo de Esquiña contó que, al descubrir al puma, sus pasos se convirtieron en desenfrenada carrera y se sorprendió al verse brincando entre las piedras. Y su terror fue en aumento cuando, al mirar al cerro, divisó que en el faldeo se abría un boquerón. Instantáneamente recordó que esa era una treta para *alucinar* incautos, así que siguió arrancando, pero con la vista pegada al suelo. De pronto, el miedo recrudeció porque las vizcachas silbaban como locas. Precisó que lo ocurrido fue por el lado del Tulapalca, como le dicen sus paisanos al Sanchiza.

—A propósito —acota don Nemesio—, la gente cree que por ese mismo cerro un cura enterró una campana de oro que se había caído porque la había botado un terremoto. El cura después se enfermó y se murió. Nadie sabe dónde está esa campana, pero en las horas malas, suena. Como que llama para que vayan a buscarla. Pero la gente que la escucha a lo único que atina es a *salir apretando*.

—¿Y cómo es esa historia del fraile sin cabeza?

—Ah, sí. Resulta que unos curas de un convento del pueblo de Codpa conocían una mina *para callado* y se habían jurado que ninguno contaría ni sacaría oro, si no, *le iban a cortar* la cabeza. Uno de los curas que le digo, salía bien seguido a recorrer otros pueblos y aprovechaba esos viajes para ir sacando oro de la mina. El tesoro lo guardaba en un saco debajo del catre, pero otro cura lo pilló. Entonces los otros lo agarraron, le cortaron la cabeza y fueron a enterrarlo cerca de la mina. Pero dicen que cuando vino la guerra entre Perú y Chile, los curas se fueron, creo que a Arequipa, y el secreto de la mina se perdió. La cuestión es que en las horas malas se aparece el fraile sin cabeza. Para que usted vea, *como le dije endenante*, esos son malos parajes.

—Pero no creo —le digo— que esa sea la única mina que existió por esos cerros bravos.

—Justamente, el Marqués sabe ser también bravo, porque tiene minas de oro y de plata, huacas, entierros y cosas de esa *laya*. Dicen que en el tiempo de los españoles hubo por ese lado una mina muy rica de plata. Pero el trabajo de la mina duró poco porque cayó una peste muy grande en toda esta zona y se murió

mucha, muchísima gente. Y también se murieron los dueños y los que trabajaban en la mina. Claro que el verdadero dueño era el *Antimonio*, eso sí. Los antiguos contaban que el *Antimonio* regalaba la mina si le *vilanchaban* (o sea, si le sacrificaban) siete negros y siete rubios. ¿Qué le parece?

Le contesto que no podía ser tanta la coincidencia, porque, según una crónica histórica, en tiempos de la Colonia habían ubicado por allí una promisoría mina de plata. Por supuesto que no la habían descubierto los españoles, sino que algún indio los había puesto sobre la pista. Está escrito que se sacó mineral de muy buena ley, pero no hay mayor constancia de su boya ni de por qué se dejó de explotar. Don Nemesio se queda meditando, hasta que *suelta el trapo* de la locuacidad:

—De repente, pues. Por ejemplo, hace mucho tiempo, mi pueblo de Pachica tenía las mejores bandas de zampoña y se pasaban las fiestas más entretenidas de todas. Con decirle que al santo patrono lo *cacharpeaban* con hartos adornos de plata. En Pachica estaban de autoridad unos abuelos que sabían la *nombrada* de una mina. Ellos sacaban plata cuando en el pueblo había grandes necesidades. Dicen que era plata metálica pura, que se cortaba con cincel. Cuando los viejitos salían para la mina, que la llamaban de San José, la gente los acompañaba hasta la salida del pueblo, siempre de noche, y hacían una rogativa. Después la gente se iba a su casa, mientras los viejos partían a la San José. Se cuenta que muchos trataron de seguirlos, pero se les perdía el rastro. De ahí pasaban como tres días y los tatas ya estaban de vuelta. Avisaban para que la comunidad fuera a recibirlos. El material que traían se picaba y se repartía en nueve partes cabales:

ocho para los abuelos y una para el patrono. Después, se hacía un agradecimiento y de ahí todo el mundo para sus casas. Ah, la parte del patrono la cuidaba el mayordomo de San José —acota don Nemesio.

Agrega que el secreto de la San José era guardado tan herméticamente, que los viejitos comenzaron a morir sin el menor atisbo de querer *alumbrar* su ubicación y derrotero. Finalmente, con la emigración a Arica (que alcanzó su máximo nivel con el señuelo del Puerto Libre), los dos o tres abuelos que se quedaron ya no tuvieron fuerzas para salir a buscar plata. Obviamente no faltaron los hijos y familiares que intentaron arrancarles un dato, pero los ancianos se mantuvieron impertérritos. No querían siquiera hablar de la mina, porque los arcanos de la Pachamama no pueden ser develados. Nadie debe profanarlos, jamás, porque eso acarrea calamidades. Y recalcan expresamente que toda vez que ellos acudieron había sido por una necesidad común imperiosa, no por simple ambición.

Lo único que contaron fue que, para poder arrebatarse una porción de sus riquezas al Marqués, se requería muchísima fe y la intercesión del santo patrono. Asimismo, a fin de evitar represalias, era necesario aplacar al *Antimonio* con su correspondiente ofrenda: no con hojas de coca, como cuando se convida a la Pachamama, sino con ramas secas de la amarga yareta.

Inevitablemente, los tiempos habían cambiado y también la mentalidad de la gente, que era tan ingrata que se había ido casi toda del pueblo. Y lo peor fue que las joyas del santo comenzaron a ralearse hasta no quedar una sola, lo que fue ya el colmo del acabose.

Todo eso terminó por romper el precario equilibrio que mediaba entre la *sajra* y los humanos. Así, no es de extrañar que la mina San José se perdiera para siempre. Nada se sacaba ahora con buscarla, porque era seguro que su *venero* se había corrido a lugares inimaginables.

Le participo a Nemesio mi extrañeza de que, al parecer, nunca se mentó alguna mina de oro.

-Estee..., sí, oiga. Los viejitos más antiguos se acordaban de una mina de oro que hubo por el cerro Taltape, por ahí donde empieza la quebrada de Vitor y la de Camarones. Lo único que yo sé es que la gente del pueblo de Timar fue a sacar tierra del Taltape y así, con pura agua, les salió una pintura azul bien fuerte para pintar el altar de la iglesia. Bien bonito ha quedado.

Punto final para el generoso relato de don Nemesio y una cordial despedida. Mientras me alejo, se me llena la cabeza de *suspicias*. Al cerro Marqués lo ponderan y magnifican como tenebroso, vengativo, implacable.

Como que lo pintan demasiado bravo, me digo. Llega a ser sugerente que a ese cúmulo de riquezas lo circunde un infranqueable parapeto de misterio, peligros, maldiciones y castigos. Y diríase que la mención de los negros y los rubios -inequívoco resabio colonial-, así como también la del fraile sin cabeza, delatan una sutil estratagema de ocultamiento, la que redundó en fermentar un mito perdurable.

Que contiene riqueza mineral y que allí se explotó un filón, está lejos de toda duda. Más aún, el correlato de la "plata pura, metálica, que se cortaba con cincel", ¿no estará aludiendo, por ventura, a una de esas vetas prehispánicas calificadas en las categorías superlativas de Mina del Sol y Mina del Inca?

Recapitulando, nadie me disuade de que todo aquello del cerro bravo es meramente patraña. Pero confieso que no me atrevería a explorarlo. No. Ni aunque el mismísimo Antimonio me invitase y me ofreciera, de *yapa*, siete negras y siete rubias esculturales.

¡Jallalla, Mallku!

Braulio Manuel Olavarría Olmedo (67 años)

Empleado

Arica

Segundo lugar regional



¿Cómo descubre el cóndor, planeando desde su altísimo vuelo o posado en una empinada cornisa, la existencia de carroña para animarse a descender y degustar ese plato servido por el destino?

“Gracias a su telescópica visión”, sostenían algunos; en tanto que otros decían a que los efluvios de la carne descompuesta se elevaban y eran detectados a gran distancia por el hipersensible olfato del *mallku*¹.

Modesto Basadre² se enteró de esta controversia. Siendo, como era, un acucioso observador de la naturaleza, se propuso encontrar una respuesta. Había visto cóndores merodeando por el entorno de Soledad, una *parada*³ que administraba en la pampa tarapaqueña.

Digamos que esto ocurría en 1876. Apenas murió una mula, de vieja y reventada por el rigor de las faenas, Basadre hizo que la colocaran en una zanja y la cubrieran casi completamente con costras de caliche. Como la hendidura era profunda, además de estrecha, la única posibilidad de que la presa fuera percibida visualmente era desde una perspectiva directamente vertical. Sin embargo, los cóndores no tardaron en presentarse a merendar.

“Ya está, es cuestión de olfato”, concluyó el diligente Modesto.

Para mi gusto, sin embargo, la polémica no quedó aclarada, porque también se ha escrito y afirmado que la visión del cóndor es tan poderosa que puede advertir a miles de metros la presencia de las

¹ *Mallku*: trato reverencial (señor, rey de las alturas) que los aymaras y quechuas le dan al cóndor (Nota del autor).

² Modesto Basadre Chocano: cronista peruano, tío del historiador Jorge Basadre Grohmann. El artículo sobre los cóndores lo publicó en 1883 (Nota del autor).

³ *Paradas*: así se denominaba a las primitivas oficinas salitreras tarapaqueñas (Nota del autor).

moscas necrófagas, esos bichos oscuros, cuadrados y decididamente carroñeros, que irrumpen apenas trasciende el olor a cadáver.

Emulando a Basadre, se me ocurrió averiguar sobre los hábitos del cóndor; entrevistando a gente del altiplano. Don Eduardo Blanco Morales, lugareño del sector de Chungará, me comentó:

—Mire, lo que *hei* visto es que las veces que queda algún animal muerto, *como ser* un llamo, un cordero o hasta un perro puede ser, la primera cosa que pasa es que aparece el tiuque, un gallinazo de color negro y café que se pone a revolotear y a gritar como condenado. Ahí aparece el cóndor. Bueno, la verdad es que baja una bandada y después llega el jefe, uno que tiene plumas blancas en el cogote. Ese come antes que todo el resto.

Esta es una noticia que vendría a refutar la tesis del olfato, claro que no tiene validez como norma determinante. Luego, la incógnita subsiste. Y llega a tanto la falta de certeza, que debemos guardar reserva, incluso, para admitir que nuestro alado personaje sea un ave estrictamente carroñera, nunca rapaz. Evidencias hay que lo desmienten. Por ejemplo, fray Antonio Vásquez de Espinosa⁴, que visitó Arica en 1618, describió a los cóndores como encarnizados cazadores. Y nada menos que en la costa:

Se llegan a los feroces lobos marinos (...) los cuales quando están tendidos al sol, como son torpes en la tierra, (...) les embisten estas fieras aves y con destreza le tiran a los ojos y se los quiebran y así peleando con ellos los matan.⁵

No sabemos si el cronista presencié una de esas escenas o si escribió algo que le contaron.

Y como lo que abunda no daña, saco ahora a colación otro testimonio *in situ*, el del criador de camélidos don Vicente Mamani, del sector de Guallatire. Él me reveló que al cóndor se le hace agua la boca cuando divisa llamitos tiernos:

—Elige uno y ataca por detrás. Viene así volando fuerte y frena justamente cuando le entierra las uñas debajo de la cola. Con eso, lo desgarran y le saltan las tripas al pobre *huachito*...

El ya mencionado don Eduardo Blanco Morales me confidenció que, para ahuyentar al cóndor, los pastores altiplánicos recurren a una curiosa estratagema: refractan la luz del sol en un espejo de mano y luego la proyectan hacia el pájaro gigante, que se encandila y se ve obligado a *hacer mutis por el foco*.

—¿Y si no tienen espejo, don Eduardo?

—Ahí no hay caso, pues. Imagínese lo que pasa —me respondió, encogiéndose de hombros.

⁴ Antonio Vásquez de Espinosa: religioso carmelita español, autor de la obra "Compendio y descripción de las Indias Occidentales", publicada en 1630 (Nota del autor).

⁵ Antonio Vásquez de Espinosa, "Compendio y descripción de las Indias Occidentales" (Nota del autor).

Precisamente es lo que *vivió* Jesusa siendo una *imilla*⁶ en la estancia⁷ familiar de Senko, al pie del fronterizo cerro Ancomarca. Advirtió que un cóndor volaba en círculos sobre su *jilacayu*⁸. Aterrorizada, entró a la casa y alertó a su abuela, pero ésta quedó mirándola compasiva y en silencio.

—¿Nada vas a hacer por salvar a mi *jilacayu*, abuelita?

La anciana, cabizbaja, persistió en su mutismo.

Jesusa salió corriendo a mirar qué ocurría afuera. Quedó paralizada: el cóndor ya estaba devorando a su lindo llamito regalón y regresó desesperada a la casa. Su abuela permanecía en el mismo lugar, como esperándola. Frente a ella, Jesusa prorrumpió en un entrecortado sollozo, sumida en una mar de impotencia, congoja y enigma.

La anciana, que la había criado desde guagua y le enseñaba todo acerca de la naturaleza y las costumbres andinas, rompió su silencio para participarle una desconcertante revelación:

—Hijita, a tu *jilacayu* el *mallku* se lo ha comido porque eso es lo que sabe hacer. Y que sea en hora buena, pa' que la Pachamama mande *multiplico*⁹. No llores, porque *pa'l año* hartos llamitos nuevos vamos a tener.

⁶ *Imilla*: en aymara, niña, muchachita (Nota del autor).

⁷ Estancia: unidad de manejo del ganado camélido. Es la residencia familiar permanente y asentamiento satélite con respecto a un pueblo. En aymara, se desina con la voz *ullo* (corral) (Nota del autor).

⁸ *Jilacayu*: en aymara, llamito regalón (Nota del autor).

⁹ *Multiplico*: temporada de abundante parición de camélidos (Nota del autor).

¹⁰ *Saure*: en aymara, carroña (Nota del autor).

Un episodio sobrecogedor. Claro que eso ya es historia, por la simple y tremenda razón de que el cóndor es una especie en vías de extinción. De partida, dejó de cazar llaños, puesto que no se aventura por las áreas pobladas. Y, lo que es peor, el destino ya no le depara esos providenciales banquetes. Antes podía darse, dicen, atracones de hasta cinco kilos de *saure*¹⁰.

Ocurrió más de una vez que algún glotón no pudo *carretear* para emprender el vuelo, resignándose a que lo cazaran con lazos (para ser vendido a un circo o a un zoológico) o ser miserablemente ultimado a palos.

Según don Vicente Mamani, las hembras son las más voraces:

—Claro que los cóndores tienen su maña. ¿Sabe lo que hacen cuando quedan guatones de tanto tragar? Mire, se pegan en la panza con una pata y vomitan; y así salen volando.

Un expediente que no funcionaba, sin embargo, frente a la técnica de cacería denominada *chacu*: un atractivo cebo consistente en más de un animal muerto e instalado en un corral de reducidas dimensiones. Imposible despegar. Adiós vida o hasta nunca libertad.

Todo ello, por supuesto (estamos haciendo historia), ocurría en épocas de óptima disponibilidad de carroña; esto es, hasta las primeras décadas del siglo pasado. Al cóndor se le atribuye una longevidad máxima de 50 años. Diríase que con ello la naturaleza quiso resarcir al *Vultur gryphus*¹¹ de condiciones tan adversas, y de su bajísima tasa de reproducción y su lento proceso de desarrollo. En efecto, cada dos años, la hembra pone un único huevo que debe empollar durante más de 50 días. El condorillo viene a alcanzar su autonomía recién a los dos años, mientras que la madurez sexual se le manifiesta en un lapso *de veras* flexible: entre cinco y diez años; más que suficiente para exigir una explicación.

Es alarmante hoy en día la escasísima población de cóndores en la región andina sudamericana. Con el propósito de preservar la especie, se están ensayando técnicas como la incubación artificial de huevos y la crianza en cautiverio. Tras un tiempo prudencial, esos nuevos ejemplares son devueltos a su hábitat. Plausible iniciativa; pero, me pregunto, ¿de qué van a alimentarse?

Ojalá que la evolución se digne a propiciar un cambio sustantivo en su patrón alimenticio, de manera de asegurar la subsistencia del rey de las alturas. Entre todas las aves, es la que vuela más alto: hasta 7 mil metros. Por eso, desde un principio, los pueblos andinos le otorgaron la dignidad de mensajero del cielo e intermediario entre el Tata Inti y la Pachamama.

Para los incas, el *kuntur* era inmortal. Creían que al presentir el fin de sus días, se encaramaba en un eminente acantilado, plegaba las alas, cerraba los ojos y se desplomaba en caída libre. Pero no era más que un suicidio ritual, ya que los dioses lo resucitaban y lo catapultaban de inmediato a su atalaya sideral.

En las alas de mi desvariado, y acaso marchito sueño, sólo puedo resignarme a perseverar en la esperanza. *Malhaya* si los incas se equivocaron. Y ¡pobre, ay de mí, si el cóndor sobrevive apenas como ícono en los escudos de nuestras naciones andinas! ¡*Jallalla*¹², *Mallku!*

¹¹ *Vultur Gryphus*: nombre científico del cóndor andino (Nota del autor).

¹² *Jallalla*: en aymara, voz que se usa para dar ánimo, expresar júbilo o gratificar un brindis (Nota del autor).

Maldición en los bofedales de Caquena

Margarita Luisa Figueroa Zavala (65 años)

Comerciante

Arica

Tercer lugar regional



uenta la abuela Santos una leyenda que escuchó de su abuela Julia, cuando aún era una niña.

En los actuales bofedales de Caquena, a los pies de los imponentes *payachatas*, en tiempos arcaicos, cuando los animales caminaban y hablaban como los seres humanos, en ese cósmico y bello lugar cerca del cielo del mundo, había un gran pueblo donde vivían felices los humanos y los animales.

Sus casas estaban todas construidas de piedra y techadas con la mágica paja brava, la misma que susurra melodías al paso del gélido viento del altiplano por los extensos bofedales; la misma paja brava que está esparcida como copos dorados por los senderos y caminos marcados por nuestros ancestros, manteniendo vivo el hermoso paisaje del lugar.

La gente de la comarca tenía abundancia de ganado y de alimentos, no carecía de nada; sus mujeres vestían hermosos trajes de lana de alpacas y de vicuñas adornados con hilos de oro. Lo más importante era

que dichos pobladores tenían buen corazón y lo compartían todo; si había huérfanos o viudas, todos los habitantes del pueblo los ayudaban, de ese modo nadie conocía la pobreza.

Cada año hacían fiestas de agradecimiento a sus dioses; llevaban grandes ofrendas a los pies de los cerros sagrados y regresaban al pueblo llenos de regocijo, cantando y bailando para comenzar con buenos augurios el nuevo año. Pero al largo paso del tiempo fueron muriendo los sabios y ancianos del pueblo. Los jóvenes comenzaron a ponerse flojos, desobedientes, engreídos y no escuchaban los consejos de sus mayores, se olvidaron de los pobres y ya no agradecían a los dioses. Hasta los animales, como el cóndor y el zorro, solo pensaban en divertirse; habían endurecido su corazón y vivían exclusivamente para ellos.

Un día en que estaban muy alegres en una de sus fiestas, bailando y bebiendo, de pronto entró a la casa un viejo muy sucio y harapiento, los mocos y la baba le corrían por su larga barba y despedía un olor nauseabundo. Se

sostenía en un ondulado bastón de queñua, con el cual se ayudaba a caminar. Al verlo, todos se apartaban de su lado, sin disimular lo asqueados que se sentían con su presencia.

El viejo pasó caminando entre ellos, sin inmutarse, y se acercó al cóndor, que estaba muy elegante con un traje negro y una camisa blanca como la nieve. Le dijo:

—¡Dame un pedazo de carne, tengo hambre!

—¡Sal de aquí, viejo cochino, carne cruda te daré! —le respondió indignado el cóndor, a lo que el anciano replicó de inmediato con una maldición:

—¡Carroña comerás tú, y por siempre! —y se alejó cojeando, apoyado en su bastón de queñua.

Después el viejo se acercó al zorro y le dijo:

—¡Dame un pedazo de carne, tengo hambre!

El zorro le contestó con enojo:

—¡Vete de aquí, viejo cochino! ¡Anda a comer carne cruda a otro lugar!

—¡Tú comerás carne cruda, y carroña comerás!
—sentenció el viejo y se fue cojeando hacia la cocina.

Allí encontró a una vieja mujer, que era la cocinera. El anciano le suplicó:

—¡Dame un pedazo de carne, tengo hambre!

Ella, sintiendo misericordia, tomó un paño húmedo y limpió los mocos y la baba del rostro del viejo. Luego le sirvió un gran plato de comida. Cuando el anciano terminó de comer, llamó a la mujer y le dijo:

—Buena mujer, los dioses me han mandado a castigar a este pueblo por su maldad. ¡Sal de aquí de inmediato y corre, corre por tu vida sin mirar atrás!

La mujer salió corriendo y de inmediato la tierra comenzó a temblar como nunca había temblado. Con los terribles sacudones, los fuertes ruidos y las furiosas llamaradas que provenían desde el fondo de la tierra, el pueblo se dio vuelta y quedó enterrado con todos sus habitantes. Quedaron sepultados para siempre.

En la actualidad, en el lugar solo hay bofedales custodiados por los hermosos *payachatas*. El zorro y el cóndor permanecen con la maldición del viejo: nunca más hablaron como los humanos y quedaron para siempre comiendo carne cruda y carroña.

El árbol del amor

Mary Triny Álvarez Gonzáles (37 años)

Profesora

Pozo Almonte

Primer lugar regional



Mientras transcurría una calurosa tarde de junio, observábamos junto a mi hermano a mi abuelita Justina disfrutar de una rica y jugosa naranja Tangelo debajo de su árbol favorito. Nos propusimos escribir la historia que nos contó la *Jach'a* mama, respecto al "Árbol del amor", como ella llama a este enorme naranjo.

Cierto día se encontraban dos parceleros vecinos trabajando su tierra para cosechar los frutos más ricos y jugosos del desierto; ambos competían por quién tenía la fruta más deliciosa, jugosa y hermosa de la comuna de Pica. Aun cuando ambos sembraban distintos frutos, el jefe de la familia Olcay sembraba los más grandes, jugosos y deliciosos pomelos, con los que se hacían los jugos más refrescantes para esas tardes calurosas en Pica; el jefe de la familia Palape sembraba y cosechaba las más grandes, jugosas y dulces naranjas de la zona.

Tanto Palape como Olcay competían por quién tenía más árboles, quién tenía los árboles más altos, más

verdes, con más y más grandes frutos. Por lo que fuera. El asunto era competir entre ellos. Incluso competían por los logros familiares: quién tenía más visitas en su cumpleaños, a qué hijo le iba mejor en la escuela y cuál tenía más amigos. Así transcurrían los días sin tregua entre estos vecinos.

Quiso el tatita Dios enviarles a ambos hombres de trabajo la misma cantidad de hijos. Una niña preciosa de largas trenzas negras y unos ojos achinaditos al señor Olcay, y un hijo moreno de firmes músculos, rostro varonil y de sonrisa fácil al señor Palape. Ambos padres amaban con devoción a sus hijos y los llevaban a todos los rincones de la chacra, enseñándoles los secretos ancestrales para la siembra en el desierto con los que convertían en verdaderos oasis sus sembradíos.

El tiempo pasó. Los árboles crecían sanos y robustos así como también los niños de ambos agricultores. Pasaron 18 primaveras en la vida de ambos niños. Como cada 29 y 30 de noviembre, se iba a realizar una de las actividades más importantes del pueblo de

Pica: la fiesta religiosa del santo patrono del pueblo, San Andrés. Esto significaba no tan sólo que se bailarían y comerían ricos platos de quinoa graneada con asado de llamito o corderito lechón: para los padres de la localidad tenía un significado especial, porque sus hijos retornaban a pasar la fiesta a Pica desde Iquique, ya que iban al liceo que se encontraba en el puerto, debido a que la escuela de Pica solo contaba con instrucción hasta octavo básico.

Llegó el día de la celebración. Se encontraban todos los vecinos de Pica con sus mejores galas, sus sombreros adornados, las señoras orgullosas lucían sus vestidos de fiesta y sus moños trenzados de forma compleja, entrelazando pompones de colores. “¡Qué bella muestra de cultura ancestral!” decían unos gringos que visitaban el oasis para disfrutar de las cálidas aguas de “La Cocha”. En medio de la plaza se hizo un silencio expectante. Estaba llegando el bus desde Iquique que traía a los hijos de los agricultores que llegaban a pasar la fiesta con la familia. Uno a uno iban bajando y se unían a un grupo que los esperaba con ansias para fundirse en un abrazo cargado de amor y nostalgia por los meses que habían pasado sin verse. En tercer lugar llegó el turno de la familia del Sr. Palape. Vio con orgullo y con la cabeza en alto cómo descendía del bus su primogénito. Lo encontró más alto, más fornido y hermoso. Lo recibió con los brazos abiertos y palmeándole fuertemente la espalda; ya era todo un hombre. Seguían bajando y bajando jóvenes del bus y aún no llegaba el turno del Sr. Olcay, quien por el rabillo del ojo observaba a su vecino y rival. No se perdía detalle de los jóvenes que descendían, esperando ver a la “niña de sus ojos”, como él la llamaba cariñosamente. Y como toda espera tiene su fin, en el último asiento venía ella. Alta, morena, de largas trenzas y ojos almendrados, con esa gracia típica

de las mujeres hijas de esta tierra de sol y aguas tibias.

Debido a que tanto el Sr. Palape como el Sr. Olcay estaban preocupados de hacerle desprecios a su respectivo vecino, no repararon en lo que sucedió frente a sus narices por algunos segundos. Al descender del bus la bella hija del agricultor, el hijo del Sr. Palape posó en ella su mirada y supo enseguida que su corazón le pertenecía a esta niña de largas trenzas y ojos dulces. A su vez, sucedió lo mismo en ella al ver a este mozo que destacaba entre la multitud por su porte y estampa. En ambos el encanto terminó abruptamente cuando vieron a los familiares que los rodeaban. Esa noche fue una fiesta hermosa, como es siempre cuando se celebra al patrono del pueblo; todas las familias bailaron, cantaron y compartieron con sus cercanos.

Ambos hijos de los agricultores volvieron a sus respectivos liceos (él al de hombres y ella al de niñas). Volvieron a verse en las vacaciones de verano. Estarían los dos meses ayudando a sus padres en las labores de la chacra. Se miraban de reojo durante toda la mañana, mientras cada uno trabajaba la tierra bajo el inclemente sol y la suave brisa que mezclaba los aromas de los mangos, pomelos, naranjas, guayabas y limones de Pica que despertaron en ambos jóvenes una sensación dulce que se comenzaba a transformar en un sentimiento de amor; amor que ambos se apresuraban en reprimir debido a la antigua rivalidad de ambos padres. Así transcurrían los días de trabajo: ambos reprimiendo ese amor tan pueril de la juventud y sembrando y trabajando su tierra. Nadie contaba con el poder de la Pachamama ni sabía que ella, como buena madre, estaba atenta a los sentimientos de los jóvenes. Y fue ella quien comenzó a transmitir su sabiduría ancestral a ambos. Cuando la niña introducía sus manos

en la tierra acomodando la semilla, la Pachamama “le hablaba” por medio de imágenes en las que la felicidad se plasmaba en la amistad, el amor al prójimo, la alegría y en la entrega desinteresada. Cuando el mozo podaba las plantas o limpiaba las hojas de los árboles, la Pachamama hacía lo suyo para alimentar el sentimiento y que éste se fortaleciera hasta tener la fuerza necesaria para derrumbar los 18 años de odiosidades entre ambas familias.

Nuestra Pachamama es sabia y, sabiendo que era terreno fértil el corazón de ambos jóvenes, abonó a diario sus corazones. Su esfuerzo dio sus frutos una calurosa tarde en que ambos se encontraron en La Cocha. Fue ella quien, animada por una tímida sonrisa del joven, tomó la iniciativa y se acercó a hablarle. Conversaron tanto que no se dieron cuenta que habían trascendido tantas horas. Cuando sacaron sus pies del agua, estaban arrugados y ambos se largaron a reír. Él encontró que la risa de ella era música para sus oídos y ella encontró que su risa era fresca como la brisa del atardecer. Se despidieron con un tierno beso y prometieron cultivar su amor.

Las labores de ambos en la chacra eran el momento que aprovechaban para amarse a la distancia. Sus miradas estaban cargadas de energía del corazón, esa energía que solo tiene el primer amor. Como ambos amaban tanto a sus padres y los respetaban, no querían ponerlos tristes hablando abiertamente de su amor, por lo cual eran cautos y moderados en la demostración de cariño.

Cierta mañana, el Sr. Olcay observó que justo en el límite de su chacra y la del Sr. Palape estaba creciendo un árbol desconocido; aun cuando su vecino no era de su agrado, él era un hombre de trabajo y esfuerzo así como también justo, por lo cual mandó a buscar a su vecino.

Ambos hombres miraron con recelo el árbol y se pasearon rodeándolo y sobándose el mentón, mientras sus hijos observaban calladitos desde la ventana, dedicándose besos a la distancia. Los agricultores acordaron dejarlo crecer y “ver qué era” para decidir la suerte del extraño árbol. Los más contentos con la noticia fueron los jóvenes, ya que estaban a cargo de vigilar al otro cuando lo podaban, limpiaban o regaban. En esos momentos conversaban y se prometían amor eterno.

Cuando este arbolito dio su primer fruto, no pudieron definir qué era, ya que era muy grande para ser naranja de pica y su cáscara era muy gruesa, pero era muy dulce y anaranjado para ser pomelo. Les llamó la atención la protuberancia que tenía en un extremo, donde se ubicaba el tallo. Como ambos hombres habían probado el fruto, la Pachamama también hizo su trabajo en ellos y les abrió el corazón y los ojos. Al mirar a sus hijos, se dieron cuenta al instante que los labios de ambos se lanzaban un beso a la distancia con la misma forma que tenía el fruto en un extremo. Se miraron y comprendieron que ese árbol tan extraño era un regalo de nuestra madre tierra para demostrarles a ambos hombres de trabajo que el amor todo lo puede y que juntos podrían lograr más y mejores frutos.

Cuenta mi abuelita esta historia a todos sus nietos; somos 15. También somos fruto del gran amor de los hijos de ambos jóvenes. Es tradición en nuestra familia celebrar el cumpleaños de la Jach’a mama reunidos alrededor del gran árbol de Tangelo en donde ella recuerda cómo el amor trajo la dicha y prosperidad a las familias de ella y mi abuelito, familias que con el tiempo se unieron en una sola gran familia y en donde el amor crece en abundancia bajo el ardiente sol de Pica.

Salitre, pan y sangre

Andrea Alejandra Carvajal Almonacid (35 años)

Dueña de casa

Alto Hospicio

Segundo lugar regional



Qué sueño. Siempre estoy tan cansada. Otra vez siento que el cansancio es más grande que mis ganas de hacer las cosas bien por mi familia... Abro los ojos y pienso en quedarme solo cinco minutos más en la cama que huele al sudor fresco de mi esposo, pero si lo hago, no me alcanzará el tiempo para vestir a mis hijos. Creo que ese gallo de cogote rojo volvió a quedarse dormido y con asombro compruebo que nuevamente he abierto los ojos antes que cante ese pajarraco. Mi cuerpo ya se ha acostumbrado a dormir seis horas y aún así siento que me falta tiempo. Sin pensarlo, y con los ojos aún cerrados, me deslizo para poner los pies en el suelo y volver a la realidad.

Siento cómo el frío recorre mi cuerpo y en la oscuridad enciendo las velas del dormitorio y camino a la cocina, prendo la cocinilla a carbón y salgo fuera de casa, a las letrinas. Mientras me recorre un escalofrío que me pone la piel tensa, pienso si esto era lo que quería para mi vida. ¿Valdrá la pena todo este sacrificio? Lavo mi cara y mis manos que están ásperas por el frío y con callosidades luego de amasar y amasar pan. ¡Cuánto

me gustaría tenerlas suaves como las señoras de las casonas de los patrones para acariciar las mejillas de mis hijos sin que ellos me pongan caras! No puedo pensar en esto ahora y con el aroma del último té que queda, despierto a mi esposo y luego a mis hijos. Uno a uno mis niños se pasean chorreando el agua desde el pelo y vienen a mí esperando que los vista y peine; hasta mi esposo espera que corrija el cuello de su camisa o que enderece el gorro que tuerce mal en su cabeza.

Mi hijo menor tiene su chaleco roto. Deberé pasar por la pulpería y comprar lana para remendar ese punto antes que se corra, o bien, podría tejer uno nuevo. Si solo tuviese más tiempo, pero primero les haré unos delantales para que jueguen en casa con las viejas cortinas que guardo en un cajón que me regaló doña Inés. Ese será un buen uso.

Tomamos desayuno rapidito y salimos los cuatro muy abrigados; mis dos hijos cubiertos por una frazada que solíamos usar para cubrir las ventanas y evitar que entrara la camanchaca dentro del dormitorio. Les pido a mis hijos que se abracen para poder capear

mejor las mañanas y evitarles un resfrío de esos que los deja en cama una semana. No. Eso sí sería fatal. Una semana es un gusto que no podemos darnos en nuestra familia. Debemos guardar fichas para comprar alimentos y apenas alcanza para ropa y harina. Además, una parte del pago es para mi hermana que cuida a mis hijos después del colegio. El colegio lo abrió hace poco el “míster” para los niños de los obreros; aunque este mes haremos un desajuste y usaré esas benditas fichas —que solo puedo canjear en la pulpería— para hacer empanadas por el cumpleaños de mi hijo mayor. Después de todo, no se cumplen todos los días ocho años y se lo merecen mis cabros... nunca piden nada. En silencio salimos de casa.

Mis niños se cansan debido al frío; los tomamos en brazos, se acurrucan y dormitan un poco. Mi esposo jadea por el peso. Nos miramos a través de los pañuelos que cubren nuestras bocas. No necesitamos hablar, entre nosotros existe un lenguaje que va más allá de las palabras. Sé que tiene las mismas preocupaciones que yo, pero las mismas necesidades y el logro de sobrevivir cada mes, nos hace unirnos más como familia. Siento el amor en esa mirada, escondido en esas preguntas que me hace con los ojos. Le acaricio la mano y seguimos nuestra travesía. Dejamos a los niños con un beso. Doña Inés me espera para la jornada diaria y mi hombre sigue su viaje por la chusca; veo cómo el polvo de la pampa parece tragárselo mientras avanza lento a su destino. Otros se le unen. Todos cabizbajos, casi pateando la tierra. Sacan mineral a punta de picota. Es un trabajo duro en la calichera y en nada ayuda el negrero que tienen de capataz. Que el cielo lo ampare y llegue a casa sano y salvo.

El cielo está oscuro y las nubes muy juntas y espesas.

El aire está húmedo... espero que no llueva. Sólo pido a Dios que no caiga ni una gota, porque ninguno de mis niños tiene botas. Ayer en la tienda vi unas, creo que tendré que comprarlas. Le diré a doña Inés si puede sacármelas y yo pagárselas de a poco a ella; después de todo, ella abastece al campamento de pan. No le diré nada a mi esposo para no discutir al respecto.

Me puse mi delantal. Sigo pensando en que mis hijos solo se fueron con sus gorritos tipo pasamontañas. Tengo la imagen grabada de cuando nos despedimos. Tomados de la mano, se fueron caminando a aprender el abecedario. En la puerta de la casa que habilitaron como escuela está esa profesora que trajeron de Iquique. Se ve una buena niña y trata bien a los chicos. Ojalá que el “míster” la dejé aquí mucho tiempo. Los niños han estado tan contentos aprendiendo las letras. Además, cuando estamos en casa, me enseñan a mí también. Qué lindo debe ser leer.

Tengo la nariz congelada, pero debo apurarme en llegar, porque doña Inés no me perdonará un atraso y no puedo perder este trabajo. No voy a pensar en nada y comenzaré a mezclar la harina y la manteca. Le pido a Dios me dé fuerzas para hoy, porque mientras más frío hace, más pan come la gente. Así comienzo a amasar este pan, como acaricio mi vida cada día.

Luego de tres horas me molestan las manos, pero ya pronto terminaré y podré beber una taza de café con el pan recién salido del horno; tal vez ponerle un poco de margarina, porque no hay nada más rico que eso y además así se secará mi ropa que se humedece con el sudor de mi trabajo. Estoy más que segura que esto es lo que ha provocado esta tos que me viene en las noches.

Es hora de colación y termino de comer mi ensalada y huevos cocidos que traje, la que acompaño con pan y té, porque no alcanzo a prepararme nada más en la mañana. Pienso si mi esposo sentirá hambre con el arroz y los huevos que le mandé y que habían sobrado de ayer. Después de todo, al llegar a casa prepararé un buen guiso caliente, o un estofado... mejor charquicán, que tanto les gusta a los niños.

Me despido de todos y camino a paso rápido a casa de mi hermana. Quiero llegar y escuchar a mis niños y oír todas sus historias, aunque muchas veces sólo sonrío y asiento, porque estoy tan cansada. Pero no hoy, hoy escucharé todo lo que deban decirme. Los recojo. El frío no da tregua, lo bueno es que el viaje de regreso es siempre más corto, no sé por qué.

Preparo la comida y mi esposo llega, nos abrazamos y se sienta de inmediato a comer. Lo hacemos en silencio y despacio, acariciándonos las manos libres. Al terminar, nos contamos lo que hemos hecho y lo que hemos pasado. Me habla de las injusticias que sufren en las calicheras, los malos tratos. Que los pobres siempre seríamos pobres y los ricos siempre serían más ricos.

Me cuenta que los obreros que trabajan en las chancadoras se asfixian con el polvo del salitre y que los accidentes graves se ocultan y el que los divulga o discute al respecto, se queda sin trabajo. Dios no quiera que las cosas sean así. Nos miramos largo rato y él quiebra el silencio.

—Si algo pasa, ¿me acompañarás a luchar por lo que nos corresponde?

Por mi cabeza pasan imágenes de mis hijos, nuestros

sueños, y me da un miedo horroroso, pero juré a Dios que acompañaría a mi esposo en las buenas y en las malas, sobre todo en las malas.

Me habla de marchar hasta Iquique y acampar en una escuela llamada Santa María. Me dice que los dirigentes de este movimiento ya han hablado con las otras calicheras. Todas están de acuerdo, se unirán muchos comerciantes de la ciudad. Me preocupa saber que las cosas están así. Mi esposo me dice que no será pronto, pero que debo estar lista porque sucederá, llegará el día y no debo hablar con nadie. Debo pensar y rezar mucho. Pero será como Dios quiera que sea.

Al terminar, sirvo el té y él me pregunta por los niños y va a mirarlos dormir. Los besa, les dice que los ama, mientras yo levanto la mesa y lavo los platos. Esta noche quiero ir rápido a la cama, abrazar a mi esposo y dormir, porque estoy realmente agotada y necesito descansar.

Siempre recuerdo algo a último minuto. Debo ordenar la ropa y dejarla doblada o nos iremos con todo arrugado mañana al trabajo y a la escuela. De pronto veo que el pantalón de mi hijo está rasgado. Jugando debe haber sido. Así es que enciendo la lamparita y busco mi costurero y me pongo a remendarlo. No demoraré más de 15 minutos. No puedo evitar pensar que hay personas que tienen empleados que hacen estas cosas; pero no, ni siquiera les remiendan los pantalones: ellos simplemente los desechan y compran otros. Pero ¿serán tan felices como yo? Ver a mis hijos crecer como buenos hombres y esforzarme con mi esposo por nuestra casa propia me hace sentir que tengo un propósito en la vida.

¿Será así para ellos también?

Terminé. Rezo a la Virgen del Carmen por la salud de mi familia y porque nunca nos falten las fuerzas. Rezo porque nos proteja cuando llegue el momento de luchar contra la injusticia, por un sueldo digno y no por estas benditas fichas. Rezo por lo que es nuestro, que cuide de cada alma que llegue a la escuela que lleva su nombre, "Santa María".

Me acuesto y pienso que mis hijos algún día trabajarán en la ciudad. Duermo con este sueño en la cabeza. Sueño que no tengan amasar pan, porque para eso estaré yo.

Pa'l año

Enzo Boris Ingala Challapa (24 años)

Estudiante

Alto Hospicio

Tercer lugar regional



El carnaval en el pueblo de Cariquima es una festividad donde se agradece todo lo que la tierra nos da. Se celebra entre todas las comunidades de un *ayllu* de comunidades originarias (pueblos indígenas). Es un punto de encuentro de pueblos; es muy lindo. Todo vuelve a ser como antes y también se conoce a la familia y se hace más de algún amigo o amiga.

Mi abuelo es un *awatiri* (pastor o *vigilador* de los ganados) de la comunidad de Chulluncane. Es un sabio de sus tierras y fue curandero en su tiempo; asumió importantes cargos en su comunidad aymara. Este lugar donde él vive queda en Colchane, en la región de Tarapacá y en plena puna de los Andes. Él tiene la experiencia de vivir solo, porque todos se han ido del pueblo. Los únicos que lo acompañan son mi abuela y algunos otros abuelos junto a sus ganados, de los que quedan muy pocos. Hablando de que quedan muy pocos, el puma es un animal que se está acabando las llamas de Cariquima, Isluga, Cancosa, Lirima y una serie de pueblos más. Esto, junto con el despoblamiento

por motivos de necesidades que surgieron debido a la ciudad y su nacimiento, ha dejado a las comunidades más vacías.

La realidad de los pueblos es una dualidad que se hace cada vez más fuerte, la pugna entre lo rural y lo urbano. Nosotros vivimos en Alto Hospicio, pero somos originarios de Cariquima, en la comuna de Colchane, ubicada en las zonas interiores de la región de Tarapacá. Nosotros no podemos tener ganado ni podemos cultivar, porque vivimos en la ciudad; solo los grandes empresarios pueden hacer eso en estos tiempos. Nosotros no, porque no disponemos de lugar ni dinero para hacer eso.

Las montañas son los *mallkus*, y las *t'allas* son los cerros sagrados que les guían. Nosotros estamos orgullosos de ellos porque supieron criar la vida en el campo y la vida de nuestros padres; pero después de los carnavales —que se hacen una vez al año en febrero, mes de las lluvias, para celebrar la cosecha y fertilidad de la tierra—, cuando nosotros nos vamos de ahí para

retornar a la ciudad. Qué tristeza me da observar cómo dejo atrás el pueblo de mi madre y mis antepasados ya muertos, las almas benditas; ellos siempre vivirán en el fondo de mi corazón. Yo pido a Dios y a la Naturaleza, los tengan en su gloria y encuentren paz.

Nuestros abuelos están vivos y estoy seguro que han mirado muchas veces un lindo atardecer desde el cerro en la puna, viendo cómo nosotros nos alejábamos de ellos, dejándolos ahí en la comunidad de Chulluncane, lugar donde nacieron, que los vio crecer y vivir años y años. Se quedan solos con su puna y atardecer, mientras nosotros volvemos a la rutina y a los estudios en la ciudad.

A pesar de eso, me siento orgulloso de sentir que por nuestras venas sigue vivo el aymara. Y espero volver el otro año para el Carnaval de Cariquima.

Don Alejo, el brujo bueno

Félix Eleuterio Maizares Ferrer (55 años)

Administrativo

Calama

Primer lugar regional



Es conocida la efectividad de las rogativas que don Alejo realizaba en un lenguaje mezcla de indígena y español, y la infaltable chuspa con coca y el alcohol en tarro traídos desde Bolivia, de donde era originario este brujo bueno. Así le conocían sus clientes, toda gente de los pueblos del interior de Calama. Él se trasladaba hacia donde era requerido, ya fuera para sanar una dolencia con cataplasmas, rezos y limpiezas del cuerpo y alma, o para leer en la coca el origen de las fatalidades y los caminos para solucionarlos.

En estos tiempos, don Alejo sería un médico a domicilio que cobraría barato por el trabajo. La gente tenía mucha fe en sus procedimientos y él se había ganado un muy buen prestigio, principalmente por la actitud humilde que mostraba frente a aquellas situaciones a las que él podía dar solución y también por negarse a atender aquellos casos que, según su diagnóstico, no tenían solución. Siempre buscaba cómo escabullirse ante aquellos casos: "No puedo ir contra la voluntad de Dios y la Pachamama", y agregaba largos fundamentos basados en el sincretismo que lo guiaba.

El médico de los pueblos, habiendo llegado desde las cercanías de Uyuni (Bolivia) soltero, sin hijos, para ese tiempo ya había enviudado y tenía varios nietos. En su transitar de brujo bueno no había variado su precepto de atender sólo aquello que estuviera a su alcance. Muchos fueron en la búsqueda de salud para sus familiares agonizantes ofreciendo mucho dinero, pero él no abría la puerta de su casa o se excusaba con un: "la Pachamama lo está llamando, no puedo hacer nada, hay que dejarlo en las manos del Altísimo." No había dinero que pudiera sacarlo de su decisión. Cuando el enfermo era un conocido de él, recomendaba que le dijeran "que no lo habían encontrado", así evitaría que éste le guardara rencor.

Las atenciones iban desde hechos muy simples a otros muy complejos que involucraban contraatacar "trabajos de brujos que trabajan con el mal". En esos casos, él debía enfrentarlos y, en ocasiones, sacrificar cuyes de distintos colores en el ritual, según hubiese sido la causa que originaba el mal. Él *refería* que en este tipo de casos siempre se arriesgaba algo.

En una ocasión, contaba, una mujer despechada tras haber sido abandonada, solicitó a uno de estos brujos malos un “trabajo” para afectar la salud de su ex pareja. Estos trabajos se hacían en muñecos con ropa del infortunado y en animales como lagartos, sapos y lechuzas. En este caso, habían inutilizado el aparato excretor de uno de esos animales, soltándolo en las inmensidades del desierto para que sufriera y muriera. Se buscaba este mismo sufrimiento para el hombre al que iba dirigido el mal. Éste padeció de igual manera que el animal; posteriormente, luego de varias operaciones, quedó sujeto a un sistema de eliminación de sus necesidades corporales mediante una válvula y bolsa plástica que debía cargar siempre. No aceptó esta situación y terminó por suicidarse con cartuchos de dinamita.

Si los males eran hechos por brujos malos, decía don Alejo, podían requerirse animales tan grandes como un caballo o una mula para deshacer el mal. Además, para que la cura fuera efectiva, debían pertenecer a la persona afectada.

Nada de lo anterior tendría un sentido ahora si no hubiera sido por una noticia aparecida recientemente en un diario local. Se señalaba que a 50 kilómetros de Calama, en las proximidades del poblado de San Francisco de Chiu-Chiu, se encontraron osamentas humanas momificadas, las que corresponderían al caso de una persona extraviada hace cincuenta años, aproximadamente. Por el vestuario —que se habría conservado casi intacto— podía inferirse que se trataba de una persona de sexo masculino. Por las especies que alrededor de ésta se encontraron, aparentemente se habría realizado algún ceremonial de características indígenas.

Finalmente se llegó a determinar que los restos correspondían a don Alejo. Cuentan que hace cincuenta años accedió a atender un caso de un niño moribundo desahuciado, familiar del cónyuge de una de sus hijas. Los padres del menor no se consolaban ni aceptaban la posibilidad de perder tempranamente a su hijo. Le suplicaron a don Alejo que le torciera la mano al destino, pero él sabía que no debía intervenir ni ir contra las leyes de Dios y la Pachamama. Aún sabiendo aquello y viendo el dolor de los padres, se aventuró a realizar el ceremonial acostumbrado. El precio él lo sabía de antemano: se pagaba con la vida aquella vida que se restaurara. Y así no más fue.

Hace un mes cumplí cincuenta y dos años. Cuando don Alejo desapareció, yo me alzaba recién por sobre los dos años de edad y estaba al borde de la muerte. Mi madre me relató alguna vez que había recurrido al brujo bueno para que éste hiciera todo lo posible para lograr mi recuperación. Él había aceptado a regañadientes. Lo curioso de todo esto es que el día en que él desapareció, yo mejoré por arte de magia y he gozado de muy buena salud hasta ahora. Se tejieron muchas historias alrededor de la desaparición de don Alejo. Algunas decían que se había ido a Bolivia, cansado de tanta insistencia y tan poca comprensión por parte de sus paisanos. Pero lo que pasó me queda claro hoy: él debió pagar con su vida la mía, que recién comenzaba. Hoy cargo con los dones del brujo bueno. Siempre llevo mi chuspa de coca y mi alcohol en lata traído desde Bolivia. Lo que sí tengo claro es que no puedo hacer concesiones. No puedo intervenir en aquello que no debo.

Cuando nos casamos

Ricardo Segundo Díaz Quezada (70 años)

Pensionado

Antofagasta

Segundo lugar regional



De pronto comenzaron a crujir las tablas, se sintieron pasos en el comedor.

—Debe ser el Remigio que no quiere irse *entuebía* —confirmó doña Laura.

—No digas boberías —replicó la señora Peta—, que se me pone la carne de gallina.

Instaladas en la cocina, las dos mujeres degustaban un mate de leche con sopaipillas y queso de vaca alrededor de un brasero. Los carbones chisporroteaban al rojo vivo por el aire que se filtraba de una pequeña hendidura del entretecho, haciendo causa común con el miedo de las mujeres. Era un ambiente que se podía cortar con un abrelatas. Los perros aullaban lúgubres y los grillos hacían bailar con sus violines verde musgo a los insectos nocturnos a la luz de la luna llena.

—Escucha esos pasos, Laurita —balbuceó la señora Peta— se vienen acercando a la cocina.

Las mujeres, aterrorizadas, iniciaron una nerviosa jaculatoria: “Dios te salve María...”. La puerta se abrió lentamente, haciendo chirriar los goznes y doña Laura estuvo a punto de desmayarse. Por el intersticio semiabierto se asomó una cabeza canosa y crespa, de ojos vivaces y nariz aguileña, un rostro tostado por el sol.

—¡Perico! —exclamaron al unísono las mujeres— ¿Cómo entraste a la casa si todas las puertas estaban trancadas? ¡Casi nos matas del susto!

El inquilino, con su sombrero en la mano y actitud humilde, se disculpó con una sonrisa ladina:

—Mil perdones por el susto, misiá Petita, misiá Laurita. Anoche se me pasaron las copas por la tristeza de la muerte del patrón Remigio. Después que se marcharon todos los acompañantes al velatorio, me quedé dormido en el sillón de felpa del comedor que habitualmente usaba el patrón, que en paz descanse, para dormir cuando usted lo castigaba, misiá Petita. Me

desperté recientito con el olorcito de las sopaipillas y el queso de vaca. Además, debo contarle algo muy importante: el patrón Remigio se me apareció anoche. Aunque me da vergüenza, debo decirlo. Me pidió... mejor no lo digo.

—Dilo no más, Perico, mira que a los *finaitos* no hay que contrariarlos —afirmó doña Laurita.

—Bueno, entonces no me queda otra. Me comunicó don Remigio que debía casarme con usted, señora Petita, porque esta hacienda no podía funcionar sin un hombre. Y si usted no lo quería creer, el *mesmito* en persona vendría a comunicárselo esta noche, antes que cante el gallo.

—Ándate derechito a tu ruca no más, Perico —le recomendó doña Peta—, parece que *entuabía* te dura la *curá*.

Una vez que se hubo marchado Perico, doña Laura recomendó a doña Peta:

—Esta noche debemos asegurar bien la casa, con trancas en las puertas y pestillos en todas las ventanas, y debemos soltar los perros que no conocen a Perico; los últimos que compró Remigio en el pueblo y que trajeron *recientito* en la tarde.

Como a las tres y media de la madrugada, Perico se vistió con un traje de huaso, una manta florida, unas pierneras de cuero, pantalón de paño, sombrero de

fieltro, unas espuelas de plata y unos zapatos con tacones altos de suela: la tenuta dominguera de propiedad de don Remigio, de la que se había apropiado en la confusión del duelo para poder llevar a cabo su plan. Lo había urdido en el mismo velatorio. Se dirigió resueltamente a la casa patronal; conocía la casa de memoria, sabía cómo abrir desde afuera la puerta del fondo y los perros lo identificaban mejor que al patrón. Pero se llevó una sorpresa: ni el Lunático, ni el Pelota le dieron la bienvenida. Unos fieros mastines, que no había visto ni en peleas de perro, salieron furiosos a su encuentro. Le faltaron patitas para arrancar. Huyó aterrorizado, como si lo persiguiera el mismo diablo, salvándose a duras penas gracias a que había dejado la puerta entreabierta de su rancho. Terminó, eso sí, con algunas mordeduras en las nalgas.

Cerca del medio día, adolorido y derrotado, se encontraba laborando en la huerta cuando vino Perucho, el mozo de casa, a buscarlo. Misiá Petita quería verlo. Perico se dirigió prestamente a la casa patronal. En el camino se fue pensando en alguna argucia que lo salvara del vergonzoso bochorno.

—Para qué soy bueno, misiá Petita —preguntó Perico bastante amolado.

Doña Petita sentenció con tono grave:

—Era pura verdad lo del casorio, Perico. Remigio... me habló anoche. ¿Cuándo nos casamos?

Quebrada de Nacimientos

Valérie Hélène Bernadette Silvestre (42 años)

Microempresaria

San Pedro de Atacama

Premio especial Mujer rural



Dibujando apenas la silueta de la Cordillera, el alba despuntaba detrás de los cerros cuando me levanté. Dejé a mis niños durmiendo acurrucados contra mi mamá. Ya no podía dormir con ellos. Mi barriga ocupaba toda la cama. La guagua se me movía tanto que me despertaba y me daba vueltas y vueltas pesadamente.

Salí de la casa. En el umbral, el aire helado me dio una bofetada y terminó de despertarme. Me envolví en una manta de lana, anudé mi aguayo y partí hacia el corral. Los perros me siguieron sin que tuviera que llamarlos. Sabían cuál era su tarea. Todos emprendimos el camino. Abriendo la marcha iban las llamas con su aire altivo, seguidas por las ovejas gregarias y las cabras desordenadas. Los perros correteaban a los animales que se alejaban de la tropa. Yo tenía que llevar a todo este mundito a la orilla del río, a más de dos horas bien caminadas del pueblo, o sea, tres horas para mí, que caminaba torpemente, tambaleándome de un lado a otro con mi guata redonda.

La senda iba subiendo hasta los pies mismos de la Cordillera, la que nos daba su agua para los cultivos de acá: la papa morada, la quínoa, las habas grandes como el pulgar, el choclo dulce. Seguía el canal de riego que dentro de poco íbamos a limpiar junto a toda la comunidad durante el *Talatur*. Más que simple limpia del canal, era una ceremonia al agua que nos daba la vida. Unas eras circulares ritmaban el recorrido del canal. Cuando llegaba yo a una, aprovechaba de sentarme un poco a descansar mientras los animales pastaban alrededor. Mi mirada se perdía en la llanura lechosa de luz sin sombra. Descansaba mi espíritu en estas inmensidades inconmensurables, en este infinito en medio del cual vivo.

Al llegar al río, los animales se precipitaron a comer la hierba tierna de la orilla. Me senté al lado del agua cristalina y escuché su canción alegre. Me sentía cansada por el trayecto. Me pesaba la guagua en el bajo vientre, como si se acomodara entre los huesos. Mandé a los perros a vigilar la tropa. Bebí agua y comí un pedazo de tortilla de rescoldo que había

traído. Luego, me puse a hilar lana con el huso. Mis dedos estiraban y enrollaban la lana. El huso giraba rítmicamente mientras mis pensamientos volaban en el cielo immaculado, se deslizaban en el susurro del río, rebotaban en las rocas pulidas de la quebrada, se sumergían en un líquido tibio y acogedor.

De pronto, mi guata endureció, al mismo tiempo que toda mi cintura. Ocurrió una y otra vez y supe que iba a dar a luz. No era primeriza, así que me lo tomé con calma. Caminé suavemente hasta encontrar un lugar apropiado: dos rocas de buen porte suficientemente espaciadas para poder acuclillarme y, cerca, una alfombra de hierba tierna para recostarme.

Junté las mantas que tenía: mi chal de lana gruesa y el aguayo que me servirían para abrigar la criatura. Me saqué la camisa de hilo fino que llevaba puesta. Le rajé las mangas. Usaría éstas para absorber la sangre después del parto. El cuerpo de la camisa envolvería suavemente a mi guagua. Busqué mis tijeritas de bordar que me había regalado mi abuela y que siempre llevo conmigo. Cortarían el cordón.

Las contracciones se hicieron más largas y seguidas. Caminé para ayudarlas a hacer su trabajo y respiré hondo para relajar todo mi cuerpo. Me sentía serena. Recordé a la partera que había atendido mis partos en la casa: "No pujes hasta que sientas que la cabeza está bien encaminada. Antes, es esfuerzo inútil." Sentí que el momento estaba próximo. Me saqué las polleras y me apoyé con los antebrazos en las rocas, ligeramente agachada. Ahí fue cuando perdí las aguas. Ya el ritmo de las contracciones apenas me dejaba tiempo para descansar. El dolor se hacía más intenso. ¡Ahí viene! Pujé largamente, casi en suspensión sobre mis brazos

una vez y otra. A la tercera, acerqué las manos a mi entrepierna y toqué su pelo. Recibí su cabeza y pujé levemente para liberar todo su cuerpo.

¡Era una niña! Gruñó. Luego gritó, sorprendida de encontrarse en este mundo tan luminoso. Con unas lanitas, anudé el cordón. Luego lo corté con las tijeritas. Envolví a mi niña en la camisa de algodón y en el aguayo. Me fui, rendida, a recostar en la hierba. Le presenté mi pecho. Mamó con vigor y ganas. Mi guata se contrajo de nuevo y salió la placenta. Tiré el chal encima de nosotras, cerré los ojos y descansé largamente. Sentí su vidita contra mi pecho, la total entrega de su fragilidad... así como nosotros, hijos de la Pachamama. Respiré para ella. Junté mis fuerzas para ella. Dejé entrar el calor del sol en mi cuerpo para abrigoarla. Una brisa tibia vino a acariciar mi piel y a recordarme que el tiempo no había parado, que la noche no nos podía pillar allá arriba. Cuando consideré que podía emprender el regreso al pueblo, me levanté, me vestí, me envolví en el chal y lo crucé sobre ella, acurrucándola contra mi pecho.

Todavía faltaba para que el sol se escondiera detrás de Kimal. Chiflé a los perros que juntaron a los animales y todos, más una, iniciamos el suave descenso hacia el pueblo. Seguimos el canal donde corría el agua que bendecía nuestros cultivos. Era como su cordón umbilical. Los cerros se fueron tiñendo de dorado al mismo tiempo que el cielo, salpicado de nubes como plumas, se incendiaba. La silueta de Kimal se perfilaba en la luz ensangrentada del ocaso. La Pachamama nos cobijaba con sus brazos acogedores, así como yo amparaba a mi chiquita en mi amor infinito. El orgullo me hinchaba el pecho: había parido sola, bajo la protección benevolente de mi tierra, en la Quebrada de Nacimientos.

Mamá por un día... mamá por siempre

Olinda Arqueros Godoy (45 años)

Dueña de casa

Copiapó

Primer lugar nacional

Primer lugar regional



Tenía siete años cuando mi hermana Gabriela se embarazó. Vivía en el pueblo de San Fernando, acurrucada en una casa con dos piezas de adobe: una era para mis padres, y la otra era para mi hermana y yo. Nuestra vida transcurría muchas veces con una lentitud que me consumía, y la pobreza que nos embargaba era mucho más poderosa que la ilusión de que algún día podría salir de aquel modo de vida.

Gabriela trabajaba cosechando verduras y frutas en el terreno de los italianos y, pese a que nunca le vi algún pololo, ella llegó cierto día con su panza abultada. Tenía carácter ella. Mi mamá, que ya era de edad avanzada, ignoraba nuestras vidas y se proponía día a día vivir de lo que la misericordia divina —según ella— le entregara. Me peinaba con hartito jugo de limón y me hacía una cola, y me mandaba a la escuela por unos callejones que yo debía cruzar. Me demoraba casi tres cuartos de hora. A veces me mandaba con mi abuelo, un hombre inmensamente grande que vendía aliños casa por

casa. Otras veces volvía sola después de las seis de la tarde, porque debía quedarme a la colación que daban en la escuela.

Aprendí de las siembras, del tejido a telar y la ordeña de vacas, pero tenía un gran vacío en mi corazón; algo que no me hacía feliz, algo que se ausentaba siempre que me recostaba en los camarotes de lanas de oveja y frazadas de media que mi mamá tejía. En la escuela me molestaban y me decían "india", dado mis apellidos y rasgos diaguitas. Sufría mucho, no quería ir a la escuela, quería quedarme en casa escondida entre los frutales y los maizales que mi padre, don Julio Campillay, y mi madre, doña Longina Godoy, cuidaban con recelo.

Una mañana enfermé y no sabía qué tenía. Solo sentía un fuerte dolor en el pecho que no me dejaba respirar y mucha fiebre. Mi madre, que pese a todo era muy preocupada, me ponía cataplasmas de barro en el pecho o diario con esperma de vela y me cubría con un paño rojo. Yo estaba creciendo ya y asomaban

mis primeros rasgos de niña preadolescente, así es que poco me gustaban esos extraños remedios. Por suerte, siempre llegaba la Gabriela con remedios que compraba en el centro y a escondidas me los daba. Yo creo que esos remedios me mejoraban más que los que me daba mi mamá.

—La Pachamama es el mejor remedio *pa'* la fiebre, chiquilla —me decía dándome jugo de granada mezclada con limón y sal.

Lo único que yo quería era mejorarme y salir de aquel lugar de pobreza al que me sometían; porque para mis padres la vida era simplemente vivir, cuidar animales, cosechar frutas y verduras y esperar que un nuevo día viniera para vender el fruto de sus trabajos. Pero nunca recibí de ellos una ropa nueva, un vestido o unos zapatos.

Mi hermana Gabriela siempre me compraba alguna ropita, y toda vez que podía la lucía yendo a la ciudad o en alguna fiesta como la Candelaria o el año nuevo. Cierta día mi hermana *enfermó*. Me mandó a buscar a mi mamá rápidamente, porque le dolía la *guata* y decía que ya iba a parir. Entonces mi mamá puso agua en el fogón y llamó a doña Vitalia, que vivía en los bajos (porque ella criaba chanchos, patos y gallinas), quien subió como pudo el alto afirmándose en los chañares y coligues que le servían de pasarela.

Mi padre, para variar, estaba en el sembrado y mi mamá me pidió que por favor fuera por él. Yo corrí asustada porque mi hermana gritaba mucho de dolor. Cuando llegué donde mi papá para contarle lo sucedido, me miró con parsimonia y me dijo:

—Yo no tengo ná que ver con eso, así es que dile a tu mamá que lo haga sola no más ¡Cabra más tonta no he visto! ¡Pobre de ti que algún día *tengai* una guagua, porque te *vai* con tres pitos y un tambor de la casa! ¡Mirss, faltaba más! *Tamos pa'l tres y pa'l cuatro* y se le ocurre tener guagua a la perla ¡No le bastó con tenerte a *voh poh!*

No lo entendí al comienzo, pero cuando volví por el trayecto a casa, acompañada de nuestro perro blanco, descubrí que mi hermana Gabriela en verdad era mi mamá y que mi mamá era mi abuela. Entonces entendí por qué la Gabriela me compraba cositas y me ayudaba siempre.

Cuando llegué, doña Vitalia estaba frente a ella y mi mamá calentaba el agua en el fogón.

—¡Quédate allí no más tú, chiquilla, que no *podís* estar mirando esto!

Pero, muy porfiada, me colgué de la cortina de cretona de colores y miré cómo doña Vitalia metía sus manos en mi hermana-mamá y le decía.

—¡La guagua viene de poto, viene de poto!

Yo pensaba: Todas las guaguas vienen de poto. ¿De qué otra manera podrían venir?

Y mi hermana, que ahora yo sabía que era mi mamá, gritaba y gritaba. Había nacido en mí un amor muy grande por ella, doble, triple: por hermana, por mamá y por cuidarme en el silencio de su vida. Por eso, cuando tuviera la guagua, la abrazaría y le diría que ya sabía que ella era mi mamá y no mi hermana; y que

mi mamá era en realidad mi abuela. Quería contarle a todo el mundo en la escuela que mi mami era joven y que ahora tenía quien me defendiera. Ya no me dirían más india, ni pobre, porque tenía una mamá que me iría a defender.

Doña Vitalia le decía a mi mamá Gabriela que "empujara" fuerte o algo así. Entre los llantos y gritos de ella, mi abuela decía:

—¡Se nos va, se nos va!

¿Pero cómo podía decir eso mi abuela, que mi mamá recién descubierta se iba a ir, si la veía con los pies abiertos y gritando de dolor?

De pronto un llanto débil de bebé tomó fuerza después del cachetazo que le dio doña Vitalia en pleno *poto pelao*, haciéndolo llorar más fuerte.

—¡Es un hombrecito! —dijo.

Mi mamá se durmió al parecer, porque doña Vitalia la acomodó y la tapó. Mi abuela recibió a la criatura. Por lo que yo pude ver, la envolvió después de haberla bañado y se sentó con ella a los pies de la cama.

—¿Y la Gabriela?

—Conformidad comadre, conformidad. La Gabriela se nos fue. No soportó el parto.

No lo podía entender. ¿Cómo que "se nos fue", si la veía durmiendo en la cama?

Entré sin ningún preámbulo y me abracé a su cuerpo aún tibio y húmedo.

—¡Mamita, mamita linda no te vayas; no me *dejís* ahora que sé que *tú soy* mi mamita de verdad, por favor!

Mi abuela, que no entendía lo que yo decía pero que abrazaba al niño con ternura, también lloraba en silencio, apretando en su pecho al pequeño que reclamaba leche y abrigo.

—¡Oye, chiquilla, deja tranquila a tu mamá que se fue al cielo! Anda a avisarle a tu *taita* que venga.

No hizo falta, porque la bulla corrió por los bajos y altos del pueblo. Llegó de inmediato y observó el trágico cuadro. Yo lloraba porque no entendía que la vida, para ser vida, tuviera que tener como recompensa una muerte. Yo quería a mi mamá: joven, linda, trabajadora, defensora y risueña. Sin embargo, me quedé sin mamá y con un hermano *guagüita*.

Días después mi abuela me contó que mi mamá me había tenido a los trece años y que mi papá había sido un campesino que se había ido *pal sur* de Chile, dejándome a cargo de ellos sin que se supiera más de él. Ellos me reconocieron y me cuidaron como pudieron, negándome el derecho a saber que verdaderamente sí tenía una madre, que aunque me duró solo unos minutos, me hizo inmensamente feliz. No es que no quisiera a mi abuela, la amaba mucho, pero sentía que su amor no me llenaba como el de la Gabriela. Cuando llegaba el fin de mes, me compraba mis cositas de mujercita, ropita y en las pascuas, un regalito. Y siempre que yo me dormía a su lado me

abrazaba y me besaba, acariciaba mi cabellera y me despiojaba mientras yo dormía bajo su ala de madre tierna y silenciosa.

Al pasar los años, me dediqué a criar a mi hermano Sergio Antonio. Lo crié como a mi propio hijo; es muy parecido a la Gabriela, mi mamá. No seguí estudiando porque mi abuela, después de contarme la verdad que yo había descubierto gracias a mi abuelo, me encargó al Sergio y me dijo que tenía que trabajar para cuidarlo. Ella estaba vieja y cansada para seguir tomando historias ajenas.

Viví por él hasta hoy, que tiene 34 años. Nunca le dije que yo era su mamá, porque no merecía vivir con la ilusión de tener una madre viva cuando efectivamente él tenía —como yo— una madre muerta que nos miraba y nos cuidaba desde el cielo. Su mirada es tan ausente como la verde mirada de mi madre, y su risa se ensancha cuando me ve abrazarlo y darle ese amor que tanta falta nos hace a quienes no tenemos la dicha de contar con el divino tesoro humano que es una madre.

El cofre del diablo

Fresia Daisy Ibarbe Rivera (62 años)

Empleada

Vallenar

Segundo lugar



Érase una vez una historia muy singular. Sus protagonistas eran muy conocidos personajes en la tercera región de Atacama, en donde se encuentra un pueblito llamado San Félix con sus apacibles habitantes. Enclavado en los valles transversales, el lugar se caracteriza por sus finísimos productos que invaden el lugar de un embujador aroma.

Don Arcadio poseía una hacienda. Parte de ella no estaba ocupada. Un buen día se hizo presente un hombrecito que le preguntó si aceptaba que él trabajara en el terreno. Este anciano era bajito, de anchos hombros, llevaba un chupallón de paja y un chaleco negro muy brillante en el dorso. A simple vista, los mostachos le crecían en forma desordenada y adornaban sutilmente su marcado rostro. En una gruesa correa de cuero café tenía un hebillón que mostraba la figura de una herradura. Mostraba ser un típico agricultor. Después de cruzar varias palabras, este prominente campesino se identificó como Arturo Pallauta.

Don Arcadio y su esposa Isabel aceptaron la solicitud y al día siguiente comenzó a trabajar el terreno. Trajo un saco blanco donde tenía sus tabales, un pantalón viejo, una desteñida camisa, unos calcetines rojos, rastrillo, pala, picota y venía acompañado de un perro color blanco con manchas negras llamado Toperol.

En un rincón de la propiedad había una chocita hecha de brea y barro a la usanza antigua. Don Arturo trabajó por muchos meses. Tiempo después, se acercó a conversar con doña Isabel. Le contó que la noche anterior, cerca del tronco de la enorme higuera, entre la oscuridad del follaje y la luz de la luna, había visto una figura de un hombre muy elegante vestido de negro, camisa blanca y un prendedor en su corbata que brillaba muy fuertemente. Sorprendido, agudizó la vista para verlo de mejor forma, pero el imponente hombre se fue desvaneciendo poco a poco, dando lugar a un enorme brasero encendido con muchas chispas, como fuegos artificiales. Mientras liaba un cigarrillo dentro de su choza, se fijó en su raído calendario de que era el día de San

Juan. Era ya la medianoche. Se acostó en su humilde lecho pensando que había sido un *entierro*. En ese instante, en lo alto de la higuera, cantó la chonchona con tétricos sonidos melodías de extrañas notas de guitarras y acordeones. Toda esta experiencia le fue contada a doña Isabel. Incrédula, ella hizo caso omiso de lo ocurrido.

—Yo no creo en esas pamplinas —le respondió doña Isabel con palabras incoherentes, gritándole que al día siguiente sería despedido, puesto que no quería locos en su predio.

Don Arturo quedó pensativo arreglando su saquito pacientemente, a la vez que fraguaba ideas dantescas de lo que había visto la noche anterior. Se dirigió a su choza y tomó la lámpara de carburo. Fumó otro cigarro en forma segura. Se dirigió hacia el lugar donde había visto el brasero. Vientos huracanados movían el follaje de la higuera y ponían el ambiente aun más tétrico y sugestivo. A pesar de la valentía de don Arturo, las piernas le temblaban. Un sudor helado invadía su cuerpo, sus desorbitados ojos eran la antesala de un acontecimiento inusitado. Con el chuzo y la pala entre sus manos, procedió a buscar el *entierro*. Ya habían pasado muchas horas. Mientras cavaba, pasaron feos animales en torno a la excavación, carcajadas de mujeres —algunas sin cabeza —y un hombre muy robusto con su dentadura completamente cubierta de oro.

De repente, se inició un ventarrón muy fuerte. La chupalla de don Arturo voló por los aires, una liebre quiso refugiarse en un hoyo. Se estropeó la inspiración de este hombre, pero seguía cavando. Sus manos parecían un hambriento roedor en la oscuridad, pues

la ambición de encontrar aquella riqueza ya lo tenía enloquecido.

Con el chuzo clavó fuertemente y sintió un choque extraño. Era evidente. Ante sus ojos estaba la riqueza que tanto anhelaba. Fue enorme la sorpresa al sacar una bolsa de cuero roída por los años y dentro de esta, un brillante cofre. Al levantarlo, se derramaron tantas brillantes alhajas que por un momento sus ojos se encandilaron: había muchas monedas de oro, algunas gargantillas, brazaletes finísimamente confeccionados, *peluconas*, crucifijos también de oro, un jarrón de cobre lleno de alhajas. Brillaban ante sus ojos con el reflejo lunar. Su perrito gemía. Sorpresivamente la lámpara de carburo se apagó. No lo pensó dos veces. Con su poco intelecto don Arturo hilvanó todos los movimientos que iba a ejecutar. Nadie lo veía, sólo eran testigos el mudo Toperol, un gato intruso que observaba desde un tejado y el espantapájaros clavado en medio de la siembra. Vio que un enorme pájaro negro se abalanzaba sobre él, queriéndolo devorar; una lechuga, un búho, como presagiando la muerte. Estos sucesos lo tenía vuelto loco. En ese instante cantó la llorona; no podía distinguir si todo era real o fantasmal. Temblando e inseguro, pensó que se trataba de una alucinación provocada por el demonio.

Corriendo, fue a buscar el saco que tenía colgado en su choza. Lo tomó rápidamente, miró hacia todos lados, y fue a buscar lo que tanto anhelaba. Lo llenó con todo lo que había encontrado en el entierro. Ya eran las cuatro de la madrugada. Salió del predio silenciosamente. Saltó una pirca, trastabilló debido al nerviosismo y luego se perdió en la oscuridad, cojeando. Así emprendió su huida. Toperol pensó que

su amo había salido a comprar, como de costumbre, y se quedó cuidando la chocita, pues era un fiel guardián. Sufrió de un total abandono. Pasaron los días y el hambriento *quiltro* emanaba blanca espuma del hocico, antesala de su muerte. Estiró sus patitas clamando a su amo y dejó de existir como un soldado cumpliendo heroicamente con su deber.

Cuando florece la quila

Manuel Alejandro Sepúlveda Huenupi (32 años)

Técnico en construcción habitacional

Copiapó

Tercer lugar regional



Se dice en los campos que cuando florece la quila, hermana del bambú, llegará la pobreza; los campos sufrirán, las cosechas mermarán, las frutas tendrán un sabor más amargo. El cambio en la vegetación será notable: no crecerá con normalidad, producto del campo en las bodegas ocupará una mínima parte. Debido a esto, la población no estará abastecida y mirará sus campos con recelo y desilusión.

Siempre escuché este relato sin tener la respuesta de cómo el florecimiento de una planta puede provocar tanto mal, si cuando cosechan esta planta, ya madura y transformada en madera sólida (coligüe), es un material noble, sencillo y que sirve para realizar una infinidad de trabajos. Me lo preguntaba una y otra vez, sin tener respuesta. Esperaba cada primavera. Cuando las flores de miles de plantas, arbustos y árboles florecían, yo miraba la quila. Sólo crecían sus hojas, angostas y alargadas, enverdeciendo aún más el lugar.

Entonces preguntaba a los campesinos:

—¿Por qué este año no floreció la quila?

Me miraban extraño. Otros decían:

—Que Dios no lo quiera, sería fatal.

Y así me quedaba con una gran pregunta y curiosidad hasta la siguiente primavera.

Durante los meses siguientes, tomaban la quila que ya estaba transformada en una madera de color amarillo verdoso. Era un madero largo que se podía utilizar para construir muebles, colocar de soporte a las siembras frondosas, construir cercas y también se podía utilizar, ya más seca, como leña en las cocinas; o para levantar las sogas de colgar ropa. Con estos usos me respondía a mí mismo: "Será por esto que no la eliminan y le dan distinto uso. Ayuda, pero le temen si florece". Mi mayor impacto fue ver el coligüe de la quila puesto como mástil del pabellón patrio. Miraba

la frondosa mata de quila y me imaginaba qué decía: “Ahí tienen, mi fruto elevando su mayor flor. Sería más el miedo si yo elevara la mía”.

Se aproximaban varios eventos. El crudo invierno estaba encima sin dar tregua, mientras la quila lo combatía con su frondoso follaje, sin mayor preocupación. La nieve solo cubría la parte superior, quedando abajo una verdadera guarida. Sus hojas, a medio secar, abrigaban el ambiente, mientras que los coligües maduros resistían el peso, tanto de la nieve como de los cambios del clima. Así pasaron los meses hasta que se aproximó la primavera. La noble quila me recibía día tras día como un hogar; no temía que floreciera.

Una mañana de fin de semana, comenzó la tragedia: me di cuenta que en la altura, ahí donde un rayo de sol abrigaba las últimas hojas nacidas de la quila, una pequeña flor de color blanco se asomaba. Fue un impacto. Cómo le diría a los campesinos que en medio del campo estaba floreciendo lo que todos temían. Corrí y con voz fuerte grité a la chacra:

—¡Encontré una flor en la quila!

Observé sus caras. Fue un impacto para todos. Don Vicente me dijo:

—No esté molestando, gancho.

—No —le dije—. Floreció porque yo la cuidé todo el año.

—Mire el *mugre*. Ahora quedaremos sin cosecha. Qué vamos a comer ahora.

Y corrieron a los galpones, bodegas y casas. Sin entender nada de lo que pasaba, pregunté fuerte:

—¿Pero... por qué?

—Mire, gancho —me dijo don Vicente—, lo que pasa es que usted, allí donde cuidó su quila, tendrá en unos días más un gran nido de ratones, lauchas y esos roedores bien grandes, creo que le llaman.

—Ah —dije.

—Claro pues, gancho. Porque la quila, al florecer, se pone dulce y frondosa. Estos bichitos encuentran ahí el lugar indicado para reproducirse por montones. No ve que ahí nadie los molesta. No se ven entre la quila. Pero cuando se les acabe el alimento ahí en el medio, saldrán a buscar más. Y adivine dónde se van a ir a meter: ¡Sí, pues! A su bodega, chacra, casa... y va quedar en la pobreza absoluta. No le va a quedar nada para comer y menos para la venta.

Me *cayó* el dicho “floreció la quila, nos llegará la pobreza”.

—Pero ¿por qué nadie me dijo antes de qué se trataba? —reclamé. Don Vicente me miró, rió y me dijo:

—Ahora, ganchito, vaya a su casa y, con los mismos coligües de la quila, empiece a cerrar todos los orificios por donde puedan pasar estos diablos. Corra, que ya vienen.

Palmas en el hombro

Carlos Roberto Ardiles Irrarrázaval (42 años)

Docente

Ovalle

Primer lugar regional



Alfonso Eguiluz se hizo una fama a punta de rebenque y muertes. Es que el huaso se las traía desde chico al amparo de Hugo, su padre, que robó tierras a destajo y estafó a varios pequeños agricultores a vista y paciencia de las autoridades que hacían la vista gorda y agradecían sus bondadosas donaciones para la campaña de alcalde y concejales. Con él aprendió los escabrosos secretos de las negociaciones a través del miedo y la oscuridad.

Hugo Eguiluz le dejó a Alfonso un fundo relativamente pequeño cerca de Recoleta —una antigua estación de ferrocarril cerca de Ovalle— producto de compras a *precio de huevo* de varias parcelitas. Una vez muerto su padre, Alfonso tomó las riendas del negocio. Y vaya que prosperó. Los más cercanos decían que había pactado con el *Cornudo*, los más cautos opinaban que el Focho era bueno para los negocios y punto. Su mala fama comenzó apenas murió su padre, pues a un par de meses del deceso, peleó con su madre y esta

falleció de un infarto fulminante. A ciencia cierta no se sabe cómo ni quién comenzó con la leyenda negra de Alfonso Eguiluz. Sólo se sabe que si el patrón le tocaba el hombro a alguien, como dicen que pasó con su madre, la muerte no tardaría en cobrar su alma de aquel o aquella. “A mí no me *tocai, Pelá...* ¿entendí?... aquí mando yo y usté me le va a obedecer a mí. Alma por plata, ese es nuestro negocio”, dicen que dijo el patrón una noche de otoño.

Tenía ojo para los negocios el hombre. Se dio cuenta que la industria del pisco tenía más futuro que otra cosa en la provincia, *así es que* mandó a los peones a sacar los frutales para sembrar de parrones hasta la punta de los cerros, literalmente. La uva pisquera tomó vuelo y su ambición también. Los de las pisqueras ofrecían ocho escudos por kilo y el patrón pedía veinte. El hombre, corpulento como un percherón, se acercaba a los ejecutivos que iban a negociar intimidándolos con una mirada diabólica, mostraba delicadamente la escopeta que siempre traía a su espalda, los tomaba fuerte del hombro y

repetía como toro en ruedo: "Veinte, ni un escudo menos". A los jóvenes, que sabían de la maldición del Focho Eguiluz al tocar el hombro, no les quedaba otra que aceptar la oferta, aunque ya se sintieran condenados a muerte. Y murió uno de ellos un par de días después, en un accidente automovilístico, mientras el otro joven ejecutivo terminó tomando para siempre agua de tilo para calmar su miedo. Con eso, la fama del pacto con el diablo se extendió por toda la provincia. A nadie más en la región le pagaron tal cantidad de dinero por el kilo de uva. Alfonso Eguiluz aprovechó las ganancias para hacer el negocio del siglo.

—¡Perucho! Usted que es más *letriao*, hágase una carta y me invita a *toítos* los socios de la *comunidad pa'l* domingo a las once en la sede en Recoleta. Que maten una vaquilla. Encargué *al sure* varias chuicas de pipeño. A estos brutos se les pillan con la guata llena y el hocico hinchado.

Cinco días después, en la sede social (lo que antaño fuera la Oficina Recoleta de Ferrocarriles) se reunieron más de ciento veinte socios dueños de las tierras y los derechos de agua del río Hurtado, que regaba los sembradíos y los canales del sector. Todos fueron. Las razones: "No vaya a ser que el patrón se enoje y nos mande a la *Pelá, pu'ñó*"; "Tiene muy *re malas pulgas* don Focho, y si toca que se acerca y te toca el hombro, hasta ahí *no má'* llegamos, gancho"; "Y si no vamos te pega un tiro en la cabeza y los pacos no lo van detener, ve que los tiene a *to'os mojaos*, hasta el alcalde le hace *pucheros*".

La mañana pintaba linda y el olor a asado y a vino del bueno se sentía hasta el mismísimo Ovalle. Dijo cosas

muy bonitas, con apelativo y nombre. Fue convincente, fuerte y claro. Se paseó entre todos, tocando a varios el hombro (quienes se ponían a rezar de inmediato, asustados y condenados).

—¡Les arriendo la comunidad... entera!

—Eso no se puede, patroncito. ¿Cómo nos va arrendar? ¿No ve que nos deja sin ná'?

—Les arriendo las tierras por cien años y ustedes recibirán sueldo de peón. Se quedan trabajando conmigo... ¡Un millón y medio de escudos por cien años y *pega segura*! Ahora coman y tomen lo que quieran. A las cinco vuelvo por la respuesta.

Muchos ni siquiera sabían cuántos ceros tenía un millón. Hablaron mucho rato mientras el vino corría de tal manera que daba gusto. Al final de la tarde, cuando Alfonso Eguiluz regresó, ya habían decidido aceptar la oferta porque alguien había calculado lo que le tocaba a cada uno y eran como ciento y tantos escudos, mucho más de lo que verían en años de trabajo. Así es que, medio borrachos a esa altura, se pusieron de acuerdo para firmar el contrato por cien años con el señor notario que traería don Alfonso el miércoles siguiente. Así fue como Alfonso Eguiluz se hizo dueño de más de cuatro mil doscientas hectáreas de terrenos cultivables con agua gratis y peones a destajo y a bajo sueldo.

Durante el primer año, tres de los dueños de la comunidad murieron por diversas razones y aunque nadie estaba seguro, todos decían que eran a quienes el patrón tocó durante la reunión en la sede. El poder y el temor que infundía aumentaron

exponencialmente. En ese mismo período, a todos los que habían firmado, se les acabó la pequeña fortuna; la mayoría se mostró arrepentida de haber regalado sus tierras. Además, el escudo se devaluó y el peso se transformó en la moneda nacional. Lo poco que tenían no servía ni para migas de pan. Nadie se atrevió a reclamarle a Alfonso Eguiluz. Claro, sabía él muy bien cómo mantener a sus peones tranquilos y les puso el sueldo en pesos y les dio un par de chucherías de regalo: vino a cántaros, vacunos y cantoras para los dieciochos; así se olvidaron de que alguna vez habían vendido su alma al diablo.

El negocio de la uva pisquera seguía siendo bueno, aunque los empresarios del pisco ya regateaban más y mejor. Pusieron en jaque a Eguiluz cuando comenzaron a comprar a los productores más pequeños de otros pueblos: cinco pesos el kilo. Entonces comenzó a visitar a esos pequeños agricultores en Hurtado, San Pedro, Pichasca, Limarí. “Buenas. Alfonso Eguiluz, *pa’ servirle*. Vengo a hacer negocios con *usté* y supongo que sabe lo que le conviene”. Esa era la carta de presentación del hombre, más una fuerte palmada en el hombro. Todos sabían quién era Eguiluz, sabían del pacto con el diablo y de su trato con la *Pelá*, así es que todos accedían al negocio: le vendían a los mismos cinco pesos el kilo de uva, sus hombres cargaban y después obligaba a las empresas del pisco a comprarle a él: quince, veinte y hasta cincuenta pesos el kilo. “O si no las mando *pa’l* Perú y ustedes saben qué dirán los políticos sobre el pisco peruano con uva chilena... ustedes eligen.” No había otro como él para los negocios.

Un par de años después amplió el giro a la uva de exportación, cuando pocos se atrevían a sacar sus productos al extranjero. Con ello aumentó su

pecunia considerablemente. Para evitar todo tipo de molestias y seguir siendo el amo y señor de Recoleta y sus alrededores, continuaba sus donaciones al gobierno de turno como le había enseñado su padre: “Todo depende de financiar a ambos bandos en la guerra, hijo. Después se cobran los favores y las ganancias”. Al final de los años ochenta, cuando el régimen militar comenzaba a despedirse, perdió gran parte de las regalías. Al volver la democracia los de contraloría aparecieron con una tal ley antimonopolio y se le acabó la gallina de los huevos de oro. Volvió a las prácticas legales, ya con una fortuna de un par de millones de dólares, pero sin herederos legales. “Tengo tres *guachos* por ahí con las *chinas* de las casas, pero cuando *la Pelá* me ponga fianza y los pergenios estén *pa’ casorio*, ahí recién les dejo herencia... Esos mocosos son unos ignorantes y no saben *na’* del negocio... Se van a tomar toda la plata”, decía resintiendo su distancia y falta de afecto. Sin embargo, sus tres hijos resultaron ser excelentes administradores; no le quedó otra que asegurarlos en el testamento, pero nunca les dio el apellido.

Alfonso Eguiluz se fue quedando solo en la casona del fundo, no salía de ella y cuando lo hacía, era de noche. Llevaba su escopeta a la espalda y recorría parte de los sembrados, atesorando los años en que su solo nombre provocaba temor; riendo, a veces, de aquella leyenda que le gustaba tanto que se comentara. Miraba su mano y recordaba la cara de susto de quienes alguna vez la sintieron en el hombro. “Nunca voy a saber, *Pelaíta*, si todos esos muertos fueron por mi culpa”, dijo aquella noche mirando alrededor, presintiendo que la muerte vendría por él en cualquier instante.

Era la noche del 14 de octubre de 1997. Alfonso Eguiluz caminaba solitario por el predio, cuando sintió un fuerte sonido bajo sus pies. De pronto, una enorme sacudida comenzó a levantar tanto polvo que no logró ver a un metro de distancia. Quedó desorientado. Sentía el crujir de los árboles. Escuchaba los gritos de las mujeres de las casas cercanas. No lograba mantenerse en pie y el temblor parecía interminable. Cuando el terremoto pareció terminar, el caos reinaba en todas partes. Se habían caído árboles, parronales, la mitad de las casas estaban en el suelo y los llantos, gritos y lamentos de las mujeres era lo único que se escuchaba. A lo lejos, las balizas de ambulancias, bomberos o carabineros eran el preámbulo de las imágenes dantescas que recorrerían el mundo a partir del día siguiente. Alfonso Eguiluz logró ponerse de pie, medio ciego aún, cuando le pareció ver algo como un perro de ojos rojos... azufre, olor a azufre; se afirmó en un parrón grueso y sintió una mano en su hombro derecho. "¡Todavía no, Diablo conch...! ¡*Pelá de mierda!* A mí no me *tocai*, ¿oíste? ¡A mí no me *llevai!*", gritó desenfocado. Caminó a tientas, inseguro

de dónde pisaba, aunque sabía más o menos dónde se encontraba. La noria se había abierto más de dos metros con el temblor. Ese cálculo, Alfonso Eguiluz no lo había hecho... ni tuvo tiempo de hacerlo.

Lo buscaron todo el día siguiente hasta que bomberos lo encontró ahogado a tres metros de profundidad. Nadie lloró al finado. Ni sus *chinas*, ni sus *guachos*... ni sus trabajadores. Nadie. Cuando el ataúd fue cubierto por la tapia de cemento en el panteón familiar del cementerio de Recoleta, los escasos asistentes acomodaron las pocas flores y coronas que llegaron en señal de falso respeto al patrón, pero nadie pronunció palabra alguna ni derramó una lágrima. Como si se tratara de un regalo, casi todos respiraron aliviados. Terminaba la oscura vida de Alfonso Eguiluz, el patrón que se ganó el miedo y la fama de todos a punta de rebenque y muerte.

Sus hijos lo hicieron mejor y hasta hoy intentan enmendar los pecados de un padre que se convirtió en leyenda.

Trompo

Patricio Iván Rojas Riveros (42 años)

Temporero agrícola

Vicuña

Segundo lugar regional



Al fin había llegado el mejor mes del año: septiembre. Por fin podría lucirme. Allí estaba yo en el mostrador de la tienda, un trompo chileno. Muy temprano en la mañana el vendedor nos puso allí, alineados junto a otros de mi especie y, en la parte alta de la tienda, colgados de pita, estaban los volantines de muchas formas y colores. La tienda ya estaba lista para recibir a los compradores. Nosotros, los trompos de madera, éramos pocos. Pero más allá, en grandes cantidades, había otros trompos que jamás había visto. Eran de un extraño material, pues se podía ver a través de ellos. Eran de colores muy fuertes y, cuando el vendedor se los mostraba a los compradores y los hacía girar, brotaban de ellos unos extraños ruidos.

—¡Esto es lo último, la novedad! Me llegaron hace muy poquito —decía al ofrecerlos.

Muchos de ellos se vendieron, pero allí estábamos nosotros, los pocos de madera que aún no

encontrábamos dueño. Yo, pintado con una franja roja, azul y blanca, estaba preocupado: tal vez este septiembre no podría lucirme. De pronto, entró en la tienda un pequeño de la mano de su papá. El vendedor, como de costumbre, mostró sus novedades. Esos, los nuevos, los trompos de los ruidos extraños. El pequeño los miró, pero su vista se posó en nosotros, los de madera. Después de mirarnos por un buen rato me apuntó con su pequeña mano. Al tomarme en su mano, noté una gran sonrisa. En él, por fin, había encontrado a mi dueño. Así, muy felices, nos fuimos no sin antes despedirme de mis amigos que quedaron en la tienda. Les deseé mucha suerte.

En la calle ya se sentía el ambiente festivo. Soplaba una tibia brisa y las calles estaban adornadas con pequeñas banderitas de colores, iguales a las que tenía yo pintadas. La gente iba y venía, todos iban muy apurados. Al fin llegamos a la casa de mi dueño, pero ocurrió algo que no tenía pensado. Para el pequeño, yo era su primer trompo; no sabía cómo hacerme girar, cómo tirarme con la lienza, mi compañera. Su

papá resolvió el problema y comenzó a enseñarle. Así estuvimos casi todo un día, practica que practica. Yo aguanté golpe tras golpe cuando el pequeño me tiraba con la lienza.

Una mañana, como por arte de magia el pequeño me lanzó y comencé a bailar. El pequeño comenzó a reír y llamó a su padre. Él llegó muy rápido y juntos se quedaron mirándome por largo rato mientras giraba. Al fin mi dueño había aprendido a jugar conmigo; estaba listo y podría ser un verdadero trompo.

En la tarde salimos con mi dueño a la calle a lucirnos. Por todos lados había pequeños jugando. Nos acercamos a un grupo. Me dio curiosidad saber qué miraban tan atentos: era una competencia de trompos. En el suelo habían hecho un círculo. Ganaba el trompo que lograba sacar al otro del círculo. Allí se encontraban, girando y dando pequeños saltitos. Era una competencia feroz en la que pocos lograban mantenerse dentro del círculo, pues la mayoría de los trompos que competían —para mi sorpresa— eran esos: los trompos nuevos, los transparentes que hacían ruidos. Eran más grandes que nosotros, los tradicionales de madera. Es por eso que algunos de mis compañeros que participaban no tenían muchas opciones de ganar.

Tocó mi turno. Comencé a girar. Luego vino el ataque del primero: era uno muy grande que vino hacia mí lanzando su extraño ruido. Me embistió; su choque

fue muy fuerte, pero pude resistirlo y mantenerme dentro del círculo. Gire y giré con todas mis fuerzas. Era un gran oponente, pero al fin logré sacarlo. Era el dueño absoluto de ese círculo. No me sacarían de allí fácilmente. No me habían creado para perder; demostraría que a pesar de la sencillez con la que había sido fabricado, poseía un gran corazón. Pero no todo sería sencillo. La última competencia fue brutal, pues competiría contra tres de esos nuevos.

Ya en el círculo, girábamos los cuatro. Logré esquivar al primero, que salió disparado fuera de la línea. Dos avanzaron hacia mí, empujándome hasta la línea. Pude sentir su tremendo peso. Tal vez esta vez no podría contra esa embestida, pero astutamente logré aprovechar un momento. Pues sí: al atacarme esos dos, en un momento se toparon, separándose un poco. Aproveché ese instante para pasar entre ellos y logré quedar en el centro, para fortuna mía. Ellos siguieron girando y girando muy lejos del círculo. Pude sentir la mano de mi dueño al tomarme, me miró y con una gran sonrisa me dijo:

—¡Tú eres el mejor!

Y me llevó de allí. Ya había sido suficiente, ya había le demostrado a él y a todos de qué estaba hecho. Por eso ese día, al atardecer, en la repisa donde mi dueño ponía sus cosas más preciadas, pude dormir sintiéndome orgulloso. Sí, orgulloso de ser un típico trompo chileno.

Locos, machas y piures

Douglas Henriquez Olivares (59 años)

Jubilado

Coquimbo

Tercer lugar regional



Algunos incrédulos —que nunca faltan en esta sociedad— al tomar en cuenta el tema de la reinserción social, no creen en la rehabilitación de un convicto. Pero de que hay sujetos rehabilitados, los hay. Esto fue lo que le sucedió a un oficial penitenciario, que trabajó durante varios años como jefe interno de una conocida unidad penal. Estando de vacaciones junto a su esposa y sus hijos y olvidándose del mundanal ruido carcelario, andaba de turista en un famoso balneario. En plena temporada estival, con shorts, sandalias, lentes “rayban” y vistiendo una extravagante polera chillona, se encontró a *boca de jarro* con un pescador artesanal, ayudante de caleta y aseador de botes, quien al verlo corrió a saludarlo afectuosamente. Lleno de alegría, lo abrazó y se mostró realmente emocionado de ver al relajado turista, en calidad de veraneante. El ex recluso, estaba muy contento.

—Cómo le va, *poh*, mi capitán. Yo nunca me he olvidado de *usté*... de sus consejos... y de cuántas

veces me salvó la vida en *cana*, cuando *trompeaba* con los otros presos. A pesar de no tener buena conducta, *usté* creyó en mí. Y aquí estoy, respirando aire puro. Ya he decidido colgar los guantes... además que los años no pasan en vano.

Sorprendido, el oficial de Gendarmería, le preguntó:

—¿Y a qué te dedicas ahora, buen hombre?

—Aquí estoy, *poh*, mi capi. Estoy dedicado a la psiquiatría marina.

—¿Y cómo es eso?

—¡Me gano la vida apaleando locos!

Dicho esto, soltó una gran carcajada. La picardía y ocurrencia del ahora artesano del mar causó mucha gracia al oficial y a su familia, quienes se despidieron del ex recluso y siguieron paseando por la hermosa playa del lugar.

A propósito de locos, machas, piures, luche y cochayuyo, años atrás había una mujercita algo locuaz y confiandada que iba siempre a la Unidad Penal con un pesado canasto de mimbre a ofrecer estos productos del mar, *al fiado*. “Lleve no más, para el veintidós me paga”. Los gendarmes y la jefatura le encargaban sus docenas de locos y otros mariscos, asegurándole a la extrovertida comerciante que para el pago, sin falta, le pagarían. La mayoría cumplía mes a mes con este compromiso, pero los frescos —que nunca faltan— optaban por escurrirse y *meter chivas*. Ante los airados reclamos de ella, que se caracterizaba por tener una voz aguda y chillona, le decían que volviera al mes siguiente. La mujer, sabiendo que igual tenía una venta permanente, se armaba de paciencia. Todos los funcionarios de ese recinto penal, la conocían y cariñosamente la llamaban “la loca de los locos”. Los gendarmes más *pelusones se travesaban* con ella. En la vida del penal ella era todo un personaje popular y picaresco, provocando mucha diversión entre los dicharacheros vigilantes. No faltaba el que se *le tiraba al dulce*, por si acaso. Pero la graciosa mujercita no aceptaba galantería alguna, solo le interesaba vender sus mariscos y que le pagaran puntualmente su mercadería.

En una oportunidad en que invitaron al *alcaide* y al JASE (Jefe Administrativo y Seguridad Exterior) a una solemne ceremonia en la plaza de Armas de la bella ciudad, a algo así como el natalicio de Bernardo O’Higgins, con la concurrencia de las más altas autoridades militares, civiles y eclesiásticas. El comandante y el mayor estaban algo afligidos porque no había un vehículo decente para ir a la ceremonia. Vestían impecable uniforme consistente en la recién estrenada tenida “uno”, color verde

boldo. Ante la necesidad, acordaron irse en el furgón utilitario marca Suzuki, del mayor. Algo aplomados, hicieron abandono del penal ante las risitas burlonas de los suboficiales de la guardia armada. En ese vehículo, conocido como “pan de molde”, los dos altos oficiales se sentían algo ridículos, pero ante el atraso a esta importante ceremonia, salieron raudos a la Plaza de Armas. En el trayecto, el *alcaide*, hombre experimentado, le sugirió sagazmente al mayor que se estacionara unas dos cuadras antes de la plaza y se fueran caminando. De esa manera, la llegada frente a tantas autoridades sería más digna que bajarse delante de todos del pintoresco furgón Suzuki. Así lo hicieron. Disimuladamente se apearon del vehículo y cuando iban caminando a paso veloz y con cierta solemnidad, en una esquina se les apareció la “loca de los locos”.

—Ay, que van tiesos... Ya no saludan ahora... Oiga, a usted le digo, no se haga el *leso*. Me debe tres docenas de locos, dos piures y una macha. Y no me ha pagado. ¡Vamos *chispeando!* Saltarán se llamaba el profeta.

Los dos distinguidos oficiales no hallaban dónde *cresta* meterse. Lo único que querían era que se los tragara la tierra. Y la loca que no se callaba. A toda boca y con el canasto, caminando al lado de ellos, no cesaba de hablar. Esta curiosa escena llamó la atención a las autoridades y al numeroso público presente. Solo el protocolo pudo salvarlos algo de tan incómoda situación, pero quedaron sentados en la tercera y última fila. La loca se situó parada detrás, con el canasto en el suelo y cada cierto tiempo, a media voz, les recordaba la cuenta. El *alcaide* echaba chispas, rojo de vergüenza. Él estaba

al día con el *fiado*, era el fresco del mayor quien toda la vida se *andaba corriendo* con las cuentas. Qué le costaba pagarle los locos fiados a esa pobre señora. Cuando terminó la ceremonia, salieron corriendo hacia el Suzuki y a los pocos minutos llegaron a la unidad.

El propio *alcaide* se encargó, un tiempo después, de contar este episodio, uno de los más vergonzosos de su brillante carrera funcionaria. Al paso inevitable del tiempo, la recordada “loca de los locos” siguió yendo al penal con su mercadería durante un buen tiempo; claro que a los gendarmes y jefes morosos, los tenía anotados en un mugriento cuaderno al que ella llamaba el “Hoci-com Marisquero”.

*En la huella del Cacaruca**

Luis Pablo Barros Lafuente (58 años)

Arquitecto

Viña del Mar

Primer lugar regional



Era de amanecida, el sol aún no se dejaba ver detrás de los peñones que conforman los picos más altos del cordón montañoso. En los corrales ya se sentían los ajetreos preparatorios: la noche anterior se habían arreado las bestias que nos servirían de transporte esa mañana para la travesía hacia Ocoa. La tropilla estaba conformada por unos veinticinco caballares y unas cinco mulas que servirían para trasladar las vituallas y comistrajos de la ocasión.

El *cara de gallo* comenzaba a sacar sus primeros rayos, que se agradecían a esa hora de la mañana. Los peones, ágiles como gatos, acarreaban los aperos desde las caballerizas para ensillar las bestias y con gran destreza iban alineando la caballería debajo de unos acacios, amarrando a los animales ordenadamente a una vara de eucaliptus. Esa noche no había pegado un ojo pensando en la levantada temprano que me esperaba.

A las cinco de la mañana mi abuela entró a la pieza con la palmatoria en la mano. “Pablito, ya es la hora”, me dijo con su delicadeza habitual, cuidando que su regalón no fuera a sobresaltarse. Yo había dormido medio vestido y en un santiamén estaba listo con las botas puestas. Unas botas de cuero café, como de Boy Scout, que me quitaban el sueño y que mi tía Lucy había decidido dar de baja para tan magna ocasión, sabiendo de mi locura por calzarlas.

“A tomarse el desayuno, mijito, que le espera un día largo”, me dijo indicándome la mesa donde humeaba el café con leche recién ordeñada al pie de la vaca en un tazón de loza blanca con filetes dorados, de esos donde se podía apreciar inscrita la palabra “felicidad”. La panera de mimbre rebosaba de pan amasado calentito para completarse con huevos revueltos y palta molida. Todo esto estaba geoméricamente dispuesto sobre un mantel de género color azul paquete de vela con una cuadrícula a base de líneas

* Para los fines de la presente publicación, el cuento original fue acortado, respetándose la redacción e intención del autor.

de azul más oscuro y blancas que se entrecruzaban. Era el de todos los santos días en la mesa de “La Manina”, como le decíamos los nietos a la abuela; siempre me intrigó cómo diantre podía lucir ese mantel así de impecable, como recién planchado.

No alcancé a bajar el nivel del tazón ni hasta la mitad, cuando ya me estaba secando el bigote de leche sobre mis labios, ansioso de salir cascando pa los corrales. No podía tragar ni un mísero trozo de ese pan que me devoraba todas las mañanas de mis vacaciones de verano. “Pero cómo no va a comer nada”, me increpó la Manina, que rápidamente comprendió mi *urgimiento* y, como siempre con su silencio cómplice, accedió a que *me las emplumara*. Al abrir la pesada puerta de roble se me abalanzó el “Chiripa”: era el perro regalón de la casa, un quiltro con bastantes aires de pastor belga, que ni por nada pensaba quedarse ese día en la casa sin conocer al “Cacaruca”. Para cuidar la casa se quedaba el “Vostok”, otro quiltro. Éste no tenía ni la más mínima posibilidad de tener algún antepasado de raza conocida, a pesar de que había llegado a la casa antecedido del *pedigree* de ser un fino cachorro Dálmata. Era chico, de pata corta, pelo grueso y amarillo; tenía un hocico puntiagudo y una nariz negra. Toda su anatomía remataba en su extremo posterior, en una gruesa y verdadera cola de chancho.

Habíamos escuchado en muchas tertulias al anochecer, cuando la Manina sacaba detrás del bar confeccionado por mi viejo —cosa curiosa— con madera de cactus, unos brebajes que les hacía a los mayores *rechupetearse* los bigotes, miles de historias acerca del Cacaruca o la “Piedra del Diablo”, como le decían los más timoratos. La más

difundida entre los baqueanos de la zona cuenta que una noche junto al sendero, un grupo de mineros jugaba a la brisca cuando se les apareció “Don Sata” queriendo participar del juego. Los mineros habrían accedido a regañadientes a la petición, forzados por la investidura del personaje en cuestión. El asunto es que Don Sata, al perder la mano, habría montado en tal cólera que, transformándose en un verdadero caldero de metal fundido y apoyándose en el paramento de la roca que los guarecía de la noche, habría quedado inmortalizado para siempre al estamparse su figura en la piedra, incluyendo cachos, tridente y cola.

El Chiripa se me cruzaba entre las piernas, haciéndome difícil el avanzar por el corredor debajo del parrón. Pasé de guata entre medio de las trancas que junto a una hilera de aromos cerraban la entrada principal de la hijuela y apuré el tranco para llegar rápido a los corrales.

Los corrales en este valle estaban confeccionados a base de pircas, al igual que la media luna principal, lugar donde nos dábamos un verdadero festín en los atardeceres de verano a la “hora de la oración”, como decía la Manina, disparándole a los ratones con un rifle del veintidós que había comprado mi viejo en unos de sus embarques a Punta Arenas.

Habían llegado todos los convocados y las bestias lucían sus mejores aperos; riendas y lazos de cuero trenzado y monturas confeccionadas por don Nativo, un viejo pelado con unos pelos huachos y enrojecido por el tinto. Éste vivía al otro lado del estero, subiendo a un alto junto a unos peumos que miraban al norte del valle de Las Palmas. Los encargos que

le hacía su fiel clientela podían durar años, pues don Nativo, cuando se ponía a tomar, lo hacía en serio y con devoción. Manejaba sus herramientas de corte con la precisión de un cirujano, por lo cual también era temido pues en ocasiones, según el Galino, se le había visto relucir debajo de la faja un corvo con cache de hueso. Contaba la mujer de Leandro, la señora Luzmira, que don Nati murió tomando. Con su desaparición se extinguió el oficio de talabartero en el valle.

Eran las seis de la mañana y todo estaba listo para partir; afortunadamente para mí todo había salido a pedir de boca, pues se habían conseguido más caballos. Así, yo podría montar a “Campeón”, un caballo bayo *jodiaz*, como decía la señora Inocencia, pues tenía la maldita maña de tirar un tarascón cuando uno metía la pata en el estribo. A pesar de su genio, me seducía poder montarlo pues yo iba a estrenar mis botas y me tenía guardada una cartita bajo la manga para el mañoso, dado que por vez primera me pondría unos espuelines que me había regalado el tata para San Pablo. “Ahora te quiero ver, caballo *jodiaz*, pensaba para mis adentros.” Efectivamente, otra cosa es con espuelas; una vez arriba del bayo, bastaba con apretar levemente los talones y éste andaba derecho.

La tropilla de jinetes y mulas comenzó a subir por el camino principal. La mañana empezaba a despuntar y del cerro bajaba un suave aroma a maitenes y boldos. Levantando la vista uno veía, encandilado, el perfil de los robledales por donde tendríamos que cruzar para caer al otro valle.

Al poco andar pasamos frente a la propiedad de

“Pepe Colonia” o “Pepe Frutilla”, como lo apodaban los lugareños; un alemán avecindado en este recóndito rincón del planeta, que había transformado una estrecha quebrada en un verdadero vergel. El gringo de rostro colorado, probablemente de ahí su segundo apodo, debe haber sido de los primeros en plantar paltos en el país. Éstos crecían frondosos y rozagantes entre los claros que se habían logrado despejar entre las piedras.

Yo era a la fecha, en 1965, un *pendejo* que apenas me empinaba por sobre los once años. A mi lado cabalgaban: Carlucho, el Vencho, el Huaso Maturana, Honorio, Pedrito Ahumada, don Lucho Ahumada, don Tiburcio Pereira, don Modesto Hidalgo, don Pedro Rocco, el Tulula, El Chino y otros no tan famosos. Nos dirigíamos valle arriba hacia la casa de don Manuel Noguera, donde se nos unirían otros jinetes al grupo.

A la media hora exacta de camino llegamos donde don Manuel. Su casa quedaba emplazada paralela al camino. Tenía una cerca compuesta de alambres de púas en los cuales se habían entrelazado varias hileras de coligües, conformando un tejido vegetal liviano y transparente. La casa era de un piso, sus muros de enquinchado con rama de culén, y la techumbre la cubría un manto tejido de teatina como los techos que había visto en Cuncumén y en el norte chico. Un grupo de higueras al lado de un parrón otorgaba la sombra necesaria para protegerse del sol que, implacable, nos dictaminaba que el día iba a estar *pa’ recagarse* de calor.

Don Manuel se nos unió a la comitiva junto a dos hijos y dos hijas, Zoila y Diamantina. Esta última, era una morena preciosa, con un aire polinésico, como sacada

de un cuadro de Gauguin. Su pelo era negro y grueso como crin de caballo, sus ojos negros, profundos y brillantes eran como dos aceitunas de Azapa. Vestía una especie de túnica blanca, como confeccionada de un saco harinero, que le cubría hasta la pantorrilla y tenía unos vivos azules en el escote. Calzaba zapatones negros con zoquetes blancos que apenas le cubrían el tobillo.

Se reinició la marcha. Los Noguera habían aportado a la tropa un burro cargado hasta la tusa, cuya carga develaba que sin duda alguna íbamos bien preparados. Cuán grande sería mi sorpresa cuando me percaté de que la niña, que debe haber sido un *pelín* mayor que yo, comenzó a caminar al lado de las bestias. No sólo yo me había percatado de la situación. El tata puso el grito en el cielo; cómo la niña Diamantina se iba a ir de a pie. Don Manuel argumentaba que no había monta *pa'* los guainas y las mocosas que agradeceran que los había dejado venir. Por lo demás, estaban acostumbradas a salir al cerro a arrear el ganado cuando escaseaba el pasto en el verano. Mi abuelo frunció el ceño. "Mal presagio", pensé, conociendo su personalidad. El tata paró la tropa en seco y gruñendo como buen *maño tozudo* le ordenó al Carlucho que me terciaran la niña al anca. Así fue como en un santiamén tenía a la "Noguerita" cruzándome sus tibios brazos por la cintura. No faltó la talla. De atrás se escuchó "*Mei, ¡este sí que es huaso bien aperado con su china al anca!*". Lo de bien aperado me halagaba, pues yo no había dejado mi pinta al azar: llevaba puestos unos *blue jeans* "Rumel" color negro —lo único que se conseguía por aquellos años—, un chamanto de hilo a franjas negras, rojas y verdes y un cinturón forrado en terciopelo negro bordado con unos copihues,

unos caballos y un escudo patrio del cual colgaba una falsa faja color rojo bermellón. Todo esto había sido regalo de mis viejos, que lo habían adquirido en la talabartería y suelería "El Cóndor", ubicada en la Avenida Argentina en Valparaíso, donde yo había visto una vez expuesta una montura mexicana que imaginaba era del mismísimo Red Ryder, mi historieta de *cowboys* favorita.

—*’On Luchito* —exclamó don Manuel—, podemos elegir dos caminos: por El Maray o por la mina abandonada.

—La aguada de la mina está seca —replicó el huaso Maturana—. La semana pasada tuve que rastrear a un toro mañero de *’on Tibu* y pasé por la mina. Yo creo que como vienen bufando las bestias, no queda otra que cortar para el Maray; allí hay agua en abundancia para saciar la sed.

Los animales parecían locomotoras a vapor piteando su entrada a la estación. A esa hora del día marchábamos con el sol de frente, subiendo un empinado sendero que serpenteaba la ladera. No faltó la mula que se empacó en plena subida, chantándose como *encementada* al piso. Honorio era un experto en tirarlas de la cola para volverlas a poner en movimiento, a riesgo de *comerse una patada en pleno hocico*, cuestión que afortunadamente no ocurrió. Yo había visto llegar a la casa a huasos pidiendo ayuda con la cabeza o con la canilla partida producto de alguna patada propinada por las bestias. Éstas se producían ocasionalmente cuando se efectuaba alguna trilla a yeguas. La Manina se había forjado alguna fama por su capacidad para curar *de un cuanto hay*; ella manejaba una provisión de muestras

médicas que le traía su hijo Chito, médico cirujano. Sumadas a su ancestral conocimiento de las hierbas, provocaban curas casi milagrosas. Yo había sido testigo de cómo mi abuela en una ocasión suturó un corte de cuatro pulgadas a Carlitos Aros cuando se le había pasado el hacha cortando una leña de espino, o de cuando curó a Pedrito Ahumada cuando, cosiendo un saco papero, se ensartó la aguja en pleno ojo y de ahí para adelante quedo güero para siempre. La gente le tenía fe y la buscaba para sanarse.

Empezábamos a cabalgar paralelos a la cota del cerro, pasando por debajo de los primeros robles que comenzaban a aparecer; costaba mantener el sombrero en posición, porque muchas ramas pegaban como latigazo en la cabeza. La negra Noguera seguía casi acurrucada en mi espalda, lo que me había hecho sudar como fogonero: traía la *raja* completamente mojada.

—*Quea pocu pa'l Maray* —comentó don Manuel—, pasando aquel morillo, cortando pa' la 'erecha, ya támo a lotro lao.

Arribamos a la bendita aguada a las 8:30 de la mañana. El agua brotaba debajo de unas lajas, conformándose una poza de no más de unos dos metros de diámetro, con un fondo arenoso que brillaba con partículas diminutas que parecían de oro. Cuando llegamos notamos de inmediato que no estábamos solos. Un choquero hervía con el agua a borbotones sobre unas brasas candentes y un caballo alazán descansaba con la montura puesta, pero con la cincha suelta, debajo de un canelo. De pronto, se movieron las ramas y detrás de unos boldos apareció la figura de un huaso bien hecho, fornido, de tez morena, vestido de riguroso negro de pies a cabeza.

—¿Qué tal, amigo Becerra? —exclamó don Manuel—. ¿Le estaba *cambiando el agua al florero*?

—La verdad, don Manolito, es que *estaba echando la larga, pa' seguir más livianito el viaje*.

—*Pa' onde va el amigazo* —replicó don Manuel.

—Me mandaron una razón del fundo Lo Campo de Llay Llay, *pa' que vaya a montar unos potros diablos*.

El huaso Becerra era conocido en toda la comarca, mucho más allá de Las Palmas, como el mejor amansador de las últimas décadas. Una tarde en la medialuna, yo lo había visto encaramarse arriba de un potro negro como un tordo y después lo habían salido a correr camino abajo hasta la Quebrada. El huaso Becerra era una lapa arriba del animal; en esa ocasión lo había acompañado en la corrida el "Pan Duro", un hierbatero que de vez en cuando pituteaba en las domaduras y que era característico porque, contra toda tradición, usaba un sombrero de ala corta, tipo tirolés.

—¿Se han dado cuenta que anduvo el león? —comentó con voz serena Becerra—. Mire no más, don Manuel, aquí mismito están las huellas fresquitas.

Efectivamente, en la zona más blanda de la orilla de la poza se podían apreciar las pisadas de un animal más grande que un perro, pero jamás hubiera sospechado que se trataban de un puma.

—Todavía debe haber olor al gatito, porque las bestias están muy intranquilas —acotó Carlucho.

Al parecer el comentario de Becerra tenía sentido, pues el Chiripa encabezaba el verdadero muestrario de quiltros que husmeaban desesperados debajo de los matorrales, con la nariz pegada al suelo y la cola en erección. Nunca había estado en mis libros que hubiese pumas en estas serranías de la cordillera de la costa.

Nosotros habíamos desmontado y amarrado los caballos debajo de unos canelos, soltándoles la cincha pero dejándoles la montura puesta, para que las bestias no se fueran a enfriar de golpe.

Rápidamente los peones atizaron el fuego para desayunar. Sendos choqueros fueron apareciendo de las alforjas junto a tortillas, charqui de caballo, queso fresco y unos encebollados más fuertes que el carajo. Yo me encontraba al borde de la poza dándole de beber al Campeón que, dicho sea de paso, harto bien se había portado, cuando vi que se aproximaba Diamantina, con la cual no había cruzado ni media palabra en todo el trayecto. Se acuclilló y, juntando sus manos, hizo una especie de tacita para recoger un poco de agua para mojar su cara. El borde del escote se plegó formando una especie de quilla y ahí, frente a mis incrédulos ojos, se dejaron ver sus tetitas cobrizas con sus puntitas color maqui maduro. Un cosquilleo me recorrió el bajo vientre, no sabía qué me pasaba, primera vez que experimentaba esa sensación; no pude probar bocado mientras los demás engullían trozos de tortilla y huevos duros entre otras exquisiteces.

En eso don Manuel señaló con tono enérgico y seguro:

—Continúa el viaje, que queda mucho.

Yo, después de apretar la cincha del bayo a más no poder porque se venía una larga bajada, al momento de levantar la pierna para apuntarle al estribo, me doy cuenta de la real consecuencia de “la aparición” que había tenido en la poza: tenía la *diuca* como cincel y mi “Rumel” aparecía encarpado como circo. No hallaba dónde meterme de vergüenza, pensando que de seguro todo el mundo se había dado cuenta de mi intensa situación.

Comenzamos a bajar serpenteando la falda del cerro en dirección este. La vegetación había cambiado abruptamente, los robledales habían quedado atrás y aparecían arbustos más achaparrados junto a cardos y chaguales. El terreno era más arenoso y las mulas balanceaban su carga como timbales sobre sus lomos.

Eran como las once cuando se escuchó por vez primera “¡Allá está el Cacaruca!”. Carlucho me indicaba una roca unos quinientos metros más abajo; yo no lograba distinguir absolutamente nada. A medida que fuimos bajando, la roca aumentaba de tamaño. De pronto, enfrentamos una quebradilla muy escarpada. Por su fondo corría un hilo de agua y en sus bordes crecían nalcas, no como las que había visto en el sur, eran más pequeñas. Pero Carlucho me lo confirmaba diciendo:

—Éstas se comen, Pablito. ¿Quiere probar?

Y sin esperar mi respuesta, ya se había bajado del caballo para cortar un tallo, pelarlo y ofrecérmelo. No pude negarme ante tanta atención y me llevé a la boca un trozo, mezcla de apio con penca. Nunca en mi corta existencia había probado algo tan amargo;

sentí que todo el agua que podía contener mi cuerpo se la tragaba ese trozo de vegetal; era como si el calzoncillo se me hubiera incrustado en el culo.

Ahí, en frente de nosotros, aparecía en la ladera al otro lado de la quebrada una roca de granito gris oscuro, con la figura de don Sata, Cacaruca, en persona. El lugar era de difícilísimo acceso, por lo empinado de la ladera. Se trataba de una figura a tamaño natural en la que se podía apreciar claramente una forma humana con cuernos en la cabeza, un brazo en jarra y el otro sosteniendo un tridente. Era de color más claro que el resto de la roca y de un tono rosa pálido. El dibujo era en estilo infantil, ingenuo, por lo que no logró ocasionarme un ápice de miedo. Se contaba que en más de una ocasión algún huaso incrédulo y *botado a pucho* se había trasladado hasta el lugar premunido de escobillas de acero y soda cáustica para intentar la tarea de borrar la imagen; nunca jamás nadie salió exitoso de tal misión. Decían que el Guatón Ponce, un malandrín de baja estofa y perteneciente a la banda de forajidos que encabezaba el cuatrero Mauricio Zulueta, lo había intentado en tres ocasiones.

Mi tío Chito, el médico cirujano, desenfundó una joyita de la época: una cámara fotográfica Rolleiflex de paquete con la cual se aprestaba a inmortalizar al Cacaruca cuando don Manuel le anunció:

—Va a perder su tiempo doctorcito, ¡el Cacaruca no se deja fotografiar!

—Yo no creo en boludeces —replicó el galeno santiaguino y enfocó una y otra vez, haciendo contorsiones con el cuello y arriscando el cachete para acomodar el artefacto, todo esto sin bajarse del

caballo. Una y otra vez se sucedieron los consabidos clics de esa maravilla de la tecnología alemana, como si se descargase una metralleta. El *arito* en el camino había durado como 45 minutos y todavía quedaba un resto para llegar a nuestro objetivo final, “Los Palmares de Ocoa”. El Chiripa se despidió a su modo del Cacaruca, dando un rodeo a la piedra y pegándole una buena meada en plena tibia a don Sata.

Comenzamos a bajar un desfiladero en dirección norte, por un sendero muy estrecho. A nuestro costado izquierdo se nos presentó un despeñadero de una decena de metros cuesta abajo donde, cuentan los arrieros, varios encontraron la muerte en alguna noche atormentada de julio. Soplabla una suave brisa y se escuchaban los primeros tintineos de las hojas de las palmas chilenas. A medida que descendíamos, el paisaje se tupía de más y más palmas; unos quinientos metros más adelante estábamos de frentón metidos en un bosque de *jubaeas chilensis*, jamás en mi vida había visto tantas juntas. De vez en cuando se podía ver una que otra tumbada en el terreno como un animal prehistórico herido. Habían sido cortadas en la base de su tallo para cosechar su fino elixir, esa deliciosa miel de palma con la que tantas veces la Manina había mejorado el postre, chorreándose a un plátano. La palmera es familiar de las gramíneas; es decir, es una hierba, un pasto, pero muchísimo más grande. Esta precisión científica se la había escuchado en una ocasión a don Parmenio Yáñez, una eminencia de la biología, jefe de mi mamá en la universidad. Esa afirmación no se me borró más de la mente.

Una vez que se abrió la garganta en un estrecho valle, vimos ante nosotros un espectáculo único, digno de

alguna película de aventuras en el trópico: una aldea completa de chozas construidas íntegramente con hojas de palmeras, dispuestas como en semicírculo, se presentaba ante nosotros. Un personaje que hacía las veces de jefe se acercó a la comitiva y se dirigió cerca del caballo de don Manuel.

-Buenas tardes, don Manolito. Bienvenidos usted y su gente a los Palmares de Ocoa. Le saluda su humilde servidor, Floridor Lucrecio Bastidas por el padre y Pastenes por la madre.

Era don Manuel el que había hecho todos los contactos para organizar el viaje. Floridor era un hombre de unos cincuenta años aproximadamente, no muy alto pero sí muy fornido. Su rostro con nariz aguileña, curtido por el castigo del sol, lucía unos mostachos largos que dejaban entrever algunas canas, como de revolucionario mexicano. Estaba a cuero pelado y sobre sus pantalones tenía puesto una especie de delantal de saco harinero que remataba en una faja del mismo género. Calzaba unas ojotas de esas hechas con neumático viejo y su cabeza la coronaba un pañuelo blanco amarrado con un solo nudo atrás. Todos los habitantes de ese mágico lugar lucían atuendos más o menos parecidos; solo había hombres, no se veían ni mujeres ni niños.

Prontamente se comenzó a desestibar la carga de las mulas y del burro de los Noguera, que debe haber sido el más contento de haber llegado al fin. Se traían presentes para nuestros anfitriones, cuestión que yo ignoraba absolutamente. Cartones de cigarrillos Monarch sin filtro; diarios y revistas, entre ellas la deportiva Estadio; nada de trago porque allí imperaba ley seca. Se habían dispuesto unos

mesones largos en base de caballetes y tablones con unas bancas laterales. Al lado crepitaba el fuego de espinos en las parrillas, que estaba preparado con antelación. La Zoila ayudaba a pelar tomates y cebollas para la ensalada a la chilena. Menos mal que no me pusieron a esa bovina al anca, meditaba yo, porque le encontraba una cara de oveja que no se la podía, si hasta tenía poto de oveja. El menú era contundente: consistía en asado de cabrito, ensalada a la chilena, de chagual y de papas, tortilla amasada y queso fresco.

Debemos haber sido unas cuarenta personas. Todo reflejaba el entorno en el que estábamos, el "Planeta Palmera": las ensaladeras eran vainas de palma, esas con forma de bote; los envases donde se almacenaba la miel eran unas bolsas de cuero de cabrito hechas con el animal completo, a excepción de la cabeza. Parecían espectros de otra dimensión colgando dentro de una de las chozas que se usaba como bodega. Los palmeros usaban unos machetes como de esos para la cosecha de la caña de azúcar, afiladísimos como Gillete. Fácil era imaginarse, entonces, las posibles consecuencias de una rosca con un poco de trago.

A pesar de todo, el tata no perdonaba almorzar sin vino y, sin saber cómo, empezaron a aparecer sendos botellones. Era el vino que él hacía junto al Carlucho, con la uva del parrón de la casa y la uva del país, esa que crecía en forma silvestre enredada en unos perales. El tinto que, por lo que yo escuchaba, a veces salía a pedir de boca y, otras veces, era un vinagrillo para aliñar la lechuga. Según mi viejo, el problema estaba con los corchos, porque el tozudo de don Lucho los reutilizaba. Como fuera la cosa, del supuesto vinagrillo no quedó ni el olor.

Eran como las tres de la tarde y nos habíamos soplado todo. El costillar de cabrito había quedado *pa' rechupetearse* los bigotes. Yo, que por mi incidente no había probado bocado, dejé los huesos blancos de tanto chuparlos. Había comenzado la sobremesa y salieron a relucir unas vihuelas de esas con cuerdas metálicas. Mi viejo no se hizo de rogar para tomar una de ellas y empezó el canturreo mi alma. El ambiente empezó a agarrar vuelo y don Floridor le pidió un pie de cueca a mi tía Lucy, la que, percatándose de que el tata estaba enfrascado en una discusión con un palmero por el mal desempeño de la Unión Española en la liga local, accedió como si lo hubiera estado esperando hacía rato. Saltó diciendo:

—En la cancha se ven los gallos.

La chica parecía una ardilla clavando sus diminutos pies en el maicillo compactado. *Putas* que bailaba bien la cueca mi tía al son de una letra que decía "Allá va, allá va, que viva Don Luis Lafuente, el *jut্রে* que hizo *apretar cueva* a los *quebraíños pa'* la loma de enfrente."

Mi abuelo, hueso duro de roer, había adquirido notoriedad en esos años muy secos en unas disputas por derechos de aguas con la gente de Quebrada Alvarado, la que subía en camioneta armada hasta los dientes para romper la bocatoma en el estero, un poco más arriba de donde vivía don Nativo. Lo que nadie imaginaba es que la gente del lugar le hubiese dedicado canciones y payas contando las *mochas* por el agua. El tata nunca se enteró de nada. Rojo, sulfuroso y a punto de estallar, relataba a su interlocutor colocolino los goles de Honorino Landa, el máximo artillero de La Unión. Afortunadamente, a

pesar del *tintolio* que se había *llevado a la maleta*, las discusiones no habían pasado a mayores y el tata había logrado calmarse, convenciendo al colocolino de que Honorino era por entonces el mejor delantero de Chile.

Yo no me había perdido de nada metido entre los grandes, a pesar de que todos insistían en que fuera a jugar a las escondidas con la Noguerrita. "¡Cabro lesó!", me dijo más de algún huaso; con los años comprendería el alcance de esas palabras.

Eran ya las seis de la tarde y a don Manuel se le veía nervioso.

—Es que vamos a llegar de vuelta a la *hora de la corneta* y no es ninguna gracia bajar el cerro a oscuras —le comentó a Carlucho.

—Es que no la cortan nunca los *jutres*. Vaya usted a decirle a don Luchito que tenemos que partir.

Carlucho, dócil para los mandados, se acercó al tata y le sopló al oído el mensaje.

—A ver, a ver —dijo con vehemencia—. En media hora quiero a todos los badulaques listos para partir ¡y no es chiste!

Efectivamente, sus palabras eran órdenes para la gente. A las seis y media en punto estaba metiendo la pata en el estribo del bayo para iniciar el regreso. Esta vez el maricón arremetió con fuerza para pegarme un tarascón, *por cueva* no me *caga* la canilla. Las botas quedaron marcadas. Éstas me habían evitado quizás qué consecuencia. Arriba del caballo agarré

el rebenque y le di con todo lo que tenía por lado y lado y le clavé los espuelines haciéndole colorear el pellejo, *putas* que estaba picado.

Comenzó la vuelta y don Manuel tenía razón. La cosa se veía fea pues empezaba a irse el sol y no estábamos ni remotamente cerca de la mitad del camino a recorrer. Los jinetes venían averiados por la fiesta y no se veían tan pulcros y erectos como en la mañana. Al fin llegamos a la cresta del cordón, pero ya estaba más oscuro que la *ñoña*.

—Vamos a tener que acortar camino —dijo don Manuel— por la bajada del Llano, sino llegamos mañana.

—Usted es el que sabe —replicó el tata—; que se haga y no se piense.

Lo que nadie sabía era el forrito en que nos íbamos a meter. Empezamos a descender por un sendero empinadísimo, el suelo era puro maicillo suelto y las bestias se resbalaban sentadas de culo cuesta abajo, como esquiando en la nieve. “La rienda corta, compañero”, me aconsejó el Huaso Maturana. En cada tropezón del bayo sentía un apretoncito de la negra que llevaba al anca. Algunos más excedidos en kilos, como mi tío Chito, venían realmente complicados. Ya se veían rodando cuesta abajo como aluvión sin poder parar hasta Quebrada Alvarado. Marchábamos todos en fila india y mi viejo, a quien le había tocado un caballo enano como esos de los mongoles y por el cual lo habían *palanqueado* todo el viaje, de repente se quedaba atascado con los estribos en los bordes del sendero que se hundía en el cerro.

—Llegando al Llano nos dividimos —acotó don Manuel—. Ustedes siguen *pa’*abajo y yo con los míos tendré que subir un poco de vuelta, porque esta huella sale más o menos a la casa de Peirito Ahumada.

El descenso había terminado y habíamos salido ilesos de tan arriesgada maniobra. Caímos al Llano, una planicie perfecta como mesa de billar, justo detrás de la Olla y del Morro, donde comenzaba la propiedad de mi abuelo. A la media hora de camino alcanzamos las trancas que indicaban la entrada a la propiedad de Pedrito Ahumada. Aquí se desembarcaba mi compañera de periplo, la Noguerrita, a quien nunca más volvería a ver.

Al salir al camino principal, a la altura del refugio donde quedaba el almacén de Arnoldo, las bestias iban recontra inquietas. Presentían la cercanía de la casa y con la rienda *a concho* para atrás no era suficiente para contener al Campeón, que lo único que buscaba era ponerse a galopar. A la altura de don Nativo, ya no fui culo de sujetarlo y el caballo desgraciado se puso a galopar calle abajo a más no poder, iba completamente desbocado. Yo me afirmaba como podía y en un acto desesperado me abracé del cuello del animal.

Como por arte de magia, en medio de la oscuridad de esa noche, vi una silueta parada en la mitad del camino, batiendo sus brazos como si dirigiese el tránsito; esto ocurrió a la altura de la escuela construida recientemente por el gobierno de Frei Montalva. “Shtooo, shtoo”, exclamaba y cogió al animal de las riendas que yo ya había soltado. Era Damasito, un trabajador del tata medio retardado mental, que pedía permiso para pasar a las colmenas porque le

gustaba que las abejas le picaran la espalda pues, según él, hacía bien para el reumatismo. Damasito me había salvado de quizás qué porrazo, me había salvado la vida. Tenía razón la señora Inocencia: *putas* que era *jodiazo* el animal.

Eran un cuarto para las doce de la noche cuando desmonté junto a los aromos de la entrada; venía cansado como perro, sentía el caballo en todo el cuerpo y traía el culo cocido como guagua. Ahí nos esperaba la Manina (que se había rezado no sé cuántos rosarios la pobre) junto a la nana Olga, la fiel nana familiar, negra, bajita, redondita y con unos ojos negros tristes, casi eternamente humedecidos. Mi mamá estaba sentada en el corredor de la casa, esa casa simple, pintada a la cal con pencas de tunas, en extremo austera, de murallas de adobe sentado, a la cual recorría un parrón a todo el largo de la fachada principal que daba al norte. La noche estaba tibia y se había quedado a corregir unas pruebas de genética.

—Pero cómo, mijita, ¿todavía estás en esto? —le dijo mi papá.

—Yo no sé cómo estos niños no aprenden nada. Qué irá a pensar don Parmenio —contestó ella.

—Lo estoy esperando con un baño a mi niño —me dijo. No me dejó muchas opciones la nana Olga y, haciéndome pasar a la pieza de los tatas, no supe cómo ella me había *empelotado* y me tenía parado en una palangana enlozada color celeste con bordes azules. Me chorreaba agüita caliente con un jarro

que hacía juego con el receptáculo y me jabonaba pasándome una tremenda esponja por la espalda, bajo la luz de una fétida lámpara a carburo.

Cuando por fin logré meterme entre las sábanas de crea, sentí que me miraban: mi primo Willy, mis primas Caro y Pía y mis hermanas Lorena y Mono. Estaban con las sábanas hasta la nariz y no habían pegado un ojo; parecían noctilucas marinas destellantes apuntándome con sus miradas. Sin pronunciar ni una sola palabra supe de inmediato la pregunta: querían saber si el “Papo”, como me decían, le había visto la cara al diablo.

Una semana después, el fin de semana siguiente, sentimos como de costumbre el ronronear del motor del Volvo B18, la “Blanquita”, de mi tío Chito en la entrada. En verano, él viajaba los sábados al campo a vernos, ya que trabajaba en la posta del hospital El Salvador en Santiago. Se bajó del auto lleno de paquetes, como siempre, con la clásica bandeja de empanadas de horno. Nosotros estábamos todos debajo del parrón donde se hacían los almuerzos familiares, junto a mi viejo que nos inventaba un juego.

—Compadre *Pelao* —exclamó—, a que no sabe lo que me pasó. No salió ni una sola foto, se atascó el rollo o no corrió bien, no sé qué cosa. La cuestión es que se velaron todas.

Pablo, en la memoria de mis abuelos.

El “Buen Chato”

Sergio Antonio Rojas Páez (34 años)

Trabajador agrícola

Santa María

Segundo lugar regional



La cosa no fue tan clara. De hecho, nadie sabe realmente cómo sucedió. Aunque algunos daban explicaciones poco lógicas y pese a que a vista de cualquier ser humano pareciera solo un cuento de vieja, lo que a continuación se relata sucedió de verdad. Es una muestra un poco mágica, un poco maravillosa y un poco exagerada de lo que es capaz un hombre, un huaso bruto, pero increíblemente perseverante.

Lo conozco desde siempre, es más, tuve el honor de trabajar con él en algunas ocasiones en el trabajo de temporada, cosechando uvas. Desde que lo conozco jamás he visto en su cara alguna muestra de desdicha o de amargura o de pena. Siempre estuvo dispuesto a ayudar, a hacer reír a los demás con sus innumerables y muy poco creíbles aventuras de juventud, pero sobre todo, siempre fue un buen hombre, tan bueno, que todos en la localidad lo conocían como “Buen Chato”. Y así lo llamaremos.

Era un día como cualquier otro, hacía rato que habíamos ingresado al trabajo y ya el cansancio de

mi muy poco habituado cuerpo hacía que a cada momento mirara el reloj para comprobar cuánto faltaba para el deseado “mate de 10”, momento en el cual nos sentábamos a fumarnos un puchito y echar la talla. Lamentablemente, el tiempo parecía detenido bajo ese parrón y las cajas llenas de uva se iban apilando hasta formar un camino muy definido por el cual pasaría el tractor a recogerlas. Yo estaba mortalmente aburrido y cansado, pensando en cosas muy poco realizables, cuando de pronto y sin percatarme de nada anteriormente, siento una mano en mi hombro. Sorprendido en mi ensoñación, sólo atiné a dar vuelta la cara.

—Hola pues, Rojitas.

Fue lo primero que salió de sus labios. Era el Buen Chato. Sus funciones dentro del predio agrícola eran de ramplero, o sea, era el encargado de subir al carro tirado por el tractor toda la uva cortada y apilada en las cajas. Había llegado antes que el tractor y para bendición de mi aburrimiento, se puso a charlar con mi persona. Como de costumbre, comenzó a contar una

de sus muy charlatanas aventuras. Yo sólo escuchaba y me reía para mis adentros, cuando desde un grupo, que cortaba uva al lado mío, le gritaron:

—¡Oye, Buen Chato! ¿Por qué no le cuentas a Rojas la historia de la apuesta?

—¿Qué historia? ¿De qué apuesta? —pregunté obviamente.

—No, nada. Son puras tonteras —respondió el Buen Chato.

Entonces fue otro personaje muy querido del sector, al que todos llamaban “Tío Lucho”, el que saltó diciendo:

—Bueno, si el Buen Chato no quiere contar la historia, lo hago yo... si a nadie le molesta.

Todos asentimos y guardamos silencio.

“Bueno, la cosa fue así. Fue más o menos por el año '60. Nosotros éramos jóvenes y como jóvenes nos comportábamos: siempre andábamos metiéndonos en problemas y haciendo bromas a las demás personas. En esos años por acá no había llegado la televisión y la única radio que había nos servía de entretenimiento solo en los partidos, para los cuales nos amontonábamos como cuarenta personas afuera de la casa del dueño de la radio. Eran buenos tiempos, se trabajaba mucho y se ganaba poco, pero en general siempre nos sobraba para invertir en diversión o en vicios. En ese tiempo el Buen Chato era un cabro flaco que trabajaba por aquí y por allá. Lamentablemente, también en esos años, había adquirido el mal hábito

de beber entre semanas, lo cual siempre le traía retos de los patrones. A él poco le importaba, pues siempre terminaban por perdonarle todo, ya que siempre fue y es un muy buen trabajador.

La especialidad del Buen Chato era la plantación de almácigo de cebolla. En eso nadie le ganaba, era el mejor. Pero él era humilde. Lo mandaban a buscar de toda la provincia para realizar ese trabajo y él partía por semanas enteras y luego regresaba con los bolsillos rebalsándose de dinero. Como era tan buena gente, hacía grandes asados en donde se comía, se tomaba y se bailaba por días enteros. Eran buenos tiempos. En ese entonces la carne no era cara y comprarse un novillo no era un sacrificio tan grande.

Afortunadamente para el Buen Chato, en esos años casi toda la gente producía cebollas en sus tierras. Daba gusto mirar en la mañana, cuando la neblina daba paso al sol, esas hectáreas y hectáreas de verde almácigo. No negaremos que era mucho trabajo: había que limpiarlas de maleza y además regarlas continuamente, pero todo el sacrificio luego era pagado de manera más que generosa.

Pasó un día que, en plena temporada de plantación de almácigo, un hombre dueño de más de cien hectáreas de tierra se vio por diversos motivos muy atrasado en la plantación. Recurrió entonces a buscar los servicios del Buen Chato. Le ofreció un trato en dinero, que era mucho para esos días. Es que el hombre estaba muy atrasado. Fue el dinero ofrecido lo que generó en el Buen Chato un sentimiento extraño: la avaricia, la perspectiva de ganar esa cantidad de dinero para él solo, lo llevó a generar un trato imposible:

—¿Cuántas hectáreas quiere plantar?

—Tres —le respondió el hombre.

—Y ¿cuántos días se quiere demorar?

—Como máximo dos.

—Ya, pero yo se las planto solo.

—¿Qué? ¿Plantar tres hectáreas tú solo y en dos días? Eso es imposible.

—Bah, si yo digo que puedo, puedo. Pero tiene que dejarme a mí solo y pagarme todo a mí.

—Está bien, pero yo estoy seguro que no podrás hacerlo.

—¿Qué le apostamos?

—¿Qué quieres perder?

—Ya pues, si yo le planto las tres hectáreas en dos días usted, además del sueldo, tiene que ponerse con un asado para todos mis amigos.

—Bueno, pero si pierdes, te pago sólo la mitad de lo que te corresponde.

—Bueno, aunque salgo yo perjudicado. Pero como no voy a perder, trato hecho. ¿Cuándo comienzo?

—Hoy es viernes. El martes de la próxima semana, a primera hora de la mañana.

—Vale pues, patrón. El martes. Y vaya encargando la vaquilla.

—Ya veremos.

Y así el Buen Chato se metió en un lío muy grande, pues aunque era bueno plantando, jamás alcanzaría a terminar la faena él solo en dos días. Cuando nos contó, nosotros le dijimos que era bastante tonto y que perdería un buen dinero; él sólo se rió y partió para la quinta.

Bueno, resulta que el Buen Chato entró a la quinta un día viernes en la tarde y salió el día lunes. Como era de esperarse, el martes se lo pasó durmiendo. Despertó como a las seis de la tarde; ni siquiera se lavó la cara y partió al predio en donde lo esperaban cajas y cajas de almácigo. Nosotros lo vimos rascándose la cabeza cuando ya volvíamos del trabajo, nos dio pena y paramos.

—Oye, Buen Chato, si quieres te ayudamos.

—No, no, váyanse no más. Yo solo me metí en este problema.

—Pero es que no alcanzarás a solucionarlo y vas a perder mucha plata.

—No, todavía me queda toda la noche y el día de mañana.

—No lo lograrás.

—Bah, tengo a *Diosito* de mi lado.

Y así fue como nos fuimos, medios tristes y medios molestos. El caso fue que Buen Chato se puso a trabajar. Al otro día, cuando pasábamos al trabajo, pudimos comprobar que en efecto había plantado almácigo, pero sólo un par de hileras y *el perla* brillaba por su ausencia. Cuando regresamos pudimos comprobar que tenía plantada la mitad de una hectárea, jamás podría hacerlo. Pasamos sin decir nada, seguros de que el pobre no podría lograrlo. Yo esa noche me acosté súper intranquilo pensando que estaría muerto de frío.

Bueno, al otro día me subí a mi bicicleta y partí al trabajo, cuando a lo lejos divisé un número impresionante de personas a la entrada del potrero de cebollas. Pensé lo peor: que el Buen Chato, en su desesperación, había cometido alguna locura. Me acerqué rápidamente y casi me caigo de espaldas. Lo que vi era imposible: las tres hectáreas estaban completamente plantadas de almácigo. Pensé que me estaba trastornando, cuando entre la gente veo al protagonista, riéndose de buena gana y hablando con el patrón.

—Ya pues, tratos son tratos. ¿Para cuándo el asado?

—Es simplemente imposible, pero ¿cómo lo lograste?

—Bah, no voy a andar contando los secretos profesionales. Conténtese con que el potrero está terminado y págüeme la apuesta.

Jamás dijo cómo había hecho para plantar dos hectáreas y media en una noche. Nadie puede hacerlo solo, es imposible. Muchos pensaron que había hecho pacto con el diablo; hasta yo lo pensé, pero a todos se nos olvidó después del tremendo asado con que el patrón pagó la apuesta. Comimos y tomamos como no se recuerda, fuimos muy felices gracias al Buen Chato y desde entonces nadie ha vuelto a apostar nada con este bandido. Y esa es la historia. Bastante increíble, pero totalmente verdadera. Ya, son las diez, ¿prendamos un cigarrito?"

Y así fue como terminó la historia. Yo miré medio incrédulo al Buen Chato. Él sólo sonrió y partió a sentarse con el resto. Yo fui detrás de él, preguntándome cómo un hombre así pudo lograr hazaña como ésa; una pregunta, que creo, jamás podré responder. Pero esa es la gracia ¿o no?

Cornetita

Margarita Rojas Torres (50 años)

Servicio público

Puchuncaví

Tercer lugar regional



Cuentan los antiguos habitantes de mi querido pueblo que Cornetita fue un personaje muy importante y recordado. Por ahí por el año 1945 llegó a Puchuncaví, un pueblo pequeño de familias dedicadas a la agricultura y la ganadería. Este pueblo se ubica geográficamente en la Región de Valparaíso. Puchuncaví cuenta con dieciocho localidades rurales y cuatro urbanas. Por ese entonces llegó un hombre vagabundo que llamaban Cornetita. No tenía familia ni casa donde vivir, por lo que una familia del pueblo le permitió vivir al final de un terrenito muy cerca del cementerio en el que, con algunos lampazos de madera que trasladó de un aserradero, se construyó una choza, donde vivió por muchos años. Pasaba el tiempo y solo vivía de lo que las personas le daban para comer y beber.

Cornetita era un personaje muy singular, de unos 70 años aproximadamente, pero representaba muchos más por su forma de vida, ya que según contaba él, había salido de su casa muy pequeño y no recordaba cómo se llamaba, sólo que su madre se llamaba María

y que había vivido en muchos lugares por muchos años. Todo el pueblo lo llamaba Cornetita y así fue conocido, con su vestimenta harapienta. Siempre llevaba un paletó negro, tenía sus manos grandes y partidas como muestra del tiempo vivido. Tenía cejas y barba abundantes y llevaba un trozo de saco —de esos donde venía la harina— amarrado al cuello. Pero lo que más llamaba la atención era su sombrero de paño negro muy deteriorado por el tiempo que era parte de su habitual vestimenta. Zapatos no le faltaban: siempre había un alma caritativa que le regalaba algún parcito, ya le quedara grande o chico, no importaba.

En el pueblo no existía el agua potable en esos años, por lo que las familias que no tenían agua de pozo; debían trasladarla desde los puentes, donde se acumulaba el agua de las lluvias producidas por el invierno o por alguna noria en algún terreno abandonado.

Cuentan que un día cualquiera este hombre encontró un yugo botado en el campo que seguramente

había dejado algún campesino después de haberlo utilizado por muchos años con sus mulas o yeguas en sus arados. Cornetita lo miró, lo recogió y lo limpió y desde esa vez decidió abastecer de agua del puente a las familias de la comunidad a cambio de comida, bebida y hasta unas moneditas.

Entonces, se colocó el yugo en sus hombros y a cada lado instaló un balde que llenaba de agua. Empezó a recorrer las calles del pueblo, suministrando agua. Muchas veces la utilizaban para lavar o para los jardines, ya que no servía para beber. Una familia muy cariñosa con él vio que los baldes no estaban en buenas condiciones y que se le caía más de la mitad del agua. Le regalaron un par de baldes de latón nuevos que inteligentemente unió con soga y cuerdas, sostenidos por unos gruesos alambres y con unos clavos grandes doblados en la mitad. Era el repartidor de agua, un oficio que tomó con mucha responsabilidad. Destinaba ciertos días de la semana a la entrega del agua.

Cornetita era muy querido en el pueblo. Tenía un carácter muy apacible. Así pasaron los años y este hombre llegó a ser un personaje dentro de la comunidad. Cuando *se caía al litro*, como él decía, y bebía más de la cuenta en alguna cantina, se sentaba en el único paradero de micros que existía en el pueblo, ubicado a un costado de la Parroquia Nuestra Señora del Rosario. Era muy frecuente verlo dormir al sol o bajo las inclemencias del tiempo frío o lluvioso.

Cornetita vivía donde estaba el límite del terreno, donde tenía su choza, al fondo del cementerio. Era muy común verlo como Pedro por su casa en el cementerio Parroquial de Puchuncaví en esos

años. La mayoría de las veces también asistía a los funerales como un doliente más, si dicen que hasta se emocionaba y lloraba.

Con el paso de los años y su estilo de vida, su salud se fue deteriorando y un día de invierno ya no se vio más por las calles, ni en el paradero. Algunas personas lo echaron de menos y empezaron a buscarlo. Algunos dijeron que lo habían visto tomando en la cantina. Lo buscaron por todos lados y en su choza, pero no estaba. En seguida se trasladaron al final del cementerio con la esperanza de encontrarlo ahí. Para gran sorpresa de todos, estaba tirado en una sepultura de tierra, así que lo tomaron y lo llevaron al único consultorio que había en el pueblo. Lo revisó el señor Castro, que era el practicante. Le dio los primeros auxilios, lo abrigó y trató de reanimarlo, pero ya era inútil. Cornetita entregaba los últimos latidos de su corazón a quienes estaban a su alrededor. La noche anterior había caído una tremenda helada y su cuerpo no resistió el frío.

Para la gente del pueblo fue una tremenda pena no ver más a Cornetita en el paradero saludando a la gente, o con su yugo sobre los hombros entregando agua, o asistiendo a algún funeral acompañando a la familia doliente. Para el velatorio de Cornetita, personaje muy "servicial" decían todos, el pueblo asistió en multitud. Le consiguieron un cajón con el señor Alcalde de esa época, y flores llegaron por doquier. Un grupo de hombres cavaron un hoyo al final del cementerio; ahí quedaría este personaje que llegó a vivir a este pueblo sólo con lo puesto y que se había ganado el cariño de todos los habitantes de Puchuncaví, grandes y chicos. Todos respetaban y querían a este individuo, el que ni siquiera recordaba

cómo se llamaba, el que había pasado toda su vida deambulando de pueblo en pueblo y el que sólo recordaba el nombre de su madre: María.

Hoy, al final del cementerio antiguo de Puchuncaví -hoy cementerio municipal-, todavía existe la sepultura sin año de defunción de este hombre tan querido. En este lugar yacen sus huesos. Su tumba, deteriorada por el paso de los años, está cubierta de pasto y tiene una cruz que sólo dice: Cornetita (Q.E.P.D).

Por mucho tiempo quedará el recuerdo de un hombre, un ser querido y servicial, al que ninguno de los habitantes del pueblo vio nacer, pero que todos vieron morir. Quedará en la remembranza de los muchos que alguna vez escuchamos de labios de nuestros padres y abuelos la historia de Cornetita.

La nua Blanquita Pont

Lizette Escobar Balocchi (56 años)

Profesora de arte

Hanga Roa, Isla de Pascua

Premio especial Pueblos Originarios



*F*ace como cinco años atrás, conocí a una hermosa anciana de cabellos blancos, muy amable, alegre y cariñosa. Ella irradiaba alegría, a pesar de haber estado convaleciente de una larga enfermedad en Santiago. Yo la había visto varias veces antes y nunca había tenido la oportunidad de hablar tanto con ella, como en el moderno hospital de Hanga Roa, durante esa larga espera para que nos atendiera el médico.

La *nua*¹ Blanquita, me contó, entre inocentes y entretenidas palabras, la historia de su vida.

—Yo fui criada por mis abuelos paternos, el francés John Vicente Pont y Heremeta Make. Fue mi abuelo quien me guió por el buen camino, el camino del respeto. Como era bonita, cuando era joven él siempre me decía: “Van a venir muchos hombres a esta casa a buscarte. Sólo deben tomarte de la mano o darte

un besito, pero no entregues el *menudito*, porque el día que lo entregues, quedarás embarazada y esos hombres o se quedan o se van”. Afortunadamente cumplí con lo que mi abuelo me enseñó.

“En ese tiempo la isla era pobre, pero a nosotros nunca nos faltó el alimento, porque teníamos carne de *mamoe*², pollo, patos, leche y mantequilla. El azúcar, el arroz y el jabón escaseaban, porque el barco de abastecimiento sólo llegaba una vez al año. No teníamos zapatos, *así es que* íbamos a la escuela sin ellos. Yo llegué hasta sexto básico. En ese tiempo no había enseñanza media. Con mi compañera y mejor amiga, Anita Rapahango, éramos las mejores alumnas. El cura, Sebastián Englert, me eligió para monja, pero resulta que llegó el barco Opa Opa. Poco después de eso, se perdió una monjita por tres días, la que se había ido con un marino. El padre Sebastián la castigó duramente y eso me impresionó mucho. A mí no me gustaba que me castigarán, por eso no

¹ Anciana (Nota de la autora).

² Cordero (Nota de la autora).

me fui de monja. Después llegaron las monjas a hacer clases en la escuela y nos tenían prohibido hablar en nuestro idioma rapanui. Si lo hacíamos nos castigaban, nos pegaban con palitos de bambú. Recuerdo que una vez, sor Margarita me pidió que le nombrara los meses en rapanui y yo le respondí en castellano. Me llegaron fuertes varillazos por no obedecer, y eso que nos tenían prohibido hablar en nuestro idioma materno. Eran iguales al curita, te pescaban de la oreja y te tironeaban.

A los 13 años fui con mi padre a caballo al leproso. Allí conocí a un señor en silla de ruedas, bien vestido, pero que no tenía ni pies ni manitos, me dio mucha pena. A mi padre le decían “Papā” porque iba todos los días a dejar leche y carne. Visitaba a una niña pequeña que no tenía padres, pues habían muerto de lepra. Mi papá me decía que había que ayudarlos y que no tuviera miedo.

A los 19 años comencé a trabajar en el correo. Una vez que fui a la iglesia con mi mamá, ella me vio una mancha roja en el vestido blanco —pues a misa se iba de blanco— y me dijo enojada “ko heke a koe³”. Después entendí. En esos tiempos las mujeres llegaban vírgenes al matrimonio y había mucha ignorancia al respecto, pues ese era un tema prohibido. Las muchachas se casaban a los 13 o 14 años, antes de que les llegara la menstruación. Como les llegaba la regla durante el matrimonio, para las madres era claro que llegaba con la relación sexual. Por lo tanto, si una joven tenía manchas atrás en sus vestidos, significaba que había tenido relaciones

sexuales. Había una *nua* llamada la *nua* Tokeme Tuki, que en su juventud se cortaba los talones para culparlos de la mancha de sangre en su vestido.

Yo, *vovo*⁴, salía muy poco. Todavía hay partes de la isla que no conozco. Recién hace como 20 años atrás, cuando tenía como 60 años, me llevaron a conocer el Maunga Terevaka, el volcán más alto de la isla. Nadie conocía Chile continental. A los 20 años me casé con Luis Atán y tuvimos diez hijos. En esa época no había cómo prevenir los embarazos, no como ahora pues, hija. Algunas mujeres tomaban una mezcla de pepitas del miro tahiti (especie de acacia) mezcladas con el cardenal rojo. Era veneno, lo tomaban y perdían al bebé, algunas incluso morían. Cuando llegaban los barcos del conti, se enfermaba casi toda la isla del *kokongo*⁵. Mi abuela manejaba muchas hierbas medicinales, como el palto y el eucalipto (pikano) para la gripe, la higuierilla para los resfríos renales, el *Matua Pu'a* para accidentes, el *Pua* para el Haha *Ra'a Ra'a*. También llegó el primer ginecólogo para revisarnos el *tino*. Me daba mucha vergüenza, además mi marido lo invitaba a cenar a casa.

“En una ocasión en la que el director del hospital tuvo que viajar al continente, llegó otro *taote* a la isla y nos llamaron a todas las embarazadas. Yo tenía un embarazo de siete meses, pero no se me notaba mucho. Él me revisó y me dijo que tenía solo tres meses, a lo que le respondí que yo sabía cuándo había tenido sexo y que tenía siete meses. Entonces él se me tiró encima y quiso violarme. Yo

³ Te desfloraste (Nota de la autora).

⁴ Chiquilla joven (Nota de la autora).

⁵ Gripe (Nota de la autora).

grité, le di una patada en sus testículos y arranqué. Él me gritó: "Vas a sufrir toda tu vida". En una de las revisiones me dijeron que mi hija tenía lepra y que no podía ir al colegio. Al regresar el director del hospital, le llevé a mi hija para que me la revisara y él me dijo: "Esta muñeca no tiene lepra". De ahí le dije lo que el otro taote me había hecho. Solo había sido una mala experiencia, después de eso, todos los otros médicos me han atendido muy bien, no tengo nada que decir.

Recuerdo con mucho miedo la época del levantamiento en el año 1964, cuando mi esposo estaba contratado por la Fach y, por lo tanto, no podíamos participar en política. Los marinos eran casi amigos nuestros. Todos los días nos visitaban y nos pedían agua. Un día uno de ellos me dijo: "No salgan esta noche. Va a haber problemas". Mi esposo también me lo advirtió: "Si sientes disparos, no salgas". En esos días llegaron a nuestra casa unos encapuchados, eran primos de mi marido. Mi esposo les preguntó: "¿Cómo pueden venir encapuchados? Si quieren matarme, háganlo, pero no a mi mujer, madre de mis hijos."

Después escuché gritos y se fueron, gracias a Dios que no nos hicieron daño. Como no apoyamos al líder del levantamiento, nos querían quemar la casa. Algunas mujeres me tiraban piedras cuando iba a la iglesia. La gente se había dividido políticamente, había comunistas, democratacristianos y otros. A mi casa llegó la esposa de Allende con sus tres hijas. Venían a hacer campaña. Fue la primera vez que escuché la palabra "comunista". También llegó el pololo de Isabel, quien me decía "soy su pololo nada más, no soy comunista".

Antes, la gente en la isla era más unida, no existían las clases sociales. Todos eran como una gran familia, todo lo que tenían lo compartían, sin interés. Ahora los matrimonios jóvenes solo piensan en ganar más y más dinero, dejando de lado a sus hijos. Creen que con comprarles cosas materiales basta y eso es una gran mentira. En realidad, con el desarrollo económico también llegaron las rivalidades, las envidias y el egoísmo. Se ha perdido el respeto por todo. Afortunadamente, aún queda gente buena en la isla.

*El viaje**

Rosa Elena Valladores Cadiz (70 años)

Jubilada

Independencia

Primer lugar regional



Corría el año 1960, cuando en aquella parte de la cordillera de la costa se habían asentado, *hacia* años, algunos colonos cuyo espíritu aventurero les había llevado a vivir la crudeza de largos inviernos nevados y desamparados para sembrar en sus depresiones y domeñar esos parajes ocultos y vírgenes con la crianza de animales domésticos.

A cientos de kilómetros vivía Leonora con sus padres, grandes amantes de la naturaleza. Ella compartía ese mismo sentimiento y el contacto con el mar; la montaña o el campo le originaban un singular deleite. En sus tiempos de liceana, fue la geografía su ramo predilecto y recordaba lugares importantes, nombres de volcanes y ríos, de islas y lagos. Pero había un nombre que le fascinaba por su sonido grandilocuente, como muchos del *mapudungún*: Nahuelbuta.

Ocurrió que ese año la familia debía visitar a unas tías que vivían en Bulnes, pero habían decidido que sólo irían las dos mujeres, puesto que el jefe de hogar no podía ausentarse de su trabajo. Estaba todo dispuesto para viajar a mediados de enero. Sin embargo, días antes se presentó la comadre Marta, madrina de Leonora, con una invitación increíble que la llenó de júbilo. La madre de ésta, Blanca, vivía en Angol y había sido invitada para conocer Nahuelbuta, pudiendo llevar a más personas porque había espacio para alojarlas. Ella viajaría a esa ciudad la semana siguiente con Óscar, su hijo menor de 14 años. Esta era una oportunidad que no se podía rechazar, menos aún con el desbordante entusiasmo de Leonora, por lo cual su madre, Elena, aceptó desviarse de la ruta original por tres días. Así, en la segunda semana de enero, ya estaban en Angol, en casa de la señora Blanca. Allí supieron que debían esperar un día a don José, el encargado de la carreta que los llevaría hasta su destino. Mientras, se surtieron de elementos de aseo y víveres para obsequiar a los anfitriones.

* Para los fines de la presente publicación, el cuento original fue acortado, respetándose la redacción e intención del autor.

El día del viaje fue de larga espera, y los más impacientes eran los jóvenes. En tanto, la señora Blanca había reunido una amplia vajilla, además de sábanas, frazadas, colchones y su ropa. Las comadres Marta y Elena estaban listas con las provisiones y los equipajes.

Se hizo de noche y Leonora empezó a desalentarse, temiendo que el viaje fracasara. Cerca de la una de la madrugada llegó don José, guiando los bueyes con la carreta cargada de sacos de harina, papas y unos colchones sobre los cuales venía sentada su mujer, doña Juana, que también era de la partida. Con ahínco, entre todos subieron el cargamento que tenían y como pudieron se acomodaron entre tanto bulto. Se inició el trayecto por la calle que llevaba al camino de subida a la cordillera. La carreta se movía y crujía al ritmo del caminar del boyero y sus animales. Muy pronto las mujeres y Óscar empezaron a dormir y a roncar, con excepción de Leonora y su madre, que miraban absortas la enorme luna que los iluminaba. El sueño y el cansancio vencieron también a Elena, pero su hija estaba demasiado alborozada para dormir; conocería Nahuelbuta y no quería perderse ningún detalle. Medio sentada, de espaldas al conductor, empezó a notar que iban subiendo, dando tumbos en las irregularidades del camino. Expectante, observó las sombras movedizas de los follajes y llamaron su atención algunos destellos de luces fugaces que se veían a la izquierda y la derecha sucesivamente. Comprendió que subían un camino con curvas y que las luces eran de Angol, que se alejaba. Pesadamente, la carreta cruzó otra curva donde había una vertiente, "El Agua de las Niñas," según informó don José. Se detuvieron para llenar tiestos con esa agua prístina. Esa noche Leonora no durmió hasta que la luna hizo

su recorrido satelital y se escondió detrás de las arboledas. Empezó a dormitar y se extrañó porque el carruaje se detenía. Elena le cuchicheó que los bueyes se detenían porque el guía se quedaba dormido de pie, sosteniendo la picana sobre el yugo. Corrió el tiempo al paso sin apremio de los animales y llegó incierta la luminosidad del amanecer. La joven se deslizó del improvisado vehículo, somnolienta y dolorida, y caminó a la zaga. Se detuvo la carreta en un claro espacioso y parejo para descansar y desayunar. Bajaron los pasajeros y un Óscar somnoliento. Doña Juana, diligente, les pasó una palangana y una jarra con agua para lavarse. Luego recogieron ramas y pasto seco, hicieron fuego y la mujer puso dos teteras con agua. En seguida acercó un bolso, se sentó en una piedra y se puso a pelar y a picar papas. Los viajeros, renovados con la frescura del agua y la claridad que iba en aumento, se alistaron para el reconfortante desayuno que inició doña Blanca, preparando el mate para ella y sus visitas. Comieron grandes trozos de tortilla de rescoldo que sacó de sus alforjas. Leonora sería la última en tomar mate. Al cabo de un rato observó que doña Juana le pasaba al marido un plato con fragante caldillo de papas con harina tostada. No podía desentenderse del agradable y apetitoso olor de aquel caldo. Se acercó a preguntarles, le respondieron que tenían chascudo y le ofrecieron. Recibió el plato y le puso harina tostada; el humilde caldillo de papas le supo a manjar.

Saciado el apetito, se aseguraron de apagar totalmente el fuego con agua y guardaron las cáscaras de papas para los chanchos. En el lugar no quedó ningún desperdicio. Los bueyes, Clavel y Rocío, sólo comerían al final del viaje, para que estuvieran más livianos en la subida de la montaña.

El sol penetraba por el ramaje tupido de los árboles al reiniciarse la jornada y la muchacha se adelantó a la carreta para apreciar el paisaje a sus anchas. El camino pasaba por lomas y cerros; los de mayor altura habían sido rebajados para que la vía subiera gradualmente. En esos tajos se notaban diversas capas de tierra, como una torta rellena de diferentes ingredientes. Curiosa, se detuvo a contemplar estas capas de varias tonalidades de rojo intenso, amarillo ocre y verdoso; las montañas que conocía de la Cordillera de los Andes no tenían esta riqueza de colorido. Se adentró por los costados de la ruta, descubriendo frutillas silvestres y más de un conejo asustado. Examinó los árboles y encontró maquis, avellanos y multitud de insectos. Escudriñó cada recodo, viendo pequeñas flores silvestres, arbustos florecidos y rojos copihues enredados en los troncos. Percibió el aroma de la floresta y recibió el regalo de silbidos únicos, que no conocía, de aves que preguntaban y respondían.

Don José animaba de vez en cuando a sus bueyes: “¡Clavel! ¡Rocío!”. No se detuvieron a la hora de almuerzo, porque iban comiendo charqui con pan amasado, además de los frutos de la montaña cosechados por los chiquillos. Pasadas las dos de la tarde, con mucho calor, dieron con una reguera de agua cristalina, tal vez de vertiente, donde todos fueron a mojarse y a lavarse las manchas que el

maqui les había dejado en los labios y en las manos. Continuaron la marcha y algunos optaron por la carreta. La joven volvió a aislarse para recoger tierra, ramas con líquenes, piedras cubiertas de musgo, hojas novedosas y florecillas que colocó entre las hojas de una libreta: serían testimonio de su estadía en este maravilloso lugar.

A las seis de la tarde la caravana estaba rendida y hastiada. Don José azuzaba a los bueyes cansados, pidiéndoles el último esfuerzo para arribar a destino, hasta que sucedió. Al costado izquierdo del camino, y luego de una curva, vieron la casa de troncos rústicos y, asomado en la puerta, a un campesino de rostro afable y cabello blanco. Era don Juan Sáez, el anfitrión: salió a recibir a la señora Blanca, su invitada, y a don José, el vecino que le llevaba el encargo de los quintales de harina y sacos de papas. Vinieron las presentaciones del resto del grupo. Los invitó a sacar las pertenencias de la carreta para pasar al interior de la vivienda. Le preguntó a las comadres de dónde venían y, respondiendo a dúo, ellas dijeron “de Santiago”. Él se asombró, no conocía la capital. Entonces, Elena le informó que estarían tres días ahí porque las esperaban en Bulnes. Don Juan, lanzando una carcajada, dijo: “¡No pueden irse! ¡Por lo menos tienen que esperar diez días hasta que les crezcan las pezuñas a los bueyes!”.

La vieja de los gatos siempre lo supo

Pablo Marcelo Rodríguez Suau (54 años)

Relator de capacitación

La Florida

Segundo lugar regional



Al hombre siempre se lo vio caminando de espaldas. Ya nadie se sorprendía de la agilidad con que recorría las calles y los senderos, de cómo subía pendientes y eludía los obstáculos. Ya ni siquiera los niños se inquietaban al verlo transitar, a veces sereno y despreocupado, como pensando; a veces agitado, inquieto y veloz, envuelto en un histérico ajeteo sin aparentes razones. Pero siempre de espaldas. De espaldas, como viajando en el último vagón de un tren al sur, siempre observando los verdores cuando se alejan y en la actitud del que siempre se despide, al punto que la gente se acostumbró a saludarlo con un amistoso “¡Chao, Tato! ¡Chao, Tatooo!”. Entonces él levantaba alegremente su brazo, exigiendo el máximo al desproporcionado botón negro de su apretada chaqueta, respondiendo el saludo con una sonrisa fotografiada en su boca, que dejaba a la intemperie sus gruesos molares.

Más sorprendente resultaba el hecho que nadie en el pueblo podía afirmar que alguna vez lo hubiera visto

tropezar. Era como si caminara por rieles invisibles y sólo se abandonara a un respaldo aún más invisible, entregado y confiado en no sé qué cosa, que nunca jamás nadie vio.

Pero las cosas no siempre fueron así. En un comienzo, las gentes lo trataban como a un ciego, retirando posibles peligros. Intentaban ofrecerle ayuda, o bien, lo anunciaban: “¡Allá viene!”, con gritos de alarma. Pero con el pasar del tiempo se dieron cuenta que el Tato se manejaba sin inconveniente alguno por las entreveradas callejuelas de Huecura, ya fuera en invierno, cuando el agua hasta el nombre le cambia a las cosas, o en verano, cuando el sol se sienta en las mismas esquinas junto al adobe y los perros ni a ladrar se animan por miedo a levantar polvo.

Si en Huecura usted preguntara por Roberto Caulín, todos le dirían “*naide* hay aquí con ese nombre”. Desde un principio todo el mundo le dijo Tato y no me pregunten por qué. Preguntarlo sería como preguntar de dónde salió el viejo alcalde que cada

cuatro o cinco meses se dejaba caer montado en su embarrada camioneta norteamericana, regalando la ropita que su señora ya no usaba: "Esto que les puede servir, y esto otro que ya verán ustedes para qué sirve...". En cada visita nunca dejó de acercarse a doña Inés para decirle "ya sabe, esto es para el Tato. Cuando lo vea, entrégueselo. No lo vaya a olvidar." Lo subrayaba como advertencia patronal.

Es que la camioneta norteamericana impresionaba. Los niños, cuando la veían venir por el camino grande, se disputaban el derecho a sentarse frente al volante. Los mayores, la miraban con un asombro mal disimulado... no fuera a creer el caballero que ellos nunca se habían subido a un vehículo.

A veces las cosas son así sólo porque no son de otro modo, y eso a la gente de acá le gusta, de lo contrario, preguntarían. Y no lo hacen. Pero los de Huecura no son lesos. Cuando algo no lo saben, lo inventan; y el que no cree, o se queda callado o inventa algo mejor.

Así le pasó al que no creyó que el señor alcalde había sido elegido. Viéndose obligado a decir que si éste era lo que era, era porque tenía una camioneta norteamericana y que se creía la muerte porque a su señora la habían operado de no sé qué *huevã* en la capital, y que a la vuelta había vuelto más flaca y bonita que la *cresta*... negrita, de labios rojos como carbón encendido, con unos ojitos claritos que cuando se *jué* no los tenía así...

—No se operó naa, oh.

—¿Qué decí vooo?

—Te digo que no se operó ná, oh. La *eñora* estaba acá, en el pueblo. Venía gorda como... como una chancha preñã; y al otro día, ná... flaquita, bonita, con lo ojitos claros... ¡siempre ha *tenío* lo ojos así! Bonitos.

—¡Quién te *ijo* esa huevã, oh! La vieja de los gatos... *tí* apuesto.

—No sé, oh. Ya ni me acuerdo. Hace *tantazo* tiempo...

Fue así como una vieja entre las viejas inventó que el Tato había nacido teniendo treinta y dos años. Y que un día había aparecido por el camino que viene de las nieves, cochino como un puerco, caminando de espaldas, saludando a las gentes como si viniera victorioso de una guerra y se estuviera yendo inmediatamente a otra, sin mediar descanso ni tregua. No faltó quien dijo que venía de vuelta, viviendo la vida de allá para acá, como quien dice y como quien lo ve, retrocediendo, siempre retrocediendo, incansable en busca del minuto en que nació.

Sólo una vez lo vieron detenerse. Fue cuando el señor alcalde concedió un paseo en su camioneta norteamericana a una tropa incrédula de niños que, sentados atrás, se tomaban de las manos con caras asustadas. De pronto, el Tato estaba ahí detenido junto a una empalizada, como una foto antigua. En esa oportunidad, el viejo alcalde detuvo el vehículo y abrió la puerta. Se escucharon los largos ruidos de la manija que bajaba y la chapa que se soltaba. Se bajó lentamente y, como si fuese a capturar una mariposa, intentó acercársele. Se aproximó, los niños aguantaban la respiración. Estaba a una distancia que nunca nadie logró estar, tan cerca como para darle la mano. Entonces el Tato, sin provocación alguna, dio un

pequeño brinco y emprendió veloz huida, alejándose con una mano en lo alto, sonriente, dejando ver sus molares salivados y ese botón grande y ajeno. Los niños gritaban “¡Chao, Tato!”.

No se dejó ver por varias semanas. Se sabía que andaba por ahí, ya que desaparecía la comida que la vieja de los gatos, doña Inés, le dejaba junto a la roca que en septiembre servía para poner la bandera.

Al cabo de un tiempo se dejó ver durante varios días, de espaldas como de costumbre. Pasaba errático como el viento o puntual como un astro del firmamento, alegre como si regresara del amor, o abstraído como un filósofo que, deshaciendo el camino, busca quién sabe qué pensamiento que pudo haberse caído por el fondo roto de sus bolsillos. Volvió, pero ojalá nunca lo hubiese hecho.

Morir en Huecura no es fácil. Se requiere de años. La gente muere de arrugas, cargando sacos de dolencias menores. Más que morir, acá la gente se apaga, muere poquito a poco. En silencio se muere y en silencio la entierran... y aquí no ha pasado nada. Parece que mañana me muero; preparen la carne, las papas, afinen la guitarra y pasado me entierran.

Por eso la tragedia fue más tragedia. Fue el atardecer del 19 de septiembre cuando, envuelto en los vapores tintos del vino, el viejo alcalde entró veloz con su camioneta norteamericana, sin percatarse que en sentido contrario, el Tato retrocedía saludando militarmente el emblema nacional. Lo arrastró varios metros. El cuerpo, como si fuera títere, como si fuera espantapájaros, se enredó en las tripas del poderoso vehículo. Varios hombres fueron necesarios

para sacar el cuerpo de entre los fierros, mientras el alcalde, con los brazos en el volante, ocultaba su rostro como no queriendo escuchar las indicaciones urgentes que unos y otros se daban a gritos, incrédulo de los hechos que ahí estaban ocurriendo. Nada se podía hacer para que ahí no estuvieran como en un mal sueño, aferrándose a la posibilidad de levantar la cabeza y ver que estaba en su casa y en su cama, con una pesadilla clavada en el pecho. Pero no fue así.

Cuando Mario Caulín, más conocido como el señor alcalde, abrió la puerta y bajó de su camioneta, pudo ver el cuerpo desfigurado del Tato. De rodillas, para luego abrazarlo y mecerlo en sus brazos... el vaivén de la cabeza inerte... las crenchas, mezcla de polvo y sangre... “Roberto, Roberto”... le decía al oído, secreteándose en cada lágrima. “...Perdónanos, dile a Dios que nos perdone...”.

Alzó el cuerpo del que había sido su hijo enfermo y para la gente fue inevitable observar el curioso desgaste en la suela de sus míseros zapatos. Puso al Tato en el interior del vehículo y se lo llevó lentamente, como quien lleva a un niño ligero de sueño.

Esa fue la última vez que la gente de Huecura vio al Tato, y la última también que vieron al señor alcalde en su camioneta norteamericana. Doña Inés se tragó sus lágrimas mientras una veintena de gatos bigoteaban un plato de leche, junto a su camastro.

Tan elegante que estás

Juana Rubio Pérez (70 años)

Dueña de casa

Maipú

Tercer lugar



La capilla del fundo Carén estaba preciosa. El olor a rosas, jazmines y lavanda rebotaba de rincón en rincón. El altar lucía sus mejores galas, todas traídas de países lejanos por los patrones. Después del Rosario y la Novena de Santa Rosa, toda la ceremonia terminaría en el patio de la capilla con una rica comida.

Los cocheros de los colosos donde viajaban los inquilinos, además de llevar caballos nuevos, esa noche llevaban un par de damajuanas bien llenitas que vaciaban disimuladamente en sus gargantas. Las cocineras que lo notaron, avisaron a sus parientes y se formó un grupo de vecinos que decididamente regresarían a sus casas caminando.

Micaela Torres caminaba lento. Sus pensamientos estaban muy lejos. Disfrutaba de esos nueve días de misiones como nadie. A ella le gustaba la luz, la música. Había aprendido a leer en las misiones, también matemática y hasta un poco de inglés con

los hijos de los patrones. Descubrió la diferencia entre elegante y distinguido, y ¡vaya que había diferencia!, aunque sus amigos no lo notaran.

De un salto y dando un grito volvió a la realidad cuando su abuela, de una oreja, la hizo caminar más rápido.

—¿*Estai* sorda? Te estoy gritando que te *apurí* hace rato, ¿no *veí* que te *estai* quedando sola, *molehera*? El grupo no disimuló la risa y Micaela, muy digna e ignorándolos, pasó delante de ellos dejándolos atrás rápidamente, sobre todo a la abuela y sus retos.

—¡No te *apurí* tanto, *molehera*! ¿Que no *veí* que *vai* sola de nuevo?

El grupo se rió un buen rato hasta que la conversación fue tomando otros rumbos. La luna llena iluminaba el camino y las flores con sus pétalos cerrados parecían soldados saludando en formación. De pronto, justo frente a un sauce, el grupo sintió un fuerte aleteo.

Era un ruido sordo, seco, como metálico. Después vino un espantoso chillido. El tuc tuc los dejó a todos sin respiración. Los más valientes levantaron apenas la voz para repetir en un suspiro el consabido "martes hoy, martes mañana, martes toda la semana". Después del susto y del silencio, no quedaba otra que seguir adelante. Encomendándose a la Santísima Virgen, caminaron rápido para alejarse pronto del lugar. La abuela de Micaela casi corría, tenía que alcanzar a su nieta que ya había dado la vuelta del boldo y se había perdido de vista. Ya habría llegado a la primera casa. La de ellas era la segunda casa de ese callejón solitario.

En un peumo, a la luz de la luna, una persona saludó a Micaela muy atentamente al pasar. Era un huaso joven, distinguido, pero no elegante, según el parecer de la muchacha.

—Tan sola a esta hora, señorita.

—No vengo sola, señor. Mi grupo viene más atrás.

—Yo la veo sola... ¿viene de las misiones?

—Sí.

—¿Y le gustan? Yo creo que no tanto.

—Le diré, y no le cuente a nadie: lo que a mí me gusta es la música, las canciones, los cuentos que me hacen pensar, viajar con la mente. Me gustan las luces, en fin, me gustan muchas cosas. Todo menos lo religioso.

Rió de buenas ganas el huaso y era tan simpático que

contagió con su risa a Micaela, hasta que los gritos que se acercaban distrajeran su atención.

—¡Micaela!, ¿dónde *está*? ¡Ya veré yo a tu *taita pa'* acusarte, *molehera*!

Los primeros que llegaron a la vuelta del boldo alcanzaron a ver a Micaela conversando con el huaso. Éste les hizo una venia con el sombrero a la distancia y se marchó. El grupo se fue juntando en la primera casa. No hubo necesidad de prender chonchones en la entrada, la luna brillaba como nunca. Cuando llegaron todos, se despidieron y cada quien siguió su camino. Cuando Micaela y su abuela se perdieron por el callejón, se desataron todas las lenguas al mismo tiempo.

—¿Vieron al *pinche* de la Micaela?

—Elegante el diablo ése, *iñor*.

—Yo creo que no lo había visto antes por aquí.

—¡Qué elegante ni qué diablo! ¿Cómo no lo reconocieron? ¡Ése era el alcahuete de la "Pan con Queso", buscando carne joven *pa'* negocio de la vieja esa!

Horrorizadas del comentario, las mujeres le dieron con todo al pobre muchacho que habló más de la cuenta. Le llovieron retos y peñizcones, y sus buenas tiradas de mechales y de orejas se llevó. Su salvación fue que ya llegaban a la casa y, mientras los mayores entraban, él se quedó afuera y prendió un cigarro. Y entonces lo vio. El mismo huaso elegante y risueño ahora estaba convertido en un ser horroroso, de cara

enorme y boca como de sapo, dientes amarillos y filosos. Sus ojos sin cejas eran cuencas rojas brillantes que lo miraban. Brazos fuertes, piernas chuecas, más bien pezuñas de animal, y el olor a azufre apenas si dejaba respirar.

Para qué decir la reacción del joven. No supo de cigarro ni de fósforos, mucho menos de puertas ya cerradas. Saltó por una ventana rompiendo de paso varias cosas además de los vidrios, pero poco le importaba. Su padre y un tío creyeron que lo venían siguiendo salteadores y armados con las trancas de la puerta salieron a ver, pero no había nadie, no había nada; sólo la pálida y tranquila luz de la luna.

Cuando por fin el muchacho pudo hablar y contar lo que había visto, arrodillado frente al altar de la casa y aferrado a un rosario casi sangrándose las manos, todos prometieron hacerle a la Virgencita una gruta y venerarla por siempre, porque solo ella podía haberlos salvado.

Una de tantas historias de La Llorona

Beatriz Macarena Rojas Moreno (34 años)

Dueña de casa

Graneros

Primer lugar regional



"Humm... Teresa, saca la basura. Teresa, dale comida a los chanchos. Teresa, limpia el gallinero. Es tonta esta cabra. Ya *po*, Teresa, apúrate con esa ropa... todo la Teresa; tonta, tonta, tonta Teresa, inútil la Teresa, ni se gana el plato de porotos. No sirve más que para dar problemas."

Repetía su monólogo incansablemente mientras realizaba cada una de las muchas tareas del día al pie de la letra. Ella no había nacido así, había sido una niña robusta y sana hasta los tres años, pero una meningitis había provocado su enfermedad; sus padres no pudieron hacer mucho por ella. Vivían tan lejos, casi a los pies del cerro. Por eso decidieron mandarla al pueblo con su tía, para que recibiera los cuidados que requería, ya que decían que ahora había avances en la medicina. Tal vez, con suerte y empeño, la cosa podía mejorar.

Pero ni siquiera el intento se hizo. El poco dinero que los padres enviaban sagradamente todos los meses servía para pagar solo la comida de Teresa, por lo cual su tía la ocupaba de empleada a tiempo completo,

sin darle tregua para su recuperación, ya que, aparte del retraso mental, también tenía problemas sicomotores que le impedían caminar normalmente. Por eso, a veces daba trastabillones que arrasaban con todo a su paso. Como el día del matrimonio de su prima cuando, al servir las mesas, tropezó con sus desgarrados pies y fue a parar arriba de la torta de novios, la que voló por el aire hasta caer desparramada a los pies de la tía, que casi muere de un ataque de furia. De no ser por el párroco, la pobre Teresa habría recibido una tunda de *padre y señor mío*.

Como ya dije, la vida de Teresa era muy ocupada. Cuando nadie la mandaba, se mandaba ella misma: "Ya *po*, Teresa, nada de flojeras, anda a pelar los porotos o recoger leña. También hay que hacer pan". Así, por la noche, dormía exhausta en uno de los cuartos que su tía tenía destinados a guardar el carbón; de ahí que Teresa anduviera siempre con la cara tiznada.

Su cuerpo era totalmente contradictorio con su mente, ya que tenía las formas pronunciadas de los

18 años. Si no hubiera sido por sus desgarrados pies y esa mueca de asco siempre presente en su rostro, se podría haber dicho que, lavándose y peinándose como corresponde, podría haber llegado a ser bonita. Pero como a nadie le importaba su existencia, pasaba como uno de los tantos animales del corral.

—Oye, Lila. Anoche se soltó el chancho hediondo del corral; sí, el chancho hediondo le pegó a la Teresa, el chancho hediondo se soltó —despertó gritando Teresa una mañana en la que ese chancho no la dejó dormir y se tuvo que esconder entre los sacos de carbón.

Para la tía, que más sabía por vieja, fue evidente lo que había ocurrido: uno de los *patipelados* que trabajaban en el carbón, a los cuales ella arrendaba algunas piezas al fondo del patio, se había metido a hacerle la *cochiná* a la loca.

—Esta loca que me mandó mi hermano sirve para puro dar problemas. Ahora habrá que llevarla para que la operen de adentro. No quiero otra boca que alimentar, menos un cabro tonto como ella —le comentó a su marido—. Así, si algo le pasa ya no habrá que preocuparse.

Por entonces, su hija llevaba varios años de casada, vivía en el sur con sus suegros y aún no lograba quedar encinta. Había consultado varios médicos y curanderos pero todos le habían dicho lo mismo: que su vientre estaba seco y que no había manera de engendrar.

Cuando su madre recibió la noticia de que su única hija estaba a punto de separarse por ese fatídico

problema, no lo pensó dos veces y concretó su plan. Su hija se quedó con ella durante todo el embarazo y no permitió que nadie la viera porque, según ella, estaba delicada de salud. Había que cuidarla por ser primeriza y que tuviera paciencia el marido si quería tener un primogénito sano.

También Teresa enfermó. Nadie la había visto *hacía* varios meses y el párroco del pueblo, que era el más preocupado por ella, quedó conforme cuando le dijeron que estaba de visita donde sus padres. Pero la verdad es que Teresa permanecía encerrada en una de las piezas de arriendo, con una barriga a punto de reventar y medio adormilada con tanta agüita de monte que le daban para que no gritara sus locuras. Si alguna vez la tía había dudado de la salud del bebé, ya era tarde para lamentaciones. Si ocurría la desgracia, tenía pensado decir que el niño había nacido muerto y asunto olvidado. Lo malo de todo era que no tenía idea de qué padre era la criatura y esperó que ojalá se pareciera un poco a su hija o al marido de ésta.

Cuando comenzó el trabajo de parto, contrató una partera de un pueblo vecino y ellas mismas la asistieron para no dar pie a habladurías. Así, todo resultó a *pedir de boca* para ellas. Tan bien salieron las cosas que el bebe nació sano y robusto. Daba gustito mirarlo, si hasta parecía de la familia, comentaron con admiración.

Dieron aviso al orgulloso padre y prepararon una gran fiesta para celebrar. De la pobre Teresa nadie se acordó, solo la partera que por lástima se quedó a cuidarla unos días, recordándole adrede a la señora que debía cuidar a la madre, porque de lo contrario la

criatura se le moriría de hambre. A la tía no le quedó más remedio que prepararle una habitación dentro de la casa para que amamantara al bebé sin levantar sospechas.

—A lo que se destete el niño, mando con *viento fresco* a la loca de vuelta con mi hermano y por fin me deshago de ella.

Pero las cosas no sucedieron así, ya que pasaron los años y Ramoncito, como llamaban al niño, no se despegó más de su mamita Teresa; por más que la tía y su hija, que tanto lo quería, trataron de apartarlo de ella. Si hasta cumplió su promesa de mandarla con sus padres, pero no por mucho tiempo, ya que el niño enfermó de tal manera que casi se muere el pobre. Cuando trataban que Teresa volviera al cuarto del carbón, aparecía el niño envuelto en sacos durmiendo a su lado, pues se arrancaba de su cama. Lo habían cambiado al cuarto de su otra madre, para que la loca volviera al cuarto del carbón.

—Hummm... Lila, el chancho hediondo de nuevo se soltó del corral. Le pega a la loca Teresa, el chancho tiene el olor del patrón, el chancho hediondo que sigue a la Teresa en el cuarto del carbón se parece al patrón —le dijo un día a su tía y dentro de su locura tenía toda la razón.

A Lila se le vino el mundo encima, estaba tan claro como el agua. Ahora veía perfectamente el parecido del niño con la familia: la misma sonrisa, el color de los ojos, su cara, igualito a su marido. El muy desgraciado era el chancho hediondo que se le metía en el cuarto del carbón a la loca. El hijo éste que había tenido, era de él. Peor aún, esa criatura también era hermano

de su hija. No, esto no lo podía permitir. Por ahora, lo primero era que su hija se fuera al sur, que volviera a vivir con sus suegros, así ella podría deshacerse de una buena vez de esa loca de mierda que tantas desgracias había traído a la familia.

Para despedirse organizó una fiesta a la orilla del río que pasaba cerca. Presentía que no vería a su hija por un buen tiempo; mientras más alejada del niño mejor, porque él le recordaba la aberración que había hecho su marido. Inmediatamente después enviaría a Teresa donde sus padres para siempre. Por el momento no permitiría que esa loca se siguiera acercando al niño. Por eso la encerró en el cuarto del carbón mientras ellos disfrutaban de la fiesta. Pero la pobre, que no podía pasar mucho tiempo sin ver a su niño, hizo lo imposible por salir. Para cuando logró llegar al lugar de la fiesta, la tragedia se había desatado y todos buscaban desesperadamente a Ramoncito. Ella lo presentía, corrió a tropezones por la orilla del río, cayendo una y otra vez, sin darse por vencida. Se desgarraba la ropa, tiraba de sus cabellos, desesperada. Los invitados la vieron aventarse al río, llorando, gritando desconsoladamente “¡mi niño, mi niño, mi niño!”, hasta desaparecer entre la corriente.

Después de buscar por tres días río abajo en el lugar donde vieron desaparecer a Teresa por última vez, los vecinos encontraron su cuerpo en el otro extremo. En sus brazos acunaba a su hijo: ambos habían muerto ahogados. La corriente del río los había arrastrado hasta la otra orilla. Ambos tenían una sonrisa angelical.

La hija de Lila no soportó el dolor de perder al único hijo que podía tener y el peso de su conciencia la

hizo caer en una depresión que, paradójicamente, la llevó a la locura. A veces, en el descuido de su madre, se arrancaba por las calles del pueblo, llorando desgarradamente y pidiendo que le devolvieran a su hijo perdido. Cuentan también que más de una vez, dentro de su locura, arrebatava niños de los brazos de sus madres. Otros dicen que algunos niños desaparecían y que luego eran encontrados flotando río abajo. Los más imaginativos cuentan que aún después de muerta, seguía deambulando por las calles del pueblo con su llanto lastimero, buscando en las calles lo que una tarde de verano el río le había arrebatado.

Los Segadores y don Jecho*

Luis Humberto Fuentes Castro (47 años)

Apoyo a familias vulnerables a través de programas sociales

Marchigüe

Segundo lugar regional



Después de amamantar a su primera guagua y dejarla suavemente sobre la cama de lana, la joven madre se alza y se dirige sigilosamente hacia la cocina. Con sus manos ásperas levanta con cuidado una lata con fuego, la coloca a un lado y con suavidad coge el tercer pan amasado, lo limpia y posteriormente lo envuelve en un delicado paño blanco.

En un rincón de la cocina donde huele a humo de espino, bajo la suave luz del fogón y la ondulante luz de una vela, Ramiro acuna sobre sus rodillas una antigua *echona* que lo ha acompañado por muchos años, la cual acaricia con una pequeña lima, centrando su mirada y pensamiento más allá de los movimientos.

—Ramiro, vea si falta algo —exclama Berta con ternura.

—No se preocupe más y no eche tantas cosas—contesta Ramiro.

Esa noche, antes de dormir, se prepara un abultado saco que contiene pan, echona, camisas, pantalones, tarro choquero, azúcar, sal, agujas, hilos, olla y otros elementos propios para el largo viaje y el trabajo. En la madrugada, con los primeros cantos de los gallos, el viajero despierta con suavidad a su hermosa y querida esposa para decirle que ya es hora de partir. Ella, sin hacer comentarios, siente cómo unas lágrimas se alejan de sus ojos; sabe muy bien que no volverá a verlo tan pronto.

La mañana está fría y Ramiro empieza a sentir en sus pies la baja temperatura. Emprende una larga caminata para ganarse la vida como cualquier obrero que sueña, que añora un mejor futuro para su hijo y para los que lleguen posteriormente. En su hombro lleva un saco

* Para los fines de la presente publicación, el cuento original fue acortado, respetándose la redacción e intención del autor.

grande o una pesada *linguera* que por tradición se usa en esos tiempos de la década de los sesenta; es apuñada con fuerza, con visión de emprendimiento, con esa mágica visión que va naciendo y forjándose a cada paso y en cada cuesta del camino.

Más allá lo espera su compadre Manuel, también con su morral, su chupalla de paja y sus ojotas nuevas. Después del “¡Buen día, compañero!” entre ambos, emprenden el largo camino por cerros, llanuras, ríos y sembrados. El camino está lleno de anécdotas que Ramiro sabe contar con gracia y facilidad increíble.

Matizado con los cuentos, el sol se encumbra entre los cerros y empieza a deslizar su luz tímida por las planicies, mientras a lo lejos se escuchan los aullidos de zorros que quieren saludar y animar la travesía. A veces, el silencio y la suave brisa del viento, que se mezcla con los aromas de los boldos, quillayes y maitenes, son interrumpidos por los aleteos rápidos de las codornices.

Unas horas más tarde, los dos hombres llegan al gran estero, peligroso y muy respetado.

—Tiene más agua el estero este año —indica Manuel, observando el gran cauce.

—Sí, está más hondo y más peligroso —complementa Ramiro, preocupado, llevando la atención a otro tema; sabe que es muy arriesgado su cruce.

—¿Y qué dijo la Lucía cuando supo que usted iría a las cortas de trigo? —pregunta Ramiro.

—Qué va a decir, si no hay otra pega por allá —contesta cabizbajo Manuel.

—No se preocupe, compañero. Somos los dos buenos para el trabajo y lo que ganemos será repartido en partes iguales —lo anima Ramiro, aunque sabe que él es mejor para el tipo de trabajo al cual se verán enfrentados muy pronto.

Están a punto de desistir de la travesía, cuando al frente, entre las zarzamoras al otro lado del estero, vislumbran la silueta de un hombre. Con un grito amigable le preguntan:

—¡Amigooooo! ¿Y pican los pescados?

—Nooooo, no pican. Hace rato que estoy acá y quiero ya partir, tengo mucha hambre —responde el hombre. Los mira, dejando ver su rostro pálido. Es muy flaco, de barba blanca y ojos muy expresivos. Viste ropa andrajosa y calza unas ojotas con correones de cuero.

—Tienen que tener mucho cuidado —grita y les anima el viejo, señalándoles el mejor trayecto. Con el agua casi hasta el cuello, los dos amigos sorteán el difícil paso, siempre apoyados y arengados por el viejo.

Una vez pasado el peligro, agradecen las señales al desconocido y con sentimientos de triunfo observan unos frondosos sauces que dejan caer sus adormecidas cabelleras sobre las aguas profundas, las que son golpeadas superficialmente por los aletazos potentes de enormes peces plateados. Las taguas, entre los totorales y los yecos, entre los árboles secos que ya han cumplido un ciclo de vida en el estero, estiran el cogote y conforman un panorama ideal para hacer un descanso, encender el fuego y dar vida a un “tarro choquero”. Este tarro de lata con un aro de alambre retorcido para tomar

la chocha o café, ha sido parte del pueblo obrero; un simple tarro que ha sabido de secretos, de injusticias y que también ha compartido lágrimas, incluso lágrimas del corazón, de esas que no se ven.

Al poco rato, los tres hombres hambrientos ya han consumido totalmente la fuente de causeo, han tomado café y degustado gran parte de las reservas de pan. Con una amena conversación, ya ha surgido una grata amistad. Hay aspectos propios de la vida campesina que unen a estos obreros, donde la solidaridad y el apoyo nacen en el momento más oportuno. Es tanto el agradecimiento y la simpatía que siente don Jecho por los hombres que le tendieron una mano brindándole comida, que ya caminan juntos. Ramiro y Manuel no escatiman en su nuevo amigo, que presenta ciertas desventajas en su apariencia física para el agotador trabajo de la siega de trigo.

Después de un largo y agotador viaje, llegan a unas casas de fundo, de gruesas paredes blancas y de tejas viejas, que se mantienen imbatibles al paso del tiempo. Las casas están acompañadas por unos añosos eucaliptos, que son parte de la historia de esas casas patronales. Aledaños, se observan potreros exuberantes de trigo en los que ya se han alzado las primeras gavillas de otros segadores y buenos cortadores de trigo, venidos de distintas partes.

Se comenta que el patrón es un buen hombre, humanitario, que da buena ración de porotos, que paga mejor que en otros fundos y que al final de la siega celebra a los trabajadores con un buen asado.

El capataz, un hombre robusto y montado siempre en

un caballo negro, los recibe muy alegre y les indica el cuarto de adobe, donde dormirán.

—Ya amigos, aquí será el rancho de ustedes. Y vayan para la cocina, para que Leontina les sirva una buena cazuela.

—Gracias don Facundo —corean con alegría los cansados y hambrientos hombres.

—Oiga, don Facundo ¿y cómo están pagando la cuadra de trigo este año? —pregunta entusiasmado Manuel.

—Lo mismo del año pasado —responde Facundo, rascándose la cabeza.

—Ahhh —exclama Manuel, dando a entender que esperaba otra respuesta.

—Es que el trigo está más chico, más ralo y está dando menos quintales por cuadra —continúa comentando el capataz.

—Bueno, ya estamos aquí —indica Ramiro.

—Todos los segadores ya aceptaron el trato —dice finalmente el capataz.

El patrón está feliz con la noticia: ha llegado a su fundo el mejor segador, el más rápido, al que le gusta la pega. Ramiro, un hombre de estatura regular, delgado y bien parecido, de ligero bigote, es admirado por su destreza y fuerza incansables para amarrar o atar el trigo, coger y levantar las pesadas gavillas. Entre el alboroto, las risas de los trabajadores apuntan al viejo con ojotas de correones de cuero. Las expresiones burlescas no cesan el primer día.

—Oiga, gancho, y ¿qué lo ha traído por aquí? —indica un trabajador.

—Me han traído acá las ganas de trabajar y de ayudar a mis amigos que me encontré en el camino— exclama don Jecho, que nunca baja la cabeza y que siempre tiene una respuesta sabia y acertada para las preguntas insidiosas de los hombres.

A la hora del almuerzo, uno de los segadores lanza una pregunta que causa más de una carcajada.

—Oiga, *iñor*. ¿Qué espera hacer con los millones que va a ganar en la corta de trigo?

—Haré lo que se debe hacer: multiplicarlos. Una parte será para ayudar a los que son más pobres que uno.

Inmediatamente, los comentarios y las conversaciones cruzadas se dejan oír. Muchos no entienden cómo puede haber personas más pobres que ellos.

—Así es no más, siempre habrá hermanos a los que hay que ayudar; entre más ayudamos, más se multiplica lo que ganamos —exclama decididamente el viejo.

Un silencio en medio de una calma increíble se apodera del puñado de obreros. Obviamente, Ramiro y Manuel se sienten orgullosos de haber conocido a don Jecho y les sorprende la energía que irradia este buen amigo. Los hace levantar muy temprano, aduciendo a la frase: "Al que madruga, Dios le ayuda".

Es sorprendente el grado de avance de estos tres hombres; causa atónita admiración en todos los trabajadores del fundo, que no comprenden cómo tres

hombres cortan tanto trigo sin sentir agotamiento. Obviamente, en más de una ocasión Ramiro le comenta a su compañero Manuel que había algo en él, algo diferente a otras veces: nunca se sentía cansado y el trabajo le cundía más.

Después de varios días se puede apreciar el trabajo realizado de la siega. Las carretas, tiradas por dos yuntas de bueyes cada una, se ven lentamente avanzar por las lomas, donde se van llenando con las enormes gavillas para ser trasladadas a la herá. La siega a echona es un trabajo duro, agotador, de largas jornadas y se paga por cuadra segada, la que es medida con la pericia de los campesinos, contando los trancos. Generalmente los cálculos son muy acertados. Después de dos meses, Manuel y Ramiro ya caminan por el rastrojo contando los pasos de lo que han segado. Es sorprendente la superficie de trigo cortada.

En el fundo todos comentan que hay algo en los tres compañeros; que una luz divina pareciera ayudarlos. Un día antes del pago, don Jecho se abraza con Manuel y Ramiro, se despide y les agradece la paciencia y la oportunidad de trabajar junto a ellos.

—Pero, don Jecho, cómo se va a ir antes del pago. ¿Cómo le vamos a entregar la plata? —le dice Ramiro.

—Nooooo, no quiero plata. Me gané la amistad de ustedes, mis queridos amigos, y eso vale más que un tesoro —explica muy seguro el camarada que siempre los motivaba a levantarse temprano.

—Váyase mañana, compadrito, y llévese no más su platita —le ruega Manuel.

—Bueno, pero si me voy antes, llévensela ustedes y

multiplíquela —dice el viejo. Una risa agradable se deja ver en su dentadura blanca y sus ojos expresivos resaltan de alegría y satisfacción.

Al otro día, Manuel y Ramiro reciben y cuentan los billetes mientras sus miradas buscan la presencia de don Jecho.

—Es que don Jecho se fue muy temprano; ahí está su paga también —les informa el capataz.

Ya de vuelta, los dos hombres comentan felices cada hecho de la grata aventura y recuerdan con cariño las palabras y consejos que les había entregado don Jecho. No comprenden cómo se había ido sin recibir el dinero.

—Y ¿qué vamos hacer con la plata que ganamos de más? —pregunta Manuel con tono de felicidad.

—Ja, ja, ja, ja... Multiplicarla, multiplicarla y ayudar a los más pobres —responde feliz Ramiro.

—¿Y cómo es el dicho? —pregunta Manuel.

—¡Al que madruga, Dios le ayuda! —exclaman a coro los dos hombres.

Al pasar nuevamente de regreso por el estero, cruzan sin dificultad porque saben el mejor paso. Observan y admiran las largas y adormecidas cabelleras de los sauces. Más allá se dejan oír los aullidos de los zorros; el sol en su ocaso, extiende su luz amarilla por la planicie y el aroma de los quillayes y los boldos anima a los jóvenes obreros que caminan animosos a sus ranchos.

En un cruce de camino, y con las lingueras en el suelo, los dos amigos proceden a repartir el dinero. También

distribuyen en partes iguales lo ganado por don Jecho, dándose un fuerte apretón de manos y, sabiendo que la palabra es ley, prometen multiplicarlo y ayudar a los más desposeídos. Acuerdan, además, juntarse el domingo en la cantina “La Viuda” para tomarse ese deseado trago y arreglar la garganta tan sufrida con el polvillo del trigo, mientras sonríen porque hay un buen motivo para hacerlo.

Al poco rato Ramiro ya aborda la puerta del camino de acceso a la casa. Un deseado abrazo funde al joven matrimonio y nuevamente Berta siente lágrimas deslizarse por sus mejillas, ahora de alegría.

—¿Y cómo está la guagua? —pregunta con entusiasmo Ramiro.

—Está grande el niño —responde Berta, cogiéndolo de una pequeña cuna de madera.

Ramiro abraza a su hijo, lo contempla y suspira, mientras mira a Berta con gratitud. A la hora de la cena, Ramiro procede a hacer entrega del dinero a su esposa y le encarga un fardo de billetes que debe guardar muy bien, indicándole que es de un amigo.

El día domingo, Ramiro y Manuel cuentan en la cantina “La Viuda” parte de su aventura, mientras los contertulios no se explican cómo pudieron cruzar el caudaloso estero, cuando muchos lo habían intentado y ni a caballo lo habían logrado. Los dos buenos compañeros se miran y, sin mediar palabras, piensan y meditan sobre quién sería don Jecho y dónde estaría. Alzan sus copas y hacen un buen brindis por su gran y misterioso amigo.

Basado en hechos reales

Juana la Loca

Hugo Andrés González González (59 años)

Profesor de Estado

San Vicente de Tagua Tagua

Tercer lugar regional



Parodiando a Quelentaro, que en sus “Coplas al viento” dice al viajar al pasado, a su lejana niñez, “Cómo no acordarme yo”. Lo mismo me ocurre hoy a mí cuando en mis clases de historia nombro a Juana la Loca, la hija de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel. Cómo no voy a acordarme yo de esa apromblemada pero feliz niñez que viví en la localidad agrícola de la Rinconada del Tambo, esa Rinconada de la década del ‘60 del sangriento siglo XX. Esa localidad agrícola sin agua potable ni luz eléctrica, en la que al caer la noche, con toda su negrura, sus polvorientos caminos eran ocupados por fantasmas, ánimas, por don Sata, aparecidos y, también a veces, por La Llorona. En esa Rinconada que se nos fue, escuché por primera vez el nombre de Juana la Loca. No se trataba de la desventurada princesa española, sino que de una desgraciada moza campesina. Ocurrió —según decían algunos viejos lugareños— cuando los chanchos andaban en dos patas y en corbata. Murió trágicamente, según dictaminara la justicia, “por un lamentable accidente”. Según algunos había sido “por un conveniente accidente, provocado ex profeso

por su marido, cuyo nombre no era Felipe El Hermoso, sino Francisco El Encachao.”

En esos años, mi taita, don José Ángel González Díaz, que Dios lo tenga en su santa gloria, era inquilino en una de las parcelas de la Rinconada. Como parte de su salario, el patrón le permitía el usufructo de un cuarto de cuadra para que la sembrara a su beneficio. Casi todos los años mi progenitor cultivaba maíz, el cual cortábamos a *echona limpia*, cuando estaba seco. Luego, con canastos de mimbre y a mano, lo cargábamos en la carreta de bueyes, tirada por “El Rasputín” y “El Botín”, los que a punta de *picanazos* y garabatos de mi taita, recorrían el camino del potrero hasta la casa de adobe, donde vivíamos. Ahí venía la descarga de ese producto del agro, el cual era apilado en el patio. La *ruma* alcanzaba unos diez metros de altura, la que a nosotros, los mocosos, nos parecía una pirámide egipcia en pequeño. A la noche siguiente venía la otra tarea, deshojarlos y tirarlos al patio para que se secaran y así posteriormente poder desgranarlos.

Una noche estival del '65, mientras los adultos, sentados en bancas de madera, despojaban con rapidez de sus ropajes a los choclos y los mocosos nos metíamos en unos hoyos hechos en la pila y a duras penas deshojábamos uno que otro, apareció un amigo del *taita*. Según él, venía a ayudar sólo por la amistad. Todos sabían que ese huaso ladino participaba en esa labor agrícola para echarle unas miradas "no muy santas" a mis hermanas mayores, las cuales, opinaba él, eran unas "pollitas que ya estaban buenas *pa'* la cazuela". Como el tipo era un eximio jinete, todos lo conocían por el apodo de "El Centauro de la Rinconada". Esa noche llegó montando un caballo negro azabache que hacía poco había comprado. Decían que ese hermoso ejemplar equino tenía el apodo de "El Campeón", pero que los viejos rinconadinos lo habían rebautizado con el no muy prestigioso sobrenombre de "El Alcahuete", ya que conocía y era cómplice de todas las andanzas no muy santas de su nuevo dueño.

Entre deshoja y deshoja, don Gabria, un compañero de trabajo de mi taita, le preguntó al Centauro:

—Y, gancho Mincho. Al pasar por el baño ¿no se le subió al anca el ánima de Juana La Loca?

—No pasa *na'*, amigo Gabriel. Usted sabe que ella se dejó de aparecer hace añitos ya, cuando recuperó la medalla *calmaora* de *maríos*. Pero igual, por si las moscas, al pasar por el baño le rezo unos padres nuestros y unos cuantos avemarías y le pido al altísimo que tenga piedad de su alma.

Cocheco, uno de los mayores de mis hermanos, picado por la curiosidad, pidió que alguno de los

mayores nos contara la historia de Juana La Loca. Tío Mero, uno de los personajes típicos de la Rinconada de ese entonces, acogió la petición:

"*Añazos* atrás, vivía aquí una linda chiquilla. A tal punto llegaba su *bonitura*, que hasta los más viejitos, esos que ya se les estaba acabando el *hilo en la carretilla*, le tiraban sus indirectas. Lo único feo *dese bocao* digno de los dioses, era su forma de actuar: muy traviesa, muy *dá* a jugar con *to'os*, y de cuando en cuando tenía sus salías medio raras, por eso es que el hijo del *jutre*, que también le tenía puesto el ojo y que sabía de historia, le puso el sobrenombre de "La Loca".

Pa' disgusto de to'os los hombres de acá, un día un ajuerino de Cuchipuy conquistó a la Juana y al poco tiempo se casaron. El hombrón era corpulento, de buena estampa y se llamaba Francisco Pardo, pero el *estudio* del hijo del *jutre* lo llamó Francisco "El Encachao". El hombre, como era harto *encachao*, le gustaba zapatear en varias fondas. Tupío y parejo le *ponía los cuernos* a la pobre de la Juana, la que sufría *callá* por las correrías de su *marío*.

La Juana, un día que *jue* a platicar con mi hermana Carmela, le contó que antes de casarse el fresco del Francisco le había *pedío* la *pruea* de amor. Pero ella, que quería llegar virgen al altar, no le había *aguantao* la *pará*, pero que *pa'* dejarlo tranquilo le había dado una medalla de plata que llevaba *colgá* al cuello. Ese elemento religioso se lo había *dao* su madre y venía pasando de mano en mano entre las hijas mujeres de la familia, desde hacía muchos años atrás. Por un *lao*, tenía una imagen de la sagrada familia y, por el otro, el rostro de San Antonio. Entremedio de

esas figuras había unos signos y figuras de dioses y espíritus protectores de las familias, adorados por los indígenas de estas tierras. Según mi *mami*, ese fue el peor error que cometió en su vida la Juana, ya que ese símbolo religioso era como un amuleto que le permitía a la mujer que lo llevara en su cuello mantener, por siempre y siempre, tranquilo y comiendo de su mano a su *marío*.

Al año de *casaos*, les nació una niña tanto o más bella que su madre. A partir de entonces el Francisco comenzó a llegar tarde o simplemente no llegaba. *To'os* los viejos *deslenguaos* de acá decían que ese *sobao* andaba *zapateando en otra ramá*. De la medalla nunca más se supo. Cuando la Juana le preguntaba por ella, *pa'* que se la devolviera, el fresco le respondía que se le había *perdió* allá por el cerro de la Sepultura.

Una noche tan negra como la conciencia del Francisco, iba el *sobao* a caballo llevando al anca a su esposa, cuando al cruzar el baño—una especie de acequia que cruza el camino que va al cerro — la bestia se encabritó y la Juana cayó de espalda, azotando la *caeza* en una piedra, muriendo al tiro. El juez, luego de investigar el caso, dijo que *to'o* había *sío* un *desgraciao* accidente. Pero la duda *queó* sembró en *to'os los rincona'inos y rincona'inás*, pues muchos y muchas pensaban que el "accidente" había sido *planificao* y *realizao* por el Francisco, quien al poco tiempo se juntó a vivir con otra mujer y su vida siguió en marcha.

Manos caritativas hicieron una animita en el lugar donde la Juana había muerto y el *sobao* del Francisco siempre evitó pasar a pie o a caballo por el baño;

decía que por miedo, ya que la gente comenzó a decir que en las noches, al pasar montados por ese lugar, un ánima se les subía al anca. Una vez que les tocaba el cuello y el pecho, *pa'* ver si les encontraba algo, se apeaba. *To'os* decían que era la Juana que andaba buscando la medalla que le había *dao* al casquivano del Francisco.

Pasados unos años, una noche que el *perla del Francisco* andaba harto *cañoneao*, hizo lo que siempre había evitado: montó a duras penas en su caballo, y se *jue* hacia su casa por el baño. Al día siguiente lo encontraron muerto, con la cabeza rota producto del golpe que se había dado en una roca al caerse de la bestia. La gente decía que esa era la misma piedra que años atrás le había *provocao* la muerte a la Juana. ¿Qué le pasó al Francisco? Se dijo que el caballo se le encabritó y lo había *tirao* de espaldas al suelo. Lo que nunca nadie se pudo explicar es que en la cruz de la animita de la Juana apareció *colgá* la medalla que alguna vez le había dado la Juana como *pruea* de amor. Otra cosa misteriosa *jue* que en el cuello el muerto tenía unas heridas profundas, hechas por algo o alguien que con rabia le había arrancado algo de esa parte de su cuerpo.

A contar de ese día, *toas* las niñas que estaban a punto de casarse iban en romería a rezarle a la Juana, *pa'* que les tocara un buen marío. Los viejos parranderos y bolseros de ese entonces vivían vigilando la animita *pa'* ver qué niña iba a hacer la manda pre casorio, *pa'* prepararse *pa'* la semana de fiesta que duraban los matrimonios en esos años.

La medalla le *jue* entregada a la hija de la Juana y del Francisco, la que ahora está felizmente *casá*, con

un *marío* tan fiel como perro de campo. Ahora ellos ven crecer a su hija mayor, *pa'* entregarle algún día la medalla *amansaora* de *maríos*; eso sí que no se saca de su cuello ese símbolo religioso ni *pa'* bañarse."

El 2 de abril de 1984, en el registro civil de San Bernardo, firmamos el acta matrimonial con mi compañera. Ella, mirando a mi *mami* que es muy beata, le pidió:

—Usted, suegra, encomiéndeme a Dios y a todos los santos para que su hijo, que hoy se convirtió en mi esposo, sea un ejemplo de marido.

Mirándola con indulgencia, le sugerí a mi jovial esposa:

—Mejor pídele eso a Juana la Loca.

Ella, que no entendió nada, inquirió:

—¿Por qué a esa tal Juana la Loca? ¿Ella es alguna santa milagrera?

Esbozando casi una sonrisa, tanto o más enigmática que la que dicen tiene la Mona Lisa de Da Vinci, le respondí:

—No te preocupes, algún día lo sabrás. Algún día lo sabrás.

El aleteo de las aves

Carlos Rubén Meza Valenzuela (26 años)

Profesor

Hualañé

Primer lugar regional



Cuentan los más ancianos que Hualañé no siempre fue la tierra pacífica que es hoy en día. Aquella paradisíaca armonía que presenta su flora y fauna, alguna vez se vio interrumpida por una invasión sin precedentes que, debido al mal recuerdo, se prefirió guardar en el olvido. Sin embargo, toda historia, por muy oculta que se mantenga, alguna vez tiene que ver la luz.

El asunto fue simple: Hualañé había sido fundada *hacia* un par de años y sus primeros habitantes disfrutaban de una paz incomparable, fruto de la placentera soledad en la que se encontraban. Los más niños aprendían de la vida observando el trabajo de sus mayores; las mujeres daban largas caminatas, estudiando el aroma de las flores y adoptando a las más bellas para sus jardines; los ancianos tarareaban improvisadas melodías mientras miraban los pajaritos que revoloteaban alrededor de los árboles, unas tórtolas por acá, unas codornices por allá. Las aves eran las intérpretes de la banda sonora de aquel paraíso y, por lo mismo, nadie detenía sus cantos.

Pasaron los meses y el pueblo se volvía cada vez más verde. Las veredas se decoraban de frondosos árboles, y en cada uno de ellos cientos de pajaritos descansaban, como si no quisieran volar a ningún lado. ¿Y para qué, si en Hualañé los trataban con el cariño y respeto que no habían recibido en ningún otro lugar? Por lo mismo, harían de esa tierra su hogar definitivo. Así, los árboles fueron plagándose de pájaros. Cuando ya no quedaba espacio en los árboles, se tomaron los techos de las casas, luego los patios, luego las veredas y así, hasta dominar completamente cada espacio del pueblo.

En un principio, los pocos habitantes que vivieron este suceso se tomaron el tema con ligereza, ¿Qué nos va a hacer un grupo de pajaritos?, se preguntaban. Pero cuando los plumíferos tomaron confianza y comenzaron a comerse los pasteles que las dueñas de casa dejaban enfriando en sus ventanas o se robaban el pan que los niños comían sentados en la plaza. Se decidió tomar cartas en el asunto. Todos se reunieron en la casa del anciano más sabio, que en un principio sólo se dedicó a escuchar en silencio las

quejas y propuestas de sus vecinos.

—¡Nos tenemos que ir de este infierno! —gritó histérica la esposa del carnicero.

—¡Lo que tenemos que hacer es quemar todo! —exclamó un niño con tendencia a la piromanía.

—¡Nada de eso! —interrumpió el sacerdote— ¡Sólo tenemos que rezar, y esto acabará cuando el de arriba disponga!

El anciano miró a todos desde su mecedora y se puso de pie.

—Los problemas, coterráneos míos, no se solucionan huyendo de ellos o poniéndose en peligro, ni menos dejándolos en las manos de otro —comenzó a declarar—. Hay que aplicar una solución práctica, rápida y efectiva.

—¿Y cuál sería esa?— consultó incrédula la hija del carpintero.

—Fácil —dijo el anciano, mientras sonreía—. ¡Todos, atención! Vayan a sus casas, y preparen engrudo, ollas y ollas de pegajoso engrudo, y mañana al medio día, cuando las aves salgan a buscar su almuerzo, vertiremos todo el pegamento en las ramas de los árboles. De esta forma, cuando lleguen a estacionarse, no podrán despegar más, y ahí terminarán sus días. Las que sobrevivan se darán cuenta de nuestra hostilidad y huirán de inmediato.

El anciano fue aplaudido por su auditorio. Durante toda la noche hirvieron la mezcla de agua con harina

para fabricar el engrudo con la esperanza de acabar con la invasión de los pájaros. Y así pasaron las horas, hasta que llegó el mediodía. Las aves, como era costumbre, se echaron a volar, buscando alimentos y agua, sin saber que todo el pueblo empapaba de pegamento cada centímetro de las ramitas donde posteriormente buscarían descanso.

En teoría era una buena idea. Nadie puso en duda el plan ni sospechó que algo podía salir mal, así que todo Hualañé esperó de pie, fuera de sus respectivos hogares, el espectáculo que estaba por venir. Todos estaban satisfechos de haber trabajado en conjunto para superar la primera adversidad del pueblo. Sonrientes, observaron cómo los primeros pájaros se posaban confiados en las ramitas impregnadas de pegamento, sin tener tiempo para darse cuenta de lo que sucedía y advertir a la bandada. Y seguían llegando, más y más aves ilusas, tantas que ya no quedó lugar en ningún árbol. Se dispusieron a descansar.

Mientras tanto, un niño travieso, incapaz de esperar a que la gran bandada se diera cuenta por sí misma de la trampa en la que había caído, tomó la escopeta de su padre y corrió al medio de la calle, donde comenzó a lanzar balazos con el objetivo de que las aves se asustaran e intentaran emprender un vuelo frustrado. ¡Pum! Primer tiro. Los pájaros, que no estaban acostumbrados a los ruidos fuertes, abrieron sus alas y las sacudieron, pero les fue imposible despegar. ¡Pum! Segundo tiro. Comenzaron a aletear con todas sus fuerzas. El aleteo de miles de aves al unísono causó un ruido ensordecedor, y se hizo aún peor mezclado con el cantar desesperado que comenzaban a entonar. ¡Pum! Tercer tiro. Las aves

aleteaban cada vez más fuerte, con resultados nulos, ya que sus patas estaban completamente pegadas a los árboles. Aleteaban y aleteaban, cuando de pronto se comenzó a escuchar un sonido indescriptible. Todos en el pueblo se miraban extrañados, era un ruido que brotaba de lo más profundo de la tierra. “¡Un terremoto!”, clamaron algunos, “¡Es el diablo, que desde el infierno nos viene a castigar!”, gritaron otros. ¡Pum! Cuarto tiro. El ruido indescriptible se hizo cada vez más presente y la tierra comenzó a temblar, pero no como en un temblor común y corriente, sino que era un movimiento mucho más rápido y constante. ¡Pum! Quinto tiro. Todas las aves movían las alas para buscar elevación. Aletearon y aletearon ante la mirada atónita de un pueblo que no podía creer tal espectáculo.

De repente, la tierra que alojaba a los árboles comenzó a abrirse, las raíces de estos quedaron expuestas, y el origen del misterioso ruido fue descubierto cuando los pájaros por fin pudieron alzar su vuelo: se elevaron al cielo, pero con los árboles aún pegados en sus patas. Uno a uno los fueron arrancando de cuajo, gracias a la enorme fuerza de sus alas, y emprendieron su viaje hacia otro pueblo. Los habitantes no pronunciaban palabra alguna. Por unos minutos el cielo se nubló con árboles voladores que tapaban el sol y la tierra perdió aquella frondosa vitalidad, esa verde armonía que regalaba en cada caminata. Un paisaje desolado apareció para confirmar la futura melancolía. Habría que comenzar desde cero, semilla por semilla, mientras el canto distante de las aves daba la nota final a una tragedia que no se veía venir.

Viaje al monte

Luis Romualdo Valdés Gacitúa (47 años)

Administrativo

Talca

Segundo lugar regional



No tenía más de ocho años cuando por primera vez me correspondió viajar al monte con mi papá; con él, que era un hombre de pocas palabras, de trato ajeno y de maneras bruscas. Un entusiasmo muy grande me entró cuando me ordenó que debía ir, pero al pasar los minutos, éste se fue desvaneciendo, cuando descubrí que mi madre escondía su rostro, el cual reflejaba una gran preocupación e impotencia por no poder decir “no, el niño se queda porque es pequeño para esta tarea”. Pero su voz no iba a ser escuchada y oía a mi padre decir descalificaciones hacia mí: “tonto pajarón”, “pailón”, y otra órdenes que yo no entendía.

La razón por la que me llevaba la ignoraba en ese minuto, pero sabía que debía ir, pues no se permitían negativas ni justificaciones. Lo único que me podía salvar era que estuviera muy, pero muy enfermo, lo cual no era el caso. Recuerdo que su invitación no fue muy sutil. Dijo: “Agarra tus pilchas que nos vamos para el monte a trabajar”.

Llevaba varios animales; no sé cuántos porque aún no sabía contar ni distinguir qué clase de vacunos llevábamos o si todos eran de mi papá. Sólo sabía que él era mi papá y que no se le decía que no. Era mi primera y sorpresiva incursión en cosas que no esperaba hacer hasta dentro de más tiempo, por ser aún pequeño. Todo esto sucedió como a media tarde y con mucha rapidez, pues teníamos que irnos ya.

Estaba listo, con mis pilchas entre los brazos y atento a la próxima orden, cuando me dijo: “¡Espérame un poco que ya vengo!”. Se montó en su caballo y se fue galopando camino al pueblo. Me quedé paralizado, listo para partir y muy asustado por todo lo que tan rápido estaba ocurriendo, pensando en mi interior “que no vuelva y que todo esto sea una broma o una prueba que ya ha terminado para poder quedarme con mi mamá”. Pero no era la realidad. Entonces apareció ella y con voz muy dulce, como pocas veces la había escuchado, me dijo:

—Venga, hijo, y coma algo antes que llegue su padre, que adonde fue va a demorar.

Entonces me volví y la miré su mirada estaba llena de ternura. Tuve deseos de correr a refugiarme entre sus brazos, pues mi pecho estaba muy apretado y mis ojos brillaban a punto de soltar una lágrima. Pero me contuve, pues pensé que si me veía llorar sufriría aún más de lo que yo podría notar en su rostro. A pesar de que mis ansias se habían transformado en susto, saqué valor y le dije a mi madre:

—Qué bueno que papá me lleva en este viaje.

Entonces escuché un sollozo de mi madre, que me miró y me dijo:

—Cuidate mucho, te voy a echar mucho de menos. Quédate cerca de tu padre, no te alejes del sendero, no te acerques a los animales extraños. El monte es lindo, pero peligroso.

Seguimos conversando, ella aconsejándome y advirtiéndome de los peligros. Nos pilló la noche. Mi padre no llegaba y, sin notarlo, nos dormimos sobre la mesa de la cocina, con mis cosas listas y un bolsito de comida que mamá había preparado para mí, para que no pasara hambre.

Como a las seis de la madrugada, cuando ya aclaraba, escuchamos un caballo y un golpe en el suelo como de algo que había caído. Nos apuramos a salir y mirar qué sucedía, pero era papá que había caído del caballo al bajarse y —cómo no— venía borracho y dijo algunos garabatos por el costalazo.

—¡Oye, cabro! ¡No te pedí que me esperaras aquí para ir para el monte! Qué estas *encuevado* con tu madre, como las mujeres. Ya, vámonos y ¡tráete ese perro

para que nos converse un poco! —gritó a viva voz y se puso a reír.

Entonces llamé al “Chocolate”, que estaba más contento que yo de ir y miré a mi madre para un “hasta luego”. Ella, con su carita llena de pena, me dijo:

—Cuidate, hijo, que te quiero mucho. Voy a rogar a Dios para que lo proteja.

En ese momento sentí como que se me descosía el pecho, pero no lloré. Un grito más adelante decía:

—¡Apura, muchacho!

Salí corriendo tras él con mis *pilchitas* hechas un *lulo* puestas en la espalda y el Chocolate a mi lado. Mi papá nunca estaba más de cuatro o cinco días en casa; venía de entrada y salida casi siempre y estaba en el monte con animales que traía para vender. Le daba un poco de plata a mi madre y el resto la guardaba para tomar y tomar con sus amigos. Era tan poco lo que nos conocíamos, que siempre me decía “chiquillo”, porque mi nombre no se lo sabía. A pesar de llamarme como él, Juan, sólo se acordaba de los nombres de mis hermanos mayores, los cuales se habían ido de casa para formar sus familias y alejarse de él. Con todos tenía malos tratos.

No recuerdo haber caminado tanto y por lugares tan lindos. Mi papá parecía no darse cuenta que el que iba *de a caballo era él*; yo sólo caminaba o corría para no quedar atrás, pero aún así el paisaje me maravillaba y me ayudaba a recuperar el aliento y seguir caminando. No me daba cuenta que mi papá

iba durmiendo en el caballo y el animal caminaba seguro por el sendero, como sabiendo a dónde ir y dónde llegar. Tenemos que haber caminado como unas seis horas cuando de pronto despertó y se acordó que yo venía con él. Dio vuelta el caballo y comenzó a buscarme con cara de asustado por todos lados. De pronto, me ve parado a pocos metros de él, junto al Chocolate.

—Estás aquí, chiquillo. ¿Tienes hambre? —me preguntó con voz de alivio. Entonces nos detuvimos un poco y comimos un trozo de pan, un trozo de queso y un poco de leche que le sacó a una de las vacas que llevaba. Luego descansamos y yo dormí a la sombra de un enorme árbol junto a mis cosas y las de él. Estaba muy, pero muy cansado y lo sentí cuando me senté, porque comí y me dormí casi instantáneamente.

Luego de descansar unas dos horas, emprendimos la marcha una vez más, pero esta vez al anca del caballo. De pronto, el silencio se rompió.

—Mira, por detrás de aquellos cerros que se ven allá —me dijo señalándome un lugar en la cordillera —se llega a la Argentina.

Y otra vez silencio. Al caer la noche, y después de viajar mucho, llegamos a un refugio donde, al parecer, ya había estado antes. Era como una choza de ramas, piedras y palos con un lugar para el fuego que nos protegería del frío y de la cordillera. Mi padre prendió el fuego, preparó una carne asada y me conversó. Me mostró de dónde se sacaba el agua, me contó que el león no atacaba a los animales grandes, sino que prefería a las crías y que en ese tiempo subía más

alto en la montaña para evitar al hombre.

Al día siguiente, después de desayunar, me informó que debía quedarme solo porque él tenía que ir por ese camino a Argentina y señaló una dirección en la montaña. Iba a encontrarse con unos arrieros y yo quedaba a cargo de los animales y del campamento. Me dijo que de los animales no me preocupara porque se cuidaban solos, pero que los vigilara de cuando en cuando, que no me acercara mucho a ellos y que no los molestara. Finalmente, me dijo:

—Yo vuelvo por la tarde.

Subió a su caballo y se fue en la dirección que antes había señalado. Mi papá también me había enseñado cómo guardar los alimentos para que el zorro no se los robara. Esa tarde jugué con el Chocolate, miré por los alrededores, salté, corrí, grité y aspiré tanto aire como mis pulmones podían permitirme. Pasó tan rápido el día, que me olvidé de comer y de que no había querido venir, pues lo estaba disfrutando mucho. Pero al llegar la noche y ver que mi papá no llegaba, me comenzó a dar un poco de susto. Entonces me fui al refugio con suficiente leña, bajé la comida de donde la habíamos colgado, comí un poco, le convidé al Chocolate y me quedé con los ojos bien abiertos escuchando cada ruido, pues el silencio era tan grande y la oscuridad tan tenebrosa que sólo quería estar quieto sin moverme para escuchar.

El Chocolate, que estaba a mi lado, de pronto levantó las orejas y luego se relajó. Luego las volvió a levantar, se puso en guardia y comenzó a gruñir. Yo no quería ni respirar, pues no sabía a quién le gruñía en la oscuridad de afuera. Entonces escuché

un rugido a la distancia y el Chocolate, que era mi valor, se escondió detrás de mí. Para entonces yo no respiraba, no me movía ni pestañeaba y el Chocolate ladraba y ladraba detrás de mí. Con la claridad de la fogata, vi pasar un reflejo: la silueta de un enorme gato que se detuvo por un instante y luego echó a correr. Después me enteré que aquello había sido un león que había pasado por el lugar.

Más tarde esa misma noche, cuando nos estábamos calmando, recuperando el aliento y estaba yo sujetándome el corazón para que no se me saliera por la boca, otro ruido me sobresaltó. Esta vez venía de más cerca; se trataba de un rascado entre las débiles paredes del refugio. Pensé que se trataba de un ratón, pero para mi sorpresa era algo peor: era un zorrillo que se había acercado demasiado. En cuanto lo logramos divisar, tomamos todo lo que pudimos y salimos corriendo con el Chocolate fuera del refugio antes de que nos tirara su fétido olor. Qué bueno que sólo pasó por ese lugar, investigó y se fue mientras el chocolate le ladraba desde una prudente distancia. Cuando corrimos para afuera ni nos acordamos del león que anteriormente habíamos escuchado y del que habíamos divisado su silueta. A esas alturas, el miedo se había transformado en valor que nos hacía mantenernos en guardia y alertas.

Luego de ese susto nos volvimos a cobijar con el Chocolate dentro del refugio, ya que el zorrillo no había causado daño. Logramos dormir un poco, muy juntitos con el Chocolate, y al llegar el día, cuando estaba por aclarar, nos despertó otro ruido. Esta vez era el de un caballo y qué bueno fue ver que era mi papá. Pero venía muy mal herido: con la cara golpeada, con sangre, la ropa rota, las manos ensangrentadas y

cojeaba de una pierna. Ese día me quedé cerca de él, mirándolo sin saber qué hacer. Recuerdo que se recostó con mucho cuidado y soltando algunas quejas de dolor, se quitó del cinto un revólver y lo puso a su lado. Luego me miró y me dijo que descansara, porque más tarde nos volvíamos a casa. Luego, pasado el mediodía, se incorporó como pudo, preparó las cosas y emprendimos el viaje de regreso a casa. Dije dentro de mí: “¡Cuántas cosas tengo para contarle a mamá! De lo valiente que he sido, que no lloré y que junto al Chocolate superamos todas las cosas”. Le daría un abrazo muy fuerte, porque la había extrañado mucho y le diría que la quería demasiado.

Hoy, cuando el tiempo ha transcurrido, pienso que papá y yo nos salvamos esa noche: yo, de que me atacara el león y me lanzara orina fétida el zorrillo y él, de que lo que fuera que le ocurrió con sus amigos, no lo matara. Al parecer mi mamá había estado orando bastante para que no nos sucediera nada.

*La vieja casa grande**

Gemita Inés Hernández Castro (37 años)

Dueña de casa

San Javier de Loncomilla

Tercer lugar regional



Cuando niña nunca me pregunté si existía otro mundo aparte de este. Todo lo que veía estaba simplemente ahí, todo lo que quería estaba ahí, tan simple como el cielo y las estrellas. Todo formaba parte de un mundo preexistente que yo no comprendía, pero que comenzaba a descubrir con asombro.

Recuerdo como si fuera hoy: la casa grande con ese enorme corredor de ladrillos con aroma a tierra recién mojada, el humo asfixiante que salía desde otro lugar en esa inmensa casa donde vivían esas viejas tereras negras quemadas por el siempre rojo rescoldo del fuego, donde no podía entrar por ese calor abrasador que quemaba la cara de solo acercarse a la puerta, donde se vestían de gala cada domingo las grandes ollas y los platos de greda rebosados de cazuela.

El momento más importante del día era la hora de la comida. Había que dar las gracias a Dios y a la

tierra por todo lo que estaba sobre nuestra mesa, por el más pequeño y humilde trozo de pan que me llevaba a la boca servido en esos platos de barro tan negros y grandes hechos por las arrugadas manos de las mujeres campesinas que entrelazaban sus ágiles dedos entre risas y tonadas alegres, bordando y vistiendo con hermosos hilos multicolores nuestra mesa.

Recuerdo sus grandes y altas piezas frescas en verano. Me llamaban la atención esas filas de camas todas vestidas con frías sabanas blancas. Sobre ellas, yo jugaba juntando letras, letras que después encontraba cuando llegaba la hora de hacer el pan. La hora del pan era siempre acompañada por los quesos que cada mañana me llenaba de gozo mirar ¡Cómo olvidar ese balde siempre lleno de la más amarilla y rica leche, pero que nunca tomé con agrado! ¡O los más exquisitos, aromáticos y rojos tomates que salía a buscar para untar con aquel pan tan extraño que sacaban desde el fondo de las quemantes cenizas!

* Para los fines de la presente publicación, el cuento original fue acortado, respetándose la redacción e intención del autor.

El gran dueño de casa era el mate, quien daba la bienvenida a cada forastero.

Eran mis mañanas el despertar más hermoso con el trinar de los pajarillos posados en ese espino que cubría toda la entrada de la casa. Veía fantasmas, que no eran más que el ir y venir de las telas que cubrían mi ventana y en las que se enredaban mis mágicos suspiros.

Recuerdo a los campesinos, guerreros por naturaleza, quienes nacieron para labrar la tierra y hacer de ella su amiga, su cómplice, su patrona. Sus tierras están aradas con las más picaras historias campesinas, con la fuerza de la pala y regadas con las lágrimas del dolor de la pobreza. Con el calor sofocante del ardiente sol sobre sus cabezas, quemando los cuerpos de aquellos fieles amantes de la Tierra, entregaban en cada gota de sudor el más fiel vestigio de amor incondicional a su madre tierra, a la proveedora incansable de todo lo que de ella proviene. Era amada, respetada y venerada por esos cuerpos casi moribundos por el calor, sedientos de un fresco vaso de agua con harina tostada.

Aún siento el eco de aquellas grandes bodegas, aquellas voces lejanas que me invitaba a compartir mis juegos con ellas, mientras caminaba sola y temblorosa por uno de sus tantos fríos pasillos. Iba saboreando un pámpano de uva recogido de una de las gamelas dejadas en el suelo en la temporada de la vendimia. Tenía estrictamente prohibida la entrada a esa bodega, pero ese día pude entrar gracias al descuido de todos por atrapar una culebra que encontraron en el nido de una gallina culeca.

La luz del día me indicaba cuando era la hora de la

comida, de dormir y cuándo podía ir a perderme entre las viñas a contar los granos de uva. Gran misión era la de probar uno a uno esos aromáticos y hermosos racimos, blancos, rosados, negros, dulces o ácidos. Tenían el aroma a rosas blancas, a esas rosas que bordeaban todo el fondo de la casa junto con los cardenales de diferentes colores, los cuales también coronaban todo el corredor de la casa grande.

La tarde llegaba con el frescor de la brisa del río Loncomilla, que engalanaba la parte de atrás de nuestra vieja casa. Allí reinaba la pícara compañía de aquellos gallos con inmensa cresta roja que pisoteaban a cada pobre gallina que se les cruza. Ellas llegaban a mis pies picoteando el maíz que encontraba camino a casa y que sin querer dejaba caer. Recuerdo los choclos con los granos de colores más espectaculares que jamás he vuelto a ver. Sí, así como la flor de los siete colores. Un tesoro de granos multicolores azules, rojos, morados, naranjas... ¡Hermosos! El día se había ido y llegaba en plenitud la señora luna, dueña de la noche, de mis sueños y cómplice de las sombras que atormentaban y seguían mis pasos.

Añoro la luz nocturna de la casa grande, esa casa mal oliente, hecha de un polvo parecido a la ceniza de donde sacaban el pan por la mañana. También recuerdo la luz de la vela, fina, elegante, compañera de mis sueños, de mis pequeños pasos y de esas mil formas que hacían mis manos a su sombra antes de dormir. Un farol que colgaba de una rama del espino de la entrada de la casa daba la bienvenida a aquellas sombras de forasteros creando una pequeña geografía de luz en esas oscuras noches en las que los zancudos volaban como pequeños cometas. Danzaban al son del cantar de los grillos, de ranas y de los fuertes ladridos

de los perros que defendían nuestra casa.

Aprendí aquí que la primavera florece para septiembre y que mis rosas blancas perfumaban mucho más que los naranjos. Viene a mi memoria también el viento, con su rudo baile, amontonaba y desamontonaba hojas, haciendo un suspiro de inagotables deseos que llegaban al cielo.

La esencia de lo natural, de lo sencillo, de lo simple, de lo mágico, de la felicidad completa esta aquí. Amo mi tierra y a mi pueblo con ese aroma a libertad, de colores puros, de un Chile sano. Amo mis tierras loncomillanas con pasión volcánica.

Guardo en mi memoria mi vieja casa pintada de blanco, empinada en lo alto, y a mi querido río Loncomilla, testigo ciego de las penas y de los dolores más profundos que puede sufrir un ser humano, de aquellos que danzaron en sus aguas y se perdieron en los juegos de aquel inmenso manto azul verdoso, enredados en su profundidad y llevados por la furia de su pasión hasta el mar.

Han pasado más de 30 años y la vieja casa sólo existe en mi recuerdo. Cierro mis ojos y vuelvo al mismo lugar. En mi cabeza no han cambiado las cosas; la casa es la misma, pero la realidad perturba mi mente y me aclara que ya nada es igual. Ya no existe nada de lo que hoy les cuento, sólo queda como testigo mi apasionado río y el tata convertido hoy en un niño perdido en el más oscuro y confuso túnel de la realidad. Mi tata me dice a cada momento que lo que recuerdo aún es verdad. El viento, la lluvia, la geografía del cruel río y este último gran suspiro de la tierra se han llevado todo al lugar donde mueren los sueños.

Colgados los grandes candados junto a esas pesadas cadenas que cerraban el portón de entrada a la casa vieja; así están ahora nuestros recuerdos. Colgados en cada esquina de nuestra casa nueva, cerrando de por vida la más linda historia de mi tierra con el mejor recuerdo del más agradable, humilde e inconfundible aroma a vino tinto.

Pienso que estos recuerdos no morirán jamás, porque cuando miro al cielo, busco mis deseos que al viento entregué y busco en cada otoño esa fragante primavera teñida por las frías lluvias de los más crueles y fríos inviernos del sur. Plasmó cada noche la figura de aquellas parras con inmensos racimos de uvas y trato de encontrar con mi mate amargo la dulzura de aquellas cepas que un día probé.

Sólo nos quedan de ti unos añosos trozos de astillas cepilladas por las manos de quien te amó más que a su propia vida; astillas que se han hecho tablas para la más hermosa mesa familiar que cada año reúne a toda la familia diseminada por toda nuestra loca geografía para compartir el pan y las viejas historias que aún no terminan...

Con un gran recuerdo y todo mi cariño para

*Fundo La Higuera
San Javier de Loncomilla
Región del Maule*

Mi trabajo y yo *Las Vacaciones en una Escuela Rural*

Alejandrina del Carmen Palma Martínez (71 años)

Jubilada, dueña de casa

Talca

Premio especial Profesor rural



A hoy es mi primer día de trabajo en la sala de clases. Así que después de las presentaciones ordené que cada alumno sacara una hoja de su cuaderno e hiciera una composición de lo que hizo en las vacaciones.

Era un cuarto año, la mayoría de los niños tenía 11 a 12 años.

Ahora debía comenzar a ejercer la profesión para la que había estudiado años extras; ya que era Parvularia ¡Ahora soy Profesora Básica! Y por añadidura, ¡Profesora Rural!

El lugar es un campo alejado de la civilización: Pangué Arriba, Provincia de Talca, Comuna de San Rafael. Es un medio con pocos recursos, con gentes sencillas, buenos trabajadores, solidarios, cariñosos, francos y sinceros; donde sobreviven muchos niños y niñas.

Mis alumnos empezaron a escribir y me fueron entregando sus composiciones.

—En las vacaciones yo fui a pescar al río Claro con el Lucho, llevamos huevos duros y pan. También pasamos a robar sandías a un sandial. Nos bañamos en el río, piluchos. Eso fue lo más importante que hice en las vacaciones. *José.*

—Soy *Rosita*, yo no fui a ninguna parte este verano, porque mi mamá tuvo una guagua y yo tuve que ayudarle a cuidar a mi hermanita. Fin.

—En las vacaciones lo único que hice fue sacar mora y bañarme en el canal. Gané diez mil pesos, con los que me compré un reloj de pulsera negra en Talca. Después compramos completos y helados, lo pasé *rebien* en estas vacaciones. *Luis.*

—Señorita Soledad: En las vacaciones yo no fui a ninguna parte, ni hice nada. Fin. *Juan.*

—Para las vacaciones me junté con otros compañeros de curso y *moriamos* todos los días. Juntamos plata, ya que *los pagaban* 200 pesos por el kilo de mora; con el dinero que ganábamos íbamos los días

domingo a la piscina de Pangué Abajo, comprábamos bebidas y helados. Lo pasábamos súper entretenidos. *Alejandro.*

—Señorita: Estas vacaciones fui con mi mamá a trabajar a las *tomateras* al Fundo Pangué. Allí trabaja mucha gente *temporera*, hombres y mujeres. *Los íbamos* en coloso, estábamos todo el día allá, después en la tarde volvíamos a la casa a hacer comida y a lavar. Yo iba, porque no tenía con quién quedarme y mi mamá no quería dejarme sola. El capataz no quería que yo fuera. Después mi mamá me mandó a la casa de mi tía en Pelarco hasta que terminó la *saca* de tomates. *María Isabel.*

—Estas vacaciones fueron las más bonitas porque *moriamos* todos en mi casa. Juntamos como treinta mil pesos, con es plata fuimos a la playa de Iloca en la micro del recorrido que fue por dos días a la playa. Dormimos en carpa y conocí el mar. Junté conchitas y trajimos cochayuyo. *Anita.*

—Señorita Profesora: Estas vacaciones no fui a ninguna parte, sólo estuvimos ensayando en el conjunto folclórico al que pertenezco que se llama "Los Bravos del Folclor". Somos treinta personas entre adultos y niños, bailamos y cantamos y practicamos nuevos bailes. ¡Yo señorita tengo que confesarle algo que a nadie le he contado! Yo estoy enamorado de una compañera de curso y que también es mi compañera de baile: se llama María Fernanda, no quiero que mis compañeros lo sepan porque me molestarían. Pero lo triste de esta historia es que mi compañera de baile no lo sabe, porque yo no me atrevo a decírselo por temor a ser rechazado, por eso nunca faltó a los ensayos del conjunto. María

Fernanda es mi amor secreto, y así puedo estar junto a ella. Señorita, por favor le pido, no vaya a nombrarla a ella. Fin. *Juan Carlos.*

—Señorita Profesora: Estas vacaciones aprendí a hacer pastel de choclos y humitas, porque le ayudé a mi abuelita. También fui a Yumbel con mis abuelitos a pagarle una manda al santo San Sebastián, y pasamos al Salto del Laja que no tenía agua, era feo, no como en la *tele* que se ve bonito. Mi abuelita se compró un mate de loza de color café con florcitas celestes. A mí me compraron un yo-yo. También mi abuelito trajo un santo San Sebastián al que le hizo una gruta y le prende velas. Estas vacaciones lo pasamos muy bien mi tata, mi abuelita y yo en su casa del Fundo El Llano. Fin. *Carolina.*

—Este verano para las vacaciones fui con mi papá unos días a las *veranadas* de la cordillera en el cerro Campanario, cerca de la Laguna del Maule, donde fuimos a dejar como trescientos caballos. Éramos ocho arrieros, nos demoramos seis días en llegar allá. Al segundo día de estar en la cordillera marcamos potrillos con la marca del patrón "F.C.". Era muy desolado el lugar; sólo había pastos, riscos, viento, frío, calor, hambre y soledad. Estuve quince días en las *pasturas*, me aburrí. Me vine cuando el patrón fue a dejarnos los víveres en la camioneta". Fin. *Francisco.*

—Señorita: Estas vacaciones las pasé muy ocupado. Le ayudé a mi papá a trabajar en el sandial y fuimos a vender las sandías a la ciudad de Talca, a la vega. Después fuimos a la ciudad de Puerto Varas a vender choclos en un camión que contrató mi papá. Ganamos mucha plata que está juntando para comprarse una camioneta. También fuimos a ayudarle a mi tío

Pancho en su trilla de trigo que tenía *en medias* con un parcelero. *Fernando*

—Señorita Soledad: Este verano para las vacaciones fuimos con toda mi familia a Pangué Abajo a una trilla a yeguas sueltas. Cantaron, bailaron y comimos asado, y la fiesta duró toda la noche. Eso fue lo único que hice. Fin. *Claudia*.

—Señorita Profesora: Yo soy Omar. En estas vacaciones fui a una *capa* de animales al fundo Ligüeno, en Pelarco con mi papá que es el Capador. Lo pasé muy bien con otros cabros que estaban en la capa, jugamos a la pelota. Después nos dieron *causeo* y almuerzo.

—Muy buena tu composición *Omar*, pero me quedó una duda, ¿qué es *capa*?

—Como no va a saber señorita.

—No sé.

—Capar es cortarle los cocos a los animales y después preparar un *causeo* con ellos.

—Ahora entendí: Es cortarle los testículos a los terneros; o cortarle los “estudios”, porque iban a ser toros y ahora son bueyes.

—Ja, ja, ja, los “estudios”, a todo le cambian el nombre las señoritas profesoras de la ciudad. ¡Así que *los duelen* los “estudios” de tanto estar sentados! ¿Podemos salir a recreo?

¡Ese fue mi primer día de trabajo en una Escuela Rural!

Profesora Rural

Vocabulario ¹

<i>Rebién:</i>	muy bien
<i>Moriamos:</i>	sacar mora, fruta silvestre
<i>Tomatera:</i>	plantación de tomates de salsa
<i>Temporera:</i>	trabajadora agrícola que trabaja por temporadas
<i>Saca:</i>	cosecha de tomates salseros
<i>Vega:</i>	feria libre donde se venden los productos del campo
<i>En medias:</i>	siembra que se hace entre dos personas, uno pone la tierra; el otro pone la semilla y el trabajo
<i>Veranadas:</i>	lugar donde se lleva el ganado a engordar desde noviembre a abril
<i>Pasturas:</i>	lugar con buenos pastos para la engorda
<i>Marca:</i>	fierro que tiene las iniciales del dueño del ganado y se le pone a los animales después de ser calentado
<i>Cocos:</i>	testículos o criadillas de animal
<i>Causeo:</i>	comida hecha con los testículos, cebolla, aliño, ají y vino tinto
<i>Cortarle los estudios:</i>	Igual a capar. Palabra siútica que dicen las señoritas profesoras de la ciudad
<i>Pangue:</i>	planta gunnerácea
<i>Nalca:</i>	pecíolo comestible del Pangue, de hojas grandes que los campesinos se comen con sal y ají

¹ Nota de la autora.

Despedirse en otoño

Amada Gallegos Gallegos (70 años)
Profesora jubilada
Mulchén

Segundo lugar nacional
Primer lugar regional



La habitación vacía cruje con cada paso, es como si protestara por mi presencia inoportuna que espanta los fantasmas que allí merodean desde hace ya tres años. Con el corazón pesado por los recuerdos, me acerco a la ventana y a través de sus vidrios empañados por la humedad de la tarde y mi aliento, diviso el rojo de las ramas del sauce, el dorado de los álamos y el movimiento de las hojas secas del membrillo.

Estoy comenzando a despedirme de la casa de campo que fue el refugio obligado en los ardientes veranos desde que era niña, allá por los diez años.

Mis pasos silenciosos me llevan al dormitorio de mis tías y en un rincón diviso el zapatito de loza gris que adornaba la mesita de noche de Minita. Lo recojo, lo aprieto contra el pecho para sentir por un instante que su dueña aún vive y lo reclama para guardar su anillo: una mariposa azul que la acompañó a diario, ya fuera en sus salidas esporádicas al pueblo o en la tierra del jardín y el pasto que sus manos trabajaban con destreza.

Hay un aire de tristeza infinita en el ropero enorme que hoy guarda el polvo de los años y el olvido y que ayer se llenó de vestidos floreados, alegres, frescos. Al frente está mi pieza, en la que encontré las emociones primeras del amor adolescente y la paz de los años quietos y maduros. Fui intensamente feliz allí alguna vez.

Al final del día, luego de los quehaceres y paseos bulliciosos, me sentía segura, protegida, acompañada por la tos de Irmita —la mayor de las hermanas de mi padre— y por el ronquido suave de su hermana mezclado con el sonido dulce de un grillo que cada noche acompañaba nuestro sueño.

Tiempo atrás nuestro campo fue extenso, la vista se perdía entre el amarillo ondular de las cementeras. Cuántas veces caminamos las tres, bajo la hilera de pinos que endulzaban el aire con su fresca fragancia, y reíamos y conversábamos y sentíamos que esos momentos eran para siempre nuestros (la felicidad se hace presente más con el recuerdo que con la vivencia).

Cuando los años comenzaron a pesar en las piernas y en los brazos, cuando la necesidad económica se insinuó sin pudor, lo conversamos y decidimos que había que vender parte de ese entrañable patrimonio, legado del abuelo paterno.

Nada cambió: sólo hubo más dinero, menos salud y mucha soledad. Las visitas que ayer llenaban nuestra casa hoy se volvían esquivas. También para ellas pasaron los años.

Pero aún el campo estaba ahí y nuestros paseos continuaron cada día sin cercas ni obstáculos. Allí permaneció el asiento, a orillas del canal, a medio camino entre nuestra casa y el último potrero. Ahora, nos obligaba a sentarnos para desacelerar el latido del corazón que pedía un descanso luego de subir la loma pequeña que siempre recorrimos sin esfuerzo. Fue en ese lugar, entonces, donde cada día deteníamos nuestra caminata y nos sentábamos a escuchar el sonido del agua. Nos acompañaba Cholo, el perro grandote y juguetón que a nuestros pies gruñía a las mariposas y roncaba feliz mientras la tía Irma sacaba su hermoso rosario de plata y nos invitaba a rezar, porque, decía, había que comunicarse con Dios Creador y nunca olvidar que lo que éramos y teníamos era Su voluntad. Esa voluntad que trizó nuestras almas el día en que Minita se fue. Su corazón ya no quiso latir y a pesar del esfuerzo, la sonrisa, el optimismo y los buenos deseos, nos dejó con la pena infinita de un adiós prematuro e impensado.

Entonces sí, todo se desordenó en nuestras vidas. Irmita y yo seguimos viviendo con una ausencia que nos desequilibró por varios años y durante los cuales caminábamos como antes, sólo que con un dolor en

el pecho que nos obligaba a detenernos y nos pesaba tanto que la oración a veces no acudía a nuestras bocas y las palabras se atoraban cuando el silencio reclamaba la presencia de la ausente.

Ya lo he decidido. Mi viejita cumplió noventa y cinco años y hace seis que su hermana, alegre e imprescindible, nos dejó. Tengo que entregar este pedazo de tierra. Nuestra casa, hermosa en su sencillez; su jardín y el huerto fragante de duraznos; la vertiente con los helechos finos y las enormes sombrillas de las nalcas; el parrón de uvas cristalinas como grandes lágrimas dulces; el bullir de las abejas en las tardes calientes del verano; la lamparita inquieta de las luciérnagas en su deambular eterno y nocturno, ya no existirán. Por imperativos del destino debemos entregar todo ese regalo magnífico en el que se mezclaron la generosidad de Dios y el esfuerzo del hombre.

Hoy hemos venido a despedirnos. La casa querida, silenciosa como nunca lo estuvo, va quedando en el pasado. Quisimos caminar hacia el estero y aspirar por última vez la fragancia del aire tibio de marzo, pero mi vieja y su bastón —compañero inseparable hasta ahora— no pueden llegar hasta él. Subimos con dificultad y desde pequeña altura le decimos adiós con la garganta destrozada por el esfuerzo de tragar la angustia. Mis ojos, secos. Los de mi compañera, azules de lágrimas. Un sollozo silencioso como ella sacude su pecho. Se da vuelta y apoya su cabecita blanca en mi pecho. ¿Qué puedo decirle que la conforme? ¿Que estaremos mejor en el pueblo? ¿Que ella necesita de la ciudad para tener medicina y salud? ¿Que algún día podremos volver? No quiero mentirle, nunca lo he hecho. Espero que entienda y se conforme con el tiempo.

La vida nos va quitando todo lo que alguna vez nos regaló, tal vez para que al final de nuestros días podamos transitar sin ataduras por el camino de lo infinito. Perdimos a esa mujer que era el motor, la fuerza y la esperanza. El fiel Cholo se quedó allá enterrado cerca de los pinos cuando la vida se le escapó y no la pudo atrapar entre sus patas peludas y traviesas. Nuestra tierra ya es ajena.

En este otoño tibio, dorado y quieto nos vamos alejando para siempre de este lugar sin la certeza con la que cada año nos despedíamos. Sabíamos que el siguiente verano teníamos una cita impostergable y feliz con el verdor, el agua, la luz: algo parecido a la dicha total. Esta vez no habría retorno.

El motor del auto nos vuelve a la triste realidad. Pasamos frente al corral vacío, al granero con sus puertas desvencijadas. Cruzamos por entre las rosas trepadoras que enmarcan la entrada al recinto,

subimos pendientes y bajamos el camino. Decimos adiós con la mirada a ese lugar en que cada tarde nos conectábamos en espíritu con los que no estaban; llegamos por entre el lomaje suave y el amarillo de las flores silvestres a la salida.

Me bajo para cumplir con el ritual: me pongo los viejos guantes de trabajo y cierro el portón grande, pesado y negro de alquitrán que hoy cruje de manera dolorosa. Coloco la llave y siento que mi corazón queda atrapado ahí. Vuelvo al auto, abrazo a Irmita; ella, como una niña pequeña, llora muy queda. Seco sus lágrimas con mi mano y beso su frente. Mamita, le digo, ponte el cinturón que el camino está áspero. Acomodo el cojín para que no se dañe su espalda frágil y nos marchamos ya sin mirar lo que dejamos atrás.

El sol se pone anaranjado y las sombras del atardecer bajan a posarse sobre las casas y los árboles. También sobre nuestros corazones.

El descanso de las cruces

Claudia Inés Bermedo Miranda (35 años)

Vendedora

Concepción

Segundo lugar regional



*H*ay cosas que suceden cuando somos niños que siempre quedan en la retina. Historias, hechos y vestigios de lo sucedido que todavía se conservan en el campo.

Cuando era pequeña siempre íbamos a pasar el año nuevo a la casa de mi abuela, distante a unos 12 kilómetros de nuestro hogar. En aquel entonces casi nadie tenía automóvil y, como en nuestra familia éramos cinco hermanos, nos acomodábamos en una carreta y emprendíamos el viaje a media tarde, cuando el sol aún se veía anaranjado en los cerros. “Para no importunar tan temprano”, decía mi mamá.

El viaje era tranquilo y yo miraba todo lo que sucedía a mi alrededor. Me sentaba en el borde de la carreta con los pies colgando, como tratando de tocar la tierra con la punta de los pies, lo que me producía un cosquilleo singular. Acostumbraba siempre llevar un palito conmigo con el que iba dibujando una huella oscilante por todo nuestro camino.

Cada cierto rato me cansaba un poco, por lo que decidía caminar junto a la yunta de bueyes. Éstos eran un clavel y un overo; uno me miraba de reojo, quizás agradecido de la compañía o de alivianarle algo la carga. De repente, cuando me sentía más osada, colocaba mi palito sobre el yugo para guiar a aquellos animales que, de manera casi innata, seguían mis pasos.

De pronto, llegamos a la primera parada: una mata gigante de litre de la cual colgaban varias cruces. El lugar se llamaba “La mata de la picardía”. Ahí todos nos deteníamos y nos persignábamos. Después de que mi papá hacía una pequeña oración, podíamos continuar el viaje. Yo no entendía mucho, pero seguía de manera obediente las instrucciones de mis padres. No sabía por qué estaban esas cruces ahí; pensaba que alguien estaba enterrado ahí porque quizás no le gustaba el cementerio, o que su familia se había cansado de tanto caminar y que el pobre finadito había quedado allí botado.

Ya habíamos recorrido casi la mitad de nuestro trayecto. Seguía pensando en varias hipótesis de aquella extraña detención, cuando la picana sobre el lomo de los bueyes les ordenó detenerse nuevamente. Ahí estaban: un montón de cruces de madera bajo un frondoso boldo. Esta vez me bajé de la carreta y me acerqué a observarlas en detalle. Algunas eran muy humildes, apenas unidas por un clavo medio oxidado; la mayoría estaban pintadas de blanco con algunos nombres y fechas casi ilegibles. Estaban aquellas añosas que apenas se sujetaban de una rama. Recuerdo una tallada con el nombre de Manuel. Otras, en cambio, estaban muy amontonadas y daban la impresión de abrazarse para no sentirse tan solas.

Después de presentar nuestros debidos respetos y un breve rezo a este escenario, mi padre se volvió a colocar el sombrero y con una sonrisa amable —casi pidiendo permiso— retomamos la caminata.

Nuestra llegada a la casona de mi abuela se dio sin mayor sobresalto. Saludamos a nuestros familiares y los bueyes fueron desenyugados y guardados en el corral con una merecida porción de comida.

Pasamos el año nuevo en familia. Horas y horas conversando, interminables historias de cada uno. Abundaron las risas y la comida junto a la estufa de mi abuela, que era la reina del lugar.

Al día siguiente, agradecidos y con algo de pena, nos despedimos y comenzamos el retorno a casa. El único camino con dos detenciones de cruces estaba

a nuestra espera. Esta vez no lo iba a dejar pasar y caminé lado a lado con mi progenitor; la intriga ya me superaba y por fin pude entender. Cada cruz que había en aquel árbol era el recuerdo de un campesino fallecido.

Al morir una persona en el campo, una caravana de gente siempre acompañaba al difunto camino al cementerio. Eran trayectos muy largos. Por la dificultad del camino y el cansancio había que detenerse cada cierto tiempo. En ese instante los deudos se refrescaban un poco después de tan esforzada caminata. Conversaban sobre las virtudes del amigo que ya no estaba y lo mucho que se le extrañaría, después de lo cual se rezaba con mucho respeto el Santo Rosario. Luego, antes de continuar, se colgaba una cruz ya preparada donde se indicaban el nombre, la fecha de nacimiento y muerte de aquella persona.

Después de descansar había que seguir el último recorrido por esos caminos de tierra; generalmente el difunto iba cargado por una noble carreta de bueyes que, a paso lento, lo llevaba a su último destino.

Ahora, después de algunos años y que ya tengo familia, le enseñé a mis hijos que esas cruces son un símbolo de respeto para la gente que ya partió, pero que siempre debemos recordar con cariño. En cada viaje a mi pueblo esas cruces me saludan dándome la bienvenida.

Aunque falta mucho para eso, es inevitable pensar que algún día deberé colgar una cruz en recuerdo de mis viejitos que tanto quiero.

La Barragana

María Angélica Norambuena Lagos (53 años)

Administrativa

San Carlos

Tercer lugar regional



—La fiesta estaba buena. Las cantoras parecían jilgueros: doña Juana y su marido, curioso el hombre en tañer la guitarra; y doña Norma, siempre con su hija al lado, la Rosita: chiquillona ya, de 14 o 15 años, blanquita, ojitos zarcos, bonita. Todos infaltables en velorios y casamientos.

—¿Y qué pasó?

—Pasó que en eso llegó el patrón *echando pelos* a la *leche*.

—¿Cómo?

—Sí, *mija*. Entró el hombrón, grandote, maceteado, mandón y hosco. Se acodó en el mesón, se echó uno tragos y conversó un poco mientras bajo el sombrero miraba y miraba todo y a todos. *De un repente*, la cueca se quebró en el aire. El patrón, echando atrás su poncho, se encaminó derecho a doña Normita, le tiró un puñado de plata en la falda y, tomando a la Rosa, la echó al caballo y galopó a las casas. El puro tintinear de espuelas dejó *no más*.

—¿Y qué hicieron?

—Nada. ¿Qué iban hacer? Lo más que dijeron fue: “¿El hombre andará templao?” Y se la llevó de *barragana* no más.

—¿*Barragana*?

—Sí, *mija*. Así le decían los viejos antiguos; pero a los peones les resultaba difícil la palabrita y rápidamente la cambiaron a “marrana”. Y así quedó.

—¿Y la esposa qué decía?

—¿Y qué iba a decir? ¡Eso no más faltaba! Que le pidieran la opinión a la mujer. Esas eran cosas de hombre, era la costumbre.

—¿Y de la *marrana* qué fue?

—El patrón prontito se cansó de su capricho y la casó con uno de los mismos inquilinos. Él, a lo zorro viejo, siguió en sus andanzas por el rancharío, donde

salía a *gozar chinas*; luego llevó otra *marrana*. Unos 12 o 13 años tendría; claro que por ésta le dio al padre un ternero.

—¡Un ternero!

—Claro. En el fundo se desató la habladuría. Dónde se había visto si, lo más que se daba por una mujer eran unas aves, unos quintales de trigo y, cuando mucho, un chancho. Pero ¡un novillo! Por una simple mujer eso era botar la plata.

El brujo Manuel

Magaly Ester Ulloa Lara (58 años)

Dueña de casa

Toltén

Primer lugar regional



Esta experiencia la viví yo, hace varios años. Queule era un pueblito aislado; recién estaban trazando el camino de Mehuín a Queule, y a Toltén se viajaba en bote. Tres días demoraba el viaje: un día para allá, otro para comprar y otro para volver. Hoy en día se hace en media hora, gracias a la carretera de la costa que acorta distancia y tiempo.

En esos años existían muchos brujos; con decirle que los chonchones, o sea, los tue tue, gritaban a pleno día. Todavía existe la cueva donde hacían sus reuniones; se llama el Reni. Cuando me casé, mi marido tenía campo ahí mismo, así que vivo como a cien metros del Reni. He visto luces en la entrada. A veces se siente música y muchas cosas más, pero ya me acostumbré y no les hago caso. Después del terremoto del '60, Queule se dividió en tres sectores: Caleta, Corvi y Queule Viejo. Ahora se le dice Portal Queule, suena más bonito. En esos años yo tenía como 16, había terminado la enseñanza básica, pero no pude seguir estudiando, ya que, por una parte, no había plata y, por otra, mi mamita se enfermó grave y no duró nada.

Yo tenía más hermanos, pero ellos se fueron a trabajar a Temuco, no les importó nada. Yo me tuve que hacer cargo de la casa y de mi hermano menor; mi padre trabajaba por el sueldo mínimo. Con varios compañeros más hicieron el relleno del primer muelle que tuvieron los pescadores de Queule. En la Corvi vivía un viejo amigo de mi papá; yo creo que se conocían de jóvenes. Todos le decían el Brujo Manuel. Siempre andaba con los ojos rojos... si parecía un verdadero *urco*. Era viejo ya, tenía como 75 años. Una noche, cuando estábamos cenando, un tue tue gritó arriba de la casa. Yo *salí para afuera* y le grité:

—¡Ven mañana a tomar mate con huevo frito!

Al otro día, mi papá ya estaba listo para irse a la *pega* cuando tocaron la puerta. Abrí y adivinen: ahí estaba el viejo Manuel. A mí se me pusieron los pelos de punta.

—¿Quién es, hija? —preguntó mi papá.

—Don Manuel —dije yo.

—Que pase.

—Disculpen, es que iba para el otro lado del río y el bote recién empieza a pasar a las nueve y, como no tomé desayuno, pasé para que me vendieran unos matecitos con unos huevitos fritos —dijo don Manuel.

—Sírvete mate y fríele unos huevos —me mandó mi papi antes de irse a su pega.

Tomó hartito mate. Después quiso pagar, pero yo no acepté, y dando muchas gracias se fue.

Cuando llegó mi papi en la tarde le dije:

—Así que su amigo es brujo.

—Coincidencia, cómo va a ser brujo.

Pasaron como dos semanas. Yo estaba moliendo trigo tostado para hacer harina. Molía en piedra, porque ni siquiera teníamos molino; a mi me tocaba solita tostar y moler. A veces *me llegaban* las doce de la noche. *En una de esas*, estaba moliendo cuando gritó el tue tue arriba de la casa. Salí a la puerta y le grité.

—¡Ven mañana, tráeme un matecito de greda y te doy harina tostada!

Mi papá se levantaba como las seis de la mañana a hacer fuego y de *atrasito* me levantaba yo también a hacerle un caldito de esos que tomaba al desayuno: sopas de pan con harta cebolla y ajo o de harina *tostá* y ají o *refregado* de harina o locro de trigo con hartas verduritas. Él decía que comiendo caldo en la mañana tenía más fuerza para trabajar. Aunque a mí no me

gustaba hacerlo, tenía que hacerlo. Esa mañana le dije:

—Ahora vamos a ver si su amigo es brujo o no.

—¿Acaso gritó el tue tue de nuevo?

—Claro, anoche usted ni lo sintió. Gritó tan fu...

No alcancé a terminar de hablar cuando tocaron la puerta. Mi papi ya estaba de salida, lo saludó y se fue.

—Pase, don Manuel, ¿qué lo trae por aquí?

No contestó. Sacando un mate de greda de debajo de la manta de hilado *ahumá* que andaba trayendo, me dijo:

—Se lo cambio por harina *tostá*.

—¿Y cuánta quiere usted que le dé?

—*Güeno*, la que usted quiera no más.

Busqué una bolsita y le eché como un kilo de harina.

—No le puedo dar mucha, me cuesta mucho hacerla.

—Está bien, muchas gracias.

Y se fue. Esperé un ratito y salí a mirarlo, pero ya había desaparecido. Cuando llegó mi papi, le dije:

—¿Ve que su amigo es brujo? Me vino a cambiar un mate de greda por harina.

—¿Y a eso venía en la mañana?

—Claro. Y si no me cree, aquí está: un lindo mate de greda.

—Nunca pensé que este viejo de mierda fuera brujo —dijo mi papá—. Con razón le dicen el Brujo Manuel.

A los días andaban los comentarios que don Manuel iba a morir, por que había *salido pillao*. Otro brujo lo había *botao* cuando andaba al otro lado del río. Lo peor es que a los brujos les vuela sólo la cabeza y cuando pillaron a don Manuel, llegó tan apurado a su cuerpo que la cabeza le quedó al revés y así lo encontraron, muerto. Cuentan los que fueron al velorio que los tue tue, o sea, los chonchones, gritaron toda la noche arriba de la casa y que la viuda no derramó una sola lágrima y que sólo decía:

—Que te vaya bien en tu viaje al mismísimo infierno.

Al tiempo *pillaron* una perra negra muerta en la tumba de don Manuel. Todos dicen que era la viuda; ella desapareció sin dejar rastro. También era bruja.

¡Que nos libre el Señor de tantos hechiceros!

Pavo por pavo

Lidia Eugenia Godoy Alvial (75 años)
Profesora jubilada
Collipulli

Segundo lugar regional



Corría el año 1955 y a Francisco se le ocurrió ir al campo del vecino en busca de algo que le significara algunas ganancias. Este joven siempre estaba metido en problemas; su actitud era el resultado de los pocos años que había ido a la escuela. Apenas leía, pero sobresalía en las mentiras.

Esa mañana caminaba feliz por el campo. Era un día especial para Francisco. El frío le producía dolor en las manos y orejas. Iba acortando camino por estrechos senderos. A esa altura ya estaba sentenciado un pavo de doña Meche. Junto a su esposo trabajaban como inquilinos en el fundo de propiedad de don Pedro. La Meche se sacrificaba mucho para criar a estos pavos, ya que estas aves son muy ruines en sus primeros días de vida.

Le faltaba poco para llegar al potrero donde, por lo general, estaban las aves. El pillo pensaba en lo que compraría con las ganancias del pavo. Sacó de su bolsillo unos brillantes granos de maíz. El grano atrajo de inmediato a los incautos pavos y Pancho, que

estaba detrás de los matorrales igual que un puma, dio un salto y uno de los pavos quedó en sus manos. Lo acomodó dentro de un saco. Los demás pavos gorgoreaban y aleteaban, pero no hubo nadie que escuchara sus pedidos de auxilio. El pavo dentro del saco se dijo:

—Por pavo, aquí me encuentro.

Consumado el robo, el Pancho tomó el camino que lo llevaría hasta la villa. Iba feliz; vendería el pavo y tendría dinero para comprar varias cositas y para renovar, por ejemplo, su querida armónica.

Llegó a la villa y tocó varias puertas, sin resultados. Se dirigió resueltamente a la casa del principal vecino que tenía un próspero negocio. Además, este señor era la autoridad. El Pancho bien lo sabía, porque la gente del campo también llega ante la presencia del juez por peleas o robos.

En la casa del juez se presentó Pancho y se dio el

siguiente diálogo:

—Le vendo un pavo, don Pedro.

—¿Es tuyo el pavo, Pancho?

—Claro que sí, patroncito.

—¿De dónde lo sacaste, bribón?

—Mi *amá* me mandó venderlo.

—¿Por qué no vino ella?

—Mi *amá* está enferma del *piuque* (enferma del corazón).

—No te creo mucho.

—Es verdad, mi patroncito.

—Oye, Coscorrón —le contestó el juez usando el apodo con el que el Pancho había sido bautizado en la escuela por los compañeros, porque la maestra le daba coscorriones cuando no sabía la lección—, estoy entre que te compro y no te compro el pavo, porque allá en el fundo mis empleados me tienen un pavito bien gordo para mi cumpleaños.

Finalmente, el juez compró el pavo a Pancho en \$400. En ese momento el pavo se dijo:

—Ya somos dos los engañados por el pícaro Pancho. ¿Cuántos más caerán? Unos cuantos pavos igual que yo. Por pavos.

Ya al mediodía, la Meche se percató del robo del pavo

que tenía reservado para el cumpleaños de su patrón. ¡Qué desgracia! Tendría que ir a la villa a contarle lo sucedido al juez. Tomó el camino siguiendo unos rastros desconocidos; los dibujos que tenían las ojotas eran de neumáticos y se encaminaban a la villa.

Cansada y con rabia llegó la Meche a la casa del patrón. Muy nerviosa, agitada y dolida, casi llegando a las lágrimas relató lo sucedido y entregó los detalles del lamentable hecho:

—Tiempo que no andaban ladrones por estos lados, tienen que ser forasteros y mal ocupados.

Don Pedro escuchó extrañado el relato de su empleada y luego se debatía entre decir la verdad o quedarse callado, ya que el bribón le había vendido su propio pavo. Lo que más sentía era lo que le diría su distinguida señora. Don Pedro ya sabía que por la compra del pavo su esposa lo reprendería diciendo: “Viejo confiado, crédulo, corazón de abuela. Te hacen tonto al tranco”.

Por todo lo dicho, y por su condición de juez, dijo la verdad a la Meche:

—Aquí está el pavo, el pavo de mi cumpleaños que tú estabas engordando en el campo. Recién lo compré.

—¿Quién se lo vendió, Patrón?

—Este niño, el Coscorrón, pasó por aquí. Me ofreció el pavo y dijo que su mamá estaba enferma.

—Patrón, recién vi a su madre en la calle.

—¿No está enferma?

—No, Patrón. Este flojo de *moledera* le cuenta el cuento a usted, al mismo juez, y por ahí dicen que el Pancho es medio tonto... qué tonto ni cosa que se le parezca. Es un tonto pillo de siete suelas, que para tener unos pesos vendería hasta la plaza y no faltaría el incauto que se la comprara. ¿Cierto, patroncito? ¿Dónde se ha visto que el juez compre lo robado? Parece el mundo al revés. Ahora, Patrón, tiene que ir al retén a poner la demanda.

—No, Meche. Irás tú, irás tú.

—No, patrón, usted compró lo robado.

—No, no. Irás tú, porque los pavos están a tu cuidado.

La Meche salió al retén. Por el camino reflexionaba y se dijo:

—Tendrá que pagar por el robo.

Al llegar a la guardia saludó:

—Buenos días, señor policía.

—Serán buenos, mujer. ¿Qué se le ofrece?

—Venía aquí con todo respeto a denunciar al Pancho Coscorrón, que me robó el pavo más gordo que tenía reservado para el cumpleaños de mi patrón.

—¿Quién es su patrón, mujer?

—Don Pedro, el juez, señor.

—¿Robó el pavo al juez?

—Al mismito, señor policía.

—Condenado ladrón... robarle al juez. Váyase tranquila, señora. Mi sargento personalmente saldrá en busca del ladrón. Verá usted cómo aplicamos la justicia.

Eran horas de la tarde y anochecía en ese mes de julio. El viento azotaba con furia los árboles desnudos. Era invierno y había olor a barro y una brisa que calaba los huesos, ladraban los perros, *bramaban* las vacas. Por último, los gallos lanzaban un cantar por ahí y otro por allá, melodiosamente.

Al llegar el sargento a la guardia, se le informó del robo y éste preguntó con voz muy fuerte:

—¿Quién compró el pavo? Esa persona será detenida.

—El juez compró el pavo —dijo el policía de la guardia.

—¿Cómo el juez? Me acabas de decir que el pavo se lo robaron al juez.

—La cosa está clarita como el agua, mi jefe. Lo que pasa es que el pavo es del juez. Se lo robaron al juez, se lo vendieron al juez.

—¡Carabinero!

—Sí, mi sargento.

—¿Me está tomando el pelo?

—¿Qué pelo, mi jefe? —contestó mirando al jefe al cual le quedaba poca cabellera.

—Explica lo del robo del pavo, quiero entenderte.

—Le robaron un pavo al juez.

—Recién me dijiste que la denuncia la hizo una mujer.

—Claro, mi jefe, ella crió al pavo del juez. El pavo del juez se lo robaron a la mujer. El ladrón se lo vendió al dueño, en este caso al juez.

—Es caso muy grave —expresó el sargento—. Policía Melero, prepare las carabinas y llame al cabo Marín para que me acompañe.

—Pero mi sargento, ¿por qué las carabinas?

—Carabinero, no me discuta, su jefe soy yo y tengo mucha experiencia en estos casos, es decir... con los pillos. Ya verán... este asunto *no me corre*. De los policías nadie se ríe, y menos de mí.

Los policías dirigieron sus pasos al local de doña Rosa; ahí estaba Pancho celebrando con sus amigos. Había llegado y pedido ponche para todos. A coro se escuchó un: "¡HURRA POR PANCHO!". Luego empezó el baile. Había una hermosa niña de largas trenzas y ojos verde lago. Pancho la invitó a bailar, diciendo:

—¿Bailamos, flor de primavera?

La niña aceptó y en ese instante se escucharon unos golpes a la puerta. Todos quedaron expectantes. Los policías se presentaron. No era una visita de cortesía. Detuvieron a Pancho Coscorrón. Éste gritaba:

—Es una grave equivocación. Soy un hombre honrado.

—Vivo en Jauja —le dijo la joven.

Coscorrón fue arrestado y al día siguiente pasó a la presencia del juez.

—¿Qué hiciste? ¿Me engañaste? Enfermaste a tu madre.

—Juez, yo no quería ir a su campo, pero me guió el mismo Satanás.

—Sinvergüenza. Págame los \$400.

El sargento dijo:

—Usted, Usía, es cómplice y además tengo que llevarme al pavo, por pavo.

El pavo reflexionó y pensó que nunca debió haber comido los granos de maíz:

—A lo hecho, pecho —dijo el pavo—. Insisto, fui muy pavo.

Dijo el juez:

—Yo me declaro engañado por este bribón sinvergüenza y en legítima defensa me declaro inocente, porque soy la autoridad. Le doy al pillo diez días de prisión.

En el corral del jefe del retén, el pavo gozaba de abundante alimentación. Por otro lado, los carabineros acordaron celebrar el cumpleaños del jefe. Mandaron a preparar el pavo asado. El pavo escuchó algo sobre celebrar y se dijo:

—Cada día mi suerte mejora. Estaremos de fiesta.

A la fiesta fue invitado el juez, el jefe de estación, dos profesores y un par de damas cuyos nombres han quedado en el fondo del tintero como resguardo a su reputación. A petición del juez, se desgranaron los sones de la guitarra. Bailaron vals, guarachas, tangos, corridos y no faltaron las cuecas que dieron la alegría a la simpática fiestecita. Los caballeros estaban muy *cocorocos*, al igual que las damas, que estaban bien atendidas. El pavo, ya degustado, resultó estar muy sabroso y, entre risas y chascarrillo, entre recuerdos y añoranzas, llegaron *las pares* del amanecer. Se escucharon los primeros cantos de los gallos. El festejado agradeció a las dueñas de casa, a las que los vecinos llamaban “las uñas de león”; nombre muy extraño pero ideal para el lugar, que estaba muy discretamente ubicado en la parte rural. Nada sospecharon los invitados. Además, estaban complacidos y era un honor compartir con el jefe del retén en su cumpleaños.

Al día siguiente el jefe fue a dar de comer al pavo y éste no estaba. Lo buscó en los alrededores. Preguntó al personal del retén, pero nada sabían del pavo; se lo había tragado la tierra. Los carabineros salieron en busca del Pancho Coscorrón, pero sólo tuvieron noticias que el mozalbete había tomado el camino a Jauja, rápido como si hubiera llevado puestas chalas de neumáticos.

Comentó el sargento:

—No comeré pavo para el 18 de septiembre.

Un detenido que en ese momento se encontraba en la guardia comentó:

—El que nace chicharra, tiene que morir cantando.

Si encuentra alguna semejanza con alguna persona o lugar, es sólo coincidencia

Mi querida gallina

Karen Valentina Quiñenao González (20 años)

Estudiante nivel superior

Temuco

Tercer lugar regional



Algunas mañanas despierto y puedo sentir el fulgor de sus ojos, aquellos que venían a mí cada noche en esas tortuosas pesadillas. Recuerdo que yo apenas era un niño; tenía seis años cuando llegó a mis brazos ese pequeño ser, tan cálido, tan frágil, tan maravilloso.

Los amaneceres solían ser muy fríos y los gallos eran muy puntuales para despertarnos.

Un día, estaba la familia reunida en el gallinero; había muchos huevos que prontamente se convertirían en pollitos. Me puse muy contento por la llegada de los nuevos animalitos, iba cada tarde a ver los huevos y conversaba con la gallina madre:

—¿Está cómoda? —le preguntaba— ¿Cuánto falta, señora gallina? ¿Me dejará ser amigo de uno de sus pollitos?

Pero ella solo me miraba con sus ojos fijos, sin pegar

pestaño y a veces mecía su cabeza de un lado al otro sin despegar sus ojos de mí.

Pasó un tiempo y una tarde llegué de la escuela a hablar con la señora gallina. Ahí estaba, había muchos pollitos pequeños a su alrededor; parecían bolitas de pelusas que chillaban sin parar.

Mi tía, que era quien cuidaba de las gallinas, me dijo que no podía tocarlos, pero aun así, siempre que podía iba a acariciar a los pollitos y a jugar con ellos. Pude ver cómo crecían y poco a poco cambiaban esas suaves pelusitas que cubrían sus cuerpos por plumitas de diversos colores.

Una tarde como cualquier otra, estaba jugando con los pollitos y mi tía me descubrió en el gallinero, me miró fijamente, tomó un pollito de plumitas café y me dijo:

—¿Lo quieres?

—Sí, sí, sí —respondí, aún sin creer el ofrecimiento.

—Entonces es tuyo. Debes cuidarlo y alimentarlo —se puso a revisarlo como en busca de algo—. Es una pollita.

Tomé a la pollita en mis brazos y la llevé a pasear conmigo. Era una hermosa gallinita, ya tenía plumas, pero era aún muy pequeña. La llamé Andrea.

Desde aquel día recuerdo cómo pasábamos horas y horas juntos, la llevaba a todas partes en mis brazos, le contaba todo lo que me había pasado en el día. Ella se convirtió en mi mejor amiga, pues yo era un niño de seis años muy solitario.

Había pasado ya un tiempo y Andrea se había convertido en una gallina grande y hermosa. Seguía tomando siestas en mis brazos y paseando junto a mí. Pero un día, pasó algo horrible. Llegué de la escuela como cada tarde y fui a buscar a Andrea, pero no la encontré por ninguna parte. Entonces entré a casa y me encontré con una imagen terrorífica: estaba mi tía preparando la cena, con una gallina a medio despellejar en su mano. Me acerqué a mirar dentro de un balde en el que estaban cayendo las plumas, y eran las plumas de mi Andrea. Le pregunté a mi tía qué había pasado y me dijo que la gallina ya estaba grande como para comérsela. Desesperado, saqué una bolsa en la que puse las plumas y me fui camino al bosque.

Aún no podía entender cómo era posible tanta crueldad. Excavé con mis manos e hice un hoyo cerca de un árbol en el que enterré sus plumitas; estuve llorando por horas. ¿Hubiese podido yo salvarla de tan cruel destino? Tanta tristeza no cabía en mí, era un dolor muy profundo.

Volví a casa sólo para dormir, pues no podía comerme los restos de quien había sido mi mejor amiga, ¿cómo iba a cenármela?

Desde ese día, cada tarde iba al lugar donde había enterrado sus plumas. Le llevaba flores y hablaba con ella, o con lo que quedaba de ella. Luego comencé a ir una vez a la semana, hasta que con el pasar de los años dejé de ir. Fue entonces que comencé a tener estos sueños extraños en los que veía sus ojos mirándome cada noche, pero pronto me mudé a la ciudad y los sueños se fueron.

Hacía ya diez años que no tenía estas pesadillas. Nuevamente al despertar sentía como si sus ojos estuvieran vigilándome. En las noches soñaba que ella y yo corríamos en un bosque, pero ella se detenía y yo seguía corriendo. La miraba hacia atrás, ella no avanzaba, solo me miraba con sus ojos grandes y tristes. El dolor y la melancolía se habían apoderado de mí otra vez, como cuando tenía seis años.

Pensé que tal vez ella me estaba llamando, así que decidí volver a aquel lugar. Todo había cambiado tanto. La mayoría de los árboles habían sido derribados. Aún estaban los caminos de tierra por los que paseábamos; ahora había más casas alrededor. Mientras avanzaba, sentía como si fuese caminando en uno de esos sueños que tenía.

Al fin, cuando divisé el árbol cerca del que había enterrado sus plumas, corrí hacia él. Había una pequeña planta sobre la tumba de Andrea y tenía una extraña flor café.

¿Sería posible? No, no podía ser. Una vez había oído

una historia sobre un señor que tenía muchas ovejas y un perro que lo ayudaba a cuidar de ellas. Un día el can murió envenenado. Entonces el hombre lo enterró en el lugar donde solía cuidar las ovejas y, pasado un tiempo, notó que una planta brotaba ahí; decían que esa planta era una extensión de la vida del animal, cuya alma quería continuar existiendo de alguna manera junto a su amo. Pero ¿sería posible que ella también, mi querida Andrea, quisiera seguir junto a mí? No, solo eran historias. Pero y ¿estos sueños tan extraños? Pasaban muchas ideas por mi mente. Entonces tomé la planta, la saqué de raíz y me la llevé.

No sé si en ese momento me llevé la planta por recordar aquella historia o si hubo otro motivo. Cuando volví a mi hogar, en la ciudad, la puse en un macetero y la dejé en la ventana de mi cuarto. Esa noche volví a soñar con Andrea, pero esa vez fue diferente; ella y yo íbamos corriendo como siempre, pero cuando se detuvo, yo miré hacia atrás, me devolví y la tomé en mis brazos. Entonces seguimos paseando toda la noche hasta que desperté. Esa mañana la extraña flor café se tornó azul. Desde entonces las pesadillas se fueron y algunas veces sueño que paseamos por el campo como cuando era niño. Puedo sentir que está conmigo, puedo hablar con ella. Estoy seguro que mi gallina se transformó en una hermosa flor.

Mi gran amigo, Pachuco

Pablo Andrés Quijada Márquez (29 años)

Profesor de Educación General Básica

La Unión

Primer lugar regional



Es se día domingo era muy especial, ya que me dirigía junto a mi esposa e hija a conocer el fundo en el que me había criado, en donde mi padre trabajó de sol a sol por casi 30 años de su vida como campero, y de los cuales tengo los recuerdos más bellos de mi infancia.

—¡Apúrate, papá! —me decía mi hija Sofía, que ya se encontraba al interior del automóvil.

Al comenzar a avanzar por la carretera vinieron a mi mente una serie de recuerdos llenos de alegría, emoción e inocencia. La suave brisa que ingresaba por la ventanilla, con ese típico olor a silo, a forraje de vacuno, puso en mi mente aquel niño despreocupado con el cabello lleno de rizos, de facciones redondeadas, tez morena, ojos de color castaño, zapatos llenos de tierra con una suela tan dura como el hierro, manitos redonditas como una

empanada y nudillos desgastados por tanta actividad que realizaba.

A medida que nos acercábamos, mi corazón latía cada vez con mayor intensidad. De pronto, un antiguo letrero con mucho óxido daba la bienvenida a lo que fuera el famoso fundo “Los Aromos”, otrora uno de los más importantes de la región por su contribución al desarrollo agropecuario y además por ser una valiosa fuente de trabajo para hombres y mujeres del mundo rural. Pero, como dice el dicho: “Todo tiempo pasado, fue mejor”.

El ingreso al fundo “Los Aromos” estaba rodeado por gualles¹ centenarios, de madera legendaria, acompañados de bellos dihueñes, que salen de este imponente árbol que se encuentra en el sur de Chile.

Al momento de bajar del automóvil, junto a Cristina —mi esposa— y nuestra hija, comenzamos a recorrer las pocas instalaciones que aún quedaban en pie. El

¹ Hualle (*Nothofagus obliqua*): roble de los bosques del sur de Chile (Nota de las editoras).

terreno ya no contaba con el inmenso jardín que cuidaba con tanto amor mi madre, Alicia. Ahora lo único que destacaba era un pastizal seco, lleno de *murras* y mosquetas. Caminando cien metros hacia el sur, nos acercamos al gallinero, el cual antaño, cuando yo era pequeño, contaba con más de cien gallinas. Ahora era un cajón lleno de roedores, que carecía de techo y de puerta. Los ventanales no existían ya, y el hedor que emanaba ese lugar era impactante.

Caminando en dirección opuesta, hacia el norte, nos cruzamos con un gigantesco castaño de tronco robusto, ganchos que se extendían hasta el mismo cielo y cuya presencia entregaba al lugar paz y tranquilidad. De pronto, una castaña cayó a los pies de Sofía. Ella preguntó:

—¿Qué es eso, papá?

—Eso es una castaña. Es un fruto y se come, es muy delicioso. ¿Quieres probar? —pregunté.

Mi hija asintió con la cabeza. Nos sentamos a los pies del castaño y junto a la suave brisa guardamos silencio por unos minutos. Nadie se atrevía a decir una palabra; contemplábamos la magnitud de este imponente árbol. En ese instante, Sofía se levantó y preguntó:

—¿Qué dice ahí, papá?

—¿Dónde? —le pregunté.

—Ahí, papá.

Me acerqué lentamente, leí y dije: “PA-CHU-CO”. ¿Pachuco? Y fue en ese mismo instante cuando me

transporté al pasado, más de 25 años atrás; cuando no importaba la ropa que usabas, cuando no tenías mayor responsabilidad que cuidarte de los peligros y cuando eras libre como un pájaro volando al viento.

Era el año 1987, y un niño de cinco años asistía a su papá en el parto de un ternero que, al momento de nacer, se quedó sin su mamá-vaca. Fue un nacimiento más que complicado y la única forma de que sobreviviera era dándole leche en mamadera. Desde ese día, me convertí en su mamá adoptiva y lo bauticé con el nombre de Pachuco. Era un ternero muy tierno y juguetón que me seguía a todas partes y que incluso, a la hora de dormir, se quedaba afuera de mi casa donde mi padre había construido una especie de lecho para que durmiera durante las noches.

Si alguna vez has escuchado que el mejor amigo del hombre es el perro, es una gran mentira; no hay como los terneros, y Pachuco es el ejemplo más real que te puedo contar. Sus ojos eran grandes como la luna, de color blanco con manchas anaranjadas. Sus patas traseras, algo chuecas al momento de caminar, y su hermosa y corta cola, hacían de aquel pequeño vacuno una particular mascota. Con el paso del tiempo, se convirtió en la atracción del fundo “Los Aromos”: era el popular ternero Pachuco que se desplazaba junto a un niño de cinco años por todas las dependencias del fundo. Lo más curioso de Pachuco era que no le gustaba juntarse con los demás vacunos, al parecer no eran de su interés. Yo a veces me confundía y pensaba que era una especie de San Bernardo gigante, reencarnado en el cuerpo de un ternero. Tenía más actitudes de perro que de ternero: incluso a veces intentaba ladrar, pero no podía emitir ladridos.

Una de las actividades favoritas de Pachuco era ir a correr por las praderas llenas de alfalfa, jugar junto a una pelota de trapo y por cierto, comer bastante forraje. Pasábamos tardes enteras jugando con mi gran amigo. Era muy feliz y yo le prometía que siempre íbamos a estar juntos.

Era una vida sencilla pero feliz, cosa que hoy en día cuesta mucho hacer entender a nuestros hijos. Recuerdo muy bien esa mañana, cuando sentí unos golpes muy fuertes en mi habitación. Al mirar por la ventana, vi a mi hijo adoptivo Pachuco bastante nervioso, tratando de explicarme algo que vine a comprender muchos años después. Mi madre, como nunca, me llamó con una dulce voz a tomar desayuno. Había ricas sopaipillas con pebre, leche recién ordeñada, queso de campo y huevitos recién fritos en la paila. Todo era maravilloso. No pasaron quince minutos cuando mi padre ingresó a la cocina y le conversó con un tono algo triste a mi madre. Lo único que alcancé a escuchar fue “que Pablito no salga tan luego de la cocina”.

Mi corazón e instinto de curiosidad me indicaban que algo no andaba bien. Me apresuré en tomar mi tazón de leche y salí como un rayo de la cocina. Mi madre me persiguió sin lograr alcanzarme. A lo lejos, divisé un camión que llevaba en su interior más de cinco animales y, entre ellos, iba mi gran amigo Pachuco.

—¡Pachuco! ¡Pachuco, no te vayas!

En ese instante nada me importaba, no quería que ese pequeño gran animal me dejara. ¿Qué sería de mi existencia? Corrí hacia él y me aferré de su ancho cuello. Las lágrimas brotaron de mis ojos. Cada segundo que

pasaba sentía como mi alma se iba desvaneciendo, como si ya no tuviese aire para respirar. Cómo hubiese querido tener el poder para hacer hablar a mi amigo Pachuco. No lo quería soltar, y mis sollozos iban en aumento. Un fuerte dolor en mi corazón llenaba mi espíritu. Fue en ese instante cuando el dueño del camión me lo quitó de mis brazos y me dijo:

—¡No llores tanto, mocoso! Si es un simple animal.

Animal, pensaba, y no podía comprender cómo un hombre podía comportarse de esa forma. Mi padre, para suavizar la situación, me tomó de la mano y me dijo:

—Tranquilo, mi *guacho*. Se lo llevan al fundo de al *la'o*, porque allá hay más forraje.

Pero nada hacía calmar mi dolor. El malvado hizo partir el camión, en cuyo interior se encontraba mi mejor y más grande amigo: Pachuco. Mis piernas se movían tan veloces como el viento, pero ya no podía correr más, sentí el cansancio y mis ojos llenos de lágrimas eran el fiel reflejo de la pena que sentía en ese momento. Vi como el camión desaparecía a lo lejos y me imaginé que mi querido amigo manifestaba también su dolor, su pena y su angustia porque nunca más nos volveríamos a ver. Mi madre me levantó del suelo. Mis rodillas, mis piernas y mis brazos estaban llenos de tierra y mi cara reflejaba el desconsuelo por la pérdida de un ser querido. Mi padre, por su parte, volvió a sus labores habituales del campo, sin comprender el inmenso dolor que me había provocado la partida de mi gran amigo. Mi consuelo fue recibir el abrazo cariñoso de mi madre. Nos sentamos a los pies de un inmenso castaño y en su tronco ella talló con un clavo el nombre que

De chicles y paletas

Abdías Muñoz Pino (23 años)

Estudiante

Los Lagos

Segundo lugar regional



La negruzca columna de humo subía con calma por el cielo de noviembre. Oscura, como la noche, contrastaba con la multicolor paleta de caramelo que sostenía en mis manos. Los carboneros se sentaban a tomar chicha, junto a la pila de champas que cubrían la madera que lentamente se convertía en carbón. Me quedé detenido mirando el humo subir y, cuando me disponía a saborear otra vez la paleta, recordé lo que había pensado el año recién pasado.

Hacía un año, la última tarde de octubre, los niños jugaban a perseguirse y rodar pampa abajo. Estábamos divertidos, pero ese día todos *se entraron* temprano a sus casas. Los viejos arreglaban bolsos con tortillas de rescoldo, papas enterradas y huevos duros. Ya se acercaba Todos los Santos, así que tenían que prepararse para el largo día que les esperaba. Por ese entonces no había ningún bus que llegara hasta Santa Carla, así que el camino hasta Malihue había que hacerlo a pie; como tres horas caminando por piedra suelta. Cuando se llegaba al puente Malihue, tomábamos una micro que venía de Panguipulli y nos

dejaba finalmente en Los Lagos; allí la mayoría tenía a sus *finaos*. Con caballos, con flores, con guaguas, hasta con gallinas, salían rumbo al cementerio. Era una tradición que dejaba el campo casi sin gente. Digo casi, porque mi familia no iba a ningún lado, mis padres eran de La Unión, allá tenían a sus muertos. Si a Los Lagos era difícil llegar, a La Unión era imposible, así que el 31 de octubre siempre fue aburrido, sin hermanos de mi edad y sin niños en el campo. Lo único que hacía era pasear por la orilla del estero buscando nalcas o digüeños.

Por la noche, a lo lejos, se veía retornar las últimas personas. Iluminaban el camino con sus lámparas a parafina, adornando, al igual que las estrellas, el negro paisaje. Al otro día aparecían las novedades. En el pueblo los comerciantes la *hacían del uno* vendiendo todo tipo de cosas para las casas. Destacaban los utensilios de plástico. Debajo de las camas relucían las coloridas *bacinicas*, cuestión muy cotizada por esos tiempos y en cada casa desfilaban un sinfín de chucherías que eran completamente inusuales en el campo. Los niños llegaban a la escuelita con lápices

nuevos, delantales nuevos, incluso algún afortunado llegaba con zapatos “Bata”, pero lo que más me llenaba de envidia, eran los que traían dulces, chicles y paletas.

—¡Ya *po*, Chilo! Dame un chicle —le rogué como por décima vez.

—Te lo cambio por tu trompo y unas polcas —me dijo, pícaro.

Estuve a punto de responderle que sí, pero me aguanté. Cada vez que pasaba a mi lado hacía globos con su chicle y me mostraba los que tenía en sus bolsillos.

—Profesora, Cirilo está mascando chicle en la sala —dije, con tono de venganza.

—A ver, Cirilo. Muéstrame su boca —respondió dura la señorita Marisol.

Antes de que el Chilo abriese su boca, un tirón de patilla lo hizo levantarse de su silla en medio de gritos contenidos.

—¿Cuántas veces le he dicho que en mi clase no se come? —le repitió sin soltar su patilla—. Venga aquí adelante, que va recibir su castigo.

Chilo caminó lento hacía el pizarrón.

—Y usted —me miró terriblemente—, por desleal y mal compañero, también recibirá castigo.

Frente a la pizarra, la profesora esparció arvejitas, arena y piedritas, y nos obligó a hincarnos allí.

—Toda la mañana, para que piensen en lo que hicieron —dijo la mujer, mientras una pequeña carcajada recorrió la salita, en la que no habían más de veinte niños.

Por un lado, tenía rabia de haber terminado en ese lugar, pero por otro, me sentía conforme porque Chilo tuvo que botar su chicle.

Esa mañana la profesora hablaba de la historia de Chile, un poco del teorema de Pitágoras y cantó con el curso unas canciones con la guitarra de la escuela. Yo, con la cabeza gacha, sólo observaba el polvo de tiza caer y la luminosidad del sol pasearse por las paredes. Pensé que nada de lo que estaba sucediendo habría ocurrido si hubiese tenido un chicle o un par dulces. Seguramente, si hubiese tenido un muertito en Los Lagos, todo habría cambiado.

Al final de ese año, justo entre navidad y año nuevo, mi madre se enfermó repentinamente. La fiebre iba y venía. Algunos días se la veía bien, otros, parecía estar muriendo. Después de pasear un montón de veces por los hospitales de Panguipulli y Los Lagos, viajando en el camión lechero, el cansancio les ganó a mis viejos. Mi madre se fue quedando, poco a poco, hasta no salir de su cama, como tapándose el dolor con las mantas. En ese tiempo, nos fue a visitar varias veces el cura, incluso los hermanos *canutitos* pasaron a darle su bendición. Ante la desesperación, mi papá fue donde una *meica* que tenía fama de buena. La *meica* juntó en un balde algunas hierbas y mató un pollo, luego tiró por la casa su menjunje y finalmente se fue, con la platita de la venta de un chancho en el bolsillo, jurando que mi mamá sanaría. Pero nada resultó, mi vieja se fue apagando hasta desaparecer en un último suspiro,

un día 20 de marzo. La enterramos en Los Lagos, sin muchos rezos, ni llantos; me pareció haberlos gastado en esos meses de dolor. Allí quedó mi madre, inmóvil en un rinconcito, escuchando el río San Pedro, que pasaba cantando nostálgicamente a pocos metros del cementerio.

Fue curioso que no haya reparado en lo que había sucedido. El día de Todos los Santos pasó rápido, cansador y triste. Cuando llegamos con mi papá nos tomamos un mate, sin cruzar palabras. Pese a haber pasado varios meses sin ella, esa noche se hizo muy presente su ausencia. Al otro día, me fui rumbo a la escolita. Salí temprano de la casa pero me quedé a llorar por los potreros, a patear la rabia de la pena y a jugar que la soledad era mi amiga, y que se parecía a mi mamita. Metros más allá, bordeando el estero, unos hombres caminaban con una chuica llena de la última chicha del año, prácticamente el raspaje de las pipas. Me quedé mirándolos hasta que se detuvieron,

luego, algo ido, terminé observando cómo el humo subía de ese verdadero volcán donde los viejos hacían su carbón. Tomé la paleta de caramelo que mi papá me había comprado el día anterior y recordé clarito el día en el que quise tener un muertito en Los Lagos. Me pareció terrible haber deseado la pena que me sacudía el alma y que me tenía llorando en esa pampa. Hoy daría todos los chicles y las paletas de Los Lagos, Panguipulli, Máfil y Paillaco por seguir quedándome solo los 31 de octubre. Daría aún más por ver a mi madre volver un día, por unas horas, por un abrazo o por tan sólo un beso.

Luego de que las lágrimas se durmieron, de pura nostalgia o ira, saqué de mi bolso un cuadernillo de hojas amarillas, tomé mi lápiz grafito y comencé a escribir: *La negruzca columna de humo subía con calma por el cielo de noviembre. Oscura, como la noche, contrastaba con la multicolor paleta de caramelo que sostenía en mis manos...*

Docamávida

Alejandro Alfonso Salas Campos (66 años)

Jubilado

Valdivia

Tercer lugar regional



El crepúsculo y el intenso aguacero hacían desaparecer a ratos las siluetas de las montañas. En un rincón de la cocina, Venancio Paine, meditabundo y tomándose un mate *huacho*, parecía contar con la mirada fija cada gota de agua que se deslizaba por el ventanal. Ni el fuerte viento que golpeaba a ratos con fuerza los vidrios, lo hacía salir de su letargo. Sus ruegos a la Virgen del Carmen habían sido escuchados; las precipitaciones aliviarían, en parte, una prolongada sequía. Salió de su sopor al entrar corriendo dos de sus nietos, quienes de inmediato le dijeron:

—Abuelito, te andábamos buscando. Traeremos más yerba mate, también unos pancitos amasados, unas churrascas y unos quesitos de cabra.

El anciano, sin levantarse de su sillón y esbozando una sonrisa, asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Pero queremos que nos cuentes algunas historias campesinas —recalcó uno de los adolescentes.

Una vez que los jóvenes regresaron con los comestibles, "On Venó", como era conocido, se sirvió un trozo de pan amasado con chicharrones, agregó agua caliente al mate y luego con serenidad comenzó a narrar:

"Mi padre trabajó toda su vida para el *mentao* Sebastián Cardemil, dueño del fundo Santa Clara, ubicado en Docamávida, villorrio cercano al río Mataquito. Los inquilinos lo veneraban al sentirse tratados con dignidad. En lo personal, tengo gratos recuerdos de mi infancia y adolescencia en el fundo. El *jutre* era de verdad especial. Nosotros vivíamos en una parcela de una hectárea que el patrón le había pasado a mi *taita* en media. La misma franquicia la tenían los inquilinos más antiguos.

Cuando en oportunidades venían años secos o alguna plaga, mermaban las cosechas. Al ir a entregarle su cincuenta por ciento, entre risas les decía: 'Oiga, gancho, sólo le voy a aceptar una *güena* cazuela de pava con chuchoca y una chilena con un pebre bien picante'.

Jamás supe de un trabajador que se aprovechara de la bondad del patrón. Un preceptor que venía de Licantén tres veces a la semana nos enseñó a leer y a escribir. Al año siguiente don Sebastián, a un costado de la cancha de fútbol, construyó una escuelita. En una ocasión, al celebrarse las Misiones en un fundo aldeaño, un terrateniente le reprochó el trato cordial y respetuoso a sus peones. La respuesta fue inmediata: *Estimaíto*, preocúpese usted de su campito no más, viva tranquilo. Sea usted feliz’.

Debo señalar que las cosechas y los animales del patrón eran las mejores de la zona y muy apreciados en Santiago.

En una oportunidad, lo vi en un *aporque* haciendo una cama de tomates. Mi padre siempre contaba que un día tenían queregar a primeras horas de la mañana unas hectáreas de hortalizas. Grande fue su sorpresa al divisar a don Sebastián con una pala al hombro, una chupalla de paja, los pantalones arremangados y unas ojotas de neumáticos de camión. Toda la mañana estuvo silbando o tarareando una misma tonada, mientras caminaba de un lugar a otro regando las melgas. Pasado el mediodía se escuchó un disparo. De inmediato los trabajadores pararon sus labores y se dirigieron hasta una pequeña alameda donde habían dejado sus viandas envueltas en sacos de harina. Aparecieron botellas de agua con harina, cacerolas con charqui y cebollas, huevos cocidos, tortillas de rescoldo, algunos catutos y un par de pequeños; todos compartieron sus alimentos en un ambiente agradable y relajado.

Un día al patrón le llegaron rumores que el Filomeno quería irse del fundo. Este joven gañán había llegado

junto a su familia *hacía* poco más de dos años. Esa misma noche el patrón se dirigió hasta la casa del mozo y conversó con su padre: Mi amigo, quiero saber si es cierto que tu hijo quiere abandonar mis tierras. Lo que pasa, mi caballero, es que mi *guaina* se nos *va a matrimoniar* después de las trillas, respondió compungido el dueño de casa. Luego prosiguió: La semana pasada estuvo en el *chinchel* de la vieja mañosa y al parecer tomó muchazo *chufilai* uno de los *guasos* le metió en la cabeza esa lesera del derecho a pernada. ‘Mire, mi querido amigo, en estas tierras que eran de mis abuelos, jamás escuché esa atrocidad’, respondió. Luego, abrazando a su interlocutor, continuó: ‘Dígale al Filomeno que se quede tranquilo, que junto con mi señora queremos ser los padrinos de la boda y que le regalaremos la luna de miel por una semana en Cartagena’.

Venancio Paine se encontraba tan apasionado narrando las historias de don Sebastián Cardemil, que al pararse con la intención de echarle agua a su mate, recién se percató que a su alrededor se hallaban más oyentes. Como ninguno de los presentes habló, continuó su relato.

“Para un dieciocho de septiembre, mientras las familias celebraban en las ramadas y los niños se divertían jugando al volantín, al trompo, al emboque o subiéndolo el palo encebado, mi madre, con nueve meses de embarazo, se hallaba en la casa con una comadrona; el crío nació muerto. Esa misma tarde el patrón le entregó a mi taita un sobre con dinero, además carneó un novillo y se lo llevó para la cena de medianoche. En nuestra casa, sobre la mesa del comedor, las esposas de los vecinos involucraron a la criatura con túnicas blancas y lazos celestes. En sus

manitos le colocaron un ramo de flores blancas. Los cánticos piadosos y los rezos del rosario se iniciaron de inmediato. Mientras los asistentes bebían *gloria*, entre murmullos comentaban que no se debía llorar a mi hermanito, porque en su calidad de angelito, se iría derecho al cielo...”

Venancio, con la vista nublada por unas lágrimas inoportunas, enmudeció por unos segundos, ocasión aprovechada por Maite, la menor de sus nietas, para comentar con inocencia:

—Tatita Venó, ¿la historia que contaste de don Sebastián Cardemil es verdad o es una leyenda campesina?

Escapando de la maldición

Ercilia Fabiana Águila Barría (41 años)

Ejecutiva de ventas en terreno

Puerto Montt

Primer lugar regional



Quando se vive una niñez en el campo, uno se empapa de historias, cuentos y leyendas contadas por los familiares, amigos de la familia y vecinos.

Siendo niña lo que me llamaba la atención y más susto me daba eran las historias de los brujos. Como dice el dicho popular: “Yo no creo en brujos, pero de que los hay, los hay”. Estos individuos comúnmente hacían el mal a otras personas. Las razones podían variar, pero casi siempre actuaban por envidia, venganza o porque algo no les había gustado en el trato hacia ellos. Lo que más me aterraba en ese entonces era que podían llegar a asesinar, así de grande era su poder. Lo que era peor aún: el crimen quedaba impune, porque lo hacían pasar como un ataque al corazón o como una enfermedad que duraba mucho tiempo y que los médicos no podían sanar. A esto le llamaban el “Pacto de Muerte”.

El trato se hacía entre el brujo y una persona que le daba el “trabajo” o “encargo”: el brujo haría al individuo pactado o a su familia, previo pago acordado entre

ambas partes. Sin embargo, el brujo también podía dañar a las personas por cuenta propia.

Muchos años atrás, cuando se narraban estas historias, el miedo y el terror a la oscuridad se acrecentaban, ya que no había luz eléctrica. Solo había velas; era terrible cuando llegaba la hora de irse a dormir. Por ese motivo trataba de no escuchar, pero a veces la curiosidad era más fuerte. Pasados los años, me alejé de mi familia. Por los estudios me fui a la ciudad. Estuve en el internado del liceo; fue un período muy difícil de adaptación fuera de mi hogar. Ya adolescente, había cambiado la manera de pensar: tenía nuevos conocimientos y veía la realidad de otra manera. Ya no existía el mundo de historias en el que crecí. Sin embargo, cuando recordaba lo que había escuchado una tarde o noche de invierno, me decía a mí misma: “Eso no es verdad. Eran solo historias inventadas...”

Cuando estaba realizando mi práctica, conocí a un joven que ahora es mi esposo. Cuando nos conocimos, él me dijo que estaba comprometido con una joven *hacía* dos años, más o menos, y que estaba haciendo

su casa; así que fuimos solo amigos. Pasaron alrededor de tres meses. Se acercaba la fecha del matrimonio, cuando él me comentó:

—Voy a terminar la relación con esta joven. Estemos juntos los dos.

Yo le contesté:

—Haz lo que te dicte el corazón.

Al tiempo terminó su relación. Por esta decisión quedó mal con su familia y con la de la joven. Yo no era del agrado de nadie; sin embargo y pese a todo, nos casamos a los ocho meses de pololeo.

Pasaron seis meses *aproximadamente del matrimonio*, cuando en la casa donde vivíamos se empezaron a escuchar ruidos extraños: en la noche, como a la tres o cuatro de la madrugada, tiraban trozos grandes de palos en el techo que caían rodando; salíamos a ver afuera y no había nada.

Un día en la mañana, después de estos episodios, en la puerta de la casa encontramos un paquete con huevos de ranas, los cuales llevamos a un veterinario para ver si eran de verdad. Después de esto nos fueron a dejar un gato negro muerto en la puerta. No había perros en la casa y el sitio estaba cerrado. Estas cosas raras que pasaban, aparte de comentarlas con la familia y amigos, no pasaban de ser sólo eso.

De pronto, mi marido empezó a sentirse mal. No podía caminar en la calle y sentía mareos, fuertes dolores de cabeza y algo muy similar a las crisis de pánico que diagnostican los médicos. Cuando se concurría

a la urgencia, le inyectaban un calmante y *para la casa*. La enfermedad se fue intensificando; fuimos al mejor médico que había en la ciudad, le solicitaron exámenes, rayos x, etc. Para variar, todos salieron buenos. Con los calmantes que le dieron se mantenía un poco tranquilo, hasta que no pudo más y tuvo que retirarse del trabajo.

En la casa la situación se volvió más compleja. Después de mucho conversar el problema que estábamos enfrentando, se nos ocurrió ir a una curandera. Antes de llegar —nos faltaba una cuadra— cuál no sería mi asombro y desesperación al ver que de pronto mi marido no pudo dar un paso más y cayó al suelo, no podía avanzar. Le pregunté:

—¿Qué te pasa? ¿Cómo estás? ¿Podemos seguir?

Él me respondió:

—No puedo caminar, déjame sentado aquí. Anda, conversa con la curandera.

Cuando llegué a su casa, le conté el problema que teníamos y mi asombro fue mayor aún cuando me dijo:

—Tu marido tienes que llevarlo a otro lado para que lo sanen. Esta enfermedad no es de médicos. Yo tampoco puedo ayudarte, porque sólo tengo hierbas y esas no te van a servir. Que tengas suerte.

Volvimos a casa sin saber qué hacer. Esa noche, como a las once, le dio un dolor muy fuerte al costado izquierdo, se levantó la polera y tenía tres cortes como garras. Entonces recordé las antiguas historias que había escuchado: a esto se le llamaba las sajaduras de brujos.

Entonces me dije:

—No puede ser que nos esté pasando a nosotros, no... imposible. Lo que en mi niñez eran solo historias, pasaron a ser una realidad para mi familia.

Los dolores aumentaron más y más. Una noche él estaba *haciendo pesadilla*, que era común en todas las malas noches. Lo desperté. A los pies de la cama vimos una luz muy similar al foco de una linterna pequeña, pero de un color entre anaranjado y amarillo que era muy difícil de describir, se fue suspendida en el aire y salió por la puerta principal de la casa.

Al otro día llegó su tío, al que le contamos todo lo que nos estaba pasando. Nos dijo que era mal de brujos. Teníamos que contactar a una persona que sacara la suerte para que nos ayudara. Sin pensarlo más, me fui sola, porque él no podía salir de la casa.

Cuando llegué, me entrevisté con él y me explicó que existía magia blanca y magia negra y que había, en un sector llamado Quica, una organización que se llamaba La Mayoría, que era como la directiva de los brujos o algo así. Me sacó la suerte con las cartas. Sin comentarle nada me dijo todo lo que nos estaba pasando, punto por punto, y por último agregó:

—A tu marido alguien le hizo o firmó un Pacto de Muerte, se va a morir de un ataque al corazón.

No podía ser. En ese momento casi me desmayé.

Me dijo que él iba a ir a la casa a limpiarla. Además enviaría una carta a La Mayoría y nos daría remedios hechos de hierbas para tomar y para masajearse el

cuerpo. Con eso se recuperaría de a poco. Me dijo que no me preocupara, ya que todavía estaba a tiempo y que él iba interceder por nosotros. Una vez terminado el trabajo, nos cobraría la suma de \$10.000. Una vez hecho el trato, al finalizar igual me entregaría el nombre de la persona que había hecho el mal o había firmado. Lo peor, según lo que él veía, era que la persona involucrada al parecer estaba dentro de la familia.

En esos momentos resultaba irrelevante preocuparse de quién era esta persona, lo primero era sanarse. Después de un mes se empezó a ver la mejora: cambió el ambiente de la casa. Estábamos en la penúltima cita, de alrededor de seis, cuando me dijo:

—Tu marido se sanará esta vez, pero ten cuidado, porque siempre los va a perseguir la maldición. Si no lograron el cometido principal, lo van a intentar de otra manera. Nadie quiere que ustedes estén juntos, los quieren ver sufriendo y que ojalá nunca salgan adelante. Tengan siempre mucho cuidado y estén alerta... En la próxima cita te entrego el nombre de la persona involucrada.

Faltaban cuatro días para que fuera la última cita. La persona que pertenecía a la magia blanca y nos había ayudado y salvado a muchas personas de morir, había muerto de un ataque al corazón. Razones médicas pudieron haber varias, pero sólo nosotros sabíamos lo que había pasado. Nunca supimos quién era la persona que nos perjudicaba, ya que él se llevó el secreto a la tumba, solo sospechas quedaron. Siempre sentimos que quien había hecho este daño había sido la joven con la que mi marido iba a contraer matrimonio, por venganza, despecho.

Nunca pensé ser una testigo real de antiguas historias, pero ahora sé que existen y están presentes. Hay que ir con cuidado por la vida, principalmente con las personas con las que tengamos que relacionarnos. El respeto por los demás siempre es lo primordial.

Nosotros seguimos adelante, pero siempre con lo justo en la casa. Después nos fuimos a vivir al campo para cambiar de aire. En principio estábamos bien, pero de pronto empezaron a llegar los pájaros de ojos rojos, el *huelco*. Estas aves son enviadas por los brujos.

Siempre estamos escapando. Ahora lo último que nos quedaba por hacer era cruzar un brazo de mar para alejarnos de la maldición. Después de tanto luchar lo logramos, lo hicimos. Ahora estamos un poco mejor, no sé hasta cuando...

La fuerza y el amor por la familia siempre nos han mantenido unidos, pese a todo.

El avioncito de madera

Nelson Antonio Torres Muñoz (55 años)

Bibliotecario

Castro

Segundo lugar regional



Se cuenta que en los años '60, Adalberto fue el primero en escuchar ese atronador ruido que provenía de las alturas. Cuenta Rosalinda Vera Maichil que Adalberto estaba labrando la tierra con su gualato y que *repente* salió arrancando como una *cotuta* para el monte, porque un aparato volador había pasado cerquita de su cabeza.

La pequeña comunidad apenas si contaba con velas para iluminar las largas noches de invierno; un lujo traído de la capital provincial, porque la mayoría se premunía de chonchones que hacían de papas ahuecadas, rellenos de grasa de animal y una mecha de trapo. Un aparato de esa naturaleza, evidentemente, alteraba la apacible jornada de *levantadura* de tierra de las melgas de papas. En este apartado lugar del planeta sólo se tenía noticia de aves, murciélagos y cucuruchos que podían volar.

Este episodio trajo como consecuencia una serie de cambios en la conducta de Adalberto. El joven pasaba tardes enteras sentado sobre un montón de

pasto seco, mirando al cielo, soñando tal vez con esos seres privilegiados capaces de hacerle el quite, con su envoltorio de plumas, a la gravedad. La señora Elsearia de Lourdes Cheuquipil contaba que el muchacho, en ese trance, había visto caer todas las estrellas de tanto mirar al cielo y había pedido todos los deseos. Por eso nosotros nos habíamos quedado pobres y sin esperanza.

Adalberto desapareció. Por meses no se supo nada de él. Algunos decían que se había ido para Argentina, a las esquilas; otros, que se había arrancado con una mujer casada. Pero la verdad, según Eulogio Macías, era que el muchacho había quedado muy impresionado con la visión de un objeto capaz de volar sin ser pájaro. Y se le metió a fondo en la cabeza la idea de fabricar uno. Ello lo hizo meterse en la espesura de los montes y no quiso bajar hasta que tuvo listo el aparato.

En efecto, luego de varios meses se dejó ver y la comunidad lo recibió con júbilo; algunos aseguran que el muchacho se había adaptado de tal manera a las espesuras, que helechos, musgos y hasta orejas

de palos le colgaban del cuerpo cuando salió de los bosques. Dicen que llevó a todos, hasta perros, gatos y chanchos caseros en filita por la senda que él mismo había abierto hasta llegar al sitio en que tenía su artilugio.

—Aquí está la cuestión —cuentan que dijo—, lo hice con mis propias manos.

Un “¡Oh!” largo y hasta musical —se cuenta— expelió la muchedumbre. Era un avioncito de madera con todo: alas, hélice, ruedas... excepto el motor.

—Oiga, Adalbertito —le habría dicho un vecino—. ¿Y cómo va a hacer *pa'* que esta cuestión *agarre* vuelo?

—Hay que comprarle un motor. Tiene que ser uno de avión eso sí, los otros no sirven. Pero dejemos que el padrecito Alberto le tire las agüitas y después arreglamos ese detalle.

Y el detalle fue un problema insoluble. Ni con rifas, ni aportes de las autoridades, ni con plata de la Junta Vecinal se pudo financiar el motor del avión. Pasó el tiempo. Pedro Nahuelquín, presidente de la Junta Vecinal, tuvo la brillante idea de escribirle al Presidente de la República. La carta de respuesta jamás llegó.

Pasaron los años. Adalberto se fue para Argentina. Jamás escribió una letra a nadie. “Seguro que está juntando plata, después vendrá a buscar mujer”, decían sus amigos.

Cuentan que doce, quince años más tarde, el artilugio era parte del atractivo turístico del lugar. Los profesores básicos llevaban a sus alumnos a

inspeccionar el aparato, aprovechando que los nuevos planes educativos impulsaban las actividades al aire libre. “Es un orgullo para nuestra localidad que un hijo suyo, haya sido capaz de adelantarse a su época”, dicen que expresaban los educadores. Y hablaban de Adalberto en sus clases de historia como de Bernardo O’ Higgins, los hermanos Carrera o el mismísimo Arturo Prat Chacón. Sin necesidad de verificar la fidelidad de las historias, los profesores enseñaban a los niños los valores que se debían resguardar para el futuro, cuanto más si los políticos planeaban la locura de mandar a hacer un puente sobre el Canal de Chacao. Adalberto, según ellos, encarnaba un gran valor a transmitir a los tiempos venideros: la capacidad de soñar, de cambiar el ritmo de la vida cotidiana. Se cuenta que incluso hubo gestiones para que se levantara un busto o monumento al ilustre hijo de Rauco, pero no faltó el *escueliao* que hizo notar que ese alto honor no se podía tributar a ningún cristiano en vida.

Otros tantos años más tarde la comunidad se encontraba en la faena de la siembra de papas. Claro, ya no estaban los mismos. Sólo quedaban los más jóvenes del histórico avistamiento. A la distancia —cuentan— empezaron a escuchar el ruido de un avión, un ruido casi imperceptible en un principio; luego, un ensordecedor trueno, similar tal vez al que oyeron en los pasados tiempos.

Don Juan Antonio Chaura dicen que le dijo a su mujer: “Ahí está, ahí está, ahí está...el Adalberto. Por fin le pudo conseguir el motor a su avión...”. Y siguió moliendo la tierra con su gualato.

El puma de Huallepén

Renato Arturo Santana Dubreuil (66 años)

Técnico agrícola

Osorno

Tercer lugar



Salimos temprano desde Contulmo junto a mi compadre Lucho; el amanecer anunciaba lo que sería un hermoso y luminoso día de verano.

Nuestro destino era responder a una antigua y reiterada invitación de nuestro amigo don Exequiel Quilodrán, apodado cariñosamente “El Ganso”, con el fin de degustar un buen asado de cordero al palo en su campo de Huallepén Alto.

Como la distancia era grande y nos tomaría varias horas de viaje, utilizamos las mejores cabalgaduras: yo en el caballo llamado “El Chucao” y mi compadre en la yegua “La Quintrala”.

A mitad de camino, siendo ya poco más del mediodía, los rayos del sol nos caían verticalmente, por lo que decidimos hacer un alto con el fin de descansar y a la vez reponernos con el *roquín* que habíamos preparado la tarde anterior. Para ese aro elegimos un lugar en el que antiguamente había una vivienda, lo que se reconocía por los restos de las construcciones, una antigua y abandonada quinta y una hermosa aguada.

Al llegar dimos de beber a los caballos, los que dejamos a la sombra. Luego nos devoramos el *roquín*, para posteriormente tomar una corta siesta bajo un ciruelo.

Transcurridos unos minutos de dormir, sentí caer sobre mi frente lo que estimé era una pequeña piedrecilla lanzada por mi compadre Lucho. Le reclamé, pero lo entendí como una broma. Minutos después me reclamó mi compadre; le respondí que yo no había sido. Esto se repitió dos a tres veces más, con las correspondientes protestas de ambas partes. Finalmente, me senté para pedirle a mi amigo que no interrumpiera la siesta. En ese momento nos llevamos una gran sorpresa al ver sobre el ciruelo un hermoso puma degustando nada menos que ciruelas. Después de saborearlas, cómodamente expulsaba el hueso por el lado de uno de sus colmillos. Algunos de estos huesos habían sido los que nos habían caído sobre la frente y la cabeza. Al sentirse observado, el puma decidió bajar y, una vez en tierra, nos mostró su linda dentadura en señal de molestia antes de retirarse, alejándose posteriormente al bosque vecino.

Enmudecidos por la sorpresa y el susto, continuamos nuestro viaje. Los caballares se mostraban nerviosos, pero con el andar se fueron tranquilizando. Después de unas cuantas leguas de recorrido, finalmente llegamos a la casa de don Exequiel. Él y su familia nos recibieron con mucha alegría. Entregamos algunos presentes que llevábamos para obsequiarles en señal de gratitud. Luego nuestro estimado amigo nos invitó al asado que nos había prometido durante sus viajes al pueblo. Debemos reconocer que estaba realmente delicioso, al igual que las ensaladas y papas cocidas preparadas por la señora dueña de casa.

Durante el asado, comentamos lo sucedido con el puma durante nuestro descanso del viaje. Nuestro anfitrión nos comentó que en cierta oportunidad había comprado en Contulmo cuatro melones calameños que llevó al campo y que dejó durante la noche en el patio, bajo un parrón para que no se sobre maduraran. A la mañana siguiente, al ir a buscarlos, faltaba uno de los cuatro melones. Buscó huellas para descubrir al pícaro ladrón y grande fue su sorpresa al descubrir sólo huellas de puma. Esto nos llevó a relacionarlo con el mismo puma del ciruelo. El hijo mayor de nuestro amigo comentó que lo habían visto comer jóvenes corderos y cabritos, y beber agua de los cristalinos esteros del sector.

A la mañana siguiente, agradecidos de las atenciones recibidas, iniciamos el retorno. Durante el viaje comentamos la variada y equilibrada alimentación de este puma, lo que nos llevó a pensar en adoptar ese tipo de dieta.

Pasados algunos años, vino a Contulmo don Exequiel, a quien tratamos de retribuir las atenciones recibidas en su casa. Éstas fueron acompañadas de una amena charla durante la cual le preguntamos a nuestro visitante por el puma de aquella ocasión. Él nos contó que este aún vivía y que presumiblemente era uno de los pumas más longevos. Se le había visto con su pelaje brillante, ágil y saludable, por lo que nuestro amigo Exequiel le auguró muchos años más de vida. Nosotros estimamos que esto era producto de su alimentación sana y variada.

Puñelco

José Francisco Muñoz Serón (49 años)
Profesor de Educación Básica
Coyhaique

Primer lugar regional



Las suaves lomas bordeadas de quiscales escondían las playas rocosas de Puñelco. Había que salir de casa cuando la mar estaba a medio mermar para llegar a tiempo a la *marisca*. Cruzábamos pampas y cercos para acortar camino, tomábamos de nuevo la huella y entre conversaciones y silencios nos encontrábamos con otros parroquianos que iban, al igual que nosotros, con sus canastos de junquillos trenzados y sus gualatos pequeños para escarbar las piedras buscando *tacas* y *culeñes*. Casi una hora nos demorábamos en llegar a la costa, al lugar predilecto donde los mariscos abundaban.

A finales de agosto, para las "Rosas", las mareas son larguísimas y dejan los lomos de las piedras siempre sumergidas al descubierto; es en esos días cuando la *marisca* es más generosa y nuestros canastos se hacen poco para contener los mariscos y jaibas que encontramos por doquier. Son una fiesta esos tres días que duran las mareas largas y todos los campesinos que hurgamos la tierra sacando papas vamos a la playa a cosechar los mariscos que no hemos

sembrado, pero que son tan nuestros. Las familias van completas y llevan rosquín para la merienda. Entre las rocas que están más lejos de la línea de marea se dejan los bastimentos y los chalones; y en los arrayanes que ocupan los últimos trozos de tierra se amarran los huiles que llevarán de vuelta la cosecha generosa de mariscos a casa. Los niños pequeños juegan en la arena y alguna abuela hace de cuidadora de la prole comunitaria, dando espacio para que todos escarbemos la playa.

Hoy, hace justo veinticinco años, hubo una mariscada triste. Ese día de Santa Rosa, los Mayorga llevaron a sus mellizos a Puñelco; era el segundo día de merma, por lo que todos los vecinos estábamos mariscando. Ya casi a la hora de volver, la angustia corrió por la orilla de la playa y por las pampas cercanas. El grito que anunció la desaparición de un niño pequeño sobrecogió nuestros corazones. Todos dejamos los canastos húmedos y repletos para buscar por cada roca y detrás de cada árbol al pequeño Ramoncito. La marea ya volvía y toda la comunidad se multiplicó en la playa recorriendo una y otra vez cada esquina de monte. Así se hizo la

noche y vino el día sin que tuviéramos noticia alguna de nuestro pequeño vecino. Vinieron los carabineros del pueblo cercano, incluso llegó una motonave de la Armada, pero nada pudieron hacer. El mar, que tan generosamente se encogía para regalarnos mariscos y algas, se había llevado a uno de los nuestros y no dio indicio alguno de querer devolverlo.

Su hermanita, la Rosa (en honor a la santa), solo indicaba el mar; a sus cinco años no pudo responder las preguntas que la arrinconaban contra los cercos. Los días pasaron y los Mayorga entristecieron las conversaciones de todos. No hubo ya niños jugando en la playa y el mar indolente subió y bajó como siempre, pero ya nadie le mendigó sus frutos.

Rosita, la melliza de Ramón, fue la única que jamás aceptó la muerte de su hermano. Aun cuando los ovarios hechos muñones se secaron en el vientre de su madre, ella seguía yendo hasta Puñelco, escudriñando las aguas y escarbando la arena. Así, su adolescencia la encontró caminando por la huella que serpentea por la playa; nunca se cansó de las largas horas sentada sobre una roca, mirando el horizonte de agua que seguía subiendo y bajando con parsimonia. El tiempo que todo lo borra no pudo con la tristeza de Rosita; quizá por lo mismo, la muerte llegó temprana y la encontró a sus treinta años con la misma mueca lastimera de aquel día de marisca.

Como hace veinticinco años, todos nos juntamos en la casa de los Mayorga. Entre conversaciones a media voz, fumando algún cigarro y apegados en el círculo del mate, vimos venir la noche y, créanme que no miento, un ladrar de los perros que corrieron hasta el camino interrumpió el silencio de todos los que estábamos

reunidos. “Una visita que los quiltros desconocieron”, pensamos, esperando que se asomaran las linternas que romperían la oscuridad de la entrada. Sin embargo, la zalagarda de perros no se calmaba y los ladridos se arrimaban en las sombras. Nos acercamos gritando a los perros para que se sosegaran. Imaginen nuestro asombro al ver en el portón de entrada a un enorme lobo marino. Nos miramos y nuestro primer impulso fue echarle nuevamente a los perros para espantarlo. Recuerdo que dos o tres vecinos le lanzaron palos y piedras para que el bicho volviera al mar de donde había salido... pero nada resultó. El lobo parecía decidido a quedarse justo en la entrada de la casa de los dolientes y ningún ladrido perturbó su bramido pausado y profundo. Con la llegada del día pudimos ver mejor al animal que, echado sobre su panza, no parecía sentir ningún temor de las personas que se le acercaban. Un ronquido acompañaba su respiración calma y sus ojos eran dos cristales oscuros de donde las lágrimas se vertían como pequeños riachuelos. Su cuerpo tenía unas mordeduras todavía sangrantes.

Estaba ahora lejos del mar donde se alivianaba y donde sus huesos se suavizaban para nadar sumergido; todo le era hostil. Cada piedra del camino raspó su pecho emblandecido, sus aletas se volvieron inútiles y casi no podían con el peso que hasta entonces no había sentido. Más de cinco kilómetros tierra adentro anduvo arrastrando su envergadura y estaba ahora flanqueado por perros que le recordaban que era ajeno. Tres días y sus noches estuvo el animal en la puerta.

Llegó la hora de sacar el cuerpo de Rosita para llevarla a la capilla y después al cementerio. Toda la procesión pasó junto al animal que seguía incólume apostado

cerca de la entrada. Cuando la comitiva era solo un murmullo lejano, unos grandes gruñidos roncós y melancólicos se escucharon en la distancia y el lobo comenzó a arrastrarse enfilando por las pampas que dan al mar.

La historia corrió por los campos y se fue más allá de los quiscales que bordean las lomas de nuestra tierra. Unos dijeron que era el Ramoncito reencarnado en lobo de mar. Otros dijeron que Ramón mandó al lobo para tener noticias de su hermana que ya no se asomaba a otear el horizonte. Otros dijeron que era muy normal que estos animales se perdieran buscando ensenadas. Yo sólo sé lo que sentí: un lobo entristecido estaba echado sobre su panza y la vida no parecía importarle. Yo sólo vi a un lobo de mar con dos grandes lágrimas que cruzaban su rostro, humanizando su tristeza. Yo sólo vi a un lobo de mar que bufó su quebranto una noche de luto muy lejos del mar y que, amanecido el velatorio de Rosita, se perdió tras las lomas buscando la blandura de las aguas de Puñelco.

Un tronco viejo

Isidoro Alberto Castilla Ortiz (51 años)

Ferretero

Cisnes

Segundo lugar regional



¡Por fin estoy aquí, en mi nuevo hogar! Un aire limpio y fresco penetra cada poro de mi piel. No sé quiénes fueron mis padres, pero algo he oído por ahí que mis padres nunca se conocieron, que me trajo el viento hasta mi madre y que ella era una hermosa flor. Un susurro me dijo que una juguetona abeja me había traído enredado en sus patas, dejándome caer en el vientre de mi madre. ¿La verdad?... no la sé; todos los de mi especie llegan a la vida en similares circunstancias. Sin embargo, de lo que tengo certeza es de cómo llegué a estar plantado en este jardín.

Vivía muy lejos de este lugar, condenado a un destino incierto entre cientos igual a mí que trataban de hacerse un lugar en medio de una quinta prolífera en especies cultivadas lejos de su origen, como yo ahora.

Todo comenzó hace como un mes, una mañana... La quinta había amanecido muy húmeda, una espesa neblina transformaba en siluetas fantasmales los árboles y arbustos; estos gigantes permanecían silenciosos, como dormidos. Una sábana espesa de decenas de hojas muertas cubría mi pequeño

cuerpo. Sentí como un cosquilleo en torno a mi frágil organismo, la sensación de estar despertando de un profundo sueño me invadió. Un bastón enorme sacaba con cuidado las hojas muertas que, como un mullido colchón, me rodeaban y cubrían completamente. ¡Pude ver o sentir la luz por primera vez!

¿Qué misteriosa magia me envolvía? Podía percibir todo lo que estaba a mi alrededor: sensaciones, pensamientos, miedos, emociones, alegría y dolor, como si todo estuviera conectado por un hilo invisible. Escuchaba como un rugido, a veces como una tormenta o un susurro; lo concreto es que estaba dotado de una sensibilidad que me permitía compartir la euforia, la alegría y también las penas y sufrimientos de todos mis hermanos. ¡Empezaba a descubrir la vida!

¡Entonces sentí su presencia! Cargada de ternura maternal. Era una mujer mayor; a mi lado parecía un gigante, pero su mirada no me inspiraba ningún temor. Una emoción inexplicable recorrió todo mi ser. La hembra se inclinó y con sus dedos acarició mis incipientes hojas. Todo mi cuerpo podía percibir su presencia, sus sentimientos.

En ese ser tan tierno había una gran pena que le oprimía el corazón. ¿Qué dolor podía embargar el alma de alguien que emanaba tanta bondad? No podía saberlo en ese momento; menos que el resto de mis días estarían ligados a su vida y a los suyos.

Con sus manos redondeadas, de palmas suaves y curtidas por los años, empecé a hurgar por mis costados.

—¡Peñi, árbol! Tú te vas conmigo —me dijo con cariño y algo nostálgica.

Su labor se vio interrumpida por una voz fuerte y segura que se le acercó:

—Madre, apurémonos que mañana temprano hay que estar en la estación.

Percibí mucha ilusión en esa voz, era un hombre joven. Éste abrazó tiernamente a la mujer y le dijo:

—Mamá, no quiero verla triste. Usted y mi padre emigraron también un día; esto es lo que ambicioné siempre.

La voz del hombre se silenció unos momentos. Luego, más sereno, continuó:

—Mamita, ya tengo 32 años y quiero probar suerte lejos de aquí y sabe que no puedo ni quiero dejarla sola, o... ¿a usted le gustaría dejarme partir solo?

La mujer permaneció en silencio unos momentos, luego con algo de resignación le respondió:

—Cuando tu padre murió, me juré que nunca te iba

abandonar, pero no pensé que este juramento podría llevarme tan lejos. Entre estos bosques tuve y perdí al único hombre que amé.

Sentí cómo vibraba el suelo mientras ambos se alejaban conversando, todo quedó en silencio a mi alrededor. Hojas como sábanas grises seguían cayendo; una gigante cayó a mi costado. Empecé a temer que pronto me perdería nuevamente bajo un manto de hojas secas en un incipiente otoño, pero esto no fue así. Al anochecer, entre sombras, nuevamente los pasos cansados de la mujer mayor se acercaron y con su bastón terminó la tarea de descubrirme, repitiendo suavemente como una canción:

—¡Peñi, árbol! Tú te vas conmigo...

Luego, con un pedazo de latón, hizo un surco a mi alrededor y lo clavó suavemente a un costado. Con un delicado movimiento de palanca me levantó y con la misma dedicación me depositó en un viejo jarrón enlozado. Sólo podía ver algo de luz por los agujeros que con el tiempo el óxido le había provocado. La mujer caminó hasta un caserón y depositó el jarrón en el que me llevaba junto a un canasto y otros bolsos.

Todo fue quedando en silencio. La luz ocre de un chonchón de grasa dio sus últimos estertores, y se apagó.

Al otro día, muy temprano, iniciamos nuestro largo viaje, una odisea: tren, barco, golfo y mares australes hasta las lejanas tierras de Aysén. Así me convertí en pionero. Sí, uno de los primeros... un árbol pionero. Hasta hoy mis hijos y nietos entregan deliciosos frutos a los otros hijos y nietos de orgullosos colonizadores de la región de Aysén.

Una diligencia

José Francisco Muñoz Serón (49 años)
Profesor de Educación Básica
Coyhaique

Tercer lugar regional



A principios del 1900, cuando la calle Ramírez en Osorno era todavía una senda polvorienta trizada por infinitos cortes que dejaban las carretas; cuando los gringos aún vestían chaquetas raídas y sus ojos no tenían arrogancia; cuando el Rahue bajaba impecable buscando la sal infinita...

Don Ruperto Balle caminaba resueltamente buscando el número 208. Iba nervioso y sus ansias de resolver pronto esa diligencia lo hacían avanzar casi a saltos de una vereda a la otra. Miraba a veces hacia atrás y le entraban las dudas; como un frío bajo el mejor vestón que había conseguido, el miedo se le acumulaba... pero era claro que no volvería con las manos vacías.

Los ojos de don Rupe llevaban esperanza y bajo su sombrero se escondía la palidez de la pobreza. Era un hombre alto, de bigotes rosillos, sonrisa franca y manos huesudas. A sus veinticuatro años estaba ya cansado de los gritos, de ser un peón arranchado o, en el mejor de los casos, un humillado inquilino. Soñaba en medio de las pampas osorninas que sus brazos levantaban

una casa. Soñaba que compraba unas vacas y que tenía un campo cerca del mar. Recostado a los pies de un hualle, sus ojos adivinaban el azul que no había visto, pero casi podía oler. Sus tierras serían blandas y él las cruzaría de surcos amables por donde nacerían las papas. Tendría también su campo, un río pequeño, un alto desde donde se vería el agua inmensa... y, claro, un pozo o una vertiente llena de berros siempre verdes. Todo eso tendría y más. Pero él sabía que le faltaba una familia y quería engendrarla; pero no ahí, no en medio de campos gringos y pellines solitarios. Él necesitaba una mujer que lo apoyara y le pariera hijos, una mujer que lo acompañara en la siembra y que fuera hacendosa en la casa. Él necesitaba a una con quien ver los amaneceres, una que lo alentara, una que fuera su otra mitad. Él se casaría y se iría lejos, él encontraría en alguna parte la tierra soñada, se marcharía más allá de la vista del volcán y mucho más allá de los trigales ajenos.

“Las personas que están solicitando tierra en el sur, por favor pasen a buscar su formulario y entréguenlo en la oficina del señor gobernador. Gracias.”

Unas veinte personas se acercaron a la ventanilla a buscar las solicitudes. Llevaban ellos sus sombreros en las manos y los estrujaban con nerviosismo. Vestían desteñidos pantalones y botas de cuero hechas. Rostros humildes, esperanzados... De madrugada se habían preparado para ir a las oficinas, y la sonrisa que tenían al salir de sus casas se había transformado en miedo al enfrentar a los funcionarios de la burocracia.

Todas las ilusiones de esos hombres se reducían a un cuestionario de unas pocas preguntas. Sus manos campesinas escribían con torpeza y una a una iban cayendo las pesadas letras sobre el papel indiferente. Don Rupe soltaba el lápiz y se restregaba las manos transpiradas en los pantalones de lanilla, volvía a su tarea y sentía en sus sienes el frío de la incertidumbre.

En un plano colgado de la pared se pintaban con círculos rojos los lugares en cesión; miró fijamente el A-23, pues la tinta caía de la tierra y se internaba en el azul del mapa. Rápidamente disimuló su interés y miró al descuido muchos otros lugares intentando convencer con ingenuidad a sus competidores. Mientras, por su corazón de colono pasaban imágenes indecibles de los lugares más caros y de las abrigadas caletas que él descubriría en ese rincón dejado de Dios que sin ningún rigor se dibujaba en la pared. Ese debía ser su terrenito; allí, sin duda, él podría hacer carne sus sueños.

Después de llenar la forma, se acercó con timidez absoluta al despacho del gobernador y dejó, con ojos suplicantes, la solicitud sobre el brillante escritorio.

Todas las esperanzas de esos hombres reducidas a un miserable cuestionario.

En agosto de ese año el correo tenía en su listado de cartas sobrantes una dirigida a don Ruperto Balle; remitía la Oficina de Tierras. Casi con terror, abrió el sobre y silabeando leyó sólo un timbre verde que destacaba sobre la escritura: "SOLICITUD APROBADA".

Se nublaron, entonces, sus ojos y se agolparon de un viaje todos sus recuerdos de miseria. Se acordó del delantal siempre enharinado de su madre, de sus ojos transparentes y su humildad sufrida. Se le vino encima la imagen nítida de su padre, sus barrosas botas y su cansancio eterno. Pero todo era distinto ahora. Él era propietario y no importaba en absoluto que su tierra no fuera más que un mallín enmarañado ubicado en el traste del mundo; ¡Era suya! Y estaba frente al mar, eso era todo lo que sabía y eso era todo lo que importaba.

El papel que malamente había llenado no lo defraudó, pero siguió sintiendo en su alma que ese formato miserable era un mal hacedor de sueños y que no cabían en esas cuantas preguntas las esperanzas de los oscuros hombres como él.

Le faltaba ahora con quién fundar un territorio virgen y con quién despertar de madrugada. No tenía novia y no había, siquiera, cruzado la mirada con alguien. Era claro que debía, con urgencia, encontrar a una mujer, pero no era fácil. Lo más complicado en su intento por colonizar la Patagonia era, sin duda, encontrar una esposa. Casarse constituía el esencial paralelo entre la fecundidad de la tierra y la de su mujer. Era requisito indispensable para viajar. "Sin familia no hay vida", se decía con justa razón. No valdrían de nada sus planes y logros si no había hijos que corretearan por el campo, o nietos a quienes malcriar.

emoción. Él estaba muy entusiasmado con realizar rondas médicas por los campos y así implementar políticas de higiene y tener un catastro de la gente del sector. Comenzamos a trabajar juntos; mi vida estaba más completa que nunca, era la primera con este oficio en estas latitudes.

Mis niños ya participaban de la escolita en la estancia. Aunque en casa seguíamos hablando inglés, ellos se desenvolvían sin problema con los otros niños. Cada día que pasaba era un regalo. Thomas ya era administrador y yo seguía colaborando con el doctor Fenton, quien me daba unos pesos cada semana por mi trabajo; así, junto a Thomas, ahorrábamos para comprar un rincón de la Patagonia.

Aprendí tanto junto al doctor. Hacíamos rondas por otras estancias, conocí a mucha gente, viajábamos al pueblo que, de a poco, pasaba a ser una linda ciudad. Ahí aprovechaba de dejar en el barco-correo una carta a mi madre contándole nuestra aventura en Magallanes. Al caminar por el muelle, uno entraba en una especie de Babel: suizos, italianos, alemanes, españoles, todos hablando al mismo tiempo. En cada esquina, un idioma. Todos en un negocio distinto, formando parte del auge de esta zona.

En uno de esos días, recorriendo las estancias, llegamos justo en el momento en que un ovejero había tenido un accidente. El hombre, apilando fardos de lana en un enorme galpón, tropezó y se golpeó una pierna con un fierro. Otros ovejeros le daban ginebra para que pasara el dolor. El pobre viejo se había quebrado y aguantaba el dolor como todo un héroe. Con los recursos que teníamos a mano, yo le hacía curaciones

y el doctor hacía lo suyo. A los pocos días el hombre estaba de vuelta en su trabajo. Duro como un roble, no daba pie a lamentaciones. Él solo sabía trabajar, igual que el resto. En ese momento me di cuenta que lo mío siempre sería la enfermería.

Mis niños crecían fuertes y bellos. Digo “bellos”, porque para toda madre sus hijos son hermosos. Además, reflejaban en sus caritas la ternura e inocencia que esperaba nunca perdieran, porque los veía correr llegando a casa, felices con lo aprendido en la escuela. Me contaban alegres sus historias con sus amiguitos y cómo veían con respeto a los indios del lugar. Tal vez esto último era lo más duro de vivir, ver el trato que le daban algunos inescrupulosos a los indígenas. Me tocó en muchas ocasiones ir en ayuda de ellos. Enfermaban con rapidez y no había mucho que hacer, el exterminio era la tónica. Con Thomas conversábamos en las noches, a la luz de una lámpara de aceite cómo, por una parte, estas tierras nos daban alegrías y por otra, nos hacían ver el sufrimiento de toda una raza. Nos prometimos que el día que fuéramos dueños nunca maltrataríamos a indio alguno. Así llegó el día en que mi esposo le compró un terreno a otro inglés, Mr. Smith. Ahí comenzamos la verdadera aventura.

Con nuestros ahorros nos alcanzó para el terreno, la construcción de una casita y la compra de varias ovejas. Nuestros corazones saltaban de emoción al ver cumplido nuestro sueño, mis niñas veían con enormes ojos luminosos nuestro hogar, que sería de encuentro y festejo diario. Thomas, por su parte, comenzó a hacer negocios con otros colonos, siendo para mí el más grande orgullo. En la parte trasera de la casa, colocó una cerca que pintamos de blanco. Una señora del sector me regaló unas plantas de ruibarbo que planté

Buscaba entonces una compañera. Ninguna de las que veía por las interminables callejas, parecían ser hacendosas o buenas parenderas. Con el peso inmenso de su timidez buscaba el número 208. Sabía él que allí había niñas casaderas; sabía también que eran hijas del abandono y, de alguna forma, intuía que esas jovencitas tendrían la fortaleza necesaria para ser compañeras y trabajadoras.

De mañana, cuando el sol estaba apenas un par de centímetros arriba del horizonte, don Rupe llamó con un golpe, apenas audible, a la puerta de las monjas del Sagrado Corazón. Una hermana rechoncha le hizo pasar y él llevó su discurso ingenuo a la Superiora:

—Sabe, Madre, yo soy un campesino. Tengo tierra... Estaba en la pared. Yo no la conozco todavía, pero... tiene mar; en el mapa tenía mar y... ¿Sabe, Madre? Yo soy solo. Yo soy bueno. Yo soy un hombre bueno y... Sabe, Madre, yo quiero una mujer... Lo que quiero es casarme, madrecita.

Mientras hablaba, le crecía el temor y unas gotas de sudor florecieron cerca de sus ojos, haciéndolo parpadear con rapidez. Se sentía ridículo, pensaba que era impropio. Intentaba convencer a la monja de sus buenas intenciones, era una súplica casi... Estaba, en realidad, mendigando. Intentaba convencer al mundo de la honestidad de sus intenciones; se aferraba a los papeles que llevaba, y los esgrimía con temor.

—Aquí dice que tengo tierra. A un hombre malo no le darían tierra... ¿cierto? Yo le he trabajado a don Mohor. Yo soy honrado.

Una y otra vez desdoblaba la carta del Ministerio y

se la acercaba a la Superiora. Creía, con ingenuidad entristecida, que esos documentos eran una especie de certificados que legalizaban sus sueños. En la hostilidad de las paredes encementadas su discurso sonaba como un lastimoso eco que no encontraba las palabras precisas. La Superiora lo miraba con algo de desconfianza y hurgaba en la apariencia del hombrecillo para descubrir algún rasgo de falsedad; no podía ella arriesgar a una de sus pupilas a matrimoniarse con alguien flojo o de malas costumbres. Sus ojos, finalmente, ratificaron la verdad y la monja agreste confió.

Perfectamente formadas en una solemne línea estaban las dieciséis asiladas del convento. Eran ellas huérfanas o, simplemente, mujeres abandonadas que encontraron techo y comida al alero de las rígidas monjas que las adiestraban en el arte de cocinar, remendar, lavar y planchar. Había jovencitas de quince a diecisiete años, había una o dos que no pasaban los doce: altas, buenas mozas; otras eran menudas, hoscas. Había rubias y morenas también. Con la seriedad del caso, la Madre Superiora alzó la voz diciendo:

—Todas ustedes son mujeres ya. Están listas para el sagrado vínculo. Y este señor Balle... Don Ruperto Balle, está buscando una esposa. Él está comenzando su vida y tiene tierras en el sur.

Sin más explicaciones, hizo un gesto para que él escogiera según su gusto. Don Rupe estaba tembloroso y repasaba con la mirada a las muchachas, intentaba adivinar; quería ser parco en la mirada y sobrio en su elección, pero no sabía en realidad cómo elegir. Algunas sonreían coquetas, otras tenían la mirada fija al suelo en actitud de sumisión. Una había que era

intranquila y no se estaba quieta: tironeaba las faldas a sus compañeras y jugaba con el contrafuerte de sus zapatos. Él la miró con interés y supo que ésa, la más menuda del grupo, la pizpirigua... ésa era la suya.

Vinieron después los papeles y sin siquiera haber cruzado una palabra, se casaron. Supo él que se llamaba Ana al momento de firmar frente al oficial civil. Le pareció que ese nombre era perfecto y supo que no se había equivocado cuando ella, ese mismo día, hizo un berrinche malhumorado, demostrando que tenía carácter.

La sequedad de Osorno quedaba atrás; Puerto Montt sería la siguiente parada. Se embarcarían ellos hasta adentrarse en el golfo y viajar mucho más allá...

Una desgastada maleta con esquinas de bronce llevaba ella. Él caminaba delante con sus papeles en la mano. Trancos largos daba él, buscando la estación del tren en el que tenía toda su vida metida en unos bultos. Y ella, dando pasos rápidos y cortitos, lo seguía soñando campos azules, con cercos rojos que entraban en el mar.

El Bagual

Iván Rojel Figueroa (45 años)
Ingeniero de ejecución agropecuario
Punta Arenas

Primer lugar regional



Era negro. Se adornaba de plata en las noches y en los días, de sol; lanzaba destellos de oro que prendían en los ojos de las cuarenta yeguas que componían la manada. Corría como un demonio enloquecido por el llano interminable, con las crines lanzadas al viento, como banderas de libertad.

La inmensidad le pertenecía y, lanzado al galope tendido, competía con el vendaval sureño y desafiaba las tormentas que se desataban tan ariscas como él, mientras sus músculos elásticos lo lanzaban a la furia del corcovo solitario. Irrefrenable, bailaba con la lluvia, se encaramaba a las cimas de los cerros más altos y todo el paisaje le pertenecía. En sus ojos también negros, anidaron cientos de estrellas cuando buscaba el agua nocturna junto a sus hembras, y cuando el instinto lo llamaba, lanzaba fuertes relinchos, anunciando a los cuatro vientos que su dinastía estaba perpetuada, la dinastía suprema y retinta del bagual¹.

Hermoso e indómito, todo el tiempo y todos los crepúsculos sureños desangrados de libertad se derramaban ante él, cuando el tropel volvía raudo a los secretos refugios y a los dormitorios. Como un líder consagrado buscando siempre el mejor rumbo con sus belfos movedizos, descifrando en los cauces de aroma del aire la condición de la naturaleza que lo acogía, la alerta que traía el viento, los murmullos lejanos que como distantes trinos llegaban hasta sus orejas movedizas, todos hablaban un lenguaje claro de sonidos conocidos.

Sonidos de ríos, de ventoleras y de cascos de los hermanos de sangre que deambulaban, como él, por las extensas sierras. Sierras que pronto también fueron holladas por extraños. Los sonidos cambiaron.

Y el potro negro caracoleó en la loma espoleado por su curiosidad. Viendo avanzar hacia él un cuarteto de congéneres con extraños animales sobre el lomo, no trató de huir: se les aparejó, los mareó, relinchó y bailó

¹ En Magallanes, animal de origen doméstico que vive en estado salvaje (Nota del autor).

invitando a la carrera desbocada. Pero los caballos mansos solo se inquietaron ante su presencia. Oyó gritos de bestias que nunca había oído, el tintineo del metal le lastimó los tímpanos e hirieron sus narices el olor del quillango² y de las botas crudas de potrillo. ¡Los extraños venían cubiertos con trozos de animales muertos! Con la sangre hirviendo de inquietud, trató de alejarse del lugar, pero los otros se le interpusieron. Esquivó y pateó con fuerza y furia la barriga del rosillo traidor, derribándolo con bulto y todo. Luego mordió el cogote del oscuro y cuando éste se paró en las patas, el animal que le ocupaba el lomo se derrumbó hacia atrás y tocó el suelo con un sonido seco. Los otros dos caballos comenzaron a seguirlo y él sintió zumbiar sobre su lomo algo como un zarpazo de viento que le rozó las crines. De nuevo algo rozó sus orejas, mientras los gritos extraños lo perseguían pegados a sus ancas. Un salto y otro más, una piedra, un chorrillo; corría entre jubiloso y asustado por los mágicos sucesos de aquel día.

Sin darse cuenta, se salió de sus dominios; y en la desenfrenada inercia del galope. En el último momento se sentó en las patas para no dar de lleno con la malla de ramas que le cerraba el paso. Aquello debió ser como un monte aparragado, pero los árboles estaban muertos y extrañamente entretejidos. Quiso girar y entonces percibió una sombra larga a su costado y sintió que una zarpa culebrina y áspera le ceñía el cogote. Ante su instintivo deseo de arrancarla de un tirón, se le aferraba más y se le hundía en el cuero y en la carne, traidora e inmisericorde. Ante la desesperación, intentó atravesar las gruesas ramas muertas y luego comenzó a girar espantado por los sonidos, el olor, los gritos y el sol que había huido.

² Capa hecha de pieles de guanaco joven, usada por los tehuelches y los antiguos baqueanos magallánicos (Nota del autor).

³ Destungarse- desnucarse (Nota del autor).

Ya era tarde, los demás ya habrían vuelto de las aguadas a los dormitorios y ahora pacerían serenos el verdín de los alrededores, mientras él estaba allí, sin poder escapar con el viento que lo llamaba con insistentes ráfagas.

Sus ojos se agrandaron, el sol se iba a dormir sin el arrullo de sus cascos. Se quedaba solo y presentía que le iban a quitar la dicha de la sierra extensa, los aromas que le regalaba el viento, la visión de la luna en el agua desde la loma azul y el brillo salvaje en la mirada.

Entonces sintió miedo, mucho miedo. Y sin esperar más, embistió brutalmente al grupo de extraños que olían a guanaco y a caballo muerto y le cortaban el paso, encaramados en sus propios hermanos de pupilas tristes. Vio el llano tan cerca, que quiso alcanzarlo de un galope para perderse en él. Correr y correr para buscar el calor y el olor de las pieles queridas, allá en la tropilla salvaje y refugiarse en ella. No sabía que el lazo que tenía al cuello había sido amarrado muy firme al poste mas grueso del improvisado corral.

Se le truncó la carrera de golpe con un zumbido seco que logró percibir antes de hundirse en el polvo. Alcanzó a ver que todo giraba. Por medio segundo divisó la infinitud del llano rojizo en la tarde y olvidando los gritos, el dolor y el polvo, se sintió deslizar hacia él, como una hoja en la brisa.

En medio del tierral y el viento, una de las sombras se acercó despacio.

—Lástima, Zamora. El bagual se *destungó*³.

Tormenta de ilusiones

Héctor Omar Douglas Muñoz (39 años)

Empleado

Punta Arenas

Segundo lugar



Con mi esposo, Thomas Douglas, zarpamos hacia el fin del mundo un invierno de 1873, esperanzados de encontrar un futuro mejor. Mi trabajo de enfermera en un hospital siquiátrico no era suficiente en una Europa empobrecida y en la que a Thomas, cada día, le escaseaba más el trabajo. Nos contaron de la Patagonia, una tierra lejana, pero que prometía un esperanzador porvenir. Cerrando los ojos, apostamos el todo por el todo.

Tras setenta y dos días de viaje llegamos a Punta Arenas desde el puerto de Londres. Vi por la borda del velero Humbleton una bahía agreste y desolada. Desde algunas casas salía humo negro y de mi corazón no salía más que angustia; cuestionaba qué tan buena había sido la decisión de llegar a estas tierras.

Soy originaria de Kelso, Escocia, y me bautizaron con el nombre de Annie Easton Tennant.

Bajamos en un muelle improvisado, solo con nuestras

almas y dos maletas llenas de recuerdos y de ilusiones, sin saber ni una palabra de castellano. Buscamos entre la gente al señor que nos había contratado desde Inglaterra, un tal Mr. Gwynne. Apenas nos vio se nos acercó y, muy cordial, nos dio la bienvenida y nos indicó una carreta que nos llevaría a una estancia donde Thomas trabajaría como ovejero, oficio aprendido en nuestra natal Escocia.

Junto a otros inmigrantes llegamos a un campo plano; ahí aprendí el término "pampa": un lugar donde la vegetación escasea y el frío cala los huesos, donde el viento no da tregua y el coirón nace entre las piedras. Al pasar los días, mi amado esposo tomaba el ritmo del riguroso trabajo de campo, donde aprendió nuevas palabras, no todas ellas propias de una buena educación. Los otros ovejeros se reían de cómo aprendía groserías y cómo se enrojecía su pálida cara por el viento. Pese a todo lo bueno que nos estaba pasando, mi labor en la humilde casa que nos habían proporcionado se tornaba lenta y aburrida. Recordaba mis días en Londres y mi trabajo en el hospital; era

tan feliz trabajando. Acá mis conocimientos de enfermería se limitaban a curar alguna herida o aplicar cataplasmas a alguien con gripe; solo me provocaba llorar.

Thomas, realizado con su trabajo de criar ovejas, de recorrer los campos eternos arreando piños, viendo a lo lejos guanacos que formaban parte del paisaje, llegaba a casa a contarme todo lo bello que veía; pero aún así, yo no lograba todavía empatizar con esta tierra que más que alegría me daba penurias. Sentía que mi destino había sido ser arrojada a estas tierras y tener como segunda piel la soledad.

Con el tiempo, el castellano se nos hizo más familiar y llegó a casa nuestra primera hija, que bautizamos con el nombre de mi abuela, "Mary Ann". Mi niña creció entre ovejas. Cuando ya daba sus primeros pasos, montaba feliz sobre un borreguito. Con ella los días eran más amables y mi estancia en estas frías latitudes se hacía menos sufrida. Con Mary Ann nos sentábamos en la entrada de la casa a ver esos escasos árboles torcidos por el viento y esos cielos que al atardecer se convierten en un festival de colores anaranjados y violetas.

Entre sus compañeros, Thomas era un pampero más; pañuelo al cuello, boina y bombacha, parecía un verdadero gaucho más que un "súbdito británico". Mate en mano veíamos el paisaje junto a nuestra hijita. Ahí le di la gran noticia; estaba esperando otro bebé. Saltó de felicidad esperando que fuera un niño que aprendiera las labores del campo y siguiera sus huellas, porque nuestro anhelo más grande era ser dueños, algún día, de un pedazo de este enorme territorio. Al pasar los meses, la alegría y sorpresa

fueron enormes cuando, en pleno parto, la matrona grita algo que ya sospechaba: "¡Son dos, son dos!". Un niño y una niña, que llamamos John y Anita. Thomas no cabía en su cuerpo de orgullo, por fin un niño que seguiría sus pasos.

Me dediqué a mi hogar. Mis niños crecían felices en la pampa y comencé a ver cómo nuestras vidas mejoraban. Atrás quedaban esos días de escasez en Londres. En verano, los niños corrían a *pata pelá*, montaban caballos a pelo, tomaban leche fresca y cosechaban calafates que dejaban sus boquitas moradas. Ellos ya sabían cómo cortar leña y astillas para el fuego. Recuerdo esos días que se avivaban cada vez que preparaba algún *pudding* o *scones* que, siempre muy calientes, salían del horno de fierro junto a un reto, porque ellos se las ingeniaban para meterle mano. Ese aroma era embriagador, cerraba mis ojos y veía a mi madre riendo y cocinando. ¿Qué será de ella?

La vida en la Patagonia es muy sacrificada. Tras dejar a nuestra gente en Europa, el amor que nos teníamos crecía a la par con el amor a esta tierra. Llegando el invierno, mis hijos miraban por la ventana esos copos de nieve eternos que inundaban hasta donde nuestros ojos podían ver. El frío se hacía sentir, pero ellos solo pedían salir a jugar. Sus manitos y caras al rojo vivo no restaban entusiasmo a largas jornadas de risas y gritos al tirarse a la nieve. Así pasaron los años, entre pampa y coirón.

Un buen día Mr. Gwynne llegó acompañado de un doctor que era nuevo en la zona, Mr. Fenton. El patrón ya le había comentado de mi formación como enfermera y sin mayor preámbulo el doc me ofreció que lo secundara en sus labores. Casi lloro de la

con tanta ilusión, porque recordaba que de pequeña, en Escocia, mi madre tenía unas iguales en el patio. La tierra era dura y seca, pero con amor sembramos de a poco algunas papas y unas cuantas zanahorias; verlas crecer era todo un espectáculo.

Una mañana, muy temprano y apenas el sol regaló sus primeros rayos, Thomas salió a la ciudad a comprar algunas cosas al almacén del viejo Braun. Pasaría a ver si en el barco-correo había llegado alguna carta de mi madre. Qué ilusión me hacía tener noticias de mi gente. La última carta la había recibido seis meses atrás. En ella me contaba que estaba algo delicada de salud. Mientras los niños dormían, me paré frente a la ventana a mirar el interminable paraje y con fatalidad vi como a la distancia se acercaban arrebatadas unas nubes tan oscuras que nada bueno podían traer. No pasó mucho rato cuando se levantó un enorme temporal que azotó mi casa y aplastó mi siembra. Los niños se despertaron con miedo. El ruido era cada vez más ensordecedor. ¿Cómo podría llegar Thomas con esta enorme tempestad? Al caer la tarde volvió la calma, pero la escena era dantesca: vidrios rotos; mi cerca blanca en el piso, destruida; mi siembra, perdida; el piño, buscando refugio, escapó en todas las direcciones. El galpón de lana que con tanto sacrificio se había construido, cedió de un costado. Hasta había volado una parte del techo de la casa. Los

niños lloraban aún temerosos. En eso, entró Thomas cual huracán, demostrando en su mirada el pánico por la suerte que podríamos haber corrido. Nos abrazamos todos y aunque teníamos que volver a empezar, ya nada era tan terrible, porque estábamos juntos, porque nos amábamos y porque nuestro motor era el trabajo. La tormenta no logró opacar nuestras ilusiones. Todo lo contrario, miramos al futuro con más fuerza. Con esperanza seguiríamos en estas tierras, en el fin del mundo, donde decidimos hacer nuestro hogar, donde veríamos a nuestros hijos crecer, trabajando en el campo que responde a cada acción de amor con múltiples bendiciones. Nunca pensé, cuando llegué a ese muelle improvisado, que mi vida junto a mi familia sería tan feliz. Por ello doy gracias a Dios cada día por lo que tenemos.

Hoy, en el ocaso de mi vida, no puedo sentir más gratitud. Ya tengo nietos y ellos siguen disfrutando de las mismas cosas simples pero valiosas del campo. Junto a Thomas, contemplamos como siempre un nuevo atardecer. Abrazados y tomados de las manos nos miramos y sentimos el mismo amor que un día nos unió.

Dedico esta obra a mis antepasados Thomas y Annie

*El cara de palo**

Tamara del Carmen Andrade Huenchur (48 años)

Labores de casa

Punta Arenas

Tercer lugar regional



Este era un hombre que vivía en la estancia Cameron, a 190 kilómetros del pueblo más cercano que era Porvenir: un pueblito que el “Cara de Palo”, como lo llamaban sus vecinos, visitaba tarde, mal y nunca cuando se quedaba sin provisiones. En el almacén “Donde Panchito” contaban que solo le conocían su voz, cuando pedía cada mes cinco kilos de harina, un kilo de levadura, cinco kilos de arroz y cinco kilos de azúcar.

—¡Nunca le he visto los ojos! —comentaba don Panchito a sus clientes—. Este hombre no levanta la cabeza. ¡Campesino bruto!

Solo vivía acompañado de su fiel perro negro y bravo, a quien nadie se le podía acercar. El Cara de Palo no levantaba nunca la cabeza, y si miraba, lo hacía de reojo, lo que causaba mucha desconfianza a sus vecinos, que eran más de cinco familias con muchos hijos. Al ver al Cara de Palo, corrían despavoridos.

Salía muy temprano de su casa y ensillaba su caballo “Moro”. Era muy chúcaro; no se dejaba montar y cuando el Cara de Palo lograba hacerlo, le daba rebencazos por las ancas hasta que se calmaba. Otras veces salía dando grandes brincos en su yegua “Saina”. Parecía apernado a la montura con su bombacha ancha, una boina con un pompón, sus botas de cuero, polainas, rebenque y, en el cinto, un cuchillo. Esto hacía temer aún más a sus vecinos, especialmente a don Tito y don Carlos, los que vivían más cerca.

Vivían a unos 500 metros de su casa, con sus esposas e hijos pequeños, los cuales iban a la escuelita rural que existía en el lugar y donde también iban los otros niños (don Tito y don Carlos tenían cinco hijos cada uno). Era gente de esfuerzo, trabajaban en la ganadería; unos recorriendo el campo, otros haciendo el baño y la marca de lanares. En su época, siempre en diciembre, se esquilaban las ovejas y la lana se vendía no a muy buen precio, ya que no era

* Para los fines de la presente publicación, el cuento original fue acortado, respetándose la redacción e intención del autor.

gente de negocios. Los comerciantes de este rubro les pagaban muy poco por los fardos de lana; ellos se conformaban con tener para darle de comer a sus familias.

El Cara de Palo no participaba de estas labores. Cada mañana salía a recorrer el campo. Por ahí cazaba guanacos; la carne la secaba y hacía charqui que consumía él mismo. Por las tardes volvía, siempre en compañía de su fiel perro negro.

Los vecinos murmuraban a sus espaldas. Todos coincidían en que no era de fiar; le decían a los niños que no se acercaran a su casa. Cuando salía, se demoraba dos días en volver. Sus vecinos imaginaban que iba al pueblo. Ensilaba a sus dos chúcaros caballos y los amarraba con un lazo de cuero. A su perro lo dejaba suelto en el patio, tras el viejo cerco de madera, con abundante comida y agua (sabía que nadie cuidaría mejor su casa que su fiel amigo, capaz de destrozar a quien osara ingresar a su patio).

Un día los vecinos se enteraron a través de la escuela que la municipalidad había organizado un amanse de potros de esos internacionales, con grandes amansadores de Río Grande, Argentina, y otras localidades de Tierra del Fuego. El premio era de 1.000.000 en mercadería más un trofeo que donaba el almacén “Donde Panchito”. Don Panchito era un hombre que siempre hacía donativos a las escasas organizaciones que existían en el pueblo. No olvidaba que sus padres habían sido chilotos que llegaron a poblar y a buscar con mucho esfuerzo nuevas perspectivas a esta tierra, la que le dejaron de herencia. ¡Que jamás el dinero valga más que las personas! Esta era la oportunidad de devolver la mano a todos sus clientes, especialmente los del

campo, que preferían su almacén para realizar las compras del mes.

Cuando los vecinos de Cameron supieron de esta competencia, pensaron que tenían a un buen amansador: el Cara de Palo. Pero ¿cómo le dirían? Después de una reunión con los demás vecinos, se dieron valor. Una tarde Tito y Carlos lo esperaron a su regreso del campo. Él ni siquiera los miró. Entró a su pesebrera, le sacó la montura a la Saina, la liberó al corral, le tiró un poco de avena seca, entró al patio de su casa, tomó un hacha y comenzó a cortar trozos de leña. Sus vecinos se acercaron.

—Vecino, buenas tardes. Nosotros venimos a comunicarle que hay un amanse en la media luna de Porvenir el fin de semana y dan 1.000.000 en mercaderías y un gran trofeo —le dijo Tito.

—¡Sí, vecino! Y quién mejor que usted para ir y representarnos. Vendrán de todas las estancias y de Río Grande; ese tal Jesús María, que ha ganado todas las veces —agregó Carlos.

A ratos, el “Cara de Palo” pegaba unos tremendos hachazos que hacían que los palos saltaran lejos y que no los dejaba hablar.

—Bueno, vecino —agregó Tito—. Es el sábado a las 14:00 en la med...

No alcanzó a decir más. El Cara de Palo le silbó a su perro. Este pegó un salto con el que casi cruzó el cerco, mostrando sus dientes grandes y afilados. A los vecinos no les quedó otra que irse del lugar, sin recibir respuesta y sin que el hurraño vecino levantara la cabeza.

—Pucha que es difícil el paisano, no hay cómo hacerle la *entrá* —se quejó Carlos.

—*Sí po*, vecino. Yo creo que ni siquiera le interesó —contestó Tito.

—Bueno y ¿qué tal si vamos *pa'l* pueblo con la familia y vamos a ver el amanse? ¿Qué le parece, gancho? Así salimos de la rutina. Vámonos en el correo del viernes —dijo Carlos. Todos los viernes salía un bus que demoraba cuatro horas en llegar a Porvenir.

—Vamos no más, así sacamos a la vieja y a los mocosos a pasear —contestó Tito.

Y así llegó el día del amanse. Los primeros en llegar a la media luna fueron Tito, Carlos, sus esposas e hijos. Más tarde, se llenó de gente del pueblo y un animador echaba payas y refranes en voz alta.

—Amigo campesino, que llegaste acompañado, aplaude con ganas a los jinetes de tu agrado; agarra tu rebenque, tus espuelas y monta esa yegua que en el palenque te espera; este amanse va a estar bueno con sus jinetes argentinos, pero será mucho mejor si me acompañas con un vino: los chilenos son mejores, no le temen a nada; traigan cualquier caballo, la más brava...

El locutor acertaba paya tras paya los minutos de inicio:

“Ya están en la media luna los jinetes. Cuatro argentinos. Entre ellos, Jesús María, respetado por todos por su osadía y buen jinete. Me perdonan, pero de los otros tres hermanos argentinos, solo sé que son nuevos en esto. Tres chilenos conocidos. Primero

tenemos a “Conchita Blanca”. Oriundo de Chiloé, pero radicado en la isla, contaba que él era de por ahí donde hay muchas conchas blancas, de ahí el apodo. Representa a la estancia “El Lote Cuatro”. Es buen amansador y hombre sabio.

También tenemos a “El Pantera”. Alguna vez, laceando su caballo, el potro se asustó y lo arrastró de los pies por varios metros. Parecía la Pantera Rosa, de ahí el apodo. Es buen jinete también, hombre alegre, bueno *pa'l* ron y el cigarro. Representa a Timaukel.

Y el último: “El Won”. Conocido campesino, gran arreador de vacunos. Miles y miles de piños de reses ha trasladado de punta a punta en nuestra isla. Su apodo nace de cariño. De niño, para no decirle “weon”, su padre solo le decía “won”. Y así todos lo conocemos. Ya es famoso por participar en estos amanses. Representa a Puesto María. Ya nos empezamos a preparar...

Me avisan que llegó un nuevo participante. No sabemos mucho de él, solo que representa a estancia Cameron. Le pondremos el “Jinete Misterioso”.

Tito, Carlos y sus familiares lo reconocieron, era el Cara de Palo. Se pusieron felices; confiaban en sus cualidades y sabían que ningún potro chúcaro lo botaría.

Comenzaron entre saltos y patadas, la cabeza entre la manos delanteras. Cuál potro más chúcaro. Después de montar dos vueltas en bastos y encimeras, todos los jinetes demostraron sus destrezas. Todos se merecían el premio, pero había que tener un ganador. Nadie había caído antes de la campana. De los participantes argentinos, el mejor jinete era

Jesús María y de los chilenos, sin lugar a dudas, el Jinete Misterioso. Ellos montaron los caballos más chúcaros y jamás habían caído, pero ahora montarían unos reservados que Conchita había traído directamente de Lago Blanco.

—No han sido montados nunca. El que no se atreve, se puede retirar —dijo el locutor.

Se demoraron mucho en el palenque. Los potros, aun estando palenqueados, no se dejaban ensillar. Dos eran los potros, dos eran los jinetes. El animador continuó:

—Primero será la visita, nuestro querido amigo y hermano, Jesús María.

Casi aguantó el tiempo. Lamentablemente, el potro se paró de manos y se boleó. El jinete cayó al suelo y quedó muy adolorido, sin posibilidades de volver a montar por ese día. Ahora era el turno del Jinete Misterioso. Tenía todo el apoyo del público. Gritos, aplausos... especialmente de sus vecinos. El animador continuó:

—Y ahí sale el Jinete Misterioso, representante de Cameron y ahora de Chile.

Hubo patadas, saltos. Se paró de manos. El jinete le soltó las riendas para que el animal no se boleara.

—Hay saltos, ¡Dios mío, qué resistencia! Salió sin alma este diablo. Y ¡suenan la campana! Sigue saltando, da toda la vuelta a la media luna aún saltando y el jinete va apretado en los bastos y se tira de pie. ¡Qué maravilla!

Con la cabeza inclinada, sin decir nada, el Cara de Palo recibió su trofeo. Luego lo instaron a retirar su premio en el almacén "Donde Panchito", entre aplausos. Tito, Carlos y sus familias eran los más orgullosos. Ese día quisieron haberlo felicitado, pero sabían como era él, no los escucharía.

Al otro día, al pasar a comprar provisiones al almacén en el bus que los llevaría con sus familias a Cameron, Tito y Carlos vieron que había diez cajas que decían: Para los niños de la escuela de Cameron; y había dos más grandes que decían "Del vecino Tito" y "Para mi vecino Carlos". Extrañados, le preguntaron a Panchito, quién contestó:

—Sin mirarme a los ojos, el Cara de Palo dijo: "Yo me llevo mis cinco kilos de harina, cinco kilos de azúcar, cinco kilos de arroz y un kilo de levadura, que es mi pedido del mes. Lo otro será para los niños de la escuela. Las dos cajas más grandes son para mis vecinos Tito y Carlos, por ser los mejores vecinos que tengo. Firma el vecino Williams."

Todos quedaron sin habla. Desearon haberlo tenido ahí presente para felicitarlo y agradecerle. Pero no, seguramente se demoraría dos días en llegar. Tal vez el lunes estaría por ahí.

—Qué lección más grande nos dio Williams. Ahora que sabemos su nombre, lo nombraremos por su nombre —dijo Tito.

—Ya quisiera estar en Cameron para agradecerle y pedirle disculpas por juzgarlo y nunca darme el tiempo para conocerlo —agregó Carlos.

Los vecinos llegaron a Cameron, entregaron las cajas a la escuela el lunes y contaron a los vecinos todo lo que les había pasado. Todos esperaron ansiosos su llegada. Los niños querían abrazarlo, los padres estrechar su mano. Esperaron... esperaron... por días, meses y años. El Cara de Palo nunca regresó; sus caballos estaban ahí, su perro estaba ahí, su casa seguía ahí. Nunca supieron qué había sido de él.

Cuentan que lo han visto en los cerros y en las orillas del mar. Algunos escuchan llegar un jinete a caballo por las noches que abre la puerta de sus casas. Pero no, son solo imaginaciones. Lo cierto es que jamás volvió y nadie volvió a saber de él. Hoy, después de cuarenta años, su casa se ha convertido en museo, con montura, fotos, enseres y todo lo que él poseía. Aún esperan su llegada esos niños que hoy ya son hombres.

Categoría
Me lo contó mi abuelito



Mi abuelo: una leyenda

Fabián Andrés Castillo Osorio (8° Básico)
Colegio Juan Pablo II de Arica
Arica

Primer lugar regional
Primer lugar nacional



Desde pequeño, mi abuelo siempre me contaba leyendas del interior de Arica. La verdad es que nunca le creí mucho, pero él siempre me decía que en los pueblos había algo mágico.

Una vez me contó que cuando él era pequeño, había sido amigo de la novia de San Miguel de Azapa (que fue una novia que murió en un accidente camino a su matrimonio y que después se les aparecía a las personas en el camino), que jugaba con ella, que incluso habían llegado a ser pololos. También me contaba que él había encadenado la mesa de Parinacota (hay una leyenda del pueblo de Parinacota según la cual una mesa va a las casas anunciando la muerte). Yo siempre creí que eran puras fantasías, que eran cuentos que él inventaba para entretenerme.

Cuando yo tenía trece años, mi abuelo enfermó y posteriormente murió. Él ya era viejito y su pérdida fue un gran dolor para la familia. Fue mucha gente a su funeral y yo no entendía por qué él era tan conocido; mi peor error fue haber pensado que la historia de

mi abuelo había terminado ahí, porque esta historia recién comenzaba.

El antiguo alcalde de la provincia de Parinacota se acercó a mi madre y le dijo que la pérdida de mi abuelo era lamentable. En ese momento yo no sabía cómo el alcalde de la provincia de Parinacota había conocido a mi abuelo. Por eso me acerqué a preguntarle y él me respondió:

—Tu abuelo era una persona muy importante para esta región. Parinacota está muy agradecida de él.

Yo me acordé de las historias que él me contaba y me pregunté si serían posibles. Me animé a preguntarle al antiguo alcalde:

—¿Qué hizo mi abuelo por su pueblo?

—¿Acaso no lo sabes? —exclamó él—. Tu abuelo fue una persona muy importante para Parinacota, fue él quien encadenó la mesa y terminó con el miedo de los habitantes del pueblo.

No podía creerlo. Aquellas historias que mi abuelo me contaba cuando niño eran ciertas, aquellas aventuras mágicas que él vivía en el interior. Desde ese momento quise investigar más y empecé a recolectar información; le pregunté a todos mis familiares historias acerca de mi abuelo. Mi abuela, con los ojos llenos de orgullo, me mostró una foto de él cuando niño, al lado de Gloria del Rosario Barrios (la novia de Azapa). En ese momento me sentí como un tonto por nunca haberle creído sus historias, y decidí que debía ir a Parinacota, que debía conocer por mí mismo aquel pueblo del cual mi abuelo tanto hablaba. Le dije a mi madre y al año siguiente fuimos.

El pueblo no era muy grande, pero era bellissimo y la gente me recibió muy bien ahí. Lo primero que quería hacer era conocer su iglesia y ver aquella mesa que mi abuelo había encadenado. Entré y ahí estaba: la mesa atada en la iglesia. Yo me acerqué más para verla de cerca y me di cuenta que en la parte superior decía: "¡SIEMPRE ES BUENO CREERLE UN POCO A TU ABUELO!". Quedé sorprendido, pero no me dio miedo, porque sabía que había sido mi abuelo el que me había escrito aquel mensaje, sabía que él vivía a través de sus historias. Es por eso que hoy les cuento esto. Les cuento la historia del hombre más importante de la región, la historia de un hombre que hoy es leyenda.

Los gentilares de corralones

Ronny Hans Garrido Espinoza (8° Básico)
Colegio Miramar
Arica

Segundo lugar regional



No tengo el recuerdo de la primera vez que fui a Timar. Es un pueblito muy hermoso que me impresionó por sus aguas cristalinas y de sabor exquisito, y por sus frutos, que eran pequeños, sabrosos y fragantes. Un día mis abuelos me contaron que *hacía* muchísimos años vivían allí unos hombrecitos de pequeña estatura que trabajaban de noche y cultivaban hortalizas, cereales y árboles frutales. Vivían en la comuna de Camarones, en la quebrada del Valle de Timar. También se los encontraba por diferentes pueblos andinos, en los faldeos de los cerros; plantaban semillas de papa y maíz. Eran muy felices con sus familias y en sus comunidades. Ellos dormían de día.

Un día sucedió algo trágico que terminó con sus vidas: hubo un eclipse solar. Los pobres hombrecitos murieron calcinados por el sol. Así fue como un día desaparecieron del mundo estos hombrecitos agricultores. Algunos dicen que siguen ahí y que en las noches la magia de estos hombrecitos de

pequeña estatura ayuda a que crezcan los frutos de los pequeños huertos del valle. Yo creo que la bondad que tenían ellos —de ayudar a los campesinos— no desapareció, sino que sigue ahí, cuidando los árboles frutales y el valle por las noches.

Dichos hombrecitos eran muy laboriosos. Siempre que yo iba a Timar, mi abuela me contaba un poco de esa historia de los hombrecitos que ayudaban en los frutales. Mi abuela me explicaba que los hombrecitos eran rubios, de piel blanca y ojos claros. Eran casi albinos. Yo le preguntaba cómo sabía ella que eran así, teniendo en cuenta que la historia había ocurrido *hacía* muchísimos años. Ella me respondía que sus abuelos le habían contado que ellos eran así.

Hace poco mis abuelos contrataron unos trabajadores andinos para construir las pircas que se habían destruido con la lluvia del invierno boliviano. Los trabajadores tuvieron un sueño en el que las madres de estos hombrecitos les decían que no destruyeran sus casitas, porque cada cierto tiempo venían a ellas

a jugar con sus hijos. Los trabajadores se quedaron muy asustados, por lo que no tomaron las piedras de las casitas y se fueron a buscar otro lugar más alejado.

Hoy en día se conservan sus pequeñas y hermosas casitas de piedra. Mis abuelos no nos dejan jugar ahí, ya que ese lugar se cuida y se respeta. Mi abuela está empeñada en restaurar las pequeñas casitas y convertirlas en un lugar turístico y cultural en el que la gente escuche y aprenda más de estos pequeños hombrecitos laboriosos que ayudaban a los campesinos en las huertas.

Cada pueblo andino tiene sus propias tradiciones transmitidas de generación en generación. A lo largo del tiempo, estos cuentos, leyendas y costumbres se transforman en mitos. Nosotros tenemos la misión de transmitirlos a nuestros hijos para fortalecer a nuestros pueblos con sus costumbres y tradiciones. ●

El gato negro

Melizabet Apata Taboada (7° Básico)
Liceo Técnico Profesional Granaderos
Putre

Tercer lugar regional



Cierta vez, mi abuelito y un amigo decidieron cruzar la frontera para ir a buscar trabajo, ya que había escasez de alimentos. Ambos eran campesinos y no sabían escribir ni leer, tampoco tenían todos sus documentos para viajar. Decidieron ir a pie. Para el viaje se llevaron tostado, charqui y mote.

En el transcurso del viaje encontraron una casona abandonada. Como ya caía la noche, el amigo de mi abuelo propuso descansar y dormir en esa casona desconocida. Mi abuelo se opuso, ya que él conocía historias de casas abandonadas y pensaba que eran mal paraje. Igual se quedaron, porque no tenían otra alternativa. Mi abuelito se arrodilló e hizo una pequeña oración. Su amigo no le tomó importancia y se puso a comer tostado con mote y charqui.

Al no poder dormir, mi abuelo decidió salir afuera a tomar aire. En ese transcurso de tiempo, su amigo tuvo una pesadilla: soñó que un gato negro enorme lo ahorcaba y empezó a gritar pidiendo auxilio. En ese momento mi abuelo entró a la casona, pero no había nadie, solo manchas de sangre. No había ni rastros de su amigo. Sintió mucho miedo. En vano buscó y llamó a su compañero, pero no apareció. Entonces, decidió salir de la pieza y esperar afuera a que amaneciera. Con los primeros rayos del sol, decidió regresar a su casa. Al llegar, le contó lo sucedido a su padre y él le dijo que gracias a su oración se había salvado.

Historia del conejo en los tiempos de Dios Padre

Emiluz Susana Mamani Castro (6° Básico)
Escuela F-62 de Camiña
Camiña

Primer lugar regional



Un conejo era muy dañino en las chacras, así que un día el dueño de las chacras se aburrió de que el conejo fuera todas las noches a comer pasto. El dueño pensó en una trampa: hizo una estatua de greda fresca con la forma de una persona y la dejó en el mismo camino por el que el conejo entraba a la chacra a comer pasto y cultivos. Como el conejo estaba acostumbrado a entrar por su camino, fue por ahí como siempre y se encontró con la estatua de greda.

—¡Sal de mi camino! ¡Sal de mi camino! —le dijo el conejo.

Se enfadó mucho al ver que la estatua no salía de su camino, y gritó:

—¡Te voy a dar un puñete! ¡Te voy a dar un puñete!

El conejo le dio un puñete y su mano se quedó atascada en la greda fresca. El conejo dijo:

—¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡Ahora te voy a dar otro puñete más fuerte! —y le dio un puñete con la otra mano, que también se le atascó.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡Ahora te voy a dar una patada más fuerte!

Entonces, una de sus patas quedó atascada y el conejo gritó:

—¡Suéltame! ¡Suéltame! Te voy a pegar más fuerte con mi otra pata.

Dio otra patada, y su otra pata también se quedó atascada. Al ver que no tenía más manos ni patas libres, el conejo le dijo a la estatua:

—¡Suéltame! ¡Suéltame! Te voy a dar un cabezazo.

El conejo le dio el cabezazo y su cabeza también se quedó atascada. Sin cabeza, ni manos, ni patas que pudiera mover, se quedó diciendo: “¡Suéltame!

¡Suéltame!", y así amaneció.

Al día siguiente el dueño fue a ver si el conejo había caído en su trampa. Cuando llegó al lugar encontró al conejo hablando solo.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —decía, con sus patas y su cabeza enterradas en la estatua fresca.

El dueño se llevó al conejo en un saco a su casa. Pensaba comérselo, porque estaba gordo; claro, si comía todas las noches el pasto de las chacras. Puso a calentar agua y se fue al baño. De repente apareció el zorro.

El conejo dijo:

—Yo no me quiero casar con su hija, no me quiero casar. Ese caballero dijo que si no me casaba con su hija me iba a cocinar.

Y como el zorro era muy tonto, le dijo al conejo:

—Yo me casaré con su hija.

—Entonces entra al saco en donde estoy y, cuando el caballero esté a punto de cocinarte, grita: "¡Yo sí me quiero casar con tu hija! ¡Yo sí me quiero casar con tu hija!". El dueño va a ser tu suegro.

El zorro se metió en el saco, el conejo lo amarró y escapó. Llegó el dueño y tomó el saco para meterlo en el agua hirviendo, y entonces el zorro empezó a gritar: "¡Yo sí me quiero casar con tu hija! ¡Yo sí me quiero casar con tu hija!"

—¿Qué? Este conejo está hablando —dijo el caballero.

Metió el saco al agua hirviendo. El zorro gritó y logró escapar del saco. Muy enojado fue a buscar al conejo, con la intención de comérselo.

—¡Ahora sí me voy a comer a ese conejo! ¡Ya me hizo enojar!

Siguiendo el rastro, encontró al conejo tocando un charango en una peña grande.

El conejo le dijo:

—Se acerca un matrimonio y estoy contratado. Tengo que tocar el charango.

El zorro nuevamente cayó en la trampa.

—Yo también quisiera tocar para el matrimonio.

El conejo le dijo que tocara y que cuando escuchara el sonido de pequeños cohetes, tocara con más fuerza, sin abrir los ojos. El conejo comenzó a quemar las hierbas secas que estaban alrededor del zorro. Cuando el zorro escuchó el sonido, comenzó a tocar con fuerza, tal como le había dicho el conejo: manteniendo los ojos cerrados. De pronto sintió un calor insoportable, por lo que abrió los ojos y vio fuego a su alrededor. Logró escapar con el pelaje medio quemado. Enfadado, nuevamente buscó el rastro del conejo. Lo encontró en un peñasco inalcanzable para él. Justo pasaba por ahí un pájaro alcámire, blanco con negro, que es carnívoro.

El zorro, muy astuto, decidió hacer un trato con el alcamire.

—Si tú bajas al conejo del peñasco, nos lo repartiremos.

El pájaro aceptó. Sobrevoló el peñasco, lo encontró y le dijo:

—Conejo, te tengo que llevar donde el zorro, para que te comamos.

—Antes, mírame bien a los ojos, porque me puedo escapar —le contestó. El conejo tenía tierra en las manos, y cuando el alcamire lo miró, se la tiró en los ojos. El ave cayó y se desmayó del dolor, perdiendo así la memoria. El conejo logró escapar.

Ésa es la historia que más me gustó de todas las que me contó mi abuelito, porque es muy chistosa y deja una buena enseñanza.

*El pueblo encantado**

Wladimir Christian Manzanares Paz (2º Medio)

Liceo Camiña

Camiña

Segundo lugar regional



Esto me lo contó mi abuelita. Hace muchos años, en un pueblo muy lejano llamado Kkamari Chchukki (Papás Ricas), lugar muy hermoso rodeado de cerros y de escasa vegetación, reinaba el frío invierno. Dos cerros nevados protegían el pueblo y la llanura cubierta de pajas. Había tolvas y llaretas en las lomas de los cerros, donde también podían encontrarse las queñuas que servían de leña para cocinar y calentar el frío ambiente. En los meses de diciembre, enero y febrero, la intensa lluvia, la caída de nieve y los relámpagos hacían de este, un lugar muy especial.

El poblado estaba rodeado de mucha riqueza. Sus habitantes se dedicaban a trabajar un yacimiento de mineral de oro: era tanto el oro que había, que no era necesario hacer socavones.

También me contó mi abuela que los que habitaban ese pueblo eran millonarios. La abundancia se notaba a muchas leguas. Todo estaba fabricado de oro: las

grandes columnas que protegían el poblado, sus adornos y estatuas. Cada casa era fascinantemente hermosa; sus torres se elevaban con grandes adornos llenos de plata.

En el poblado vivía una niña que tenía un padre que era muy malo con ella; la tenía encerrada bajo siete llaves, pues no quería que nadie la viera. Desconsolada, la pobre niña solo podía mirar el paisaje por los barrotes de su ventana. Las únicas visitas que recibía eran su nana y su madre. Su padre era el hombre más millonario del pueblo y su riqueza era conocida en los alrededores. Tenía una mansión con diez empleados, con muebles y enseres recubiertos de oro.

Con los años, la niña se convirtió en una joven de tez blanca y piel muy rosada. Su pelo era largo y rubio, y le llegaba hasta la cintura. Sus ojos eran azules y tenía un cuerpo esbelto. Era bella, pero tenía una mirada triste a causa del encierro.

* Para los fines de la presente publicación, el cuento original fue acortado, respetándose la redacción e intención del autor.

Cierto día, al mirar el horizonte, vio pasar a un joven muy guapo. Era alto, de tez morena, pelo negro y ojos pardos. La saludó atentamente y la joven le devolvió el saludo. A partir de entonces, el joven comenzó a pasar siempre a la misma hora y la niña lo esperaba llena de alegría, cuidando que nadie descubriera su secreto.

Un día la joven se levantó dichosa, pues cumpliría quince años. El único que recordó la fecha fue el joven, quien, para sorpresa de la niña, entró en su habitación. Ella se alegró mucho al verlo y se enamoró perdidamente de él, ya que lo encontraba muy guapo. Él le prometió que la cuidaría y que la visitaría siempre. Durante dos años pasaron las noches juntos, sin que nadie sospechara nada.

La joven quedó embarazada. Su barriga comenzó a crecer y crecer. Cuando el joven se enteró de su embarazo, la cuidó día y noche, sin que nadie lo viera. Cuando la nana entraba a la pieza, se escondía bajo la cama. Fue una sorpresa enorme para todos los familiares de la muchacha enterarse que ella estaba encinta. No podían comprender lo ocurrido, pero la cuidaron con mucho esmero. Su padre estaba muy ilusionado con el bebé, pero mantenía a su hija encerrada en el cuarto.

Llegó el día del parto. La joven le pidió a la nana que le llevara lo necesario para tener a su hijo y que la dejara sola. Apenas se retiró, el joven salió de su escondite y la ayudó en el parto. Cuando nació la criatura, la niña se desmayó de dolor. Cuando despertó, tenía a su bello hijo en brazos. Dichosa, descansó toda la noche junto a su bebé y su pareja.

Al alba, el joven se retiró del dormitorio. Más tarde, mientras la joven madre amamantaba a su hijo, entró la nana, que, como siempre, le llevaba el desayuno. Sorprendida, tiró la bandeja soltando un grito desgarrador al ver que la muchacha amamantaba una pequeña serpiente. Con voz temblorosa, le preguntó:

—¿Qué... qué... qué haces con esa ser... serpiente en tu pecho?

Con voz tranquila, la niña le respondió:

—No es una serpiente, es mi hijo.

Muy asustada, la nana salió corriendo a avisar a la madre de la joven. Esta subió rauda las escaleras, y al llegar a la habitación, su sorpresa fue mayúscula. No podía creer lo que veían sus ojos. Alterada, dijo:

—¡Por Dios, qué está pasando en mi casa! ¿Por qué no me contaste nada? Yo te habría comprendido. Tu padre se va a enterar de esto pronto.

Poco después, entró su padre, quien dio un grito furioso y arrebató la pequeña serpiente de los brazos de su hija. Después mandó a quemar en la plaza pública a la pequeña serpiente, pensando que su hija estaba embrujada. La joven no paraba de llorar, ya que pensaba que su hijo era humano. Iracundo, el padre mandó llamar a los criados y a todo el pueblo para que juntaran leños. Gritaba como loco, diciendo: “¡TAMBIÉN QUEMAREMOS A LA MADRE DE ESTA MONSTRUOSIDAD! Esa ya no es mi hija.”

Ataron los cuerpos a un tronco, mientras el pueblo gritaba: "¡Quémenlos!". Cuando el padre estaba a punto de prender los leños, apareció una enorme serpiente que le arrebató la antorcha encendida de un coletazo, salvando a la muchacha y a la pequeña serpiente.

La enorme serpiente era el joven que había visitado a la muchacha en su habitación. Para sorpresa de los pobladores, venía acompañada de enormes serpientes que aparecían de todas partes. Furiosas, ahorcaban a los pobladores y entraban por puertas, ventanas y murallas. El pueblo quedó infestado de serpientes, por lo que nadie puede entrar a sacar el oro.

Mi abuela me dijo que ese día todo acabó en el pueblo de Kkamari Chchukki y que la única sobreviviente fue la joven.

Dicen los ancianos que año tras año se ve a la joven deambular; a veces como una muchacha de diecisiete años, y otras veces como una anciana. También aparece en las carreteras, como un fantasma. En ocasiones parece muy amable; otras veces tiene la mirada triste, como cuando estaba encerrada en la habitación.

Mi abuela cuenta que la niña siempre dice cuando alguien la ve:

—Nadie puede entrar a este lugar. El que se acerque no aparecerá nunca más.

Así, el que se acerca mucho, jamás regresa. Esta es la maldición del pueblo fantasma que se encuentra en la loma del cerro.

Sol, fuego y desierto: historia del dragón del norte hecho cerro

Francisca Montserrat Varela Carvajal (1º Medio)

Colegio Sagrado Corazón de Jesús

Alto Hospicio

Tercer lugar regional



*F*ace muchos, pero muchos años atrás, en el altiplano del norte de Chile, vivía un niño llamado Iquique junto a sus papás y todo su clan. Era pequeño, pero muy valiente y ya había visto pasar ocho inviernos. Su papá era uno de los cazadores más fuertes de la tribu.

Mientras tanto, en otro lugar, un huevo gigante se rompía en medio de las montañas de la precordillera. Se trataba de un dragón, el último de su especie. Así, mi abuelito me contó el inicio de la historia del Dragón del Norte, que empezó cuando comenzaron a llegar los primeros hombres a la región.

Nadie sabe cómo llegó ahí, pero quienes lo vieron sobrevolar el cielo nortino escribieron cuentos sobre su cuerpo azulado y cubierto de escamas. Era un ser feroz y solitario, defensor de su territorio. Los suelos áridos le permitían vigilar con claridad su entorno, ya que apenas existían obstáculos.

¹ Ave de fuego (Nota de la autora).

Cuando alguna llama se alejaba de su rebaño para comer la yerba más fresca de los bofedales, él la cogía con sus patas y se elevaba con ella hasta perderse en el cielo.

Estos primeros habitantes eran cazadores que, siguiendo el rastro de grandes animales, habían llegado hasta el desierto y ahora, luego de descubrir cómo sembrar alimentos, se habían convertido en grupos sedentarios; cultivaban choclos, quinoa y papas. Construyeron carpas con pieles de guanacos y se vestían con ellas también. El dragón los observaba desde lejos, esperando el momento para cazar y saborear todas estas nuevas presas.

Una noche mientras todos dormían, hizo su presentación triunfal. Atravesó nubes y sobrevoló la luna llena. Se dejó caer sobre el campamento. Sus alas cortaban el aire y se escuchaba un zumbido como de cientos de abejas. Niños, mujeres y hombres gritaban despavoridos "¡Chiwanku nina!"¹ y trataban de refugiarse entre medio de las rocas. Otros se tiraban

al suelo y se cubrían con la chusca del terreno. El pequeño campamento ardió rápidamente, consumido por el fuego que Chiwanku lanzaba desde su hocico sin parar. Luego de sembrar el terror, se llevó a muchos en sus garras y en su hocico, los cuales nunca regresaron. Las familias debieron refugiarse en cuevas cercanas y dibujaron en los cerros grandes geoglifos con figuras geométricas, humanas y de animales para ahuyentar al azulado dragón, pero nada lograba espantarlo.

En sus nuevos hogares, las familias cazaban de madrugada, ya que a esa hora el gran animal dormía y así, en paz, recolectaban vegetales. Aprendieron el arte de la alfarería, ya que en las paredes de la cueva encontraron un material parecido a la arcilla. De esta forma, las tardes eran más llevaderas.

Iquique era el hijo menor del clan más grande de la tribu. El sol estaba en lo más alto cuando salió a buscar papas para el almuerzo. Caminaba mirando el cielo azul y las nubes dispersas imaginando figuras en ellas. Recogió una buena cantidad y antes de volver a las cuevas vio algo que parecía un cerro nuevo. “¿De dónde se habría formado?”, pensaba el niño y caminó casi sin pensarlo en su dirección. Al llegar, fue tal su sorpresa que las papas rodaron por el suelo y sintió como su joven corazón saltaba y daba un vuelco. Chiwanku dormía cubierto por la arena del desierto. Iquique se acercó y, recordando cómo la bestia se había llevado a tantos amigos y familias, pateó su cola. El animal no se movió. Se subió con dificultad a su lomo y saltó sobre él con toda su fuerza mientras gritaba su nombre; la arena caía como una cascada desde su lomo, pero tampoco hubo respuesta. Siguió por su espina dorsal hasta llegar a su cabeza llena de escamas y con sus pequeñas manos tocó sus ojos.

Nada. Pero podía ver que respiraba pacíficamente, así es que concluyó que muerto no estaba. Se bajó del animal y desde el suelo se sentó a contemplarlo. Era realmente magnífico y sus alas eran muy bellas. De pronto, un viento del Este barrió la arena del cuerpo de Chiwanku y al quedar al descubierto, el dragón abrió sus ojos. Iquique se asustó y, rápido como un rayo, se cubrió con la arena que estaba acumulada y que había caído del cuerpo de Chiwanku. El dragón, sin darse cuenta de su joven admirador, desplegó sus alas y partió rumbo al campamento.

Iquique recogió sus papas y también corrió a las cuevas. Estaba emocionado por su descubrimiento. La arena del desierto provocaba que el animal durmiera profundamente. Eso era lo que tenían que hacer, cubrirlo de mucha arena para que nunca despertara y pudieran vivir en paz, sin miedo.

Chiwanku volaba sobre las cuevas, pero un grupo de cóndores lo distrajo, por lo que Iquique pudo llegar sin problemas a su clan y contar lo que había visto.

Los hombres se reunieron con los ancianos y fue el más viejo quien les dijo que hablaría con la luna esa noche y le pediría consejo. Al día siguiente, el anciano se reunió con su gente y les dijo que el espíritu de la luna había dicho que debían bajar a las costas, cerca del agua salada, y que ahí debían cubrir al dragón para siempre; para esto necesitarían un plan y una carnada. Los más valientes cazadores de la tribu se ofrecieron y pronto se formó un grupo de doce hombres, entre ellos, Iquique. Su padre se negaba a que él participara en esta arriesgada aventura, pero el joven niño dijo que las casualidades no existían y que si él había visto durmiendo a Chiwanku, era porque era el elegido para

esta tarea.

Marcharon de noche rumbo a la costa. Descendieron por quebradas y cerros. Llevaban comida y agua para el viaje de tres días. Hacían fogatas y luego buscaban refugio para asegurarse de que Chiwanku los siguiera de cerca. El dragón circulaba por los aires y volaba rasante... quemaba todo el terreno a su paso, molesto por no encontrar a los hombres.

Por la tarde llegaron a un terreno cercano a la costa que poseía una extraña arena. Era casi amarilla, muy fina y suave al tacto. El más valiente guerrero del grupo dio la orden de esconderse bajo la arena para que el dragón no los viera y así permanecieron por horas. Chiwanku, sin embargo, no aparecía por ninguna parte.

Iquique podía percibir la tensión y la impotencia de todos, el murmullo de la derrota entre los hombres que ya imaginaban que deberían regresar sin éxito a las cuevas para vivir una vida llena de terror y miedo por el resto de sus días. Imaginaba a sus padres, a sus hermanos y abuelos, a los ancianos escondidos, temerosos, con hambre y sin poder salir de las cuevas debido a Chiwanku. También imaginaba al dragón azul durmiendo para siempre y esta imagen le dio el valor para tomar una decisión. Se levantó de su escondite y comenzó a gritar:

—¡Aquí, Chiwanku! ¡Llévame!

Los hombres, desesperados, le decían que regresara a su escondite, pero era tarde. Chiwanku volaba bajo y había abierto el hocico. Iquique cerró sus ojos y se encomendó al espíritu de la luna. Llamas consumieron todo lo que había frente a él y los hombres vieron una mancha negra en el lugar donde por última vez habían visto de pie a Iquique.

El animal descendió y bostezó, satisfecho con su cena. Dio unos giros sobre la arena y se echó a dormir. Los hombres salieron rápidamente de su escondite y comenzaron lentamente a cubrirlo usando ollas artesanales que habían confeccionado sus mujeres. Al amanecer, la cabeza de Chiwanku estaba cubierta y el animal ya no pudo despertar. Así, un grupo pudo viajar a las playas cercanas y pescar para alimentar al grupo mientras los demás seguían con su ardua labor.

La luna, que miraba desde el oscuro cielo, se compadeció de ellos y mandó ráfagas de vientos que alivianaron su tarea. El animal quedó cubierto por completo, quedando solo la forma y el recuerdo de este maligno ser.

Los guerreros regresaron con la noticia de que eran libres al fin y con la historia del niño que se volvió leyenda. El joven había dado la vida por la libertad de su pueblo y cuyo nombre hasta el día de hoy es pronunciado por todos quienes visitan esta región y que no dudan en visitar el Cerro Dragón, a sabiendas de que si un día quitan la arena, Chiwanku extenderá nuevamente sus alas para sembrar el terror.

La piedra santa

Paulina Tamara Urtubia Pizarro (1° Medio)

Liceo Agrícola Christa Mock

Nogales

Primer lugar regional



Un día, en una fogata familiar, mi abuelo me contó una historia. Esta historia transcurre en un cerro que está ubicado en la Comuna de Llay Llay. En aquellos tiempos, este cerro no tenía ninguna piedra o roca de tamaño que llamara la atención; sin embargo, a los pies de este lugar existía una pequeña casita donde vivía una familia poco numerosa: estaba formada por un padre muy pobre, pero muy trabajador, una madrastra y una inocente niña de ocho años. Esta familia tenía una granja donde criaban cerdos, caballos, gallinas, cabras, vacas y ovejas, entre otros animales.

María, la niña, acostumbraba alimentar a ciertos animales, ya que su padre trabajaba y salía muy temprano de casa y regresaba muy tarde al anochecer. Por su parte, la madrastra solo acostumbraba a gritar y a mandar a la pobre niña a hacer cualquier cosa con tal de no tenerla cerca.

Cierto día, la madrastra le ordenó a la niña que hiciera unas labores en la granja. Al ver que la niña había

terminado a temprana hora, la mandó con su hacha de piedra y una lienza para que subiera al cerro a buscar leña. Aburrida de su propia vida, la niña tomó sus cosas y partió sin rumbo alguno. En su camino, se encontró con una piedra que jamás había visto; la piedra tenía algo especial: era brillante y *deslumbradora*. La niña la observó y luego de un momento se acordó de su buena madre que estaba en los cielos. Se sentó al lado de la piedra y elevó un rezo hacia ella. María permaneció ahí varias horas, sin pensar que debía regresar a casa; solo recordaba a su madre y pensaba cómo sería tenerla a su lado por un momento. Luego de casi un día, María volvió a casa con las manos vacías, pues no había juntado la leña que le habían pedido.

Cuando llegó a casa, la madrastra le preguntó en un tono poco agradable:

—¿Dónde está la leña que te ordené que me trajeras?

Asustada, la niña bajó la mirada y se fue a su pieza. Al otro día, su padre se levantó al amanecer y se fue a trabajar. La niña se levantó a la misma hora a tomar

desayuno, pues pensaba ir a visitar la piedra que había encontrado. Cuando estaban tomando desayuno, su madrastra se levantó indignada por lo que había sucedido el día anterior, y la mandó nuevamente al cerro a buscar leña. María tomó su pequeña hacha y su lienzo y partió apenada, pero esta vez, con rumbo a la piedra.

Cuando llegó a ella, solo pudo llorar sin cesar al acordarse de su madre. Entonces, mágicamente, apareció ante ella la imagen de su querida mamá, que la miraba con compasión. Al verla, María le pidió en voz baja:

—Madre, llévame contigo, no quiero sufrir más aquí en este mundo.

En ese instante sucedió algo inesperado: la niña comenzó a desaparecer lentamente. Mientras esto pasaba, la diminuta piedra crecía y crecía cada vez más. Sólo el hacha, la lienza y los pequeños zapatitos de charol quedaron allí, como muestra de su ausencia.

Cuando oscureció, la madrastra se empezó a preguntar dónde estaba la niña, ya que su marido le preguntaría por ella.

Cuando el padre se enteró de la desaparición de su hija, salió a buscarla al cerro. Sin saber lo que había sucedido, la buscó toda la noche. Al día siguiente siguió con su búsqueda, pero no encontró huellas de ella. Luego, después del mediodía, subió nuevamente al cerro con la fe de encontrar a su pequeña. Esta vez se encontró con una enorme piedra blanca que nunca había visto; a los pies de ésta se encontraban los zapatos, el hacha y la lienza. El padre los tomó y comprendió que aquello era un milagro y que la madre de la niña tenía que ver con ello. Apenas habían pasado unos minutos cuando el hombre sintió una voz aguda que le decía: “Padre soy yo, no me busques más, pues estaré bien con mi mamá.”

Después de esto, el padre se conformó y volvió a su casa. Aunque estaba apenado por su hija, no la volvió a buscar. Lo había comprendido todo; la madrastra tuvo que irse de la casa por todos los maltratos que había dado a la niña.

Con el tiempo, este hombre rehizo su vida con una mujer que lo amaba de verdad y que siempre le recordaba lo bello que había sido ser padre de aquella maravillosa niña.

Mi abuelito me lo contó

Sebastián Nicolás Scott Contreras (6° Básico)

Escuela Independencia

Panquehue

Primer lugar regional



*M*i abuelito Héctor Contreras me dijo que en el siglo pasado a él le contaron que había existido un niño llamado Lico. Este niño fue mandado por su madre a buscar leña al cerro. Lico hacía muy bien esa tarea y gracias a esa leña se podía hacer fuego para preparar el almuerzo.

Un día el niño salió como siempre con una sogá para amarrar la leña que iba a buscar al cerro. En ese lugar se encontraba clavada una cruz de madera que los habitantes del sector habían puesto para proteger al pueblo. En vez de buscar leña, el muchacho se puso a cazar pájaros y lagartijas. Al niño se le pasó la hora y se fue a casa sin leña. Al verlo, su madre le dio unos palmazos y lo mandó nuevamente a buscar leña. Al niño se le hizo de noche y no se le ocurrió nada mejor que cortar la cruz de madera que se encontraba en el cerro. Dudó en cortar la cruz, porque Dios se podía enojar con él, *pero la leña la necesitaba* para poder hacer comida. Entonces sacó el hacha y empezó a cortar la cruz.

Lico tomó los palos y se fue a casa. Al llegar, tomó algunos, hizo fuego y su madre pudo preparar comida. Su madre no sabía que se quemaba la cruz que protegía al pueblo. Ya después de haber comido, Lico empezó a sentir dolores en sus manos y, más tarde, en sus pies. Asustado y afiebrado, el niño llamó a su madre para que lo viera. Su madre le dio friegas en las manos y en los pies mientras Lico sólo le pedía perdón al Señor.

Al saber lo que había hecho, la madre lo retó hasta cansarse y le dijo que eso era un castigo de Dios. Lico no movía ni sus manos ni sus pies. Al enterarse de lo que había pasado con la cruz, el cura del pueblo fue a la casa del niño; cuando lo vio, el niño parecía más un muñeco de trapo que un ser humano. El cura no sabía si retarlo o pedir por él.

Pasaron los años. Lico ya era un anciano que caminaba apenas con muletas. La gente evitaba su presencia, porque decían que había sufrido una maldición divina.

La Santusebia

Aracely Estefanía Cotal Toledo (6° Básico)

Escuela Gastón Ormazábal Cabrera

Putando

Segundo lugar regional



*H*ace muchos años, en Granallas, vivía con sus padres una niña llamada Eusebia. Un día Eusebia se enfermó gravemente de lepra. Sin saber qué hacer, sus padres la llevaron donde sus abuelos para que la cuidaran.

Sus abuelos tampoco sabían cómo cuidarla y, por el temor a contagiarse, decidieron llevarla a una cueva ubicada a orillas del cerro. Sus abuelos iban a ese lugar todos los días para llevarle agua y comida. Lo hicieron por mucho tiempo.

Un día, en pleno invierno, hubo un gran temporal que trajo mucha lluvia y viento. Provocó inundaciones y deslizamientos de tierra en los cerros de Granallas. Eusebia, asustada, se refugió en la cueva donde estaba viviendo y esperó a que pasara el temporal, pero la lluvia caía con insistencia y sin detenerse. Así pasaron muchas horas hasta que Eusebia sintió un fuerte ruido y un temblor en el cerro. En un instante se produjo un derrumbe que dejó tapada la entrada de la cueva y encerrada a la niña.

Cuando pasó el temporal, sus abuelos corrieron apresurados a ver a Eusebia, pero encontraron el acceso a la cueva tapado con barro y unas enormes rocas. En vano intentaron quitarlas. Pidieron ayuda a los vecinos, pero a pesar de todo no lograron liberarla.

Desde ese día la gente de Granallas deja flores, estampas de santos y velas en el lugar donde murió la niña. Algunos creen que concede milagros y deseos, por lo que se le conoce como “La Santusebia” (La Santa Eusebia).

Dicen que una noche, hace muchos años, un campesino que regaba un potrero al lado del estero, vio cómo un ángel blanco se elevaba hacia el cielo en el lugar donde murió la Santusebia.

El espantapájaros

Diego Ignacio Suarez Tapia (1° Medio)

Liceo Agrícola Christa Mock

Nogales

Tercer lugar regional



Quando yo tenía 12 años de edad, mi abuelita me contó que en el año 1945, en los cerros de Hijuelas, había una familia que cultivaba muchas cosas entre esas, maíz. Lamentablemente, los pájaros siempre terminaban comiéndose el maíz y con el correr del tiempo la familia ya se había hartado de esos molestos pájaros.

La familia de la que hablo se componía del padre, la madre y dos hijos, una niña y un niño. Juntos idearon la forma de hacer desaparecer los pájaros e hicieron un espantapájaros tenebroso. El espantapájaros fue compuesto por paja y restos de ropa vieja. Para la cabeza usaron un saco relleno con paja y le dieron forma; luego dibujaron un rostro que reflejara maldad, de modo que sirviera para asustar a las aves. La mamá cosió todo con lana negra. Finalmente lo amarraron a un palo grande y lo pusieron en el medio de los cultivos de maíz.

Pasaron los meses y el espantapájaros servía de maravilla; las aves no aparecían por los cultivos

y de hecho ni se veían por la casa. Pero había un pequeño problema: los niños le tenían susto al espantapájaros.

Un día escucharon un ruido en el campo, como si alguien estuviera caminando. El padre fue con su arma, porque creía que había algún intruso. Sin embargo, no había nada, solo un rastro de paja en dirección al espantapájaros. El padre creyó que esto había sido una broma de sus hijos, pero ellos no podían haber sido, porque estaban en el colegio. Entonces el padre se dijo a sí mismo que no era nada importante y que seguramente habían sido los pájaros. Lo raro fue que esa misma noche volvió a oír el mismo ruido. No era posible que fueran sus hijos o su esposa, porque todos estaban durmiendo; lo más extraño es que sólo él escuchaba ese ruido. Nuevamente sacó la escopeta y salió, pero no había nada, solo un rastro de paja que conducía hacia el espantapájaros. Sin embargo, él no le prestó mucha atención.

Al día siguiente, el padre habló de lo que había sucedido la noche anterior y sobre el rastro de

paja que había visto, pero su esposa le dijo que se quedara tranquilo, que seguramente su mente estaba jugando con él. Sin embargo, pasaron los días y seguía sintiendo ruidos y todas las noches veía el mismo rastro de paja que conducía al espantapájaros. En una de esas ocasiones recordó que, antes de sentir esos ruidos, había habido una fuerte tormenta y que un rayo había caído justo donde estaba el espantapájaros. Él había pensado que era muy raro que no le hubiera pasado nada al muñeco; quizás éste estaba encantado o maldito, esas eran cosas que se veían mucho por ahí.

Un día la madre con sus hijos viajaron a la playa. El padre no quiso ir, porque estaba preocupado por los ruidos que sentía. Hasta ese momento, todavía los asociaba más a un ladrón que quería meterse a robar a su casa que a cualquier otra cosa. Por ello decidió quedarse a cuidar la casa. El hombre quedó solo. Al anochecer, nuevamente aparecieron los ruidos y sintió además una presencia a su lado. Cuando se dio vuelta no podía creer lo que estaba viendo: era el espantapájaros que tenía un cuchillo, un saco con harta paja, una aguja, hilo y tijeras. ¡El hombre no lo podía creer! Cuando trató de escapar, el muñeco lo agarró y descuartizó, mientras le decía que se sentía solo y que le faltaba compañía. Después abrió el saco y metió todos los órganos del

hombre. Luego relleno su cuerpo con paja y le cosió los ojos y la boca, lo amarró a un gran palo y lo puso en el campo al lado suyo.

Pasó una semana y la madre con sus hijos volvieron del paseo. Cuando ella abrió la puerta, no notó nada extraño, pero al llegar a su pieza vio que todo estaba ensangrentado. Muy preocupada, fue hacia la puerta del patio para ver si su marido estaba por ahí o pillaba a los que lo habían atacado. Sin embargo, lo que vio fue la escena más pavorosa que había visto en su vida; su marido colgaba al lado del espantapájaros, muerto y cumpliendo la misma función que este muñeco. La mujer, histérica, lloraba desconsoladamente y sus hijos no sabían qué había pasado. En eso, una señora que vivía cerca de ellos —la madre de mi abuela— llegó al lugar y, al ver lo que había sucedido, llamó a los carabineros. Ella contaba que cuando llegó la autoridad, la señora no paraba de decir: “¡El espantapájaros lo mató! ¡El espantapájaros lo mató!”. La mujer fue a dar a un hospital psiquiátrico y murió al poco tiempo. Sus hijos fueron dados en adopción a la señora que los había socorrido. Por eso mi abuela conoce esta historia, pues los protagonistas son de nuestra propia familia: aquel niño es mi tío abuelo y su hermana es mi tía abuela.

Amador el chercán

Natalya Almendra Martínez Patiño (4° Medio)

Colegio Puelche

La Florida

Primer lugar regional



*M*i abuelo siempre me cuenta historias para dormir y, de todas las que me ha contado, esta es mi favorita. Me contaba que los chercanes siempre estaban entre los arbustos y árboles del Cajón del Maipo. Siempre me hablaba de uno en especial que vivía en Guayacán. Se llamaba Amador. Vivía tranquilamente la mayor parte del año hasta que la primavera le provocaba el deseo de salir a conquistar pollitas. Se volvía un atractivo galán cantante. Mi abuelo me contó que en invierno usaba su abrigo de gruesas plumas que le daba un aspecto gordo. Cuando hacía calor, ocupaba un traje más fresco. En septiembre, Amador se volvía un fabricante de nidos de palitos. El nido debía ser una casa hermosa, segura y debía estar ubicada estratégicamente para estar protegida de los depredadores. Una vez terminada la casa, el chercán se volvía un gran cantor. Cuando este polluelo se ponía a cantar, se podía escuchar a varios kilómetros a la redonda. Cuando iba a cantar se subía a la baranda de la terraza, para que todos lo pudieran ver y oír. Cuando aparecían algunas muchachas, atraídas por la voz de Amador,

primero inspeccionaban la casa y luego se quedaban escuchando a Amador cantar. Más de alguna quedaba encantada por su hermosa voz.

Mi abuelo me contó que un año Amador se enamoró de dos finas pollitas, lo cual le significó trabajar el doble. Construyó dos casas de palitos y ahí las polluelas empollaron unos hermosos huevos blancos. Amador tenía que hacer un gran esfuerzo para alimentar a sus pichones, pero ya sabía muy bien cómo criar y alimentar a los polluelos.

Una vez, una culebra trepó por los pilares de la cabaña con la intención de llegar al nido repleto de crías. Amador y la madre de los polluelos se dieron cuenta de la intención del reptil; volaron cerca de su cabeza y le lanzaron líquidos cloacales a sus ojos hasta enceguecerlo. Como estos reptiles no tienen párpados, la culebra se retiró de inmediato.

Mientras más enamorado estaba Amador, más hermoso era su canto. Un día Amador se encontraba cantando por los arbustos, y se encontró con una de

sus vecinas, la Corre Camila.

—¡Vecino, tiene una voz maravillosa! ¡Qué gusto da escucharlo!

—¡Estoy enamorado, vecina! —dijo Amador. La vecina de Amador, Corre Camila, era parte del jurado del famoso Festival de la Voz del Manzano y le dijo a Amador que se inscribiera para el fin de semana siguiente.

El festival era un famoso evento que se realizaba todos los fines de semana de primavera en el Manzano. Era organizado por los mellizos Gorroy: unos simpáticos gorriones amantes de la música, pero pésimos artistas. El lugar donde se realizaba el festival era magnífico; era un ambiente relajante, alejado de la carretera y rodeado de cataratas, árboles gigantes, piedras naturales y toda la perfecta naturaleza que se encuentra en ese lugar único del sector del Manzano. Ideal para la música.

Llegó el esperado día en el que comenzaba el festival. Ese año, los animadores fueron los famosos cantantes Choroy Ernesto y Garza Lablanca. El espectáculo lo iniciaron las hermanas Farías Toledo Delacisterna,

unas lujosas tencas reconocidas por ser chillonas y muy alegres. Ellas presentaron un tema pop pegajoso, el público disfrutó y bailó. Luego llegó el turno de los pica-punk, unos inseparables amigos picaflores a los que les gustaba pelear entre ellos mientras tocaban su música. El público se revolucionó por completo y disfrutaron de la música. Uno de los favoritos del jurado era el Chincol Parraguez, un alegre cumbianchero que hizo bailar a todos con su famoso baile del “Poto Parao”. Antes de Amador, le tocaba a Carpintero Metalero-Master, que se lució tocando la batería muy rápido con su cabeza. El jurado y el público quedaron muy impresionados por el talento que tenía.

Finalmente, llegó el turno de Amador; presentó un tema romántico creado por él. El público se emocionó mucho con su tema. Amador sacó lágrimas y aplausos.

Cada año llegan nuevas voces al festival, cada una con un talento único y especial, pero la voz más recordada de todas es la de Amador, ya que no necesitó instrumentos para hacer una canción buena oailable, porque tenía un talento innato en la voz que nadie podía igualar.

La Virgen del cerro

Felipe Larenas Arancibia (3° Básico)

Instituto Alonso de Ercilla

Región Metropolitana

Segundo lugar regional



*M*i abuelo me contó que su papá, *el que es* mi bisabuelo, ayudó para que la Virgen del cerro San Cristóbal llegara a ese lugar. Esta imagen fue traída en barco desde Francia en el año 1905. Como es tan grande (mide más de ocho metros) y tan pesada (pesa más de 36 mil kilos), llegó en varias partes.

El papá de mi abuelo tenía un carretón con dos caballos. Le pidieron si él podía ayudar a llevar una de sus partes hasta lo más alto del cerro. Él estaba *muy muy* contento de poder ayudar con sus dos caballos, que se llamaban Pelambre y Tres. Al primero le pusieron ese nombre porque era más delgado y alto que todos. Al otro lo llamaron Tres, por tener tres manchas blancas en su lomo que resaltaban en su pelaje negro.

Subieron sobre el carretón la parte de la cabeza, que era más alta que mi bisabuelo, y muy pesada. No existía el camino que hoy conocemos; era un

sendero que hacía que el trayecto pareciera más largo de lo que es y mi abuelo dice que se demoraron todo un día en hacer este trabajo, ya que cada cierto tiempo tenía que parar para revisar la carga. Cuando llegaron a la cima, ya era de noche. Lo que hicieron fue desenganchar los caballos y esperar hasta el otro día para descargar la parte de la Virgen que les tocó llevar.

Se quedaron toda la noche en el cerro, hicieron una fogata, comieron y descansaron. Cuando amaneció, se podía ver una grúa y los andamios que servían para armar a la Virgen.

Mi abuelo me contó que cuando pasó esto, él aún no nacía y que esta historia se la contó su papá, después de muchos años. Lo hizo el mismo día que le trajo a Cristóbal. Era un cabrito *que se lo entregaron* como mascota en reemplazo del perro que él había perdido. Al principio, no estaba muy contento, porque pensaba que ese animal no haría lo que hace un perro, pero con el tiempo se transformó en una súper mascota.

La noche que cantó el tucú

José Galo Palominos Moya (4° Básico)
Escuela Municipal G-496 Valdebenito
Las Cabras

Primer lugar regional



*A*ce unos cuantos años atrás, mi mamá me contó algo que mi abuelita Flor le había relatado. En tiempos de fondas y ramadas, mi abuelita y unas primas habían salido con unos hermanos y primos. Iban por el bajo de La Guañanga, un lugar del campo cerca del Lago Rapel, cuando de repente escucharon un tremendo grito que los asustó mucho, sobre todo a ella y a las primas. Rosa, que era la prima más grande, les dijo:

—Esos son unos chonchones. Mi abuela siempre me ha dicho que debo rezarles y tirarles sal.

Pero Juanita, la prima más chica, le dijo:

—No, mejor digámosles que mañana vayan a tomar mate con nosotros al desayuno.

—No seas tonta. Mira que mañana aparecen y quizás qué nos van a decir mi mamá y mi abuela —le contestó Rosa.

Fueron a bailar toda la noche en las ramadas y cuando llegaron a casa de madrugada, la mamá de Juanita les dijo que fueran a tomar desayuno y que después durmieran un poco.

Estaban todos tomando mate con leche. Mientras hablaban, afuera en el patio se acercaron dos señoras muy raras vestidas de negro. Nunca se las había visto por el lugar. La niña les preguntó con mucho miedo:

—¿Qué quieren? Y... ¿a quién buscan?

—A ti. Tú nos invitaste anoche, ¿no te acordai?— contestaron ellas.

Juanita, muy asustada, les dijo:

—Pasen, por aquí están mi mamá y mi abuela.

Las mujeres pasaron y se sentaron a tomar mate. Todos estaban asustadísimos de ver a tan raras mujeres. Juanita, que era la más picarona y la más bonita, les dijo:

—Apúrense en tomar mate no más. Después se van... yo quiero dormir y descansar un poco. Ustedes no son bienvenidas en esta casa.

No bien dijo esto, cayó de golpe al suelo.

Las mujeres salieron corriendo y le dijeron:

—Nunca más te vuelvas a reír de nosotras, *cabra de porquería*.

Juanita nunca más volvió a caminar; cada vez enfermaba peor. Su abuela y su madre la llevaron al doctor, a médicos del lugar y todos le daban distintos remedios. Su mamá estaba tan preocupada que fue donde el curita Bernardo. El curita bendijo a Juanita y a toda la casa con agua bendita. Cada vez que el curita tiraba agüita, se sentían los gritos de los pájaros y un olor a plumas quemadas. Pasó el tiempo y Juanita se mejoró. Le quedó como enseñanza nunca más reírse de estas aves cuando cantan por las noches en el campo.

Por qué existen en el cielo las estrellas

José Tomás Núñez Rubio (6° Básico)
Colegio Mónica Silva Gómez
La Estrella

Segundo lugar regional



*H*abía una vez una familia muy humilde que vivía en el campo y trabajaba mucho para alimentarse, porque tenía muchos hijos. La mayor de todos tenía veinte años y se llamaba Elena. Era una niña muy dulce, hermosa y trabajadora que había sido criada con valores y principios.

Un día un anciano llegó a su casa y le pidió un vaso de agua, porque tenía mucha sed. Elena fue a la cocina y le llevó el vaso de agua. Él la miró y le dijo:

—Por ser tan amable, te voy a dejar un regalo.

Emocionada, Elena le preguntó de qué se trataba.

—Te voy a dejar un don, el cual haz de utilizar para sanar a los enfermos, y ellos te deberán regalar comida cuando tú la necesites.

Entonces se empezó a correr la voz de que en esa casa había una niña que sanaba a los enfermos. La gente llegaba en multitudes, hasta que un día Elena les dijo:

—Si quieren que los sane, deberán traerme una joya.

Y así sanó a los enfermos y se convirtió en millonaria.

Un día, entre la multitud, apareció el anciano y le preguntó:

—¿Qué has hecho con el don que te regalé, Elena?

Ella le contestó que había sanado a muchas personas, pero que a cambio les había pedido una joya.

—¿Y dónde tienes esas joyas? —le preguntó el anciano. Elena lo invitó a pasar a una pieza donde tenía sacos con joyas. El anciano se enfureció y, con el poder que tenía, levantó los sacos con joyas y los esparció por el espacio. Desde entonces las joyas de Elena brillan en el cielo.

Me lo contó mi abuelita.

Moraleja: si uno se compromete a hacer algo, no es bueno dejarse llevar por la tentación. Hay que tener siempre presentes los principios y valores que nuestros padres nos inculcan.

El libro de la brujería

Antonia Catalina Fuentes Abarca (5° Básico)
Colegio Santísima Virgen María
Las Cabras

Tercer lugar regional



Una vez mi papá me contó que su tío, que vivía en la localidad de Cocalán, tenía un libro muy antiguo que heredó de mis abuelos. Mi papá decía que mi tío ocultó este libro misterioso en una cueva de Cocalán, ya que era muy codiciado por personas que querían hacer males a la gente; era un libro de brujería, de magia negra, que había pertenecido a mi tatarabuelo *hacía* mucho tiempo atrás. Decían que él lo usaba para dañar a las personas por encargo. Atendía en una casucha vieja a muchas personas que buscaban vengarse de otros.

Una de las historias más escalofriantes relacionadas con el libro, es la que siempre contaba mi abuelo.

—En ese libro —decía—, está el secreto para convertirse en “martes hoy, martes mañana, martes toda la semana”.

Las personas que son “martes todos los días” se transforman en pájaros, cantan “totué, totué” y hacen fechorías al llegar la noche, para luego volver a ser personas por la mañana.

Conocí esta historia cuando tenía nueve años y siempre me pregunto... ¿será todo mentira o existirá el libro de la brujería?

Carrera a la chilena del chincol y la loica

Cristian Felipe Valdés Salgado (5° Básico)
Instituto Regional del Maule
San Javier

Primer lugar regional
Segundo lugar nacional



Esta es la historia de una carrera a la chilena en la que el chincol y la loica eran los jinetes. En la ramada se encontraban las diucas y las tórtolas cocinando las empanadas. Los demás pájaros estaban consumiendo. Luego empezó la carrera y el búho apostó a ganador al chincol, pero la loica fue la vencedora.

El búho se enojó mucho, tanto, que tomó su caballo y apuñaló a la loica en el pecho; es por eso que ésta tiene el pecho rojo. Luego se fue a la ramada muy enojado y dio vuelta la olla donde estaban

cocinando y las cenizas se esparcieron por todas partes; es por eso que la diuca y las tórtolas son de color gris, ya que están cubiertas de ceniza. A la diuca la protegió el delantal; es por eso que tiene su pecho blanco y su espalda y alas grises.

Entonces los loros trichahue llegaron a poner orden en la fiesta, ya que ellos eran los carabineros. Le pusieron las esposas al chincol en las patas; es por eso que el chincol anda a saltos. El búho se escapó y es por eso que solamente sale en la noche: para que no lo atrapen los loros trichahue.

Los mancornados

Felipe Eduardo Valdivia Baroni (8° Básico)
Colegio Enrique Correa Guzmán
San Clemente

Segundo lugar regional



A media tarde de ese caluroso día de verano, mi abuelito y yo íbamos conversando muy animadamente por ese antiguo camino de tierra del fundo.

Una brisa refrescante a veces llegaba por las copas de los árboles, disminuyendo la alta temperatura que había en aquel momento. El camino estaba flanqueado por una alameda interminable de altos y robustos árboles de todos los tipos, y sus verdes hojas se mecían tan plácidamente con la brisa, que daba gusto caminar por ese lugar.

Mientras avanzábamos, muy a lo lejos escuché un sonido sereno y un tanto melodioso. No eran los típicos gritos de los jugadores e hinchas de algún partido de fútbol rural, de esos que hacen todos los fines de semana en los potreros de esta zona. No, este sonido me había parecido un tanto musical y sonaba más o menos como “¡Veeeno! ¡Guuume!”

Cuando mi abuelo se dio cuenta que yo había prestado atención a ese sonido, insinuó una leve risita, de esas

que dan todos los abuelos cuando quieren contarte algo que es muy interesante para ellos. Ese momento no fue la excepción.

—Lo que escuchas son los nombres de unos bueyes —me aclaró.

En realidad los nombres de aquella yunta eran Veno y Gume, pero la modulación del carretero, sumado a la distancia, hacía que se distorsionara el sonido. Luego el abuelo me contó el origen de esos nombres:

—Venancio y Gumersindo —comentó mi abuelo mientras seguíamos caminando por el largo camino de tierra reseca— eran dos chiquillos que vivían en la localidad de Corralones.

Luego continuó diciendo:

—Eran dos amigos que desde pequeños fueron tan unidos como dos hermanos; ellos sentían que los unía un lazo invisible e indestructible de amistad. Sus

mamás insistían que tenían algún parentesco y siempre realizaban cálculos genealógicos interminables. Si había algún parentesco entre ellos, *seguro era muy lejano*. La gente los llamaba los mancornados —dijo el abuelo.

Antes que prosiguiera con su historia, le interrumpí con una pregunta obvia, que de seguro él habría aclarado en el transcurso del relato:

— ¿Por qué les llamaban los mancornados, abuelo?

El abuelo pareció refunfuñar entre dientes y susurró:

—Estos niños de hoy... ¿qué les enseñarán en la escuela?

Pero mi *taitita* realmente no estaba enojado, por el contrario, era la oportunidad que estaba esperando para enseñarme algo importante:

—La gente de la zona los llamaba así porque la amistad de estos dos muchachos les recordaba a una yunta de bueyes, amarrados por los cuernos al yugo de una carreta. Siempre se los veía juntos y la alegría de cada uno era contar con la presencia y complicidad del otro en todo lo que hacía—señaló mi abuelo.

Recuerdo que ese día mi abuelito me comentó que ambos gustaban hacer las mismas travesuras y que se mataban de la risa por las consecuencias de sus acciones. Se celebraban mutuamente las pillerías que hacían y, sobretodo, eran amigos inseparables, en las buenas y en las malas. Así fueron creciendo y pronto tuvieron que salir a trabajar al campo.

El abuelo continuó su narración diciendo:

—Un día, a la sombra de un quillay, conversaban animadamente sobre fantasmas y espíritus que la gente de los alrededores decía haber visto en las antiguas casas de adobe. Se juraron mutuamente que cuando uno de los dos muriera, el otro vendría a avisarle que existe vida en el más allá. Pasó el tiempo y los amigos parecían haber olvidado esa conversación. Sin embargo, unos años más tarde, durante la época de las capaduras, que permite convertir a los agresivos toros en bueyes de trabajo, ocurrió un sombrío acontecimiento. De todos lados llegaban familias completas para participar de aquella faena, que en esta zona es una verdadera fiesta campesina. Los hombres llegaban con los mejores trajes y aperos que tenían a su disposición. Polainas, botas corraleras, espuelas, elegantes sombreros y mantas multicolores se veían por todas partes; las mujeres, vestidas de “chinas”, estaban a cargo de preparar las empanadas de pino, mientras unos corderos al palo se asaban lentamente con el fuego de unos maderos. Los niños, por su parte, se divertían correteando por todos lados. Era perfecto.

Antes que pudiera continuar con su narración, el abuelo se puso serio y se detuvo bruscamente en el camino, como si algo lo atormentara.

—¿Qué ocurrió luego? —pregunté intrigado y con un poco de susto debido al rostro triste que mi *taita* tenía en ese instante.

El abuelo continuó lenta y lastimeramente con el relato, como tratando de controlar las emociones que le provocaba:

—A Veno lo corneó un enorme y feroz toro justo en el pecho. Los hombres más rudos que se encontraban en el lugar acudieron en su ayuda, incluyendo a Gume, pero era demasiado tarde para socorrerlo. Veno lanzó su último suspiro y perdió la vida.

Mi abuelo me contó que nunca más se vio feliz a Gume, siempre andaba callado y deprimido. En los meses que siguieron a la tragedia, Gume parecía un pordiosero abandonado a su suerte; lucía una descuidada barba de vagabundo, y su aspecto demacrado daba la impresión de una persona que nunca había tenido familia, amigos o alguna compañía.

—Pero la historia no termina ahí —dijo el abuelo mientras reiniciaba la marcha—. Se cuenta que una noche a Gumersindo se le apareció el espíritu de su amigo Venancio, que venía a cumplir su promesa. Cuando al día siguiente pasaron a buscar a Gumersindo para ir a trabajar, lo encontraron tendido en su cama, sin vida, pero con la sonrisa más grande que un ser humano podría tener. Esta historia impactó tanto a la gente del sector de San Clemente que, desde ese día, muchos campesinos bautizaron a sus yuntas de bueyes con los nombres de los dos inseparables amigos. Se dice que cuando los boyerizos picanean a los animales para apurar las carretas, también lanzan al viento ese característico pregón que recuerda con nostalgia el valor de la amistad.

La maldición del cura Somoza

Nicolás Ignacio Saldías Vallejos (1º Medio)

Liceo Claudina Urrutia

Cauquenes

Tercer lugar regional



El sacerdote José Antonio Somoza Ponte llegó a Linares en noviembre del año 1804, enviado por el Obispo de Concepción, a conquistar nuevas almas para el cielo.

Así pasó el tiempo hasta 1810, cuando se formó la Primera Junta Nacional de Gobierno. Sin embargo, como el cura Somoza era mejor en el ámbito del pensamiento Realista, no aprobaba lo sucedido y en sermones dominicales criticó duramente a los indulgentes que propiciaban la deslealtad al Rey Fernando VII.

Los habitantes de la villa comenzaron a hablar cosas raras del cura con el propósito de echarlo de la parroquia. El padre Somoza maldijo la villa de Linares en las cuatro esquinas de la plaza para que no progresara la envidia y el chismorreó de sus habitantes. Utilizaron a este cura como blanco directo de sus copuchas por ser Realista, pero principalmente por recibir la ayuda muy cercana de una hermosa joven llamada Amanda Ovalle, quien ordenaba los libros de la parroquia,

anotando nacimientos, defunciones, matrimonios y bautizos.

El cura Somoza desapareció por varios años de la villa, hasta que regresó al fundo de su hermana en las afueras de Linares a pasar sus últimos años de vida. Después de su muerte, era frecuente verlo en la casa penando, causando miedo por sus apariciones fantasmales a los trabajadores del fundo. Posteriormente, la casa fue vendida a un empresario que deseaba invertir en la zona, pero todo negocio que emprendía, quebraba.

La casa fue nuevamente vendida, esta vez a una familia de Santiago. Durante las remodelaciones, los trabajadores notaban la desaparición de sus herramientas. Cuando la familia se trasladó a la casa, no podía dormir por los ruidos extraños que se escuchaban en el fundo. Desde ese día la casa ha estado en venta.

En 1998, un sacerdote quiso romper con la maldición del cura Somoza, por lo cual exorcizó las cuatro

esquinas de la plaza. Era un día soleado, sin ninguna nube, y terminó con lluvia intensa cuando el sacerdote exorcizó la última esquina. El sacerdote terminó internado en un centro siquiátrico.

El mausoleo de la familia Somoza Ponte fue vendido y quienes lo han comprado han ido muriendo sucesiva y extrañamente. El mausoleo y la casa en el fundo siguen en venta hasta la fecha.

Zapatitos zapatitos

Rocío Constanza Sanhueza Inostroza (7° Básico)

Colegio Saint George

Los Ángeles

Primer lugar regional



Esa noche estaban todos atentos a los relatos de mi abuelo. Estaban sentados alrededor de él, concentrados solo en las palabras que salían de su boca.

—En esa época yo era un niño de ocho años recién cumplidos —comenzó mi abuelo—, sacrificado, trabajaba día y noche, no tenía mucha ropa para vestirme, ni zapatos que ponerme. Añoraba estudiar y poder de grande ser un médico, pero no había recursos. Éramos ocho hermanos. Solo había educación para uno y lamentablemente ese no era yo, pero quería salir adelante como fuera.

“Trabajé duro ese verano. Me ofrecieron un trabajito allá en la parcela de don Manuel, un caballero con plata, pero en cuyos ojos no había felicidad. Me ofrecieron cosechar trigo. No dormí nada la noche anterior; me iban a pagar cinco pesos de esa época, y adivinen qué me iba a comprar: mis preciados zapatos, ya que los que tenía estaban muy viejos. El resto del dinero se lo daría a mi viejita, a mi mamá, para que comprara algo de comer.

Me levanté a las cuatro de la mañana y el trabajo lo terminé *al tiritito*, pero desgraciadamente nadie creyó que yo lo había hecho. Me trataron de estafador y obviamente se negaron a pagarme. Salí corriendo con mi corazón en mil pedacitos, pero no podía llorar, para qué, así no se solucionan las cosas. Sólo tenía dos pesos en mi bolsillo, que eran mis ahorritos del año. De vuelta a casa pasé frente a una tienda de zapatos. En ese momento no aguanté las lágrimas y un caballero, el que vendía los zapatos, me dijo que si quería, me daría unos zapatos a dos pesos. Conmocionado con la oferta, acepté feliz.

Estaba tan orgulloso de esos zapatos que había comprado; su brillo, su forma... eran los más hermosos que existían. Mi emoción era tanta que me los puse en seguida y corrí a mi casa a mostrárselos a mi viejita. Corrí sin quitar la vista de ellos, mirando mis pies en todo momento por esos caminos que en ese tiempo eran solo tierra. Llegué al lugar donde mi mamá se encontraba lavando ropa, y le dije:

—¡Mira, mamá, mis zapatos!

Los miró y luego me dijo:

—Hijo, están lindos, pero esos zapatos no tienen suela.

“Fijé la vista en mis pies y, claro, no tenían suela. Volví a la calle a buscar las suelas, que estaban enterradas en el lodo. Las recogí despacito para que no se dañaran y me las llevé. Me fui llorando, apesadumbrado. De pronto, un vecino que era zapatero me preguntó qué me sucedía. Le conté, me miró fijamente y con su rostro lleno de ternura me dijo que me los arreglaría por costo cero. Pienso que lo hizo al ver mi cara de decepción. Yo, agradecido, acepté la oferta.

Me senté en una banquita afuera del lugar. Me sentía nervioso, como si estuvieran operando a alguien querido. Treinta minutos después salió don Chundo y me mostró mis zapatitos, los que quedaron como nuevos. Me los puse y me fui a mi casa. Esos queridos zapatos me duraron como dos años, pero la injusticia quedó. Solo mi querida madrecita creyó que yo había hecho el trabajo solito, pero ya tenía mis zapatos y eso me hacía muy feliz.”

Me distraje un poco ese momento y me di cuenta que a mis tíos les corrían unas lágrimas por sus pómulos mientras escuchaban a mi abuelo hablar. Mis primos pequeños se miraban los zapatos e incluso mi primita pequeña se sacó sus zapatos y se los dio a mi abuelo.

Esta historia contada por mi abuelo impactó a todos. Yo observé a mi primo de ocho años que ahora tiene educación, juguetes, ropa y zapatos y lo comparé con mi abuelo. A su edad no tenía nada y para conseguir algo tan simple como un par de zapatos, debía trabajar mucho. Me emocioné profundamente y sólo pude correr donde mi abuelo y abrazarlo fuertemente sin decir nada más.

Para terminar su historia, mi abuelo dijo que no lamentaba haber pasado por eso, que esas cosas le enseñaron a ser feliz con lo que tiene y que lo guiaron por su verdadera senda. En ella aparecimos nosotros, su amada familia. No necesitaba nada más. Esas palabras retumban en mi corazón y estoy orgullosa de decir que esto me lo contó mi abuelito. Lo que me hace más feliz es saber que aún quedan muchas más historias que escuchar.

Relato sobre las pequeñas personitas

Catalina Montserrat Leal Ceballos (6° Básico)

Colegio Particular San José

San Pedro de la Paz

Segundo lugar regional



*F*ace mucho tiempo, en las cercanías de Rancagua, mi tía abuela vivía en un campo muy lindo junto a su familia. En ese entonces mi tía abuela tenía diez años y le gustaba mucho caminar por un bosque que quedaba muy cerca de su casa. Le gustaba recoger flores, piedras y hongos que se encontraban en ese lugar. Cada vez que estaba en el bosque, sentía que alguien la observaba. Esa presencia no le daba miedo, al contrario, ella sentía que estaba acompañada.

Un día de otoño, mientras volvía del colegio, mi tía abuela quiso pasar al bosque por unos hongos para la cena. Cuando estaba recogiendo los hongos, sintió que alguien pisaba sobre las hojas. Eran pasitos muy suaves, pero a la vez muy rápidos. Comenzó a seguirlos y se fue introduciendo cada vez más en lo profundo del bosque. Mi tía abuela cuenta que no calculó cuánto tiempo estuvo siguiendo los pasos, pero que cuando quiso regresar se dio cuenta que estaba perdida y que no podía encontrar el camino. Caminó largo rato, pero fue inútil; jamás había estado tan lejos de casa. Empezaba a anochecer. Mi tía abuela cuenta

que comenzó a sentir mucho miedo, porque el bosque cambia mucho con la oscuridad.

Cuando ya la luz del sol había desaparecido, mi tía se sentó en un tronco y lloró desconsoladamente. De pronto, entre sus sollozos, volvió a sentir los pasitos suaves y rápidos en el bosque. Al mirar, vio en la oscuridad unas pequeñas luces que se acercaban a ella, lentamente. De repente se encontró rodeada de pequeñas personitas, no más altas que su rodilla. Había hombres y mujeres; todos estaban descalzos y tenían los pies muy peludos. Vestían ropas muy parecidas a las que se usaban en ese entonces. Tenían, además, unas orejas largas y puntiagudas.

Mi tía abuela recuerda que quedó paralizada; no lloraba, no hablaba. Apenas respiraba. Por una extraña razón no sintió miedo. Al contrario, sabía que ellos la cuidarían. Las pequeñas personitas la condujeron camino a su casa, alumbrando el bosque con sus pequeñas antorchas.

Desde ese día, cada vez que visitaba el bosque, mi tía abuela podía ver a estas personitas trabajando, recolectando hongos y flores junto a ella.

Panchita

Denisse Bernardita Riquelme Mellado (8° Básico)

Colegio Padre Alberto Hurtado

Antuco

Tercer lugar regional



Esta historia que contaré es una de las mil historias, cuentos y poesías que mi abuelito me contaba. Para mí todas eran las mejores.

Un día mi abuelito fue a las *veranadas* y andaba con su yegua favorita, la Panchita. Él siempre la llevaba a las *veranadas*. Un día iban de camino a las *veranadas* y la yegua, ya de hartos años, no logró llegar hasta el final del viaje, ya que era bastante largo. Él, con mucha pena, tuvo que dejarla a mitad del camino donde una familia que no conocía, pero que se nota, eran de mucha confianza y humildes.

Finalmente la dejó ahí amarrada a un álamo recién plantado y él se fue a las *veranadas* con los otros animales, pero sin su yegua preferida.

Al regresar con los animales, se dio cuenta de algo que nunca se esperó: la Panchita estaba arriba del álamo. Increíblemente, el álamo había crecido demasiado, elevando a la Panchita consigo. Sin pensarlo dos veces, cortó el álamo para sacar a la Panchita y al final llegó a su hogar exitosamente.

Esta historia siempre me gustó mucho y me encantaría poder volver a escucharla de él.

El alma de una araucaria

Catalina Aurisabel Orellana Orellana (4° Medio)

Colegio Adventista de Temuco

Temuco

Primer lugar regional



Esto que vas a leer es parte de un diario que encontré en medio de una enorme araucaria. Nunca había visto una así. Era tan ancha... se notaba que era una de las más antiguas de todas: estaba llena de musgo y toda ahuecada. Allí encontré el diario y comencé a leer:

"Esta historia que les voy a contar me ocurrió cuando era chico, bueno, un poco más chico. Yo vivo en una comunidad que está arriba en los montes, porque es donde hay más animalitos para comer y muchas variedades de frutas. Todavía no salgo a cazar con los grandes, porque dicen que es muy peligroso. Siempre me dejan solo o con las mujeres; pero es mejor, porque salimos a recolectar frutos y además me da rabia cuando matan ciervos, conejos y todo eso, porque es cruel y malo, aunque igual después me los como. En fin, me llamo Nahuel y me gusta investigar y salir a buscar cosas nuevas, así que siempre ando arriba en los bosques del Alto. Y ahí vive el que es mi mejor amigo, Aku. Bueno, así le puse yo y aunque suene un poco raro, Aku es una araucaria. Es la más grande de todas. Es tan gruesa que no alcanzo a rodearla con los brazos.

Como siempre me dejaban solo, iba al Alto a buscar a Aku y me sentaba a sus pies por varias horas. Le contaba todo, le cantaba y me quedaba dormido debajo de él. Era el único lugar en el que me sentía seguro. Aunque él no me dijera nada, sabía que yo estaba ahí y siempre tenía la esperanza de que algún día algo mágico pasara y me hablara o, por último, que se moviera. Pero nada. Aunque me importaba poco, ya que me bastaba con que estuviera ahí para mí. Así eran todos los días hasta que algo raro sucedió.

Estando arriba en el Alto con Aku, como todos los días, escuché ruidos y voces raras, así que corría esconderme. No fue de cobarde, soy bien valiente, pero nunca había visto alguien por ahí, ni menos había escuchado esas voces y pasos fuertes de animales. Así que ahí me quedé hasta que aparecieron. Eran unos hombres altos con muchas cosas brillantes en el cuerpo, y con ellos venían unos ciervos grandes y *más robustos*, con pelo; eran raros pero lindos. Comenzaron a hablar, aunque no entendí nada. Se notaban ansiosos, como si buscaran algo. Luego uno tomó una cosa larga de su costado (se notaba que era filosa, como nuestros machetes) y de

la nada comenzó a golpear a Aku. Le sacó la corteza y yo apreté los puños. ¡Cómo le hacían eso, pobre Aku! Claro, como él no decía nada...

Comenzaron a amontonar la corteza que le sacaron a mi Aku y prendieron una fogata. Ya era tarde, el sol ya se ponía, pero yo no quería volver, no quería dejar a Aku solo con ellos. ¡Quizás qué otras cosas se les ocurriría hacerle! Pero hacía frío, así que con una lágrima en mi mejilla, me fui. Me sentí como un cobarde, pero tenía que irme para poder conseguir ayuda.

Corrí y corrí como nunca, hasta que llegué a mi ruca. No podía hablar bien, la lengua se me trababa, así que apenas pude contarle todo a mi familia. Se rieron, me dijeron que me la pasaba inventando tonteras, que sólo quería llamar la atención. Así que acudí a la única persona que me podría ayudar, el *lonco*. Él era el jefe y si él me creía iríamos a salvar a Aku. Al principio no me creyó, pero ya había escuchado de otras comunidades algo parecido, por lo que partimos al Alto.

Nos metimos cautelosamente entre los arbustos y los vimos, ahí estaban todavía con su fogata. El *lonco* me dijo que eran peligrosos. Me abrazó y me dijo que no tuviera miedo, aunque me lo dijo tarde, porque ya tenía mucho susto. Me dijo que se quedaría y que fuera a buscar a todos, y que volviéramos con todas las armas que encontráramos. Luego de una hora se desató una lucha que jamás había visto, aquí era todo tan pacífico. Yo sólo estaba preocupado de Aku, que estaba ahí inmóvil. De repente un palo con fuego fue a dar directo a él. El pobre comenzó a encenderse de a poco. Corrí *hasta donde él*, pero no podía hacer nada. El viento estaba muy fuerte y hacía que el fuego se esparciera más rápido. Comencé a llorar, a gritar, pero nadie se

volteaba para ayudarnos, ni siquiera el *lonco*. Así, sin poder hacer nada, vi cómo poco a poco mi Aku, mi amigo, iba desvaneciéndose. Sentí un dolor tan grande que mi cabeza parecía estallar. Pateé el piso, estaba desesperado.

Todos peleaban y claro, como éramos más, los hombres raros salieron arrancando. El *lonco* llamó a todos a regresar a la comunidad a celebrar la victoria, pero yo no quise irme. Me quede ahí toda la noche. Mientras las cenizas salían de Aku, le comencé a cantar. Estaba todo negrito. Yo no quería que se fuera, pero se fue.

A la mañana siguiente desperté con dolor de cabeza y con los ojos muy hinchados. Me puse de pie y lo que vi fue algo maravilloso: ahí estaba Aku, enterito, ¡no tenía nada! Lo abracé y no lo quise soltar, pero al verlo más detenidamente me fijé que en las ramas tenía unos coquitos que nunca había visto, pero no importaba, estaba tan feliz...

En ese momento no entendía lo que había ocurrido, pero ahora sí. Lo que ocurrió es que algo o alguien superior quiso traer de vuelta a Aku y, con ello, enseñarme una lección que nunca olvidaré: los árboles sí son importantes y son preciados por la naturaleza. Por eso le salieron esos coquitos o piñones, como les decimos ahora: para que siempre recordemos que hay alguien que los protege y que debemos cuidarlos y respetarlos. Si algún día te sientas bajo una araucaria, respiras hondo y cierras los ojos, podrás percibir ese sentimiento tan puro y lindo como el que yo sentía por Aku, porque su alma perdura hoy en todos los piñones de todas las araucarias y en todos los corazones de la gente que las aprecia y ayuda para que sigan estando aquí con nosotros."

La grieta de la flor de oro

Pablo Enrique Orellana Orellana (1° Medio)
Colegio Adventista de Temuco
Temuco

Segundo lugar regional



Esta historia que les voy a contar pasó cuando yo era apenas una niña; bueno, un poco más niña. Me llamo Florencia y un día me pasó algo increíblemente sorprendente.

Yo vivo en Cunco, en el campo, y a veces voy a visitar a mi abuelito que vive en Huichahue, que está bien hacia el cerro, en la punta de la montaña. Por eso vamos muy pocas veces, lo que es una lástima, porque es muy divertido. Él siempre nos inventa juegos y nos cuenta historias que, según él, le han pasado; son todas fantasiosas y por ende mentiras, pero tienen algo de verdad (bien en el fondo) y siempre son divertidas.

Una de sus historias más repetidas es la de una grieta que, según algunos arrieros, hay en uno de los montes de por ahí. Dicen que es una grieta en la tierra, como un foso que da hasta el infinito; bueno, así dice mi abuelito que dicen ellos. En un borde de ésta crece una planta única, con flores de oro. Varios han ido a buscarla, pero nadie vuelve. Se cuenta que sólo uno volvió con una flor de oro y por eso se conoce la historia.

Mi abuelito cuenta que cuando era niño se topó con esta grieta mientras buscaba una cabra perdida. Como era de noche, no le dio importancia. Sin embargo, quedó maravillado por la hermosa planta y fue a contárselo a su papá, pero al querer volver a encontrarla, no supo el camino y nunca más volvió a verla.

Bueno, yo no sabía si creerle o no y nunca más volví a preguntarle. Un día, mientras estaba de visita en su campo, al encerrar los corderitos nos dimos cuenta que faltaba uno: era mi regalón, Copito de Nieve. *Hacia* poco que había nacido y nos dio mucha pena, así es que entre todos salimos a buscarlo por los alrededores. Yo fui con mi abuelito. Salimos a buscarlo cerca del río. Todavía era de día y eso nos ayudaba a buscar mejor. De repente apareció el chiquitito, estaba un poco embarrado, pero sanito. Lo terrible era tratar de agarrarlo, porque era muy desordenado. Corrimos para agarrarlo y en un descuido se fue para atrás y cayó al río. Menos mal el río era bajito, aunque muy torrentoso. Corrimos detrás del corderito para alcanzarlo. Corrimos y corrimos hasta que el río lo tiró a la orilla. El pobrecito *estaba todo mojado* y se

había lastimado con las piedras, así que lo cargué y mi abuelito le puso su manta encima para abrigarlo.

De repente nos dimos cuenta que estábamos muy lejos y decidimos seguir por el río. A esa hora ya era peligroso porque venían cazadores y ellos seguían el sendero del río. Mi abuelito me dijo que era mejor tomar un camino *por lo derecho* del hualhue (que es como un bosque con hartas plantas y árboles). A mí me daba miedo porque se estaba haciendo de noche, pero mi abuelito era fuerte y conocía de bosques. Nos fuimos por ahí caminando y caminando, aunque no lográbamos encontrar la salida. Íbamos conversando y cantando, así no me daba susto el sonido de los bichitos (en la noche se escuchan muchos sonidos).

De repente vimos una luz que salía y resplandecía entre los árboles. Mi abuelito se quedó quieto y me apretó la mano. Su cara tenía una expresión entre felicidad y desconcierto, y decía:

—¡No puede ser, no puede ser!

Nos acercamos despacito, como si supiéramos que lo que íbamos a ver nos marcaría para siempre. Cuando llegamos y vimos lo que había en frente, no lo podíamos creer: era la grieta. ¡Sí lo era! No era un cuento ni una mentira, era verdad. Era como un pozo sin fondo del que no se veía el final. Mi abuelito comenzó a saltar y a gritar como nunca, pues no lo podía creer. Me abrazó muy fuerte y me dijo que jamás nadie le había creído lo que él había visto y que muchos le habían dicho que era *cuentero* y mentiroso. Entonces, se hizo la idea de que lo que había visto había sido un sueño. Pero era verdad.

Y allí estaba la famosa planta. Sus flores realmente eran de oro, pero estaban en un borde al que si uno se asomaba para intentar sacar una, se caía, *así es que* no sacamos ninguna. Era un tesoro de la naturaleza y era muy peligroso sacarlas. Aunque no sacamos ninguna flor, lo que más me hizo feliz fue saber que mi abuelo no era un mentiroso, por lo que ese día lo admiré más que nunca. Luego de contemplar un poco más la hermosa flor y su brillante luz, seguimos camino a casa. Nos costó llegar, pero al llegar nos dijimos que no le contaríamos a nadie lo que habíamos visto, porque de lo contrario todos querrían ir, y destrozarían esa única y maravillosa planta.

Yo creo que está ahí para todos los que no creen que, a veces, lo fantástico existe y que la naturaleza nos sorprende con cosas maravillosas y mágicas. Nuestro mundo está lleno de tesoros: sólo hay que salir a descubrirlos, pero sin destruirlos ni aprovecharse de ellos, sino cuidándolos para que perduren y sigan maravillándonos con su luz.

Al otro día, fuimos de nuevo y recorrimos el río con mi abuelito, pero nunca *pillamos* el hualhue donde estaba la grieta, y nos quedamos con esa hermosa sensación que nos une y unirá siempre. Quizás algún día volvamos a ver la "grieta de la flor de oro".

La niña y las lagunas con formas

Guisella Nicol Torres Meliú (5° Básico)
Escuela Básica Malal Mahuida F-266
Lonquimay

Tercer lugar regional



Era un lugar de lagos con muchas formas. Sus aguas eran de color verde claro, el borde completamente fangoso, con pasto muy largo y tupido. Estas lagunas estaban rodeadas de cerros con quebradas muy peligrosas y rocosas. Y desde el centro de las lagunas salía mucho viento arremolinado. A un costado de las lagunas había un bosque de *pewen*, tupido y oscuro. Dicen que por dentro había una cueva y que nadie sabía qué es lo que había ahí. Este lugar estaba ubicado en Litrancura. Cuentan que había un *mallín* que separaba las diez lagunas: una era redonda, otra era cuadrada, otra era como una pirámide corta, otra larga, otra como un ojo, otra era como un lago normal pero oscuro y otra era clara. En medio del *mallín* había un rancho donde vivía una familia recién llegada que tenía una niña que había ido a jugar a las orillas del lago oscuro.

La niña pasaba por un caminito angosto al borde del lago. Los padres estaban tomando mate y de un momento a otro la niña desapareció. Luego, las nubes se pusieron grises y la lluvia y los truenos empezaron. La niña se asustó mucho ya que era la primera vez que escuchaba un trueno como ese, que estremecía la tierra. Después, las aguas se empezaron a salir de su cauce. La niña no podía moverse porque tenía todo su cuerpo tiritando. Quería arrancar, pero sus pies le impedían hacerlo y el agua seguía saliendo. A la pobre niña se la había llevado el agua y, en un abrir y cerrar de ojos, había sido tragada por ella. Nunca más fue encontrada. El grito de horror del padre rompió el silencio como un trueno y la *ñuke*¹ sufrió mucho. Todos los días su llanto desconsolado se unía al sollozo del viento.

¹ Madre (nota de la autora).

Días después, cuando los padres se resignaron a perder a su hermosa hija, salieron a caminar por el sendero que ella recorría. Un día, la *ñuke* vio a su hija en medio de la laguna, jugando. Les hizo señas para que fueran al lugar, pero les fue imposible hacerlo por la profundidad del agua. Además, en días de frío y lluvia la veían entrando a la casa y yéndose a su cuarto a dormir muy temprano, sin hablar con nadie. Luego se levantaba por la madrugada y volvía a desaparecer. La gente le decía a la familia que se fuera pronto, porque después se iba a hundir todo. La *ñuke* dijo que moriría donde murió su hija. Dicen que cuando llegaba a la casa a dormir, le dejaba *muday* de piñón en un jarrón de greda, que era lo único que se servía.

*Peukaya*¹.

¹ Madre (nota de la autora).

Flecha

Karol Alexandra Risco Seguel (3º Medio)
Instituto Comercial de Valdivia
Valdivia

Primer lugar regional



*U*n día, durante el desayuno, mis padres me dijeron que nos íbamos a ir a vivir por un tiempo con mis abuelos. Me dio mucho gusto, porque lo paso muy bien con ellos.

Tenía pena por dejar a mis amigos, pero me despedí de ellos y les conté que era por poco tiempo y que nos volveríamos a ver. Me fui a casa y arreglé mis cosas para irnos al día siguiente. Mi papá José se iba a ir primero y después mi mamá Susana y yo.

Encontré largo el camino y me quedé dormido en el auto. Cuando llegamos a la casa vi a mi abuelo Arturo, a mi abuela María y a mi papá.

Con el largo viaje me había dado mucho sueño, así que me fui a acostar y a los minutos llegó mi abuelo Arturo para decirme buenas noches, pero le pedí que me contara un cuento, y me dijo:

"Panchito, te contaré una historia de mi infancia, cuando tenía diez años. Mi padre domaba los

caballos más salvajes, que iba a buscar al monte. Una tarde lo vi traer cuatro caballos, entre los cuales había un potrillo que no se separaba de su madre. Le pregunté a mi padre qué iba a hacer con el potrillo, y me respondió que lo iba a matar, ya que vendería a su madre y el potrillo no lograría sobrevivir. Le pedí que por favor no lo hiciera, que yo cuidaría de él. Me dijo que me dejaría hacerlo, pero con una condición: todos los domingos trabajaría con él en el campo. Al escuchar eso lo abracé fuertemente y fui al establo corriendo a ver a mi caballo. Estuve a su lado y pensé en cómo llamarlo. Creí que el mejor nombre era Flecha.

Estuvimos siempre juntos. Me acompañaba al colegio. Los domingos yo iba a trabajar con mi papá y al atardecer jugábamos. Me cansaba mucho al hacer carreras con Flecha. Era tan veloz que no podía alcanzarlo. Después de jugar descansábamos bajo un manzano, observando de lejos mi casa y sus alrededores. Cuando nos íbamos, recogía siempre dos manzanas para el camino, porque nos daba mucha hambre. Al llegar a casa me preocupaba que no le

faltara nada a Flecha. Así fue siempre con él, hasta que pasaron varios años y tuve que irme a vivir a la ciudad por trabajo.

Tenía dieciocho años cuando me fui. Lo que más me entristecía era dejar a mi amigo Flecha, pero no tenía opción. Me costó mucho adaptarme a las personas, porque en el campo todos nos saludábamos, éramos alegres. En la ciudad es tan diferente. Lo que más quería era volver a casa, hasta que encontré trabajo de garzón en un restaurant. Mi jefe se llamaba Juan; era muy bueno conmigo. Le comenté que tenía un caballo que también era muy bueno conmigo. Le conté que era rápido y que yo siempre lo recordaba mucho. Mi jefe me dijo que nunca había escuchado a una persona referirse de esa manera, con tanto cariño, a un animal.

Estuve dos años trabajando en el restaurant y decidí volver al campo, ya que extrañaba mucho a mi familia. Arreglé mis maletas y partí rumbo a mi hogar, sin avisarle a mi padre. Cuando el bus iba llegando a mi casa, vi a mi querido caballo. Me bajé y decidí no volver a dejar mi tierra. Al abrir el portón, Flecha me reconoció. Dejé mi maleta en el suelo y nos fuimos al manzano a recordar viejos tiempos.

Al día siguiente, unos amigos fueron a invitarme a participar en una carrera de caballos que se celebraría

en una semana, y decidí participar con Flecha. Estuvimos practicando mucho, hasta que llegó el día de la carrera. Estaba nervioso, porque era la primera vez que participaba, pero no tenía que sentirme así, ya que Flecha estaría igual que yo. Esa tarde *fue lo mejor*, porque mi caballo corrió como su nombre lo dice, como una flecha. Fuimos los ganadores y tuvimos una gran ventaja sobre los demás. Yo no podía creer haber ganado en mi primera carrera. Nos fuimos a casa y le conté a mi padre.

Después de aquella gran victoria participamos en regiones por un tiempo y luego nos retiramos para no lesionar a Flecha y para poder pasar más tiempo con mi padre, que estaba enfermo.”

—Así fue, Panchito. De aquel caballo que fue mi mejor amigo, te quise contar esta historia para que respetes y entregues mucho cariño a los animales, igual como lo hice yo con Flecha.

Al día siguiente, el abuelo Arturo vino muy temprano para presentarme a la descendencia de Flecha; era tan sólo un potrillo. Me preguntó si sería capaz de cuidarlo. Le respondí:

—Claro que sí, abuelo. Le entregaré el mismo cariño que tú le diste a Flecha.

Tiempos de niñez

Edward Alejandro Aros Arriagada (3° Medio)
Instituto Comercial Valdivia
Valdivia

Segundo lugar regional



*H*ace muchos años, cuando vivíamos con mis tías, teníamos un campo grande, aunque las cosas no eran como son ahora: los jóvenes hoy en día no trabajan. Yo empecé a trabajar de chiquitito, como a los doce años ya me ganaba mis chauchas. Me tenía que levantar a las seis de la mañana y con ese frío, que no es ni parecido al de ahora, me tenía que bañar en el estero con agua helada. Ahora, si ustedes los jóvenes no se bañan con agua caliente, poco menos que llaman a los carabineros. Después de bañarnos, nos daban un pan del porte de una olla, que hacían con harina de verdad, recién molida del grano de trigo, y un jarro de leche caliente recién sacada del animal (la vaca). Trabajábamos con los bueyes hasta como las doce del día. Ahí la cocinera del fundo “Las Rosas”, de don Juan Carlos Medina, la señora Latenia, nos servía un tremendo plato de cazuela con un tronchón de carne y una caña de tres cuartos con chicha o vino. Trabajábamos con mi primo hasta las seis de la tarde y luego nos íbamos para nuestra casa que quedaba

en el monte, pa'llá donde hoy día es la Vuelta de la Cculebra. Para acortar camino, cruzábamos la pampa de don Gregorio Ultrera, y todos los días, como a mitad de la pampa, nos perseguían los gansos.

Un fin de semana fui con mis tíos y algunos primos a trabajar a una chacra que quedaba para allá camino a Chanchan a cosechar papas; ahí, como uno es niño maldadoso, estuvimos toda la tarde pensando en alguna maldad para hacer. Estuve mucho rato arriba del caballo, y se me ocurrió ir a un estero que estaba cerca para darle agua al caballo. En el esteroél había unos animales que se habían arrancado del potrero. Ly yo los seguí a caballo a caballo y llegamos a un canal. hasta que nos caímos a un canal. Entonces el caballo se cayó al canal. Yo salté lejos, lejos, y del pencazo que me pegué me quebré un dedo y quedé con la ropa llena de barro. Más tarde me fui corriendo como pude donde mi familia para que me ayudaran a sacar el caballo; estaban durmiendo la siesta a mediodía, porque después trabajaban. Como yo era joven no me atrevía a contarles lo sucedido, pero como me

sentía triste, decidí contarles no más y partimos todos corriendo a salvar al caballo. No les conté que había sido mi culpa. No les dije nada, para que no me retasenran. Ni siquiera al dueño del caballo le dije que había sido mi culpa que el caballo se hubiera caído al canal.

Estuvimos casi dos horas tratando de sacar al pobre caballo, que gritaba relinchaba de una manera que daba miedo. Cuando lograron sacar al caballolo, estaba con las patas todas quebradas, así que tuvieron que sacrificarlo.

Tenía una gran pena cuando comenzó el asado, pero me duró soólo hasta que cuando comenzó a salir un olor muy rico; con el hambre que tenía me lo comí con muchas ganas.

Yo creo que salí pillado porque un vecino que andaba en el estero vio todo y al otro día les contó todo a mis tías. Me dieron una suerte de varillazos que me quedaron marcados como una semana. Estuve castigado como tres meses; ni siquiera me dejaban ir a trabajar.

El campero

Bárbara Nicole Valdebenito González (1º Medio)
Liceo Agropecuario y Forestal Lipingue
Los Lagos

Tercer lugar regional



El reloj marcaba las diez treinta. Corrí al ropero y me vestí para el trabajo. Tomé la bicicleta y pedaleé como si hubiese arrancado del diablo. Pensaba, mientras pedaleaba a toda prisa, “mi jefe debe estar sacando el sobre azul”. Llegué a la casa patronal y el jefe estaba ahí, en su camioneta, con esa mirada devoradora y humillante. Fue en cuanto lo vi que me lancé al discurso, más o menos de manera que me creyera. Me fue más mal que bien.

—Mira, pillito, te tengo más marcado que vaca lechera; no hay lunes que puedas llegar antes de las nueve y yo, claro, el patroncito, aguantando todas tus faltas —me dijo.

Hablaba y me retaba mientras yo escondía mi vaga mirada tras mi vieja chupalla y afirmaba todo reclamo con un movimiento leve de cabeza. Después de mi buen discurso, me dijo:

—Mira, cabro, para qué vamos a andar con cosas po' oye, si igual *le pones crudo a la pega...* que sea la última vez, cabrito.

Se subió a su camioneta y se fue con la señora Miguelina. Siempre se veía solo el polvo cuando se iba.

—Barry, apúrate. Ven, pajarón —gritó el patrón chico, Fernandito. Corrí a mil por hora, llegué y me dijo:

—Hay una vaca pariendo en el río, vamos a traerla al establo.

En cuanto vimos la vaca no fue ni para pensarlo, era la más vieja. La pilló el puma y ahí mismo la tenía toda muerta; la cría sepa Dios *pa' onde* se la había llevado la bestia. Y *pa'* qué decir del patroncito, se privó; botaba humo por la boca. Las botas se hacían nada caminando para la patronal. Pero entre tanto alboroto, vi en el jardín a la flor de la vida: relucía su castaña cabellera al viento y admiraba cada detalle del lugar. No faltó la interrupción a tan bella creación cuando de pronto oí “¡Baaarry!” Era sin duda el patrón. Y de nuevo a trabajar.

Desde ese momento no paré de trabajar: acarree fardos y más fardos hacia el galpón. Ella daba entusiasmo a mi trabajo. Estaba puntualmente en mi

trabajo a las siete de la mañana, hasta hacía horas extras.

Pasó un tiempo y me cambiaron a tractorista. Todo iba de más a más; era el mejor trabajador del fundo, me encargaban hasta a los novatos para enseñarles. En fin, todo marchaba bien. Siguieron pasando los años y entre eso, el gran amor de mi vida, la hija del patrón, se había casado y ya tenía hijos. El patrón había fallecido ya hacía unos años; el patroncito chico se había ido a Nueva Zelanda a hacer unos cursos para mejorar la producción de las tierras que poseía. El fundo estaba mejor que nunca: grandes siembras, animales... ¡buf!, de lo que quisieran.

Y hoy sigo aquí, por estas hermosas pampas y graneros, entre sendas y animales, admirando lo más bello y puro de la naturaleza, porque un buen campero lo que debe hacer es amar el campo y sus frutos, gozar de la naturaleza y el trabajo, adorar lo que se tiene. Hoy me vuelvo en mi caballo, a recorrer otra vez este hermoso paraje y lo más bueno y bello de mi trabajo: la libertad.

Sólo una leyenda

Ivannia Walezka Muriel Gutierrez Brûle (2º Medio)

Instituto Alemán Deutsche Schule

Puerto Montt

Primer lugar regional



Recuerdo que de pequeña, cuando vivía en Chiloé, mi abuelo siempre me contaba historias del Caleuche, fantásticos cuentos sobre cómo él lo había visto y sobrevivido. Me decía que nuestra sangre estaba marcada y que cuando fuera mayor lo entendería. Jamás le creí. Cuando me hice mayor fui a estudiar a Puerto Montt a una escuela privada, donde estudio hoy en día. Mi vida cambió este verano.

Como siempre, fui a casa de mis abuelos para las vacaciones. Esa tarde el cielo estaba oscuro por la cantidad de nubes que había, pero eso es normal en Ancud, así que fui al muelle como de costumbre, ignorando el viento y las gotas de agua que me cubrían el rostro. Me senté en el muelle y miré el mar, tan revuelto a causa del viento y aun así tan hermoso.

No me di cuenta lo tarde que era hasta que el silencio me sorprendió. Miré alrededor; estaba sola. El cielo se había despejado y la luna brillaba llena sobre mi cabeza, pero la niebla había bajado y no podía ver nada a tres metros a mi alrededor. No me importó, pues

estaba acostumbrada a andar de noche y la casa no quedaba demasiado lejos, solo a unos cuantos cerros.

Me disponía a partir, cuando un sonido me sobresaltó. Traté de encontrar de dónde provenía el ruido, pero no logré ver nada a causa de la niebla. Era un ruido extraño, como si hubiera una gran fiesta. Sin embargo, era domingo, y los clubes estaban cerrados a esa hora. Entonces lo vi: un gran barco se acercaba al muelle. Era hermoso y me llamó la atención, pues por lo general solo llegaban barcos pesqueros al lugar. Me atrajo tanto que regresé al muelle a ver cómo lo amarraban.

El barco era espléndido, con grandes velas blancas y cañones a los costados, como un verdadero barco pirata. Estaba tan absorta que no me di cuenta que me había estado acercando al barco. De pronto me percaté que estaba en él. Entonces pude comprobar que el sonido provenía de ahí, de la cubierta. Había una gran fiesta. Aunque le preguntaba a la gente qué celebraban, nadie me daba una respuesta clara. Un hombre me dijo que celebraba el nacimiento de su segundo hijo, una

anciana me dijo que celebraba la desaparición de sus achaques y dolores, y una niña dijo que celebraba su cumpleaños. Parecía que todos celebraban algo distinto. A medida que transcurría el tiempo dejé de importarme y cuando el barco zarpó, no me importó, pues lo único importante era celebrar. Tenía que celebrar que estaba de vacaciones.

Estaba feliz y no tenía sueño; solo tenía que celebrar, ése era mi propósito en la vida. Pasaron las horas y estaba bailando cuando la vi: una mujer de unos veinte años sentada en un rincón, llorando. Molesta porque no estaba celebrando, me acerqué a ella y le pregunté qué hacía.

—Estoy aquí —me respondió.

—Eso es evidente —le contesté—. Yo te pregunto por qué no estás celebrando.

—¿Por qué habría de celebrar? Vine aquí porque tenía que hacerlo.

En ese momento me di cuenta dónde estaba: en un barco extraño en medio del océano. Empecé a sentir pánico.

—¿Por qué tenías que venir? —le pregunté a la mujer.

—Las leyendas dicen que si le pides algo al gran barco fantasma, te lo concede. Yo quería curar a mi hermana de su leucemia, así que vine al muelle y le pedí un deseo. Entonces apareció un hombre y me dijo que curaría su cáncer a cambio de que me fuera con ellos y celebrara. Yo estaba muy contenta y me embarqué. Estuve celebrando por mucho tiempo. Hace unas

semanas, sin embargo, en un puerto subió una señora de edad vestida de negro. Ella no celebraba; se me acercó y me dijo que mi hermana había muerto.

—¿Pero cómo es eso posible? —le pregunté.

—Yo le pregunté lo mismo —replicó—, pero ella me dijo que había muerto de vieja. Le dije que eso no tenía sentido, pues mi hermana era menor que yo. La señora se rió de mí y me dijo que estaba confundida, pues yo era joven y mi hermana había muerto a los 86 años. Ahora que lo pienso, creo que ella era un fantasma que vino a recordarme que un trato con el barco, sea cual fuere, no vale la pena.

En ese momento reaccioné, recordé las leyendas del abuelo y de cómo el Caleuche vendría por mí. Recordé las historias sobre cómo la gente que se embarcaba en el Caleuche no envejecía y quedaba condenada a festejar eternamente. Me espanté, pero entonces recordé que yo no le había pedido nada al barco fantasma, así que no estaba atada a la maldición; sin pensármelo dos veces, me lancé al mar.

Entonces abrí los ojos. Estaba sentada en el muelle y miré al horizonte. La niebla era muy espesa a mi alrededor y no se veía nada a tres metros. El cielo se había despejado y la luna brillaba llena sobre mi cabeza. Creí que me había dormido sentada en el muelle y me horroricé al ver lo tarde que era. Me encaminé a casa, pero de pronto me detuve. Había un sonido extraño, y al concentrarme me di cuenta que era como el de una gran fiesta. Busqué de dónde venía el sonido y entonces lo vi: un gran y majestuoso barco, de velas blancas y cañones a los costados, que se alejaba y se perdía entre la niebla.

La piedra triste

Matías Andrés Mellado Westermeser (5° Básico)
Escuela Rural Walterio Meyer Rusca
Osorno

Segundo lugar regional



*H*ace mucho tiempo atrás, una familia vivía a 12 kilómetros de Osorno, camino a la cordillera. El lugar se llama hoy “El Tijeral”.

El dueño de casa, don Rafael, tenía que hacer un recorrido muy largo en carreta para comprar la comida del mes. Debía pasar por el puente del río El Tijeral y así llegar al negocito “Doña Elena”. Ahí gastaba casi toda la platita que juntaba vendiendo las verduras de su huerta.

Un día al volver a su casa, don Rafael vio a su mujer y a sus dos chiquillos que corrían desesperados por la pampa hacia donde estaba él para contarle que un hombre feo y muy gordo había llegado a la casa a pedir comida.

—¿No será algún nuevo vecino? No te preocupes, mujer.

Otro día, en una tarde muy fría, lluviosa y con mucho viento, don Rafael pasó por el puente con unos

traguitos de más y sintió que el puente se movía mucho por el peso de la carreta y los bueyes. Cuando iba por el medio, miró hacia el agua torrentosa y barrosa y vio una piedra con la forma del rostro de una mujer triste. Quedó hipnotizado con ese rostro. Los bueyes quedaron sin moverse y sin querer salir del puente, pero don Rafael se puso de nuevo en marcha y se dispuso a llegar a contarle a su mujer lo que había visto, pero no encontró a nadie. Buscó y buscó, pero ni su mujer ni los niños aparecían. Los buscó hasta que encontró a unos vecinos que le dijeron que la habían visto correr hacia el río con los chiquillos, y que llevaban unos sacos.

Pasaron los días, las semanas, los meses y los años, y don Rafael nunca más supo de su familia. Llegó la vejez de don Rafael y su familia se perdió para siempre.

Hay una leyenda que dice que una madre cayó al río con sus dos hijos y que cuando algún vecino pasa en carreta por ese puente, la mujer se asoma convertida en piedra, como diciendo: “Rafael, ayúdanos, estamos en este torrente”.

De pesca y tropeada en el lago Lapparent

Héctor Maureira Troncoso (2° Medio)
Liceo Agrícola de la Patagonia
Coyhaique

Primer lugar regional



*M*i abuelo me contó la siguiente historia de campo:

“Un día en verano recuerdo que salimos de pesca con un amigo rumbo al lago Lapparent. El día antes habíamos quedado de salir a las cinco de la mañana, por lo que llegué como a las cuatro y media de la mañana a su casa. Él ya estaba levantado tomándose unos buenos mates y tenía un asado chirreando ya en el horno. Después de pedirle unos buenos *amargos*, pusimos la asadera arriba de la cocina no más y le *metimos cuchillo* al asado. Luego de haber comido, nos tomamos un café y salimos a *apretar los recados*¹ y poner las maletas con el equipo. Y así ¡nos fuimos! Tranco y tranco, conversando y acordándonos de un viejito que vivía ahí a las orillas del lago.

Eran como las seis y media cuando llegamos donde un amigo que vivía a la orilla del camino. Él nos dijo:

—¡*Pa' donde le van pegando* tan temprano!

Mi compañero le contestó:

—Vamos *rumbeando pa' donde* Hernández, a pescar. ¿Estará por allá ese paisano? ¿Tú no lo has visto por ahí?

—No, che, no lo he visto hace como diez días, pero debe estar por allá, porque este *viejito* no sale casi nunca.

—De vuelta vamos a pasar a los mates—le dijimos.

En ese momento nos pidió un favor:

—Tengo unas vacas allá donde Rubilar y este *veterano* las debe haber juntado ya, porque yo quedé de ir mañana *para donde él*. Si fuese posible que ustedes me las trajeran sería mejor, porque yo tengo mucha pega acá con mis ovejas.

¹ Apretar los recados se refiere a ajustar los cinchos y montura del caballo.

—Ah, sí pos, che. No hay problema —le dijo mi compañero—. Si nosotros queremos volver mañana, así que ahí *pasamos donde él* y le decimos que tú nos pediste que pasáramos a buscar las vacas.

Y así siguió nuestra historia. Seguimos de viaje hacia el lago Lapparent, tranco y tranco. Llegamos como a las seis de la tarde a las orillas del lago. Armamos el campamento y después nos tomamos unos buenos mates amargos y comimos una palomita al palo. Después fuimos donde don Rubilar a hablar sobre las vacas que teníamos que pasar a buscar. Llegamos y nos invitó a otros mates. Entonces, mientras *mateábamos*, le dijimos que Chacano nos había pedido que le lleváramos las vacas. Entonces él nos dijo:

—¡Sí, sí! ¡No hay problema!

Después de charlar un rato, le dijimos que nos teníamos que ir, porque ya estaba oscureciendo y teníamos que ir a la pesca.

—Mañana nos vemos, no se preocupen... yo les tengo las vacas encerradas —nos dijo.

Nos fuimos por las orillas del arroyo con la linterna alumbrando. Sacamos salmones. A las doce de la noche teníamos varios salmoncitos, así que decidimos ir a sacar otros pocos a un pozón que había a la orilla del lago. En cuanto llegamos alumbramos para ver si andaba alguno, pero nos sucedió algo un tanto extraño: vimos el reflejo de un animal que parecía un toro que no se movía de donde estaba, hasta que le arrojamos un palo. Después de esto no supimos *para dónde* se había ido, así que decidimos que lo mejor era irnos a dormir para volver temprano al otro día con la tropa. Al otro día, después de haber compartido con don Esteban Rubilar, nos fuimos de regreso tranquilamente con las vacas donde el amigo Chacano.

Nunca pudimos saber qué fue eso extraño que vimos, y eso que se lo comentamos a varios amigos que encontramos por el camino. Así fue nuestra historia de pesca y caza con mi amigo Feli. Esto también le ha sucedido a varias personas más que han ido, pero aún no se sabe por qué sucede esto”.

El gato colo colo

Yimmy Alver García Aguilar (1° Medio)
Escuela Agrícola de la Patagonia
Coyhaique

Segundo lugar regional



Cuando mi abuelo *estaba en vida*, tenía un campo en Coyhaique Alto. Él era un hombre criado en el campo, que tuvo que trabajar para cuidar a sus hermanos. Era medio reservado para sus cosas, pero cuando le pedías que te contara una historia era muy distinto, se transformaba en un Cortázar de los cuentos. Algunos los creí y otros los dudé, pero que no les quepa duda que fueron las más entretenidas historias que se podían haber escuchado.

Recuerdo que una vez, cuando tenía nueve años, vi un árbol gigante en los alrededores de su campo. Caminé mucho aquel día. Cuando llegué a su casa no podía dejar de preguntarle por aquel árbol.

—Acomódate, hijito, yo te contaré la historia de ese gran árbol —me dijo. Luego comenzó:

“Hace noventa y ocho años, cuando estaba recién en primero básico, iba caminando a buscar unas vacas de mi padre, cuando de pronto vi que algo salía de este gran árbol, algo negro con pelos anaranjados. Sudando,

sentí algo de miedo, pero pensé que era solo un perro. Seguí mi camino, pero no podía dejar de pensar en aquella cosa misteriosa que divisé. ‘Prefiero pensar que fue un perro’, me decía en mis pensamientos, pero en la noche no podía dormir pensando en el misterio de esa cosa con vida.

Al otro día me preparé desde temprano para ir a aquel lugar. Me vestí cómodamente, comí mucho para no debilitarme y además preparé un palo con clavos para mi protección. Tu bisabuelo me preguntó dónde iba, pero no le di mucha información, sólo le dije que iba a pescar con mi amigo. El lugar quedaba como a media hora de mi casa. Cuando llegué, solo, miré de lejos el árbol. Tenía miedo de que saliera algo agresivo de ahí adentro, así que me acerqué muy de a poco y con mucho miedo. Pensé en golpear muy fuerte el árbol para ver qué sucedía. Me acerqué, miré, pensé, temblé, me arrepentí, me emocioné, y al final de todas esas emociones, golpeé con una vara el árbol. Salí corriendo en ese mismo instante y no paré hasta que me di cuenta que nada había pasado con el golpe. Con el corazón a mil por hora, me sentí un tanto raro al

ver que estaba arrancando sin motivo, sólo porque la cobardía me tenía atrapado.

Acumulé nuevamente coraje y corrí rápido al gran árbol. Me hice la idea de que nada me iba a pasar. Me acerqué en mucho silencio. Sólo pensaba descubrir algo bueno. Luego de un rato de estar acercándome, metí mi vara por un hueco que había y sentí algo blando en el interior. Me asusté un poco, pero no hice nada cobarde. Después, con más confianza, comencé a meter de a poco la mano y toqué algo peludo. Con asombro y susto me alejé un momento, pero luego lo tomé con fuerza y lo saqué. Para mi asombro, solo

era un gato pequeño, obviamente una cría de alguna gata. Yo había visto muchos gatos, pero ninguno como ése: con blanco, negro y a veces naranja, si lo mirabas desde otro ángulo."

Mi abuelo concluyó:

—Lo dejé ahí para ir a preguntarle a mi padre. Hice una imagen en mi cabeza para no olvidarlo jamás. Antes de irme a mi casa lo apodé "Colocolo", y desde entonces se llama así al gato salvaje que habita en la región de Aysén, un hermoso gato con colores muy bonitos.

Las cosas de la vida

Manuela Macías Caballero (8° Básico)
Escuela Rural Valle Simpson
Coyhaique

Tercer lugar regional



*F*abía una vez una niña que tenía tres hermanos. Ella se llamaba Julieta, su hermana Marcela y sus dos hermanos Patricio y Fabián.

Ellos prácticamente vivían solos. Su padre era alcohólico y su madre los había abandonado cuando eran pequeños. Como era la mayor, Julieta se dedicaba a sus estudios y a sus hermanos. Ellos estudiaban en una escuela muy humilde que se encontraba en el pueblo de Balmaceda.

Cuando Julieta cumplió sus dieciocho años de edad, se enfermó. Preocupada de dejar a sus hermanos solos, ella cayó en una depresión muy grande que le provocó

una parálisis cerebral que hizo que se quedara sin movimiento todo el lado izquierdo de su cuerpo.

Tardó dos años en recuperarse. Cuando salió de eso, ella fue a ver a sus hermanos. Ella pensaba que no iban a terminar sus estudios, pero cuando los vio, vio algo diferente: todos estaban estudiando menos Patricio, porque fue él quien se dedicó a mantenerlos mientras ella no estaba. Ellos le agradecieron todo. Los hermanos terminaron sus estudios y se dedicaron a cuidar la salud de su hermana.

Qué fue de sus padres, nada... siguieron viviendo su triste vida.

Verídico

*Galletas de miel**

Constanza Trinidad Aravena Castro (2° Medio)
Colegio Juan Bautista Contardi
Punta Arenas

Primer lugar regional



*P*ara saber contar hay que aprender, y para aprender hay que escuchar el dulce acento de la más tierna abuelita del mundo.

Era invierno, los árboles de verdor intenso cabeceaban alegremente al ritmo del viento. De otros árboles, una a una las hojas caían al suelo, formando remolinos de tonos amarillos y violeta. Todos parecían bailar una suave pieza invernal. Hacía frío, los dientes de Laura, Hans y Ánica parecían sonar con sus propios cascabeles. Esperaban con ansias la última campanada de la escuela para comenzar las breves vacaciones de invierno. No estaban seguros si sus padres los llevarían a la casa de su abuelita Matilde, pero presentían la buena noticia.

Matilde era una abuelita tierna y cariñosa. Vivía sola en un rincón hermoso del campo, rodeado de árboles y flores. Un alegre arroyo bajaba por la quebrada formando caídas blancas y musicales. En los días de verano, era el lugar de pesca donde los pequeños pasaban horas tratando de atrapar más de un pececito.

La abuelita también esperaba con ansias aquellas vacaciones, porque solo entonces podía tener a sus nietecitos y jugar con ellos, contarles cuentos y hacer galletas de miel.

Por fin sonó la campana. Por el corredor de la escuela corrieron los tres pequeños al encuentro de sus padres. Ánica apretó fuertemente la mano de su padre.

—¿Verdad, papito, que hoy es el último día de clases?
—preguntó.

—Sí —respondió el papá—. ¿Acaso no lo sabes?

—Sí —contestaron Laura y Hans—, pero lo que no sabemos es si nos llevarán a casa de la abuela.

Los tres niños se quedaron en silencio, casi sin respirar, esperando la ansiada respuesta. Mientras tanto, cada uno pensaba para sí: “¿Por qué papá demora tanto en responder las cosas importantes?”. Después de una larga pausa, su papá les dijo:

* Para los fines de la presente publicación, el cuento original fue acortado, respetándose la redacción e intención del autor.

—Llegando a casa se cambian la ropa, buscan sus botas negras, sus gorros de lana y mañana temprano, mamá y yo los llevaremos a casa de la abuela.

Al oír esto, a los niños les pareció que el frío había desaparecido y un calor de gozo llenó sus cuerpitos y así, saltando, llegaron a su casa felices y besaron a su mamá.

La noche se hacía interminable; se acostaron con sus botitas negras al lado de su cama. Cada uno se hundió en sus propios pensamientos, imaginando lo que haría en el campo de la abuela. Se veían bajando de la montaña trayendo leña seca con un agradable olor a resina. La vieja cocina era de color negro; había una gran pisadera frente a las puertas y en la tapa del horno estaba grabada la frase "Record 1888". Parecía ser de aquel tiempo. Sus cuatro patas hermosamente forjadas en fierro fundido sostenían aquella cocina, símbolo del horno donde siempre el calor y el pan caliente, con la sabrosa cazuela, esperaban a cada hijo. En su imaginación, los niños sentían ese aroma a galletas de miel, que la abuela siempre les tenía en el gran frasco de vidrio. Por fin se durmieron.

Ya de día, los tres, con sus botas puestas, cruzaron el corredor de la casa de la abuela. Toby, el perro grande y peludo, ladraba saludándoles, moviendo su colita muy complacido. Ánica, la más pequeña, acariciaba el lomo del gran animal que era el amigo protector de los niños. Al abrirse la puerta los niños vieron, como en sus sueños, a la abuela Maty con sus brazos abiertos, que se le hacían cortos para abrazar y acariciar las tres cabezas, locas de contentas.

Llegada la noche, Hans llenó la cocina con más leña,

Laura acomodó una silla para cada uno alrededor de la cocina, Ánica se acomodó lo más cerca que pudo a la abuelita Maty y Toby se tendió cuan largo era a los pies de los niños. La leña en el fuego sonaba y daba miles de chispas, como pequeñas estrellitas jugando en el cielo azul. Los niños trataron de contar el tiempo que duraba una chispa, pero... ¡zas!, se acabó: Su abuela sacó un tarro y, antes de abrirlo, los niños ya gritaban: "¡Galletas de miel!" Eran crocantes dulces que comían y comían.

Con su dulce y melodiosa voz, la abuela Maty comenzó a relatar un cuento:

"Hace mucho tiempo atrás, el señor Invierno viajaba por todos los árboles cubriendo de blanco todas las cosas; todo lo que tocaba se volvía blanco. Los árboles que antes danzaban se quedaban con sus ramas llenas de nieve; parecían novias esperando el toque de campanas para entrar a la boda. Pero cuando salía el sol, las hechizaba y volvían a bailar..."

Luego todo fue silencio alrededor de la cocina. Toby se durmió y tuvo su propio sueño: cómo se divertiría al día siguiente con los niños, saltando y corriendo alrededor de la casa. Roncaba tan fuerte que los niños se reían a carcajadas. Ánica se acurrucó en los brazos de la abuelita y también se durmió y así, uno a uno, se fueron durmiendo. La abuelita les quitó las botas y llevó a cada uno a su camita. Con un beso en la frente, los cubrió con un plumón de plumas blancas.

La abuela Maty era de mediana estatura, tenía el cabello de color castaño claro, los parpadeantes ojos de color verde musgo y era sabia e inteligente. Todo lo hacía ella misma: los zapatos, sombreros, zuecos...

hasta la más fina de las creaciones de vestuario. Ahora su vida era gozar con sus nietos y vivir una vida sana y tranquila en el campo. Siempre esperaba a sus nietos con algo que ella confeccionaba, como guantes o una calentita bufanda que ellos lucirían graciosamente.

En la mañana, escucharon pasos en la cocina. ¡Qué rico! Podían oler el desayuno: galletas de miel, pan calentito y leche con chocolate caliente. Hans se levantó, fue corriendo hacia la ventana y exclamó:

—¡Miren, miren! ¡Nevó, nevó!

Laura y Ánica saltaron de la cama y corrieron a la ventana aplaudiendo de gozo. De verdad había nevado y una gran capa blanca cubría el campo entero y todo estaba en silencio, como si la quieta noche continuara regalando paz y armonía. Embrujados de encanto, los niños veían cosas mágicas, como para seguir soñando. Sin esperar más, se pusieron las botas negras, sus gorros y bufandas de colores y fueron a deslizarse por la cuesta sobre un pedazo de nylon grueso. Llegaban hasta la ventana donde la abuela les esperaba con su rostro dulce, celebrando sus travesuras. Hasta Toby se unió a la alegría y jugó junto a los niños aquella mañana. Esa mañana encantada echaron a volar la imaginación, creando figuras y esculturas con la nieve.

—Yo quiero hacer la estatua de Toby —dijo Ánica.

La hizo con cuatro cubos de nieve: uno ovalado sería el cuerpo, otro más pequeño sería la cabeza. Luego dos más para las grandes orejas. Era tan parecido a él, que el mismo Toby lo rodeó por todos lados, como diciendo: “ese soy yo”. Dos pequeñas piedritas

sirvieron de ojos. Esa gran estatua se quedó ahí por muchos días.

Los niños sentían un frío intenso en las manitos y por las narices echaban humo. Sus orejas estaban rojas de frío, pero la alegría era tal que lo olvidaban todo. Desde la ventana, la abuela los miraba recordando su niñez en la nieve. Era la hora de tomar desayuno. Todo estaba listo.

—Vengan, mis pequeños —dijo.

Dos tazas de leche con chocolate, tres galletas de miel y un pan calentito con mantequilla. Sentados a la mesa, el tema era la gran plaza de esculturas que harían. Hans dijo:

—Podríamos hacer una escultura del abuelo Bruno.

—No, porque la abuela Maty se pondría triste —contestó Laura.

Al escuchar esto, la abuela sacó del baúl una gran foto antigua del abuelo y les dijo:

—Así era el abuelo: serio, franco, arrogante, pero su corazón estaba lleno de sentimientos. Él trabajó en este campo, construyó esta casa, hizo este molino de agua y viento, fabricó muebles, sillas preciosas, cajas, baúles, etc. Sí, Hans, hagamos su escultura, yo les ayudaré.

Juntaron nieve en el patio con la abuela, riendo. Mirando la foto hicieron la figura del abuelo, sin omitir detalle. Él estaría ahí por muchos días, como el invitado de honor en la plaza de esculturas.

El poder de la imaginación

Francisca Javiera Zúñiga Reyes (8° Básico)

Escuela Diego Portales

Laguna Blanca

Segundo lugar regional



Un día como cualquier otro, Elizabeth paseaba por el campo. Era una niña a la que le encantaba recorrer el mundo con su imaginación. Algunas veces combatía contra lo que parecían ser feroces bestias, pero en realidad se trataba solo de los árboles más retorcidos y antiguos del bosque; otras, escapaba de los dragones más peligrosos, pero en realidad eran solo sus perros.

Al padre no le gustaba para nada la idea de que su hija fuera tan imaginativa. Él creía que el ser imaginativo era una pérdida de tiempo: quería que su hija se dedicara a los deberes del campo. Es por eso que siempre la mantenía ocupada con cualquier trabajo.

Una mañana, mientras Elizabeth alimentaba a los caballos, apareció de la nada un hombre sangrando. Ella se asustó mucho y no supo qué hacer, así que lo llevó con su madre para que lo ayudara. Al poco tiempo el hombre se curó y, como pareció gustarle el lugar, no quiso irse. Le pidió trabajo al padre de

Elizabeth y éste le ofreció un empleo cuidando las ovejas.

Una semana después, uno de los empleados de la parcela se dio cuenta que faltaban ovejas, *por lo que fue con el padre de Elizabeth*. Al principio, éste no le dio tanta importancia, pero con el tiempo la desaparición de animales se hizo mucho más notoria, por lo que el patrón decidió aumentar las medidas de seguridad en la parcela, contratando un nochero; estaba convencido de que le estaban robando.

Pasaron varios días. Elizabeth cabalgaba despreocupadamente por los alrededores y vio al hombre al que ella había ayudado junto a otros ladrones. Estaban subiendo ovejas a un camión. La niña no supo qué hacer. Imaginó que derrotaba a los ladrones con una honda, pero como no tenía ninguna *en verdad*, se creó una con una rama y un elástico y, ya armada, sacó un manojo de espinas y las empezó a lanzar a las ruedas, imaginando que las destruía. Así, a la hora de enfrentarlos, los ladrones no podrían escapar.

Después fue por ayuda y al volver al lugar, grande fue su sorpresa al comprobar que todas las ruedas del camión realmente estaban pinchadas. Los hombres no pudieron avanzar con su camión. Por suerte, el padre de Elizabeth y los empleados pudieron llegar a tiempo para atrapar a los ladrones.

El padre de Elizabeth dio las gracias a su hija por haberle avisado. Los ladrones fueron encarcelados y las ovejas fueron devueltas a sus dueños.

La leyenda del mate

Carolina Nicole Castro Vera (6° Básico)

Escuela Diego Portales

Laguna Blanca

Tercer lugar regional



*M*ace muchos años, en un sector llamado “Villa las Nieves”, habitaban unos indios tehuelches que amaban la naturaleza y la buena convivencia entre todos. Un día fueron sorprendidos por la llegada de un hombre llamado Mateo, que andaba un poco desorientado, pues había sufrido un accidente en la montaña mientras andaba de excursión. Cuando llegó al pueblo, saludó muy amablemente a las primeras personas que vio, se presentó, pidió hablar con el jefe y le contó su situación. En el pueblo, como eran personas buenas y percibieron que él no era ninguna amenaza, lo acogieron en su comunidad y le dieron la bienvenida con comida. Curaron sus heridas y le acomodaron un lugar donde descansar. Todos los días los habitantes del pueblo le enseñaban distintas cosas; el hombre aprendía y les ayudaba en lo que podía mientras se recuperaba de su salud.

Cuando ya había pasado alrededor de un mes y medio, Mateo estaba totalmente recuperado de sus heridas, por lo que tenía que irse. Tomó la decisión de

comunicárselo a todos sus amigos que tan bien lo habían tratado. Les agradeció todo lo que habían hecho por él al aceptarlo y tratarlo como uno más de la comunidad, ya que tuvieron que alimentar una boca más y a la vez habían confiado en su persona. Para él habían sido unos días muy lindos y con maravillosos recuerdos, así que en símbolo de agradecimiento les dejó de obsequio una copa que había hecho él mismo con madera forrada en cuero, dentro de la cual había palos secos de hierbas que le daban sabor al agua que se le vertieran en ella. Además les dejó una bombilla, un objeto alargado en cuya punta había orificios pequeños por los que entraba el agua. En el otro extremo tenía una boquilla.

—Esto lo he creado yo mismo. A mí me ha servido cuando tengo frío —les dijo y se lo dio a los habitantes del pueblo en agradecimiento por su gran corazón. Después de esto, se despidió de todos y se fue.

Los tehuelches estaban ansiosos por probar el regalo, el cual bautizaron “mate” en honor a Mateo, porque ellos no podían pronunciar completamente su nombre; solo le decían Mate a su nuevo amigo.

La Punta Gusano

Gustavo Adolfo Soto Anguita (4° Básico)
Liceo Donald Mc Intyre Griffiths
Cabo de Hornos

Premio especial Pueblos Originarios



A había una vez una princesa yagana a la que le gustaba pasear en canoa por la bahía Uspushuaia (así le llamaban los yaganes a Puerto Williams). Un día la canoa varó en una roca en medio de la bahía y se levantó un fuerte oleaje que le impidió a la princesa salir nadando.

Su padre, en la costa, lloraba porque no podía ayudar a su hija. Un gusanito de mar que estaba entre las piedras, al lado suyo, le dijo:

—Yo puedo ayudarte.

El padre le dijo:

— ¿Cómo tú, tan pequeño, me podrías ayudar?

El gusanito le contestó:

—Yo puedo tragar arena, hasta crecer y crecer, alargarme y alargarme hasta llegar a la roca. Mi piel se adelgazaría, se rompería y por sobre la arena desparramada tú podrías pasar adonde está tu hija.

El padre le dijo:

—Por favor salva a mi hija.

El gusanito tragó y tragó arena, creció y creció, se alargó y alargó hasta llegar a la roca donde estaba la princesa y en ese momento se rompió su piel quedando un camino de arena, por donde pasaron la princesa y su padre. Se encontraron con un fuerte abrazo.

El padre, agradecido por el sacrificio del noble gusanito, llamó al lugar Punta Gusano; así se llama hasta estos días.

Categoría
Poesía del mundo rural



Anata

Rolando Andrés Martínez Trabucco (33 años)

Profesor

Arica

Primer lugar regional



(1)

A la *pawa* descienden gaviotas,
gorriones, *guajaches*, tortolitas
y el *yatiri* Pedro Carrasco.
Justo en frente a "La picá del chino",
la morena pela su espalda
mientras músicos *semi borrachos*
deambulan tan feroz *chocopandera*.

Al convite llegan transeúntes conmovidos;
la zurda del sol haciendo *boxing*
trae consigo pobladores,
periodistas y heladeros de reputación *mango con leche*.

Boceta un cuadro plástico la coca sobre el aguayo,
mientras el globo anuncia su canícula
y las polleras dejan ver su espíritu:
cholas desafinadas que ametrallan con la luz.

(2)

Los caporales desprenden de cuajo
su espíritu sonoro
[no habla por ellos el sol,
habla un *ch'isla* ansioso, un *niño encendido*,
un puma en posición sobre vicuñas o guanacos:
un depredador].

La tarde es una imagen de *cholitas* ebrias,
una matraca occisa
y un castaño de patas de cabra:
tobas que danzan como lumpen de hermosura
por la calle Arturo Prat.

La música se lee en las sandalias, en las aves,
en los fuegos rotos y la *alta costura: morenos con voz
de aluminio*.

El ruido de la comparsa se adivina
con un salto coordinado de gorriones.
"La *guaraca* y el *trombón*" dice borracho el alférez
(su voz es un diablo petizo y con acento de *paisa*).

(3)

Los *galanes* perfeccionan su dedo índice:
logran feroz, intermitente y emplumado solipsismo
San Martín lanza sus yeguas: muchachas de la *pobla*
que, adornadas con polleras,
sisan lo lascivo y van en busca del amor.

El día viernes primero del carnaval,
la Plaza Colón *ch'alla* sus patos yeco:
comadres que adiestran el canto
sentadas a lo largo del oficio y del verano.

(4)

La banda retumba sobre lo universal de la luz,
repica su pulso despertando
chincoles cobrizos y palomas.

A lo mucho la comparsa brincaré
lacando trompetas
y nacerá contaminada del averno
esa hija menor con sendas
magníficas brillantes buenas piernas.

"Soy la *ñusta*" debería decir,
aserrando su *mini-pollera*,
la sed que traen consigo
músicos caporales y viejos que atisban los ojos.

El resto supone sus dos nalgas hermosas
transitando en redondo por la calle San Martín
o esmerada en el arte de la pobreza -una tarde-
cuando el barrio reciba anaranjado al sol
y sus sandalias.

(5)

Las *cholas ch'allan* con pisco en la esquina de Pedro
Montt y Maipú,
se ríen a carcajadas entre músicos borrachos y
ancianos;
sus trenzas sacan provecho del sol
corrompidas de luz y colorete dicen "*ua ua*".

Las cholas golpean con sus pies pequeños,
vuelven a reír, bailan en círculos, *ch'allan*
salud "*jayaya*" dicen y están ebrias;
les importa un *comino* el trote y la moralina:
tienen apenas una tarde para ser las reinas.

Musitan sus matracas una mueca para el sol
en idioma de ninfa, las cholas *rallan la cancha*:
"*Mirko, jayaya*" dice Julia, desnúdate.
Prosperan en el paisaje como lámparas, son flores,
son *jathas*, potrancas que liberan una sed de
estrellas: *qachus*: vicuñas locas;
tienen *apenas una tarde para ser las reinas*.

(6)

Los *huascas* zurren la siniestra
sequedad de sus gargantas,
chistan los más viejos,
meten ruido con sus *tarqas*.

Zarpan los vestones
ese olor a naftalina que se acuña en los armarios
y acechando la luz, *masi*, el sol despide enjuto su
lenguaje lucífero.

(7)

El *misti*, el gringo, el chino mandarín;
los hermanos que transitan a un costado de la
comparsa,
polillas insignes, dípteros de silenciosa metralla;
la barba picona de Gustave y un cuadro vacío:
el globo, dos cuadras a la redonda,
en huelga general,
mientras *Kusi Jata* -campeones ese verano-
truenan las campanas a un costado del peñón.

(8)

Una fotografía
mostró a los Jaguares Sajama
suspendidos en el aire
como helicópteros o matapijos;
tobas que hirsutos simulan el carámbano
bajo el Taita Inti refregado veleidoso contra la ciudad.

La imagen reverbera un prodigioso teatro:
indios de plástico que luchan en la infancia,
estáticos soldados que aparentan
en su efigie una coreografía
y que disparan sus elementales herramientas
en evidente estado de luz.

Nostalgia en las alturas

Alfredo Juan Teran Calle (50 años)

Técnico mecánico

Arica

Segundo lugar regional



El bofedal marcado con mis huellas quedaba,
mirando atrás el olvido en ella dejaba.
Y tú, tolita, que te mueves con el viento
y su zumbido te hace bailar contento.
A los lejos cantaban un par de guallatas,
quizás para decirme “¿tú también por qué no cantas?”

El viento de repente se callaba.
Se compadecía que mis oídos lo escucharan,
quizás para decirme “¿por qué te has olvidado
de que naciste y te criaste con el viento y el frío
que en ese entonces te abrazaba?”

De repente el viento me azotaba para decirme
“¡Mira al frente, ahí los pechos de la madre que te
cuidaba!”
Eran el Pomerame y el Parinacota que se divisaban.
Por un instante este bello paisaje en mi memoria se
esclarecía:
piedras, pajas y tolas eran mi compañía.

Bofedales en que yo pasteaba,
pechos imponentes que siempre me miraban
junto al frío que me abrazaba
para decirme “ahí tu pueblo a quien amabas”.
Me detengo en una enorme roca, la nostalgia me
embarga
al contemplar a ese pueblo que me criaba.
La alegría de ver ese puñado de casas y... que una de
ellas me cobijaba.
Paja, tolita, piedra, bofedales que me acompañaban.

En el camino alguien me ofreció llevarme al pueblo.
“Gracias” le digo, “caminar yo quiero, recordar mi
infancia y mi estadía”.
Los recuerdos agolpan mi mente.
La nostalgia me abrazaba con el viento.
¿Cuántas veces con mi madre, de madrugada,
caminaba
con un miedo intenso que de mí se apoderaba
por la oscuridad que reinaba?

Caminaba y caminaba, al frente dos vicuñas
y a mi costado una casa solitaria.
Me esperaban para saludarme,
"ya era bueno que te acercaras".

Miraba y escuchaba cómo el viento cantaba
para decirme "falta Tuldune, la rinconada que te agitaba,
cuando en madrugada con tu madre caminabas".
El viento se calmaba, su sonido ya no estaba.
Una suave brisa me decía "camina, camina,
nada te atormenta, ahora ya es pleno día".

Ya había pasado Pogroco,
entre roqueríos una vizcacha temerosa huía.
El viento me zumbaba,
y la fuerte brisa que me empujaba
quizás le decía "huye, vizcacha, del hombre que te perseguía".

Tonada y cueca de Pica

Silvia Álvarez Di Caro (58 años)
Tecnóloga médica
Iquique

Primer lugar regional



Si no canta el cuculí
no podré verte.
Solita estoy en la chacra,
¡qué mala suerte!

Mirándome te lo pasas
y me sonrías.
Mirando... sólo mirando.
Nada me pides.

En esta canción
estamos bastante tiempo.
Y... ¿hasta cuándo?
... No lo sé.

Pero hay algo que tú ignoras
y estoy planeando hace días.
En fiestas de San Andrés
sabré si esta boca es mía.

¡Naranjas al alambique,
limón y mango!

Más rica es la guayaba
con vino blanco.

Con vino blanco ¡ay, sí!
limón y pisco.
Estoy que corto las ramas,
pero resisto.

Por fin empezó la fiesta
con trotecito.
Yo bailaba con todos
y tú solito.

Llegaba la medianoche
de aquel domingo,
cuando se emparejaron
para el cachimbo.

Creí que hacia mí venías
para invitarme.
¡Ja! Hacia la puerta de calle
para arrancarte.

Siempre así,
resbalando disimulado,
dejándome con la cara
de arenque ahumado.

Por eso que aquella noche
tan esperada,
más parecía un tango
que una tonada...

Pero cuando no soñaba
que volverías... ¡llegaste!
Y más arreglado
que un buenos días.

Así no más y con cancha
empezó la cueca;
la rueda entera me hiciste
como muñeca.

Y entre ochos y medias lunas
me fui enredando.
¡Qué lindo el zapateo
que estamos dando!

Sin pie segundo y sin aro,
de madrugada,
por la Gruta y la Cocha...
¡Ya estoy casada!

Pueblo milagroso

Silvia Álvarez Di Caro (58 años)

Tecnóloga médica

Iquique

Segundo lugar regional



Con cataplasmas de barro,
agua de radio o magnesia,
se va a sanar esta niña
en menos que cante un gallo.
Usted, señora,
sígame al pie la receta:
baños tibios de mañana
y calentitos en la noche,
leche de burra en el alba,
asado de llamo joven,
choclos de dientes muy tiernos,
corderitos a las brasas,
infusión de chachacoma...
¡Ah! Y cuando salga la luna,
que cante o recite versos.

Pero usted me asegura
que así, cubierta de barro,
y con todo eso que dice...
¿irá a quedar como nueva?
¿Cómo sabe tantas cosas?

Yo soy el doctor del barrio
y a todos los que aquí llegan
buscando paz o salud,
les doy la misma receta,
que tiene mucha virtud.
¿Ignora usted que estas aguas
Dios mismo las escogió
para sanar toda herida
de enfermedad o de amor?

No, no sabía esas cosas.

Pues ya lo sabe, señora
Mamiña, es algo sagrado.
Como una dulce doncella
en cuyos ojos hermosos
se deleitan las estrellas.

Bien... seguiré sus consejos.
¿Me dice por dónde llego
hasta el pueblo?

Tome el sendero del valle
hasta llegar donde Estica.
No se apresure en las cuestras,
pase a los baños de Ipla.

Después Cholele o Madani
le arrendarán un borrico
para salir de paseo.
Si desea comprar cuyes,
los halla donde Caqueo.

Así, llegará a la plaza
y dando la vuelta,
al almacén del compadre
Capetillo.

Si gusta, usted aprovecha
de comprar ricos membrillos,
peras de pascua o granadas,
y a lo mejor un quesillo
de cabra, muy saladito.

Madre e hija caminando
por senderos de Mamiña,
gozan la gloria del valle,
las dos se sienten chiquillas.
Las mira pasar un cónsul,
un albañil, un poeta,
franceses y portugueses,
un inglés, un italiano,
y aunque no lo crea la gente
las mira hasta un presidente.

Postal de un atardecer en el valle del Huasco

Robinson Rodolfo Pérez Cuadra (32 años)
Profesor de Educación General Básica
Vallenar

Primer lugar regional



Las parras ensombrecen su bordado
en una roja tarde de mi valle;
los viejos cerros muestran su alto talle
y el viento caprichoso llega alado.

Los campos se disfrazan de dorado
pintando su nostalgia con detalle;
el tacho se prepara sin que falle
un rico pan a leña y amasado.

Las tencas ya descansan de su vuelo
y apagan su armoniosa melodía,
fugaz la luz se irá del breve cielo.

Se confunde la noche con el día
mientras mis pasos crujen en el suelo
con los ecos del Huasco en agonía.

Colla soy

Adriana Elvira Godoy Guiroux (68 años)
Profesora jubilada
Copiapó

Segundo lugar regional



Conservo linaje de mis ancestros,
que lo mezclaron con otra raza.
El sol pintó mi piel morena y rasgos
con nativos, arroje de chañar y pasas.

Cuando niña conocí la cordillera de Manflas,
mis pies desnudos la nieve saborearon.
Con alicientes aromáticos de mollaca
las aguas de una vertiente me empaparon.

Crecí entre frutales y el calor de las arenas,
la fuerza del río, le canta a daines y breas.
A orillas conversan, taguas, gorriones y tencas
mientras juegan, pican las uvas y brevas.

Así de hermosa era la vida de los hijos collas:
libres como el viento en su comarca
con sus aves, animales y tiznadas ollas,
haciendo sus quesos con la leche de cabras.

Con sabias tradiciones estaban las cabezas:
enseñaban a los jóvenes a esquilas las ovejas
haciendo el hilado en el huso y en la rueca
para ser teñidas y convertidas en madejas.

Poner sobre las estrellas a la tierra querida,
agradeciendo sus frutos y bendiciones.
Cantando alegres y felices de recibirla
traspasarla a generaciones posteriores.

Como estrellas lucen su vestuario occidental,
laboran las minas, las yerbas curativas y pastoreo.
De los conquistadores heredaron el español;
pocos quedan que usan y saben su dialecto.

Migraron buscando trabajo en centros mineros,
educación para sus hijos y asiento en la ciudad.
Hoy empleados, profesionales y obreros,
viven unidos, sin olvidar dónde emergieron.

Del grillo que murió

Mario Ovidio Vega Navea (43 años)
Técnico de nivel superior en enfermería
Combarbalá

Primer lugar regional



A la muerte del grillo,
viene bajando el cortejo:
Cuatro luciérnagas brillantes,
con una antorcha en el pecho,
le pusieron una sotana oscura
y un rosario de soneto
que le entona tristemente
el grillo más viejo.

A la muerte del grillo,
le acompañan en silencio
la termita más anciana
y el chanchito jardinero,
cada uno dando voces
de las virtudes del funesto.
Unas decían ¡Santo, Santo...!
Las otras, las desgracias del muerto.

A la muerte del grillo,
le acompañaron a vuelo lento
las golondrinas enlutadas
y los atormentados jilgueros;
unas urdiendo rezos,

otros salmos y desesperos.
Cada una con sus culpas,
cada uno con sus misterios.

A la muerte del grillo,
le cantaron los chircales del cerro
y las langostas temporeras.
Le reverenciaron con el sombrero:
unas hacían votos para el cielo
otros feos para el infierno.
Cada una según sus virtudes,
cada uno según sus miedos.

A la muerte del grillo,
le cantaron bajo la luna llena
letanías y sacramentos
y lo pusieron en una urna
de carbonillo sonajero
para que, al pasar por la alcaparra,
creyeran que estaba despierto.
El grillo enamorado que cantaba por las noches,
pasará sus días durmiendo.

La súplica del cabrero

Grimaldina Inelia Araya Astudillo (77 años)

Dueña de casa

Ovalle

Segundo lugar regional



Señor, tú sabes que soy un humilde cabrero
que con angustia miro el sufrir de mi ganado,
porque no hay ni una brizna de reseco pasto
con qué alimentarlo en este desolado campo.

Ya están fastidiadas de masticar sólo el polvo
en las cimas; todo está extinto allá en las lomas,
porque el sol con dedos de fuego evapora el rocío
que calma y refresca la sed que sus lenguas devora.

Tú eres un Padre bondadoso, bueno y compasivo
que de la nada concebiste nuestra madre tierra;
en ella dejaste al hombre, océanos y montañas
y para los pobres dejaste las útiles cabras.

¡Tus designios no entiendo, ni por qué has consentido
que cierren las represas llenas del Éter divino!
Ya no hay ramoneo, ni un pellizco de áspera paja
para apaciguar el hambre de sus rugientes panzas.

Al balar parece que imploran que les des por piedad
de esa bebida, de esa esencia deliciosa y fresca
de la que el avaro San Isidro solamente es dueño:
el santo mezquino puso llave a los ríos del cielo.

¡Por piedad, ordénale que abra todas las compuertas!
De Ti depende que mande un copioso aguacero
para que verdeen los desnudos y resecos cerros
y que sus laderas se cubran de sabrosas hierbas.

Para que atiborren sus tripas que están en ayuno
desde hace tanto tiempo junto a pastores y perros.
¡Qué ganas de verlas triscando tornar al aprisco
parando sus tiernas colitas de puro contento!

Porque se hartaron en los llanos con verdes rastrojos
que rumiaron alegres en faldas, colinas y cerros.
Pero... esto no es más que un bello y quimérico sueño.
¡Nerviosos y amargos caprichos de un pobre cabrero!
Que no entiende nada de tus intrincados misterios,
ni por qué huele olor a muerte allá en los oteros.
Yo me desespero cuando al ordeñarlas no sueltan
ni una gota de leche sus ubres mustias y magras.

Los guachitos maman ansiosos su seco pellejo,
están desnutridos, ya no son más que piel y huesos.
Tristes, sin esperanza, lanzan medrosos balidos;
da pena verlos, muertos de hambre, caer abatidos.

A Ti, Rey de los Cielos, alzan sus frágiles cuellos.
Acaba con la sed y el hambre de mis dulces cabras;
ellas son lo más amado que tengo bajo este cielo,
alza el castigo, colma de agua sus abrevaderos.

Tú sabes que falta de todo en la pobre majada,
se acabó la comida y el agua, ya no queda nada.
Si cuidas a mi tierna familia, te juro por ellas,
colgaré pecados y penas allá en las estrellas.

Señor, si Tú me las diste, ¿por qué me las quitas?
Si sabes que ellas son sagradas y que son mis hijas.
No dejes que mueran; son tan dulces y tiernas
y son lo único que tengo en este pedazo de tierra.

Paisaje andino

Héctor Juan Caiceo Pineda (73 años)

Pensionado

Los Andes

Primer lugar regional



Colgado al mirar de mi ventana,
admiré la belleza de mi tierra,
me bañé con el sol de la mañana,
me empapé de la fragancia de sus sierras.
De mi paisaje andino,
guardé *tesoroso* la lágrima del sauce,
recordé el sabor de su chicha y vino
y escuché al río cantar en su cauce.

Me perdí entre tantos parronales
de sarmientos tejidos,
con cantores zorzales
y verdes racimos que brotan erguidos.
Más allá, un pomposo sauce de pelo rameado
que le cuelga al suelo,
se peina al viento tumbado
con agitado anhelo.

Susurrante, el río corre ahora
sin apuro, fresco besa una mata de quilo,
también abraza una roca, la caricia y enamora;
un arriero en su caballo, el caudal lo cruza en vilo.

Es primavera, cientos de pájaros en alborotado vuelo
trinan felices, yendo de flor en flor;
una acuarela de plumas posa el prado sin recelo
y en la ribera dos garzas se pican jurando amor.

En lontananza nuestra cordillera
sobresale imponente,
encumbrada y señora
escarpada, resplandeciente,
que de nieve cuajada luce blanco velo.
Asombra y desconcierta un cerro,
porque se empina hacia el cielo
y adivina si es que llueve anticipando su cerro.

Vago sin rumbo, sólo con mi campo en mente,
descubriendo en sus valles desconocidos
el sabor de la vertiente,
el azabache, maquis, el guindal florido,
la enmarañada zarzamora,
un viejo peral que es leño,
la menta y el toronjil; olores que uno añora,
bajo un frondoso maitén tendido descanso y sueño.

Ensimismado, me asusto de un águila en vuelo
 mientras una iguana arrastra el tornasol de su cuero
 y una liebre huye como esquivando el suelo.
 Lejos, en la quebrada metido,
 orgulloso luce su traje un zorro
 a su hembra y su crío.
 Mas una loica se baña en un límpido arroyuelo
 cubierto de tierno berro
 y deslumbra con su pecho, rojo de loco albedrío.
 Hablo mudo en mi soledad inmensa
 con el campo que me huele a mil diferentes hierbas,
 con la nube alta y densa, de blancos corderos en
 trenzas,
 con el caprichoso alero que, prendido a la cantera, es
 de aguacero defensa,
 con el viento en remolino que me amenaza
 silbante,
 con la fértil tierra virgen que achicharrada se
 quiebra,
 con el estero, loca hebra siempre azul y tan
 brillante.

Toda la misteriosa naturaleza
 parece que ríe, canta, vive, crece,
 hasta baila la maleza;
 el calor devora la flora y la llueva, la recrece.
 El árbol agita sus hojas, la roca escala la cima,
 al espino le trasciende su flor, perfume amarillo,
 el quillay siente su peso que a su ramaje lastima,
 un rojo peumal desfila frente a matas de clavillo.

Alertan y muerden el silencio varios
 ladridos de perro,
 un cabrío cual rosario
 pasta fiel besando el cerro.
 Tenue a mi oído llega gorjear de codornices,
 un manto plomo de tórtolas para un nudoso
 algarrobo,
 en tupido talhuenal, pían pollonas perdices
 y una tenca que hace nido cuenta sus huevos si hay
 robo.

Deslumbrado, retorno por una ladera
 sorprendiéndome un tren que, trepado al horizonte,
 emerge de la cordillera,
 viniendo con rojo metal de las entrañas del monte.
 Cenicienta carretera culebrea jugando
 como si echara carrera
 y en un correr, sube y baja; hondonadas van cruzando.
 El tren traquetea lento: es tanto el cobre que lleva
 que chirrea y no acelera.

Ya es tarde, casi todo al mirador escapa.
 La penumbra sin privilegios extiende sus negros
 brazos,
 lentamente mi tierra andina se opaca
 desvaneciendo nuestros lazos.
 El sol distante, cansado de su largo paso,
 con encendido rubor
 se incrusta al mar en el ocaso
 y herido, vierte su sangre en nubes de arrebol.

Carreras a la chilena

Carlos Leonel Arredondo Torreblanca (47 años)
Montaje industrial, técnico agrícola y cantor popular
Quilpué

Segundo lugar regional



En todo Chile se hablaba de ese mentado caballo,
muy ligero de sus patas, de su pelaje, era bayo.
Era la mejor estampa que le he visto a un animal,
todos querían conocerlo, se llamaba "El Semental".
Generalmente en el campo las apuestas son muy
buenas;
en todo Chile se hacen carreras a la chilena
En la comuna de Los Vilos, debajo de una enramada,
estaba junto a mis taitas cuando escuché la
nombrada
Ajue, ¿supiste la nueva? Alguien te lo dijo a ti:
el 27 de julio hay carrera en Guangualí
Alguna vez, dijo el Chalo, esto tendría que pasar
Corre el mejor caballo, el llamado Semental
¿Y quién es el Semental?, dije yo y casi me pegan
Es hijo de yegua turca y de potro de Inglaterra
En todo Chile ha ganado, desde Arica a Punta Arenas
Al último desafiante, lo cortó y fue en la Serena
Cuando compraron al Potro, era para tener crías
Pero mataba las yeguas o las dejaba heridas

Lo caparon y sus cosas cortaron al animal
Solo le quedo su nombre el mentado Semental
Lo llevaron a la cancha y corría como el viento
Ganó en los ciento cincuenta y también en los
doscientos
Así se hizo famoso, ya nadie lo desafiaba
Los metros que le pusieran, siempre ganaba o ganaba
Y venía a Guangualí a hacer una exhibición
Había tres carreras antes, luego venía el campeón

¡Taita! Présteme su potro, dije un día a Carmelito
¿Que no *sabís* que esta *espia'o*?, me respondió
despacito
¡Alguno de los caballos!
¡Pero si están en talaje!
Bueno y ¿la Yegua Rosilla?
Esa ¡tampoco la traje!
¿Y la Cariblanca, viejo?
¡No, la presté con la mula!
Pucha ¿cuál vas a prestarme?

¡Si no me queda ninguna!
 Bueno ¡te queda el Mulato! ¡También El Macho Rosillo!
 Se lo acaban de llevar, Pablo y el Manuel Huesillo
 Bueno y ¿la yegua Chonga, esa de crin colorada?
 ¡Esa te la prestaría, pero justo está preñada!
 Ta' por cumplir nueve meses de preñez justo este día
 y en gestación no se monta, o ¡se morirá la cría!
 Présteme esa que sea, si camino despacito
 ¿*Vos tai'* más loco, Ajuerino?, me respondió rapidito
 ¡Si no se puede *po's*, oh! No se le pone montura
 ¡No importa! Me voy a pelo y la amarro donde el Cura
 Tanto le rogué a mi taita, que la tuvo que prestar
 Y me fui a las carreras, para ver al Semental
 Iba con la mejor pinta que me hizo doña Amada
 Y llegue a Guangualí en una yegua preñada
 Cuando pasaba El Campeón, las personas lo admiraban
 ¡Qué hermoso es el Semental! Y el dueño fanfarroneaba
 Cuando pasaba otra vez, toda la gente aplaudía
 Y el dueño, nuevamente, vociferaba y decía
 ¡Ya pues! ¿Cuál va a ser el hombre que le corra a mi caballo?
 Doy treinta metros de ventaja... ¡Igual les gana mi bayo!

Les pago cuarenta a uno y los espero en la esquina
 Córrale usted a mi caballo. ¡Ya *po'*, *iñor*, no sea gallina!
 ¿Hay aquí puros cobardes? Y echaba su braveza
 Y la gente se callaba y agachaba la cabeza
 Ahí yo grité de un lado, sacando la voz del pueblo
 ¡Oye, viejo cachiporra! Yo le corro a tu jamelgo
 ¿Quieres correr? ¡Pues corramos! Y vas a ver perejil
 Pero no doscientos metros, ¡correremos cinco mil!
 Él se puso colorado y dijo con voz airada
 ¿Vos en qué vas a correrme? ¿En esa yegua preñada?
 Y se comenzó a reír y dijo muy convencido
 Que se hagan las apuestas: ¡será a *caballo perdido*!

Nos pusimos en el comienzo, por mi honor o lo que fuera
 Alguien nos dio la partida y comenzó la carrera
 Como íbamos hacia mi casa, mi yegua casi volaba
 Mientras que el semental muy atrás se nos quedaba
 Como a los tres mil metros, me volví de cara al viento
 Y vi que El Semental, recién venía en los quinientos
 Como a los cuatro mil metros, ahí me quise morir
 Mi yegua se tiró al suelo y comenzó a parir
 ¡Por la cresta! ¡Pobre bruto! ¡Qué irá a decir mi *taitita*!
 Mientras rasco su cabeza y le sobo su guatita
 Ta'ba naciendo el potrillo, cuando pasó por mi lado

El Semental y su dueño, riéndose muy sobrado
 ¡Ajue, te espero en la meta! Y me levantó la mano
 Y yo me quedé pensando cómo ganarle al fulano
 Nació el potrillo más lindo que existe en este planeta
 Y la yegua lo alimenta y al momento le da teta
 Me acerco sobre la yegua para sacarle las bridas
 La jáquima con las riendas, para hacer mi acometida
 Voy y le pongo las riendas a ese hermoso potrillo
 Enseguida monto a pelo, y me voy detrás del pillo
 Yo divisé el Semental donde vive Marcoleta
 Faltando doscientos metros para llegar a la meta
 El dueño súper confiado por tener sus galardones
 Y yo en mi lindo potrillo pisándole los talones
 Llegué al lado del caballo, como a quinientos por hora
 Lo saludé con la mano y me reí sin demora
 Faltaban cincuenta metros y estábamos parejitos
 ¿Cuál de los dos ganaría? ¿Semental o Potrillito?
 Le gané por cuatro cuerpos y gané mucho dinero
 Porque nadie se esperaba que yo llegara primero
 Como fue a Manco *perdío*, yo me gané al Semental
 Porque ¡el potrillo es mejor! Nadie lo puede negar
 Generalmente en el campo las apuestas son muy buenas
 En todo Chile se hacen carreras a la chilena.

El chueco Daniel

Marcela Ivanny Donoso Marín (41 años)

Dueña de casa

Buín

Primer lugar regional



Este era un hombre pícaro
que le gustaba pasarla bien.
Amigo de todo el pueblo,
le decían el chueco Daniel.

De estirpe humilde y *sufría*.
La polio hizo mella en él,
dejándolo *pa'* la historia,
apenas empezaba a crecer.

No se echó a morir por eso
y grande se lanzó a la vida;
y *pa'* pagar *too* los vicios,
cualquier cosa él vendía.

Plantas, flores y frutales;
Cuescos 'e palta y durazno.
Y con plata en la *pirgua*,
se iba a echar unos tragos.

En la quinta Los Rosales,
una *cheylo* tenía *embolao*;
y unos cuantos agarrones,
al trasero le había dado.

Ella se hacía la lesa.
El chueco era buen cliente
y siempre a su billetera
trataba de hincarle el diente.

Daniel no soltaba prenda
y se hacía el interesante.
"¡Si se acuesta conmigo,
le doy un billete grande!"

Ella siempre se le corría.
¡El chueco era tan *re feo!*
Con su cuerpo retorcido,
que parecía un adefesio.

“¡En *después* po', Chueco!",
le decía por lo bajo.
Lo engatusaba con vino,
cuando se botaba a lacho.

Un día a este *galanazo*
trajo una carta un *guaina*.
Le mandaban notificar
que había muerto su taita.

El mismo que no viera
desde que dejó a su madre.
¡Resultó que el viejo era rico
y le dejaba media parte!

De ser un roto atorrante,
pasó a parecer un *jutre*.
¡Se creía el *hoyo del queque!*
y le pusieron “El Chute”.

Baño, afeitao y oloroso
ante su chey se presentó.
Ella lo miró con otros ojos,
hasta *encachao* lo halló.

“¡Ya *po'*, Rosita linda,
no se haga *tanto* 'e rogar!”
Ella le emboló la perdiz,
pues tenía su *peor es ná*.

Le decían el Pato Malo.
Un cafique *malagestao*.
Ladrón como gato 'e campo
y por cuatrero buscao.

A ella no le quedaba otra,
pues aunque lo aborrecía,
del hombre no podía zafarse.
El miedo se lo impedía.

El Chute con paciencia
a su *chey* la conquistó.
Muy limpio y *cacharpeado*,
por las tardes la visitó.

Con regalos y atenciones,
los maltratos remplazó.
A cada *fleta* del cafique,
con flores él consoló.

Daniel le confesó a Rosa
que tenía su plata enterrada.
Ella se lo dijo al cafique,
que la tenía amenazada.

El Pato Malo ideó un plan
para robarle al Chueco,
que estaría con la Rosa,
mientras él con el entierro.

¡Pero el Chute no era gil
y veía debajo del agua!
Lo del entierro era falso,
solo una pícara trampa.

En la casa del Chute,
el cañiche encontró un cofre.
En eso llegaron los pacos.
¡Se lo llevaron del cogote!

Él no pudo defenderse,
por su fama 'e ratero.
A ellos habían avisado
onde estaba el cuatrero.

Se lo llevaron *precioso*
y nunca más regresó.
Daniel se fue con su *chey*
hacia un pueblo mayor.

Ahí debe estar *tobía*,
disfrutando su fortuna;
Él, que chueco y feo,
supo hacer de las suyas.

Vacaciones escolares

Erick Gil Cornejo (35 años)
Técnico superior en electricidad
Pirque

Segundo lugar regional



*El respeto y la enseñanza
Con cariño y disciplina,
Mis abuelos me entregaron
A la usanza campesina.*

1

En verano o en invierno,
la casa de los abuelos
acogía con anhelos
de humildad y amor materno.
Dejando atrás lo moderno,
esos meses de crianza,
entre juegos y labranza,
a cada instante del día
se observaba y se aprendía
el respeto y la enseñanza.

2

Antes que el sol despuntara,
doña Irene y don Humberto

amasaban con acierto
el pan que me alimentara.
Mate o leche se prepara
al fogón de la cocina
mientras la olla rechina;
el amor es condimento
que adoba los alimentos
con cariño y disciplina.

3

El gallinero escudriño
y el maíz hay que moler,
los huevitos recoger,
en orden la leña apiño.
Acompañó siendo un niño,
en la chacra y su sembrado,
disfruto lo cosechado
con esfuerzo en tierra ajena,
la constancia y la fe plena
mis abuelos me entregaron.

4

Era el recreo habitual
fantasear por los potreros,
recorriendo los senderos,
trepar un viejo nogal.
Refrescarse en el canal
con sus aguas cristalinas;
el caudal bien se domina,
con los botes de chancletas
se inventaba jugarreta
a la usanza campesina.

Despedía

En el valle 'el Aconcagua,
el poblado de los Andes,
hoy el asfalto se expande;
turbia también está el agua.
Donde me crié de guagua,
sólo me queda el consuelo
que este camino que enrielo
a los recuerdos se aferra,
y este apego por la tierra
agradezco a mis abuelos.

Viene el hijo

Luis Humberto Fuentes Castro (47 años)
Asesor de familias vulnerables en programas sociales
Marchigue

Primer lugar regional
Segundo lugar nacional



"Viejo, a fin de mes viene el Lucho,
hay que hacer una buena cazuela;
harina tostada todavía me queda,
los huevos no son muchos.
Las lechugas están harto buenas,
porque soy yo quien las riega."

"Señora, para cuando él venga,
le diré que piquemos la noria,
tendré lista la picota y la sogá
para que no se aburra y se entretenga."
"Viejo, quedará para la historia."
"No importa, así no pierde la memoria."

"También otra ayuda necesitare
para arreglar firme el parrón;
hay que aprovechar la ocasión,
mil adobes con él cortaré
para hacer la pieza en el corredor.
Estoy seguro, que nunca dirá no."

Llega el día más esperado,
el Bobby está más contento:
ladra, mueve la cola, sale corriendo.
El hijo mayor ha llegado,
lágrimas, abrazos, todos riendo...
y la bolsa de dulces se va abriendo.

"Sí, mamá, estoy bien allá
y las notas son buenas;
como las que tenía en la escuela.
Es difícil la universidad;
y no tenga más pena,
usted sabe que el tiempo vuela."

Conversación, pausas, silencio.
La madre atiza el fuego,
el pan estará muy luego.
Ella sabe muy adentro
que él levantó el vuelo;
pedir a Dios lo mejor, es su ruego.

El padre demuestra ser fuerte,
tranquilo, siempre grande,
obrero, trabajador gigante.
Desea a sus hijos mejor suerte.
Ella es sencilla, adorable,
de once chiquillos, es madre.

Van pasando los días.
El estudiante recorre la tierra,
huele infancia, flores, yerbas,
recuerdos, nostalgia, alegrías,
niños jugando a la guerra;
en su sangre, orgullo de campesino lleva.

"Adiós, mamita querida,
me debo ir para volver.
Que estén todos muy bien."

Abrazos, lágrimas en la despedida.
La madre se aleja también:
hay llanto, ella mira el cielo... amén.

Una parte del hijo ahí ha quedado.
el Bobby, cabizbajo y quieta la cola.
Miradas, silencio, a esa hora;
no está tan rico el pan amasado,
pero sí tendrá más agua la noria;
"¡Mamá, por qué sigue ahí tan sola!"

Un nudo en la garganta se aleja,
el bolso más lleno que cuando llegó.
Lleva ternura, pan y amor.
Tierra, esteros, amigos... atrás deja.
La gallina cogote pelado también quedó,
la única feliz, porque otra vez se salvó.

Entre higos y adivinanzas

Gilda Alejandra Pérez Madrid (26 años)

Terapeuta complementaria

Coinco

Segundo lugar regional



A mi Tata Cuco

Camino van de la mano
la nieta con su abuelito,
que harto ni que poquito
andaban pasito a paso.
El sol, como este era el caso,
en medio del cielo estaba
y a ambos les entregaba
cobijos de esos de ensueño,
igual que perro con dueño
de tanto que les gustaba.

Recién ya bajaron higos.
Los comen sentados, quietos
en medio del patio eterno
en casa del buen don Pinto.
Y en medio de los jacintos,
recitan sus poesías
que tienen de alegoría

Lo mismo que yo de anciana
que miro todo, encantada
gozando, aunque sea una cría.
Le dijo todos los rezos
que la niña recitaba,
y juntos los dos cantaban
jugando a hacerse los lesos.
Dijeron todos los versos
de esos que te dan risa,
los que hay que decir de prisa
pa' que se trabe la lengua,
sacando siempre la cuenta
de quien todo lo analiza.

Y así iba pasando el día,
jugando con los chincoles,
igual que con los pichones
que arrojan su melodía.
Es que para hacer porfía
la gente y los animales

parecen todos iguales
cuando quieren ser contentos;
que viene de nacimiento
llorar cuando tienen males.

Por eso yo lloro un tanto:
que no es pena, es de gozo,
pues siento que al fin el pozo
de duelo se va cerrando.
Que ahora voy confesando,
después de tantito tiempo,
que tengo grande el recuerdo
de quien yo saqué la maña
de andar, como las arañas,
tejiendo historias y cuentos.

Trasplantado

José Patricio Gajardo Quintana (56 años)

Profesor rural

Linares

Primer lugar regional



Antonio, el del puente grande
al lado de la *quebrá*,
este año se fue *pa'l* pueblo.
Antonio no vuelve más.
Atrás quedaron los bosques,
las aves, los animales.
La luna, tan fiel amiga,
lo llora por los trigales.
La vieja toca tonadas,
historias de antigüedad.
Los trinos se sienten lejos,
no llegan a la ciudad.
Antonio se fue del campo,
del campo hasta la ciudad.
Llevaba un anhelo grande,
después lo olvidará.

Pasó por el puente Cimbra,
dijo adiós a Chupallar.

Las casa de Roblería,
raudo lo vio pasar:
"Amigos de Embalse Ancoa,
me voy para la ciudad.
Mis padres me mandan lejos,
dejo triste mi lugar."

Cuando Antonio fue *pa'l* pueblo,
su madre lo fue a dejar.
Su tata se quedó triste,
el recuerdo lo hace llorar.
Antonio cambió sus ropas
por otras de la ciudad.
También cambió sus costumbres,
hasta la forma de hablar.
Antonio es un trasplantado
al ruido de la ciudad.
Perdió hasta sus raíces,
no sabe ni quién será.

A un campesino muerto

Jorge Luis León Labra (36 años)

Profesor

Longaví

Segundo lugar regional



Existe una tierra que tú cultivaste
que yo, incluso cuando la vejez me azote,
no pretendo abandonar.

Una tierra donde construiré
mi casa, si la señora muerte no habla antes.
Una tierra en la que mis hijos probarán sus primeros
pasos.
No crecen en ella el maíz, ni las legumbres,
ni las hortalizas que llenaron nuestros platos
y que fueron la consecuencia feliz de tus manos
que no dejaron su labor hasta que llegó la
enfermedad, como
una oscuridad que te sacó por la eternidad de
nuestro lado.

Sólo el viento se mece sobre los pastos donde las
aveshan llegado a anidar, sin el recuerdo de tus
tardes de azadón
bajo el sol que no te hacía desistir.

Quedan tu casa, las cercas que tú levantaste, los
árboles
que en largas tardes te conocieron y que hoy envidian
los amigos de las astillas y los tractores y el hacha.

Quedan tus herramientas que duermen en los
rincones;
quedan el mate y la pequeña radio a pilas que
te acompañaron en el descanso.

Hay una tierra en la que pasearme quiero, hasta que
la hora sea
de ir al encuentro del polvo y el gusano que
convierten
a los hombres en la sombra de un sueño.

Cawinkura Madre

Erik Radomiro Varas Manríquez (34 años)

Profesor

Chillán

Primer lugar regional



ORFELINA LINCURA

I

Ella vive a lo largo del río Lebu
siente sus aguas azules
donde brotan los hijos de sus hijos
donde ríe el viento envuelto en sus piñones.

II

Orfelina lleva la tristeza del carbón piedra
en su vestido para misa en domingo,
en su delantal a cuadros,
en la batea de hualle
donde amasa el pan de todos los sueños.

III

La Quelina de muy pequeña
punzó el ojo de Dios con el suyo propio,
mientras que con el ojo bueno
acarició el universo del suspiro
en parpadeos de lluvia y barro.

IV

Orfelina con serenidad aguarda
el retoño de la última noche
para anidar esas antiguas miradas
en el follaje astral del canelo.

V

Su nombre, remojado en la ruda,
descansará en repeticiones de historias,
en repeticiones de ancestros
y en todos los cantos que recoja
la marea
sobre
la tierra.

MARÍA HUENTEN

I

La María nació para ser tejedora,
como todas las mujeres de su familia;
hilar la vida con la muerte
fibra a fibra, lana a lana.

Enormes telares
y el yapan transmitido
fueron toda su herencia,
sin otra ceremonia
que el mismo cosmos.

II
Amanece en ella el día
para rescatar las brasas
que cada noche la memoria
cubre cenizamente.

III
María desgrana el sol
en un haz de luz
que germina hambriento
la roca, la ignorancia.

Zurce treguas
a la pobreza
con pétalos que caen
como cuerpos líquidos
tocando manos curtidas,
secas al humo del miedo.

ROSA CUMILEF

I
Piwichen anuncia sigiloso
a la machi Rosa por los caminos;
ella conoce el espíritu de las plantas
que recoge con el latido de su *kultrun*.

II
A Rosa le nacen espigas de trigo
que ondean en su cabellera ceniza,
le crecen cogollos de poleo y toronjil entre sus dedos.
Ella inventa el rocío cada mañana,
en el que labra su rostro y su sombra.

III
Trémulas rogativas,
trances que acarician la muerte,
prófugas ánimas
proscritas de estas tierras,
kultrun y *rehue*,
trueno y agua
nutren el poder
de la *ñña* Rosa.

ANITA COLOANE

I

Anita tiene 9 años y está en cuarto grado;
ella no conoce el campo.
Nunca ha salido de Concepción,
como si salir de ahí
fuese caer al abismo.

II

Anita sueña con culebras
que la amarran a la cama
y escucha voces de luna y mar.
No entiende de sueños,
pero siente una honda paradoja
dentro de sí misma.

III

Anita aún desconoce su origen mapuche,
no sabe que en su sangre hierve el valor,
el orgullo de la tierra,
la fuerza cardinal del bosque.

Sin embrago, en algún momento,
ella encontrará la huella
para continuar los pasos
con la historia de su pueblo:
la libertad del WALLMAPU.

Cotidiano amanecer

Mario Alfredo Sepúlveda Pérez (51 años)

Soldador

Concepción

Segundo lugar regional



Me puse el fiel poncho negro.
Negro como la noche que me habita,
el viejo lazo
cae lánguido en mi hombro;
Me saludó una constelación de estrellas
y mis cuatro somnolientos perros.

Bajo el poncho, mis poros y vellos
erizados de frío.
Al cinto, mi corvo
reposa su agudeza.
Camino entre el alevoso puelche
que fustiga mi rostro sin piedad.

La luna trémula de escarcha.
Soslayó los charcos de cristales
y el raudo arroyo que rumorea de frío.
Soslayó el resbaloso lodazal del sendero

y el largo pasto ungido de rocío.
Con diestras pinceladas
en la lobreguez inmensa plateó luego
los boldos, los maquis, los litres y avellanos
para tumbarse entre hamaca de retamas
y contemplar extasiada su obra.

Transpuesta de sombras y de noche,
despertó sobresaltada
ante el gemido que arranca
el viento a los melancólicos
árboles plateados de noche y de luna.
Noche, entre raíz y corteza.
Luna, entre hojas y ganchos.
Y arriba sobre sus copas
el crepúsculo hacedor de luz
los coronó con pequeñas
gotas de cristales dorados.

La noche
humedeció los labios
en las frescas lágrimas de los eucaliptos.
Sigilosa, quitó la oscura seda,
desertando de la luna.
¡Quedó pálida, sola y desnuda!

Y olvidándome de la brumosa
cortina que me envuelve,
de la lluvia de lágrimas,
del emergente olor a poleo y menta fresca,
miro las bestias que pastan mustias
lanzando violentas y tibias vaharadas.

Me miro y me siento fauno
en este bosque de deidades
¡y me evado!
del arado y de la leña,
de la siembra y la cosecha...

La Machi Misiá Manuela

Joel Segundo Guzmán Yañez (79 años)

Jubilado

Lautaro

Primer lugar regional



Arriba en la cercaña,
cerca del cielo y de Dios,
donde el puma señorea
y el cóndor tiende su vuelo,
en una ruca cualquiera
hecha de barro y totora,
se está muriendo la Machi,
la machi misiá Manuela...

En su lecho desteñado,
tálamo, sepulcro y nido,
allí entre las sábanas grises
yace su cuerpo rendido.
Su vida se apaga lenta
como lumbre de un ocaso,
y como flor que fenece
sobre una tumba olvidada,
se ha de quedar dormida,
se ha de quedar callada.

Que "cuiden mucho al cabrío
y a su nieto preferido",
balbucea silenciosa
en su último deseo.
El lonco calla con besos
los labios de su Manuela..
"No te preocupes, mujer,
por el *ganao* y el *crío*,
que yo cuidaré de ambos
cuando te hayas *dormío*."

Hembra bien esculpida
por los rigores del tiempo;
fibrosa como un puma
y de deseos ardientes,
era de moza la india
cuando el lonco la cortejó.

Con pasión le devolvió el beso

que una tarde le robó,
 en medio de los copihues
 sin más testigo que Dios.

Ávido se sintió el indio
 por sentir su piel morena,
 y antes que rutilaran en el cielo las estrellas,
 se bebió de un solo trago
 las ganas de la Manuela...
 Ella, henchida y ufana,
 entre sus brazos se durmió.
 "Que así me encuentre la muerte",
 al tata Dios le rogó
 y en la corteza de un roble,
 el molde de un corazón
 tiene grabadas dos letras
 y una promesa de amor.

Como árbol viejo que muda
 las estaciones del tiempo,
 las hojas del calendario
 fueron cayeron en silencio;
 la machi curaba las penas
 con hierbas del pajonal;
 y los males de los brujos
 con poción y con rituales,
 pero nadie le curó a ella
 ninguna de tantas penas,
 por eso se muere ahora
 la machi misiá Manuela...

El lonco labra las tablas
 que han de servir de cajón;
 será un sepulcro sencillo
 donde repose su amor.
 Afuera lloran los indios
 y su llanto es un lamento
 que se confunde en la noche
 con los silbidos del viento.
 Trágicos aúllan los perros
 y el chonchón grita tres veces...
 son augurios de la muerte,
 son señales que no mienten.

Arriba en la serranía,
 amanecieron nevados los picos de las montañas,
 los copihues de duelo
 y las trutruucas calladas;
 solo una dejó sentir su música quejumbrosa,
 y su nota en una prosa
 arrancada del corazón
 de un indio que quedó solo,
 porque se marcha su amor...
 Él no sabe llorar,
 los loncos no aman el llanto:
 es su trutruca la que llora
 desgarrando su pena al viento.
 Ella se fue por la noche,
 otra vez se durmió en sus brazos,
 así sorprendió la muerte
 a la machi misiá Manuela.

El recuerdo de mi Rosa

María Inés Torres Ortega (84 años)

Dueña de casa

Temuco

Segundo lugar regional



Ella se fue muy lejos,
partiéndome el corazón.
Mapuche triste me llaman,
a lo mejor con razón.

En mi vida solo queda
el fruto de nuestro amor.
Yo la creía sana,
pero el parto no resistió.

La quise más que a mi vida
¡y por Dios que la recuerdo!
La tibieza de su cuerpo
y sus bellos ojos negros.

Rosita, como su madre,
la llamaré desde hoy;
ella alegrará mi vida
sumida en un gran dolor.

Por el amor de mi hija
tendré que seguir luchando,
pero el recuerdo de Rosa
nadie podrá borrarlo.

Se cree que por ser mapuche
resistimos el dolor
¡Eso sí que es cierto!
Pero no el del corazón.

Rosa medicinal

Nelson Adrián Clavería Pizarro (49 años)

Investigador

La Unión, Río Bueno

Primer lugar regional



... a *Rosita Millallanka*, de *Los Junkos*.

Cuando la *wawita* se llega a empachar,
no hay médico ni pastilla que la pueda curar.
Llévela, compadre, donde la puedan sanar

Es nuestra Rosita, tan fundamental;
Cuando la *wawita* se llega a empachar.

Si es susto, comadre, lo que la *wawita* tiene
Pastito pal *piuke*, junto a la leche;
pero sepa, comadre, que no es suficiente
si no la lleva pronto con la persona que entiende.

Es nuestra Rosita, tan fundamental;
cuando la *wawita* la llegan a ojear.

Cruces de ajíes, cruce de credos
Jesús y María junto a los nuestros.
Los ajicitos hablan ya lo sabemos;
Lo dijo mi abuela, lo dice tu abuelo

Es nuestra Rosita, tan fundamental;
Cuando la *wawita* se viene a asustar.

No es cosa de diablos, no es cosa de entuertos.
Es ciencia de la Tierra que devolvió a mi cuerpo
mi alma asustada, mi mal de pequeño;
Si no este consejo vendría de los muertos.

Es nuestra Rosita, tan fundamental
Cuando la *wawita* se llega a enfermar.

Conocer, enamorarse y desaparecer

Abdías Muñoz Pino (23 años)

Estudiante

Los Lagos

Segundo lugar regional



Conocer.

Fue una mañana de primavera como tantas,
una mañana en que las flores cantaban la cueca
alegre
y estallaban en mil guitarras.
Allí estabas tú, con la magnitud de tus encantos
y con tu vestido reverberando su primavera.
Yo te miraba como un tiuque hambriento
desde la altura de mi caballo
y la distancia de la intriga.
No sabía quién eras,
ni cómo tu belleza de sirena campesina
había llegado a ese lugar.
Fue una mañana de primavera como tantas, en que te
conocí.

Enamorarse.

El amanecer de tus trigos y la noche de tus pechos
sembraron la semilla de mi locura.
Tu voz de frescura matinal,
olor a murta y ciruela,
la que terminó por embriagar mi mente alcohólica.
Fue la gracia de tu caminar
y la cordillera inalcanzable de tus ojos,
lo que nos enamoró a todos,
porque fuiste mía y fuiste de todos.
Caímos juntos bajo la sombra de un hualle
y sinceramos nuestros cuerpos.
Dicen que fue el mismo hualle
el testigo de la bandada de tus amores
y que de tanto verte desnuda
su seca estructura imponente

resucitó empapada de tu olor a abeja y miel.
Fue el amanecer de tus trigos y la noche de tus pechos,
lo que me enamoró.

Desaparecer.
En una noche de San Juan desapareciste.
Las flores de tus vestidos se marchitaron.
El campo entero está de luto,
las cerezas y manzanas lloraron.
¿Cómo no hacerlo si te habías ido?
Ninfa de las manos sucias,
mujer de los castaños lejanos.
Algunos dicen que te han visto
caminando por las noches,
esperando a tus amantes bajo el mismo hualle,
mientras la cálida música de tu cuerpo
brilla en la oscuridad como el fondo de un pozo.
Esta noche te saldré a buscar mi moreno tesoro,
porque fue en una noche de San Juan en que desapareciste.

Vida de campo

Fernando Javier Valenzuela Ruiz (32 años)

Fontanero

Puerto Varas

Primer lugar regional



Es rumor de madrugada
Es un eco de mañana y vaho
Es canto y trino
Es frío y miradas lácteas
Es ubre de tus pezones cálidos
Es verde en cuna de celestes cielos
Es miel en ulmos blancos
Es tierra de roja arcilla
Es sol de iris amarillos
Es un arco iris multicolor
Es lluvia y su descarga torrencial
Es agua profunda mineral
Es agua en río demencial
Fría como escarcha matinal
Caliente de amor maternal
Violeta de voz mundial
Las manos callosas y sal
La vida en arado estival
¿Cómo olvidar?

El tac tac tac de un tractor amaneciente
Olor a fardo y estrella
Aroma a cieno y musgo
¡turba melancólica que de tus orígenes provengo!
Es barro,
 es cal,
 es la crin,
La quilineja
 es la mata
y el chacay
-embebidos de vid
la marcha indolente de la siembra multicolor.
Es la fauna de la sobrevivencia
Es la flora y sus nevaduras
Es la tierra sabia madre
Es el caudal de eterna vida
Es aire,
 es aire,

es aire,
Es espíritu y es rito
Es ceremonia y danza y labrantío
Es ceniza, mote y charqui
Es el velo de la etérea sonoridad
Es el sol y su horizonte
Es la nube y el fin del día
Las tranqueras y los desvelos
La morada del palomar
Es el viento que sopla cansado
que se esconde bajo la sombra
Las manos callosas duermen
La láctea constelación descansa
El brío virginal fluye
La tropa de la nocturnidad insectaria de fiesta
Un zumbido noctámbulo florece
las brasas de un fuego fatigado
Un rumor a la orilla de la noche
Un halo de certidumbre bondadosa
Un aroma de manzanas desnudas
Es un canto de jornada póstuma
Es un eco tras el día de mundo
En las sábanas de verde campo
Junto al velo de su misticidad.

Los barcos que acarreaban relámpagos

Nelson Antonio Torres Muñoz (55 años)
Bibliotecario
Castro

Segundo lugar regional



*"Aquellos viejos barcos a vapor, como relámpagos,
traían el futuro desde Europa..."*

1

Castro de 1960:
al fondo -entre los cerros anclado-
El Navarino.

Ése y cuántos otros acarrearón nubes,
era como si la felicidad viniera en artilugios
y como si la tristeza albergara en sus bodegas
la huella estampada de nuestros abuelos
cuando se iban a la Patagonia.

No miento si digo que de esos pitazos
parecía chorrear la más pura y fresca luz
del universo.

2

Vapores de la infancia:
la radio a transistores, la máquina de moler café,
las bicicletas, los camioncitos a cuerda,
los relojes cu-cú.

Y el corazón saltando humeante y colorado
como un salmón sobre unas aguas
de Orange Crush.

3

Mi madre aprieta tabaco marca "Ánfora"
en un papel importado.

Los anillos del humo semejan
las bocanadas del Taitao
en la bahía de Castro.

Con una carretilla de hilo alemán,
aspas de cartón y un elástico improviso
el motor de mi barco de vapor,
hecho de alerce.

Ese barco aún no llega a puerto.

4
Mi padre cruzó en el Navarino
el Golfo de Penas;
dejó hasta sus vísceras en sus compartimentos,
se alivió como la voladora: zancuda
mensajera de los brujos.

Y tan grande era su sueño
que no bajó jamás de nuevo a tierra.

Estancia Anita, Cerro Verde, Tres Montes,
Santa Clara, Tres Puentes, San Gregorio.

Cuarenta años esquilando esas ovejas
que en mis sueños aparecen bajando de cerros
como sábanas que flamean a los vientos
magallánicos.

5
Mi madre se encoje
sobre su máquina de coser "Singer".

Pedal y aguja cobran la velocidad de electrones
que giran en torno a su tristeza.

Es invierno, tiempo de las manzanas camuestras.

En el puerto permanece atracado La Alondra.

6
Mis hermanas salen a los malones,
bailan twist
y entonan canciones de Larry Wilson.

Nosotros jugamos a los trompos,
a las bochas
y cantamos:
"Mira ese barco anclado en la bahía
ahí se va, se va, se va, el sueño mío..."

7

Uno de aquellos, El Villarrica, El Tenglo o El Puyehue debe ser el que aparece iluminado y flotando sobre las aguas del fiordo.

Alguno que no pudo atravesar el Corcovado y se hizo energía radiante, aparece en las noches de tempestades y -a veces- hasta pareciera que su proa toca las primeras casas de la calle Blanco Encalada.

8

Puerto libre para Chiloé, recalán barcos de todos los países: Chiloé ya no sería el último confín del mundo. Aparecen las importadoras Wagner & Stein, Casa Andersen, Importadora Ninoska; subíamos a los barcos, éramos capaces de franquear cualquier idioma con guiños y sonrisas.

Al otro día las vitrinas estaban surtidas de enaguas, gobelinos, manteles y paraguas.

9

(Epílogo)

Siempre esperamos que alguno de estos barcos trajera algo más que pilas, relojes, chocolates, jeans, radios marca Sanyo, baterías de cocina Beka, cuchillería Arbolito o máquinas de escribir Olimpia.

Nunca llegó la modernidad a estas desamparadas tierras. Chile jamás cruzó el Canal de Chacao.

Alguna cabellera rubia o naricita respingada -relámpagos- deambula hoy por las calles de Dalcahue y de Curaco: ojos, piel, orejas de un viajero que encontró la puerta de la luz para asomarse en hijos al futuro.

El calafate

Claudia Andrea Vidal Vargas (10 años)
Estudiante Escuela Litoral Austral
Aysén

Primer lugar regional



Fruto silvestre en temporada de primavera,
flor amarilla, frutos redondos azul oscuro,
arbusto verde de espinas para que duela,
de sabor dulce que mancha cuando está maduro.

Fruto de mi pueblo, mi calafate,
es un embrujo comerte y disfrutarte,
fruta prohibida, fruta relajante,
te marchas y vuelves para quedarte.

La maldición de quien come este fruto:
debe siempre volver y lo vuelves a comer,
si es tan rico, tan dulce y tan puro,
para disfrutarlo y el hechizo desaparecer.

Por doquier lo puedes encontrar,
el fruto silvestre, nuestra credencial,

parte de nuestro portal, de nuestro lugar,
el arbusto, la fruta, el calafate es brutal.

La identidad propia de mi pueblo,
cambiando el colorido de las primaveras,
de ese color amarillo, al azul intenso,
todo fresco, todo listo, nacimos para verlas.

Redondo como uva negra pequeña,
fruto de la estación y de campo abierto,
sabroso como ninguna, fácil de cogerlo,
el calafate de temporada es de mi pueblo.

Naces en este suelo, compartes el paisaje,
con muchos otros frutos también de este rincón,
eres el rey y dueño de estos parajes,
eres el calafate, la fruta silvestre de estación.

Árboles dormidos

Rodrigo Orlando Vilugrón Aros (29 años)

Docente

Coyhaique

Segundo lugar regional



He visto árboles caídos,
ramajes perdidos;
hombres y mujeres de brazos anchos con vuelos de color blanco
apretando cabezas de gallo
y apurando el ganado con coligües de punta y clavo.
Corderos muriendo,
bajo puñales.
Frente a la luna y las nubes de estepa,
que galopando salvajes por el cielo oscuro
persiguen silenciosamente mis convicciones momentáneas por las mañanas al trabajo.
He visto mujeres con vestidos de colores verdes, celestes y rosas;
y hombres con la cara trizada por el viento
manipulando la harina para la mesa y la leña para el fuego de sus hogares.
He visto árboles con barba reposando en días de vacía espera,
y rocas usadas por los juegos del viento.
He visto hombres dormidos, como los árboles olvidados,
húmedos y resecos, esperando a que el tiempo pase por ellos.
Siempre veré hombres y árboles, dolidos,
sangrando por sus cortezas y llorando por sus raíces.
Al final, se perderán en la meseta y tarde, serán horizonte.

Abuelo de la nada

María Antonieta Barrientos Bahamonde (46 años)

Contadora pensionada

Punta Arenas

Primer lugar regional

Primer lugar nacional



¿Adónde vas, abuelo de la nada,
eterno arriero de la pampa
sin hijos, sin nietos, sin nada?

En la mirada, el cielo y la distancia
los recuerdos derritiéndose en el temporal que no
amaina
solitario viajero de los caminos y la escarcha.

Vaga aún tu sombra
por las viejas estancias
tras los ecos dormidos de inciertas esperanzas.

Errante en la Patagonia sin fronteras
poniendo el hombro a lo que venga
tu destino, los pasos que avanzas.

La espalda se curva,
la cabeza se encana,
la soledad se traga las palabras.
¿Adónde vas, abuelo de la nada,
eterno arriero de la pampa

sin hijos, sin nietos, sin nada?

Tu montura se vestía
de blanca oveja, de fría madrugada
de sol pálido de escarcha.

Partías al florecer el alba,
restregando cicatrices del clima implacable,
arañazos de tantas soledades.

¿Quién te adivinó en estas lejanas tierras?
¿Quién te vio andar la Patagonia entera?
¿Quién deja flores en la cruz de una loma cualquiera?

¿Quién contará la anónima historia
de tus marchas silenciosas,
ovejero, baqueano, si nadie te guarda en la memoria?

¿Dónde estás, abuelo de la nada,
eterno arriero de la pampa
sin hijos, sin nietos, sin nada?

El Pinta: la historia de un ovejero

Iván Rojel Figueroa (45 años)

Ingeniero agropecuario

Punta Arenas

Segundo lugar regional



Se asombró el amanecer,
rojizo en el firmamento,
al verlo tan empeñoso,
tan hábil y desenvuelto.

Era una flecha certera
en época de rodeo.
¡Vaya a saber qué designio
lo hizo nacer ovejero!

Hijo de una perra oscura
y de un lanudo sin dueño,
de cachorrito mostró
un entusiasmo certero,
y corriendo se curtió
de coironal y de viento.

Se complementó en el hombre
que lo tomó a su cuidado
y dejó todo su aliento
en los campos de trabajo.

Un silbido, un leve gesto,
y ya estaba preparado.
¡Si hasta a veces parecía
razonar como un cristiano!

En el corral, el potrero,
o donde fuera llamado,
trabajaba con prudencia
y con empuje sobrado.

Se lanzaba a su patriada
jubiloso y desbocado,
y su prolija destreza
anidó en los comentarios.

De tanto correr y andar
fue amontonando los años,
que no podían mermar
su agigantado entusiasmo.

Y se le vio como siempre

entre los vellones blancos,
orgulloso de su oficio
de baqueano sin horario,
de trabajador eterno
y de peón sin salario.

Cuando, entre viento y faena,
terminaba muy cansado,
una palmada bastaba
de sobra para premiarlo.
Y el movía agradecido
el péndulo de su rabo.

Pero el tiempo siempre gana
y nadie puede esquivarlo.
Se hizo más lerdo su trote
y su lomo fue blanqueando.
La vista se le acortó
y empezó a ponerse manco.

A veces, algún cordero
abandonaba el rebaño
y en su trote desparejo,
ya no podía alcanzarlo.

Con un ladrido de rabia
solía quedarse parado,
mirando con impotencia
el horizonte lejano.

Para colmo, su patrón,
que tanto lo había cuidado,
que lo mimó de cachorro,
que le enseñó los trabajos,

se cansó de galopar;
envejecido en los campos
se ahogó en su propio destino,
se postró de desencanto.

Sólo vivían sus ojos
el día que se lo llevaron
a morir en la ciudad,
encima de un catre blanco.

El ovejero quedaba
con la tragedia enfrentado,
pero como aún servía,
pudo pasar a otras manos.

Agradecido y sumiso
y a pesar del frío trato,
apostó todo su aliento
para no decepcionarlos.

Y si lo miraban fijo,
redoblaba su entusiasmo
para que no lo arrancaran
de la libertad y el campo.

Así anduvo por un tiempo,
cumpliendo apenas su encargo,
con un recado de pena
que le pesaba en los trancos.

Y en esa apuesta imposible,
de cansancio desangrado,
lo golpeaba la azotera
implacable de los años.

Así fue como pasó
a quedar encadenado;
ya no era el mismo de antes
y lo fueron olvidando.

Tironeaba la cadena
cuando partían al campo,
gimoteando despacito
por si querían llevarlo.

Pero nadie lo soltaba
y se quedaba sentado
con los ojos anhelantes,
oyendo silbos lejanos.

Lo tapó la indiferencia
y se fue poniendo flaco;
el tiempo ya no alcanzaba
nunca para alimentarlo,

ni hacerle alguna caricia,
ni darle agua, ni mirarlo,
ni acercarse a la perrera
donde estaba acurrucado.

Hasta que un día cualquiera
parece que lo encontraron,
fijos sus ojos de almendra
en los potreros amados.

Parecía distraído,
tan ausente, tan lejano;
ellos no se daban cuenta
que ya se había soltado.

Que mientras todos dormían,
alguien lo llamó silbando
y tras un piño invisible,
su alma se fue al trote largo.

Edición y coordinación de contenidos:
Unidad de Cultura, FUCOA.
MARZO 2013



Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

